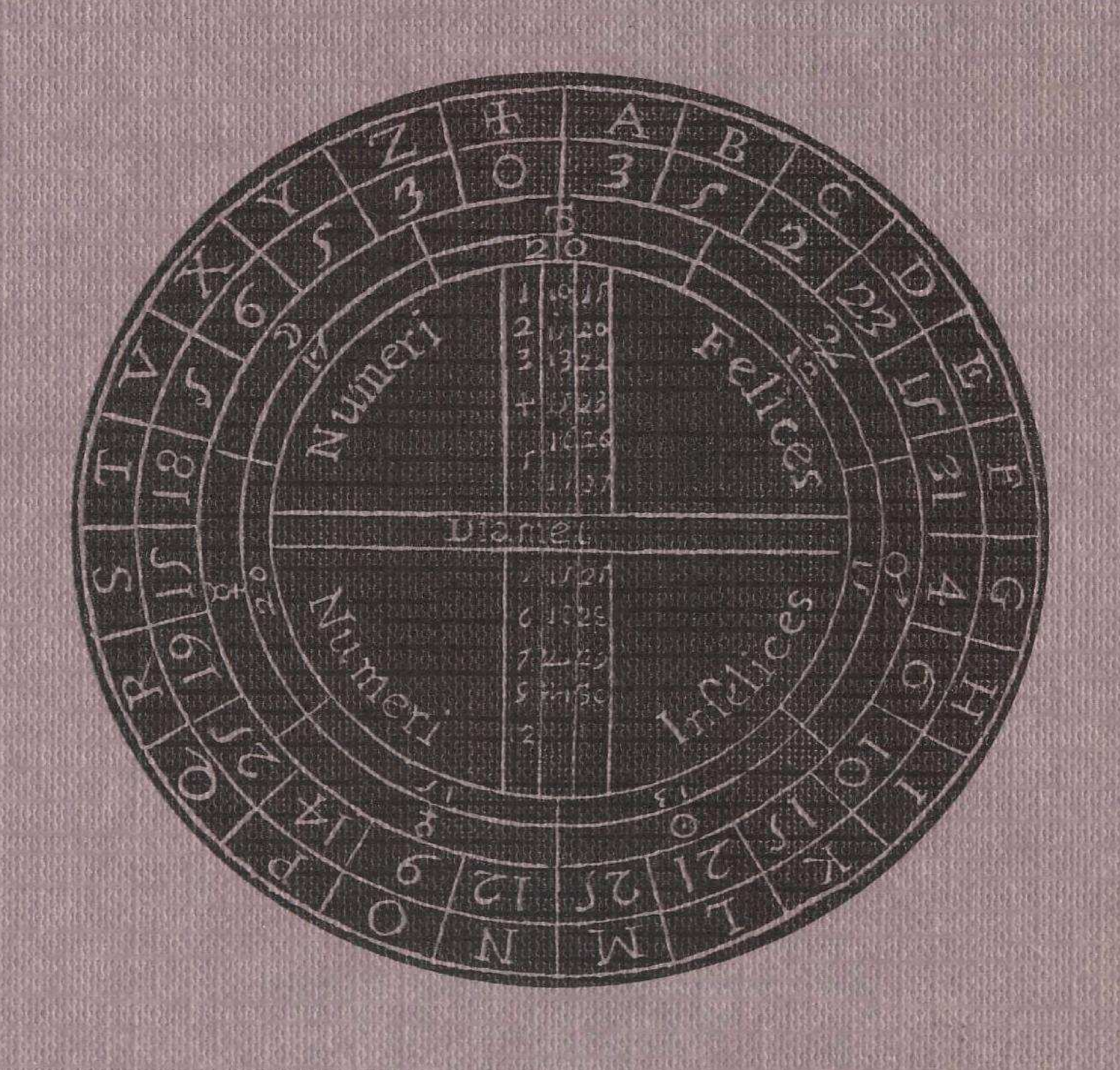
KIRCHER

ARITMOLOGIA

"Historia real y esotérica de los números"



EDICION DE

Atilano Martínez Tomé

KIRCHER

ARITMOLOGIA

"Historia real y esotérica de los números"

Traducción del latín
introducción, glosario y notas de
ATILANO MARTINEZ TOME



Ayala, 96 - Tel. 4314388 - MADRID-1

La edición de esta obra ha sido dirigida por:
J. DANIEL TERAN FIERRO y
ATILANO MARTINEZ TOME

ARITMOLOGIA

Calle Ayala, 96 - Teléf. 431 43 88 - Madrid-1
I.S.B.N.: 84-85208-33-1
Depósito Legal: M-16704-1984
Impreso en Grafipime, S.A.
Santiago Estévez, 29 - Madrid-19

La sensación que experimenta el no iniciado al leer la Biblia es semejante a la que siente el alumno de Filosofía que, por despiste, entra en una clase de Química. Ve números y letras en la pizarra, pero desconoce las conexiones mutuas que traducen todo aquel conglomerado en algo inteligible e, incluso, tangible. El iniciado en la ciencia Química percibe, a través de la fórmula, el producto que simultáneamente se está fabricando en el laboratorio. Los números y las letras constituyen, y han constituido desde su primer origen, el soporte adecuado para conocimientos de las más diversas procedencias y de los temas más variados. Nadie, pues, debe extrañarse de que en nuestros días haya surgido una inusitada curiosidad hacia los misterios ocultos en los números, sobre todo después de comprobar con la más clara de las evidencias que los números de la Biblia y demás textos religiosos de la antigüedad no tratan de ofrecernos la precisión de unos datos, sino que encubren doctrinas de difícil comprensión en nuestros días.

Uno de los libros que puede acercarnos al primitivo arcano de los números es la Biblia, quizá por ser el más comúnmente utilizado por las sectas esotéricas en Occidente. Desde los siete días de la creación, con que se inicia el Génesis, hasta que uno de los siete ángeles, curiosa coincidencia en el siete, que, a su vez, portan siete copas, trata de mostrar al vidente la Esposa del Cordero (Apocalipsis 21), se han escrito muchos números y muchas letras. Las segundas han servido para componer el texto y, no raras veces, para expresar significados claves: «Yo soy el Alfa y el Omega...» (Apoc. 22). Son, sin embargo, los números los que en raras ocasiones se han utilizado para expresar lo que a primera vista

parecen indicar. No era esa la intención del escritor bíblico. El número tiene también un carácter simbólico en el Nuevo Testamento, fundamentalmente en el libro del Apocalipsis, pero, de forma especial, el simbolismo se encuentra en el Antiguo Testamento. Los teólogos y exégetas católicos reconocen la incoherencia que supone la utilización de las fechas que nos ofrecen los primeros libros sagrados para datar históricamente los hechos que allí se narran. Dos hechos nos sorprenden al acercarnos al simbolismo de los números en el Antiguo Testamento. Por un lado, la utilización de números y letras para ocultar sus misterios; por el otro, este método es usado también por las grandes religiones de Egipto, Persia, la India, etc. Es como un lenguaje universal, reservado únicamente a los iniciados, en el que básicamente coinciden todas las religiones. ¿Qué acuerdo hubo en los albores de la Humanidad entre todos los hombres religiosos? Nunca lo podremos saber. La relación entre Egipto y el pueblo hebreo es evidente. Hoy se considera a Moisés como un sacerdote egipcio que transmitió los conocimientos de su pueblo a Israel. El mismo Salomón posteriormente tiene relaciones muy estrechas con la monarquía egipcia, pero, ¿qué conexiones ha podido haber entre pueblos separados por miles de kilómetros?

En muchas ocasiones, a lo largo de la historia de la Humanidad, los sacerdotes perdieron sus conocimientos de alta iniciación y buscaron la categoría de príncipes. Siempre que este hecho se ha consumado surgía un «resto fiel» que luchaba por mantener vírgenes las doctrinas de la tradición; así lo anuncian los profetas de Israel que predican la venida del Mesías. La pureza doctrinal se conservaba oralmente, no se solía escribir, sino que los padres la transmitían a los hijos y así sucesivamente, únicamente se vinculaba a determinados signos para conocimiento de los iniciados e ignorancia de quienes no lo eran.

Nuestra civilización occidental ha padecido con frecuencia la pérdida del carácter iniciático de sus sacerdotes, por eso ha tenido que valerse de caminos paralelos, y siempre fuera de la Ley, para mantener viva la llama de lo trascendente y esotérico, que, indudablemente, ha influido de

forma poderosa en nuestra civilización actual. Tenemos un claro exponente de lo que acabamos de decir en los obispos católicos de la Edad Media, ya que cambiaron su condición de portadores de una religión por los beneficios de ser un señor feudal más. En ese momento se arraigó la costumbre de administrar los sacramentos de forma monótona, de no encontrar en la Iglesia más signos mistéricos que el idioma, que era ya incomprensible para casi todos los fieles. En ese momento histórico, y como tratando de suplir un vacío que tenía la Humanidad, surgieron distintos movimientos que trataron de conservar los misterios a través de la kábala y demás medios utilizados por los antiguos. Esta línea la toman los templarios, los rosacruces, los masones, etc. El sector sacerdotal, una vez más, se dedica a destruir por todos los medios posibles estos movimientos, que podían significar una verdadera competencia para sus prerrogativas e intereses. El sistema democrático aportado por Cristo, quien en ningún momento quiso mezclarse con la casta sacerdotal, era destruido, y la doctrina del maestro, según la cual el pueblo es el verdadero portador del sacerdocio, era tergiversada y dirigida en favor de claros intereses de grupo.

¡No es triste participar en el ritual del Bautismo, rito solemne de iniciación en gran parte de las grandes religiones de la Humanidad, y no encontrar en él más alternativas que el simple compromiso social! ¿Qué relación puede haber entre un rito de iniciación y el compromiso social de una sociedad de consumo? Seguramente la misma que entre el canto gregoriano y la música promocionada por las grandes multinacionales del ramo. ¿Es concebible alguna semejanza entre la doctrina del que afirmó que solamente en la libertad de Hijos de Dios se podía vivir la fe y la postura de una Iglesia que contempla impávida la huida de sus hijos ante los primeros vientos de libertad? Nadie puede dudar ahora de la dimensión esotérica de la doctrina de Cristo, vinculada directamente con la de los profetas y los patriarcas, que se ha transmitido a través de duodenario de los apóstoles y ha prendido entre los súbditos del Imperio Romano, a través de unos ritos y símbolos que hoy hemos perdido en su mayoría. Hasta los amantes del arte nos sentimos decepcionados por

no saber interpretar el programa iconográfico del arte románico. Nadie duda de la existencia de un determinado lenguaje en los programas iconográficos, pero, prácticamente, nadie también ha llegado a su pleno conocimiento. Lo esotérico se esconde bajo unas formas que nosotros, no iniciados, somos incapaces de descifrar.

Lo esotérico, sin embargo, está tan arraigado en el espíritu humano, al menos como «categoría universal de intuición y estimación que reside en el inconsciente colectivo y se hereda con la estructura cerebral», según la teoría de Jung, que no es posible desarraigarlo con facilidad. También es difícil llegar hoy a entender el sentido místico de algunas parábolas de Cristo y más a entender el significado de los números que se encuentran en el Apocalipsis de San Juan. Son dos los caminos que tenemos para acercarnos a este lenguaje rico y misterioso. El primero lo han seguido los místicos, tanto de la religión cristiana como de otras religiones, pues de ambos es testigo el suelo español, quizá porque el idioma del espíritu ha roto o ha desconocido las barreras que separan una ideología de otra. Otro camino es el seguido por las distintas sectas religiosas que abandonaron la vía oficial. Este es también muy difícil, porque la carestía de documentos escritos nos lleva a unas interpretaciones de los pocos datos existentes un tanto personales y arbitrarias. La Kábala parece ser el medio más usado por los occidentales para comunicarse los misterios. En ella los números tienen un amplio lugar y unos significados a los que nos puede acercar la obra que estamos comentando.

Es muy posible que el lector del libro que hoy presentamos se sienta un poco desilusionado con su lectura. En él se trata principalmente de los números y sus significación. Es cierto que este tema es un poco árido, algo así como «la noche oscura del alma», pero es sumamente práctico para quienes tratan de profundizar en el sentido esotérico que ha incidido en nuestra cultura y, aunque sectores de determinadas ideologías lo traten de negar, sigue marcando muchos movimientos de la sociedad contemporánea.

Carecemos de los datos necesarios para afirmar que el conocimiento de la Kábala ha sido muy amplio en Occidente,

teniendo en cuenta, lógicamente, las posibilidades culturales de cada momento, pero hay indicios claros que así parecen demostrarlo. Aquí no vamos a entrar en las disquisiciones que pudieran surgir con tal afirmación. Hay documentación escrita que avala mi postura y simplemente me limito a aceptarla. Una de las afirmaciones básicas que nos encontramos en la Kábala es la siguiente: «Las ideas que se expresan por medio de los números y las letras son realidades indicutibles». La correcta distribución de los números origina cantidades, el adecuado casamiento de las letras produce palabras, a partir de la unión misteriosa de unos y de otras se han obtenido los grandes inventos de la ciencia; ahora, nosotros, mediante el estudio cuidadoso de los números y la participación de las letras, tratamos de averiguar los grandes inventos del espíritu. Sabemos que estos existen desde el mismo origen de las letras y de los números, sabemos también que las fuerzas correctoras de la Historia han conseguido esconderlos en las cavernas más profundas del silencio, pero estamos seguros de que no han conseguido eliminarlos. El hecho de que en muchas ocasiones haya vivido la ciencia en claro divorcio con el espíritu o, mejor, que una determinada ciencia, que no lo es del espíritu, se haya separado de su creador, tal vez en uno de los grandes pecados de la Humanidad, no ha favorecido para nada nuestro intento.

La ciencia que nosotros tratamos de investigar a través de los números es una ciencia del alma, de Dios o de los dioses, que a través de los tiempos han presidido el mundo. En ella nos podemos encontrar con los errores de una Humanidad infantil, pero, al mismo tiempo, con el frescor y la inocencia de lo primario y lo virginal, sin las falsificaciones estudiadas, aunque el autor, en razón de su postura obligada, pueda pensar todo lo contrario.

LA OBRA

La obra del P. Kircher que ahora presentamos en lengua castellana, creo que es la primera y única de este autor que se halla traducida a nuestro idioma, trata del origen y evolución de los números o anotaciones numéricas. Evidentemente, no se trata de un estudio aséptico sobre el tema. El mismo autor advierte en varias ocasiones que la obra se escribe solamente para abrir los ojos a los espíritus débiles, para que no caigan en las extravagancias sectarias de quienes dan a estas anotaciones una significación distinta a la puramente matemática. Es muy comprensible esta postura en un pionero de la Contrarreforma. No obstante, en varias ocasiones dice que los mismos Padres de la Iglesia se han sentido atraídos por el significado misterioso de los números. El mismo lector se dará cuenta de que a medida que se va metiendo en el tema le van fallando las primeras intenciones, hasta llegar a interpretar los números bíblicos en el mismo sentido que poco antes ha criticado.

Comienza haciéndonos una relación del origen y la evolución de los números entre los pueblos que los conocieron hasta llegar a los que hoy se encuentran en uso. Reconoce, sin la menor duda, que el desarrollo numérico va vinculado de forma muy estrecha a la evolución de los estudios astronómicos y kabalísticos, incluso admite que se extendió su uso gracias al congreso organizado por Alfonso X "El Sabio" para poner un poco de orden en los estudios inconexos que sobre astronomía se hacían por todo el mundo; fruto de este congreso fueron las famosas Tablas Alfonsinas.

En la segunda parte conecta los números con el sistema planetario, que, al mismo tiempo, representa al conjunto de las divinidades celestes. Su esfuerzo por dismitificar los números y darles un significado aséptico no tiene éxito, sobre

todo porque da la impresión que no es ese su intento y, si lo es, lo intenta después de habernos dado la información necesaria. Ciertamente, los pueblos han relacionado determinados números con los astros y les han atribuido una fuerza misteriosa dimanante del aspecto divino que veían en los astros. Es la información que ofrece lo que realmente tiene importancia, después viene la interpretación, a la que podemos unirnos o no.

En la tercera parte nos habla de la importancia que daban los árabes a los números, lo mismo que los hebreos, especialmente en la elaboración de sellos y amuletos, portadores de las fuerzas específicas de los dioses que representaban. Aquí nos ofrece la interpretación numérica del nombre de Jesús. El miedo a mezclar lo sagrado con lo profano, tan criticado por él en el libro, va perdiendo el carácter anatematizante.

Para poder entender correctamente la cuarta parte es necesario ambientarnos en algunos problemas eclesiásticos. Una de las crisis más fuertes que ha padecido la Iglesia se localiza en el momento de morir los apóstoles. Cristo ha impartido una enseñanza, pero no ha impartido un cuerpo sistemático de doctrina. Entre los primeros miembros de la Iglesia nos encontramos con creyentes procedentes de todas las religiones vigentes. No se encuentran, por otra parte, testigos de la vida de Cristo que puedan dirimir las cuestiones en el momento de surgir. Surgen así los primeros problemas cristológicos y trinitarios. ¿Quién era realmente Jesús? Para los formados en la religión hebrea era el "Pobre de Yavé", el Cristo anunciado por los profetas. Para los procedentes de la gnosis era el "Verbo", que existía desde el principio y a través del cual fueron hechas todas las cosas, según el prólogo del Evangelio de San Juan. No faltan quienes afirman que este último Evangelio fue escrito precisamente para combatir a los que veían en Jesús la imagen de un hombre excepcional, pero nada más un hombre. ¿Qué era Jesús? ¿Dios? ¿Hombre? ¿Dios-Hombre al mismo tiempo? Para los hebreos no podía ser Dios, no hay otro Dios fuera de Yavé, éste era el punto de apoyo de la Alianza entre Yavé y su pueblo: "Yo soy Yavé..., os haré mi pueblo, seré vuestro Dios". Para los gnósticos el fin y la explicación de todo radicaba en la gnosis

o conocimiento, un conocimiento reservado especialmente para los iniciados. Si Cristo no era ese conocimiento, no tenía razón de ser su conversión al cristianismo. Para los procedentes de la gentilidad, el que Jesús fuera un simple humano y estuviera en condiciones inferiores a las que tenían los dioses que acababan de abandonar, suponía un desprestigio y una falta de aliciente. ¿Qué hacer? Se crea entonces la imagen de Jesús-Dios, para que los gentiles no le sientan inferior a los dioses que han despreciado, la imagen de Jesús Dios-Hombre, distinto a Yavé, pero formando con El y el Espíritu la trinidad metafísica de las fuerzas divinas, así no podía entrar en competencia con el Yavé de la Alianza, al que el propio Cristo adoró y respetó en la tierra. El hecho de que Jesús fuera el Verbo-Encarnado disipaba todas las dudas e inquietudes de los procedentes de la gnosis.

El sentido trinitario aparece claramente en los distintos sellos que se comentan en la cuarta parte, en los que se mezclan los nombres sagrados del cristianismo con otros nombres procedentes, sobre todo, de las religiones egipcias.

A partir de la quinta parte el autor penetra de lleno en el mundo de los misterios esotéricos. Si la Kábala Hebrea ha tenido una importancia decisiva en el desarrollo del pensamiento occidental, como ya se ha indicado, al perderse el conocimiento del idioma hebreo entre los iniciados surge la Kábala Pitagórica, en la que ya se usan las letras del alfabeto latino para los latinos, las del alfabeto griego para los griegos, etc. A veces critica duramente esta utilización kabalística de los números, pero, mediante la utilización de distintos ejemplos para justificar su incoherencia, nos enseña la forma en que se han de utilizar los números.

Al final nos ofrece una explicación mística de los números muy peculiar, basándose en los ejemplos que nos ofrece la Naturaleza y la Sagrada Escritura, es muy probable que como último intento desmitificador, algo en lo que claramente él no cree, como lo demuestra con el ejemplo de la pesca milagrosa, con la que da fin al libro. Es más difícil y rebuscada la combinación que hace del número 153, para significar con él el número de los elegidos, que cualquiera de las que

llevan a cabo las kabalistas para probar sus afirmaciones o para diagnosticar eventos futuros.

Para terminar, diremos que el libro ha sido escrito en el conocido latín macarrónico, que era el usado por los eclesiásticos de la época. Nada podemos decir de su forma de escribir o de su estilo, más bien tendríamos que reprocharle el descuido y el mal gusto con que ha utilizado la lengua de Cicerón. Hay un dato que sí es conveniente resaltar: la falta de citas farragosas y falsas que utilizaban los escritores de su siglo para evadirse de las iras inquisitoriales o de los reproches agrios de los superiores. Esto nos prueba el buen nombre y el prestigio de que gozó, tanto entre los compañeros y superiores como entre las altas jerarquías de la Iglesia.

EL AUTOR

Atanasio Kircher nació en Geisa (Fulda) en 1601 y murió en Roma en 1680. En 1618 ingresó en la Compañía de Jesús. En una primera aproximación a la obra nos encontramos con dos sorpresas. La primera nos la produce el enorme acervo cultural que archiva en su mente: son varias las lenguas orientales que domina, es profesor también de Matemáticas y Filosofía en el colegio que la Orden posee en Wurzburgo, para terminar abandonando todo y dedicarse a la Arqueología exclusivamente. Por otra parte, también nos sorprende la ingenuidad y falta de sentido crítico de que adolecen sus escritos.

La primera faceta de su persona, unida al contacto constante con los misioneros jesuitas que iban a Roma procedentes de todos los países del mundo, por lo tanto, también de los países orientales, hizo que tuviera una información exhaustiva sobre las manifestaciones culturales de esos países, recibida directamente de los compañeros de Orden y a través de los objetos que le fueron aportando, tantos y tan variados, que llegó a formar su propio museo y que hoy, aunque pertenezca al Estado, sigue llevando su nombre.

El segundo aspecto que hemos comentado nos lleva a leer sus obras con un fácil sentido crítico. Sus comentarios son demasiado ingenuos, pero, precisamente por eso, la transmisión de los conocimientos es más pura y está menos elaborada en función de los propios intereses. Lo difícil es entenderle cuando escribe, como en el "Oedipus Egiptiacus", en varias lenguas, alguna de las cuales nos es totalmente desconocida hasta en sus signos más elementales.

Entre sus obras fundamentales podemos citar también "Ars magna lucis et umbrae", "Musurgia universalis", "Lingua oegiptiaca restituta"... El "Oedipus Egiptiacus", la obra

más conocida, trata de hacer un estudio completo de Egipto, tanto en el aspecto geográfico e histórico, como en las vertientes religiosa y legal, incluso se atreve en la obra a descifrar varios jeroglíficos, aunque no con mucho acierto. Inventó un espejo ustorio y se le considera el inventor de la linterna mágica.

PARTE I.

LAS PRIMERAS ANOTACIONES NUMERICAS. SU ORIGEN Y ELABORACION

Capitulo I

El primitivo origen de los números

El número es como un principio natural de elaboración racional; la mente sin razón, como la de los animales, no numera. Este principio no es otra cosa que la razón explicada: por eso se puede probar que el número es el principio de lo que puede ser alcanzado por la razón, de tal manera que si prescindimos de él nada queda que conecte con la razón: Si raciocinas, compones, divides, distingues o, en algún sentido, relacionas una cosa con otra o las separas, ésto no lo puedes hacer sin los números. Cuando Platón fue interrogado por Neoclo sobre la diferencia entre el hombre sabio y el animal, respondió, y no de forma incongruente, «porque el hombre conoce la numeración». De este raciocinio de la mente capaz de hacer combinaciones nace el múltiple y fecundísimo origen de los números, que dimanan como de esa máxima y arquetípica unidad, de tal manera infinita para la inteligencia humana, que cuanto hace, a través de ella lo hace, hasta que en ella, de donde proviene, se funde en la unidad trina. Puesto que los hombres, para manifestar los conceptos íntimos del ánimo, subsistentes bajo la misma forma de los números, buscaban un signo externo como si fuera un derecho propio, con el fin de expresar los numerosos conceptos latentes en la mente, de aquí nacieron los diversos símbolos y caracteres mediante los cuales se comunicaban los distintos pueblos, ya desde los orígenes del mundo, y esto es tan cierto como ciertos son los sagrados volúmenes del Pentateuco, en los cuales, aún viviendo el primer hombre del género humano, está vigente la razón para elaborar los números. A esta conclusión llegan, con buen criterio y sólidas razones, los intérpretes de la historia sagrada del Génesis, donde se dice que Adán fue el primer inventor de las artes y de las ciencias.

Suidas, apoyado en estas palabras, dice: «Adán es el primer hombre, hecho por la mano de Dios, formado a imagen y semejanza de Dios, luego puede llamarse con justicia el primer hombre sabio. Suyas son las artes y las letras, las ciencias racionales y las no racionales, esto es, las mecánicas, suyas son las invenciones y cuanto es necesario para la vida. El primer formado fue el inventor de todo ello». De aquí se desprende que Jubal, hijo de Enoc e instruido por Adán, fuera el primero en aportar al género humano la aritmética y la música a la que se había dedicado, siendo por ello denominado padre de los que tocan la flauta y la cítara, como se lee en el cuarto capítulo del Génesis (1). Porque no se puede ordenar el canto ni la disposición de los instrumentos musicales sin los números, sin cierta equivalencia entre los números y cada uno de los intervalos correspondientes a las notas con el fin de ser interpretados de forma más correcta que en los primeros orígenes del mundo, como queda patente a través de las leyes que prescribieron para información de la posteridad. Fueron éstas de tal categoría, que desde tiempos inmemoriales han llegado a nosotros como antiquísimas, no quedándonos otra función a nosotros que la interpretación para conocerlas. Los rabinos, y entre ellos el más célebre, Rambán, en «Doctor de lo Perplejo», dice que las anotaciones numéricas no son más que puntos y líneas por las cuales, como deducidas de una unidad, se llega a amplísimas series de números. Sus palabras, traducidas del hebreo, son: «Los primeros hijos de Adán, lo mismo que nuestros rabinos, a cuya memoria otorgan la bendición, hallaron los signos del cómputo y su representación en la yod y el punto». (2) Constituían el resto de los números con la multiplicación de dichos signos. Así, una yod expresaba la unidad, dos expresaban el número binario; tres, el ternario; con las cuales vemos en el Thergo expresado el nombre de Dios Trino, y así sucesivamente, como queda claro en las notas de la primera columna del ábaco, según los libros de los rabinos: igualmente, de estos mismos puntos del alfabeto hebreo se formaron las letras. De esta manera lo explican ampliamente Kincho y Balmes en su gramática. Por esta razón, no parece inverosímil que los primeros hombres expresasen todas las clases de números mediante este tipo de sumas, divisiones y multiplica-

Abaco de las principales lenguas que usaban las letras en lugar de los números

I		II		III		IV		V		VI	
Primera significación de los números tomada de la tradición rabínica		Números del alfabeto hebreo		Números del alfabeto sirio-caldeo		Números del alfabeto árabe		Números del alfabeto egipcio-copto		Números del alfabeto griego ordinario	
י	1	א	1	ܐ	1	ا	1	ⲁ	1	α	1
יי	2	ב	2	ܒ	2	ب	2	ⲃ	2	β	2
ייי	3	ג	3	ܓ	3	ج	3	ⲅ	3	γ	3
יייי	4	ד	4	ܕ	4	د	4	ⲇ	4	δ	4
ייייי	5	ה	5	ܗ	5	ه	5	ⲉ	5	ε	5
יייייי	6	ו	6	ܘ	6	و	6	ⲋ	6	ς	6
ייייייי	7	ז	7	ܙ	7	ز	7	ⲍ	7	ζ	7
יייייייי	8	ח	8	ܚ	8	ح	8	ⲏ	8	η	8
ייייייייי	9	ט	9	ܛ	9	ط	9	ⲑ	9	θ	9
[illegible]	10	י	10	ܝ	10	ي	10	ⲓ	10	ι	10
[illegible]	11	כ	20	ܟ	20	ك	20	ⲕ	20	κ	20
[illegible]	12	ל	30	ܠ	30	ل	30	ⲗ	30	λ	30
[illegible]	13	מ	40	ܡ	40	م	40	ⲙ	40	μ	40
[illegible]	14	נ	50	ܢ	50	ن	50	ⲛ	50	ν	50
[illegible]	15	ס	60	ܣ	60	س	60	ⲝ	60	ξ	60
[illegible]	16	ע	70	ܥ	70	ع	70	ⲟ	70	ο	70
[illegible]	17	פ	80	ܦ	80	ف	80	ⲡ	80	π	80
[illegible]	18	צ	90	ܨ	90	ص	90	ϥ	90	ρ	100
[illegible]	19	ק	100	ܩ	100	ق	100	ⲣ	100	σ	200
[illegible]	20	ר	200	ܪ	200	ر	200	ⲥ	200	τ	300
[illegible]	30	ש	300	ܫ	300	ش	300	ⲧ	300	υ	400
[illegible]	40	ת	400	ܬ	400	ت	400	ⲩ	400	φ	500
[illegible]	50	ך	500	[illegible]	1000	ث	500	ⲫ	500	χ	600
[illegible]	60	ם	600	[illegible]	10000	خ	600	ⲭ	600	ψ	700
[illegible]	70	ן	700	[illegible]	1000000	ذ	700	ⲱ	700	ω	800
[illegible]	80	ף	800	[illegible]	10000000	ض	800	[illegible]	1000	& cætera.	
		ץ	900	& sic in infinitum.		ظ	900	[illegible]	2000		
& sic de cæteris.		א	1000			غ	1000	[illegible]	100000		
								[illegible]	1000000		

VII			VIII		
Anotaciones numéricas antiguas tomadas del alfabeto griego			Números ordinarios latinos		Números latinos en abreviatura
α	I	1	I		
β	II	2	II		
γ	III	3	III		
δ	IIII	4	IV		IV
ε	Π	5	V		
ς	ΠI	6	VI		
ζ	ΠII	7	VII		
η	ΠIII	8	VII		
θ	ΠIIII	9	VIII		
ι	Δ	10	IX		IX
ιε	ΔΠ	15			
κ	ΔΔ	20	X	10	
κε	ΔΔΠ	25			
λ	ΔΔΔ	30	XX	20	
λε	ΔΔΔΠ	35			
μ	ΔΔΔΔ	40	XXX	30	
με	ΔΔΔΔ Π	45			
ν	[Δ]	50	XXXX	40	XL
νε	[Δ] Π	55	L	50	
ξ	[Δ]Δ	60			
ξε	[Δ] ΔΠ	65	LX	60	
ο	[Δ] ΔΔ	70			
οε	[Δ] ΔΔΠ	75	LXX	70	
π	[Δ] ΔΔΔ	80	LXXX	80	
ϙ	Π ΔΔΔΔ	90	LXXXX	90	XC
ρ	H	100	C	100	
σ	HH	200	CC	200	
τ	HHH	500	CCC	300	
υ	HHHH	400	CCCC	400	CD
φ	[H]	500	D	500	
χ	[H]H	600	DC	600	
ψ	[H]HH	700	DCC	700	
ω	[H]HHH	800	DCCC	800	
α	X	1000	DCCCC	900	CM
ε	[X]	5000	M	1000	
ι	M	10000			

ciones de puntos; puesto que la mayor parte de ellos era desconocedora de las letras y sin conocimiento previo o instrucción de maestro, guiados únicamente por el dictamen de la razón, a través de puntos o líneas, como suele suceder en nuestros días entre los hombres rústicos, quienes suelen contar mediante líneas pintadas con carbón o con greda: I, II, III, IIII, IIIII, y así sucesivamente, con esta señal según el orden natural (3).

Pero como a través de los siglos sucesivos, a medida que la experiencia fue enseñando a los hombres, este sistema fue considerado incómodo para expresar correctamente todas las series de números, los hebreos fueron abandonando la acumulación de puntos y usaron en su lugar las letras del alfabeto. Sobre el inventor de esta técnica escribió un libro Eusebio de Nieremberg, acerca de la Sagrada Escritura y las letras. A los hebreos siguieron los egipciós de la familia chamita, los primeros que después del diluvio se dedicaron al culto de las ciencias y de las artes, sin excluir la invención de la aritmética, según atestigua Josefo, por lo que fueron considerados célebres en el mundo entero. A los hebreos y egipcios siguieron los caldeos; después, los sirios, de éstos pasamos a los griegos. para llegar de los griegos a los romanos, quienes asumieron la forma de expresar los números a través de las letras del alfabeto, como puede verse en la siguiente tabla. Sobre los orígenes del arte de la escritura y acerca de las letras del alfabeto hebreo tomadas en lugar de los números encontramos algunos paradigmas en el Génesis y en los Salmos y, sobre todo, se observa la numeración literal en las Lamentaciones: comienzan los miembros o hemistiquios de los versos según la serie de letras del alfabeto: así, distinguimos los salmos III y II2, o inician los versos íntegros de los salmos, como puede verse en los salmos 25, 34, 145 y en el salmo 37. Cada una de las letras da comienzo a dos versos y sin variación alguna. En el salmo 119 cada letra da comienzo a un verso óctono, por lo que este salmo tiene todos los versos octonarios, lo que para los hebreos son letras, es decir, 22, pero que éstos llaman «rasche theuoth», esto es, cabeza de voces, y los griegos «akrosides», o sea, principio de los versos. Se encuentra también el género acróstico en las Lamentaciones de Jeremías, que nos lleva de éstas a su

intérprete. En los cuatro primeros capítulos que llevan las letras del alfabeto la acrosis es singular, es decir, cada letra marca el orden de un verso, aunque en el tercer capítulo la misma acrosis es ternaria, porque cada letra es la inicial en tres versos. En este género numérico de escribir sobresalieron los llamados vulgarmente cabalistas, intérpretes del sentido oculto en las Sagradas Escrituras, hasta tal punto confiados que interpretan los misterios escondidos en las páginas sagradas a través de números representados por letras hebreas. De este tema se trata ampliamente y con ejemplos en el T. II de Edipo. En qué consisten y cuáles son estos números de igual valor se explicará después. Ahora volvamos a nuestro propósito.

En primer lugar, hemos de decir que fue costumbre entre los hebreos y demás pueblos orientales disponer todas las series de números en forma novenaria, como si fueran categorías, de las cuales la primera fue la distribución novenaria de unidades, que incluye a las nueve primeras letras. No solamente usaron este sistema los hebreos, sino que también se sirvieron de él los caldeos, sirios, árabes, coptos, griegos, etíopes y armenios, como se ve muy claro en el ábaco epilogético de los distintos números entre los diversos pueblos. La segunda clase novenaria es la de las decenas. La tercera clase novenaria es la de las centenas. La cuarta clase novenaria es la de los millares, y así se suelen expresar todas las series de números.

ἐννεὰς I. μονάδων. ſiue Nouenaria vnitatum.

א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	20	30	40

ἐννεὰς II. δεκάδων. ſiue Nouenaria denariorum.

נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	ך	ם
50	60	70	80	90	100.	200.	300.	400.	500.	600.

ἐννεὰς III. ἑκατοντάδων. ſiue Noucnaria centenariorum.

ן	ף	ץ	א̇	ב̇	ג̇	ד̇	ה̇
700.	800.	900.	1000.	2000.	3000.	4000.	5000.

ἐννεὰς IV. μυριάδων. ſiue Nouenaria millenariorum.

ו̇ ז̇ ח̇ ט̇

6000. 7000. 8000. 9000.

Hoc

Según lo dicho, el presente año de Cristo lo anotamos con las siguientes letras numéricas: אששסם, o así: אבסס. 1665. Entre los caldeos, sirios, coptos, árabes y demás pueblos orientales se usa la disposición novenaria. Su sentido y razón puede verse en la tabla anterior sobre la combinación de todos los números. Ahora pasamos a la numeración entre los griegos.

Capítulo II

Las antiguas anotaciones numéricas de los griegos y su elaboración

Al estudiar las obras de Homero y del resto de los poetas nos dimos cuenta de que todos ellos ordenaban sus libros según las letras del alfabeto griego: así, nos encontramos con que la «Iliada» consta de 24 libros que, en opinión de los más antiguos gramáticos, y según el criterio de la mayoría, fueron dispuestos en ese orden por Aristarco. En el primer libro figuraba la letra alfa; en el segundo, la beta; en el tercero, la gamma, y, siguiendo este orden, cada uno de los libros siguientes llevaba su letra correlativa. Después se halló en los códices, manuscritos más antiguos, otra forma de designar los libros: $\bar{\alpha}$ ον; $\bar{\alpha}$ τυ; $\bar{\alpha}$ τω. Estos signos no pasan de ser una abreviatura, con la que se hace referencia a dichos libros: a través de la $\bar{\alpha}$ lineada se hacía referencia a alineado alfa; mediante el anexo $\bar{\alpha}$ ον, al primer libro; mediante $\bar{\alpha}$ τυ, al genitivo, y mediante $\bar{\alpha}$ τῶ, al dativo. Para la cita del segundo libro se usaba τ ον, β τυ, β τω, según lo exigiera la frase a la que se hacía referencia, con el fin de que el lector pudiera hacer uso del manuscrito con facilidad.

La tabla combinatoria de los números demuestra con exactitud la fórmula que utilizaban los griegos antiguos para expresar los números por medio de las letras del alfabeto. Desde el cero hasta el cinco se escribía añadiendo unidades I, II, III, IIII, pero para que la excesiva suma de unidades no indujera a confusión, el número cinco, en lugar de representarlo por medio de cinco unidades, lo expresaban con la letra π (pi), que es la inicial de la palabra «pente», a la que después añadían las líneas correspondientes hasta llegar a diez, en cuyo lugar se

colocaba la letra Δ (delta), que es la inicial de la palabra «deka». El veinte se representaba mediante dos deltas; el treinta, mediante tres, y con cuatro se escribía el cuarenta. El cincuenta se escribía |Δ|, como significando cinco dieces, y mediante sucesivas adiciones de este signo se llegaba a cien, que se expresaba con la letra H (eta). ¿Por qué el número cien se expresa con la letra H (eta)? (Esta letra ocupa el octavo lugar según el orden de las letras en el alfabeto griego.) Sencillamente, porque esta letra consta de dos π (pis), una en su posición normal y la otra invertida, sumando el significado de las dos e incluyendo la Δ (delta), cuya explicación se suprime por tratarse de un compendio, obtenemos el valor de cien, o el de dos veces cincuenta. Los que piensan que esta forma de anotar la centena tiene su origen en la inicial de ἥκφατου, tal como la usaban los jónicos, no deben ser tenidos en cuenta, ya que dicha palabra, que significa ciento, en ninguno de los dialectos griegos se escribe con eta. Mediante la repetición de este signo se llega a quinientos, cifra que se anota |H|, tratando de significar con este signo cinco cientos, y con la que ya nos ponemos en el millar. Este número se representaba con la letra χ (ji), por ser la inicial de la palabra χίλια, que significa mil. Mediante la adición de este signo llegamos a los cinco mil, que se representa |X|, dando a entender que se trata de cinco miles. Pasamos ya a diez mil, para el que se utiliza la M (mi), por ser la letra inicial de Mύρια. Completamos con este signo el orden numeral, por el que podemos llegar al infinito mediante la adición de unidades, decenas, centenas y millares, ateniéndonos simplemente a estos seis modos que incluyen todo el cómputo de los antiguos griegos. Son los siguientes:

1.	I	unidad
5.	π	inicial de la palabra πέυτε
10.	Δ	inicial de la palabra Δέκα
100.	H	formada de las dos «pies» Π Ц
1000.	X	inicial de la palabra χίλια
10000.	M	inicial de la palabra Mύρια

Suidas, después de haber recibido la información de Augusto, dice al pueblo: «Hallaron seiscientas miriadas (t) 17 va-

rones», que, según nuestros cálculos suman 4.101.017, esto es, cuarenta veces cien mil, cuatro millones, ciento un mil y diecisiete varones. En el mismo sentido habla Josefo en el libro 2, capítulo 4, sobre el número de judíos que volvieron a Judea desde la cautividad de Babilonia, quienes, excluyendo a los levitas, eran 4.628.000.

Método de la numeración griega ordenado según su sistema novenario

Primer modo

I. ἐννεὰς μονάδων. Nouenarius vnitatum.

α	β	γ	δ	ε	ϛ	ζ	η	θ
1	2	3	4	5	6	7	8	9

II. ἐννεὰς δεκάδων. Nouenarius denariorum.

ι	κ	λ	μ	ν	ξ	ο	π	ϟ
10	20	30	40	50	60	70	80	90

III. ἐννεὰς ἑκατοντάδων. Nouenarius Centenariorum.

ρ	σ	τ	υ	φ	χ	ψ	ω	ϡ
100	200	300	400	500	600	700	800	900

IV. ἐννεὰς χιλιάδων. Nouenarius Millenariorum.

͵α	͵β	͵γ	͵δ	͵ε	͵ϛ	͵ζ	͵η	͵θ

Disposición de los números griegos según Herodiano:

1000.2000.3000.4000.5000.5000.7000.8000.9000.

V. ἐννεὰς δεκαχιλιάδων. Nouenarius 10.millenariorum.

͵ι	͵κ	͵λ	͵μ	͵ν	͵ξ	͵ο	͵π	͵ϟ

10000. 20000. 30000. 40000. 50000. 60000. 70000. 80000. 90000.

VI. ἐννεὰς μυριάδων. Nouenarius 100. millenariorum.

͵ρ	͵σ	͵τ	͵υ	͵φ	͵χ	͵ψ	͵ω	͵ϡ

100000. 200000, 300000 400000 500000 600000 700000 800000. 900000

El gramático griego Herodiano habla de otras seis anotaciones de los números usadas también entre los griegos. En su mayoría son tomadas de las letras iniciales y pueden repetirse hasta cuatro veces, como se ve en la doble clasificación novenaria, hacia la derecha, como sigue:

Otro sistema de numeración usado por los griegos

ἐννεὰς 1. Vnitatum.								
I	II	III	IIII	Π	ΠI	ΠII	ΠIII	ΠIIII
1	2	3	4	5	6	7	8	9
ἐννεὰς 2. Denariorum.								
Δ	ΔΔ	ΔΔΔ	ΔΔΔΔ	𐅄	𐅄Δ	𐅄ΔΔ	𐅄ΔΔΔ	𐅄ΔΔΔΔ
10	20	30	40	50	60	70	80	90
ἐννεὰς 3. Centenariorum.								
H	HH	HHH	HHHH	𐅅	𐅅H	𐅅HH	𐅅HHH	𐅅HHHH
100	200	300	400	500	600	700	800	900
ἐννεὰς 4. Millenariorum.								
X	XX	XXX	XXXX	𐅆	𐅆X	𐅆XX	𐅆XXX	𐅆XXXX
1000	2000	3000	4000	5000	6000	7000	8000	9000
ἐννεὰς 5. Decemmillenariorum.								
M	MM	MMM	MMMM	𐅇	𐅇M	𐅇MM	𐅇MMM	𐅇MMMM
10000.	20000.	30000.	40000.	50000.	60000.	70000.	80000.	90000.

Capítulo III

Equivalencia de los números

Se han hallado entre los griegos unos números, a los que denominaban *isósefos* o de igual cálculo, que habían tomado de los hebreos; la importancia de estos números residía en que si se tomaban dos nombres al azar y coincidían en su valor numérico, siendo distintas las palabras, vaticinaban algo bueno o malo. Este juego fue muy usado por los cabalistas (4). Veamos algunos ejemplos: En Apocalipsis, 13,18, leemos: «El que tenga inteligencia, calcule el número de la bestia, su número es 666». Este número ha torturado la mente de muchísimos exégetas, llegando todos, finalmente, a considerarlo como uno de los isósofos. Los herejes no dejan piedra por remover con el fin de aplicarlo al romano Pontífice, al que llaman el anticristo y suponen que su interpretación se aclara a través de dos nombres Λατειυος y רומיית, porque si traducimos sus letras a números nos dan 666, como se puede ver a continuación.

Λ	30	ר	200
A	1	ו	6
T	300	מ	40
E	5	י	10
I	10	י	10
N	50	ת	40
O	70		
Σ	200		
	666		666

Pero para elaborar esto violentan las razones, con el fin de persuadir a sus seguidores, como se puede ver claramente en el ejemplo presente con las letras hebreas, ya que únicamente indican el romano de Roma, esto es, el romano Pontífice. En su intento de tergiversar la significación del romano Pontífice dieron al signo Π la significación de cuatrocientos, que correspondería a la palabra *Romijth* en lugar de

Romij, pero la significación de la palabra que deducen es un advervio equivalente a *romane* (romanamente) y que, en concreto, no viene a significar nada, por lo que su interpretación es causa de risa entre los sabios. Los católicos y ortodoxos, ridiculizando este razonamiento, que ellos mueven contra el romano Pontífice, le vuelven contra Lutero y Calvino. En el nombre hebreo con pronunciación italiana se contiene el número apocalíptico que corresponde a la patria de Lutero (Sajonia). Belarmino, en su libro sobre el anticristo, trata ampliamente sobre este tema.

Σ	200	ל	30
Α	1	ו	6
Ξ	60	Π	400
Ο	70	ר	200
Ν	50	ל	30
Ε	5		
Ι	10		
Ο	70		
Σ	200		
	666		666

Los antiguos poetas, que solían deleitarse con este género numérico de enigmas, nos ofrecen algunos ejemplos: Arístides, queriendo indicar que Demágoras era un bípedo inicuo, lo hace mediante la isosefía, y le dice que es más pernicioso que la peste utilizando la palabra λὸιμος, que significa peste y que, traducida a números, da la misma suma que Δαμαγόρας. También se compara el Nilo con el río Meno, pues ambas palabras responden a un mismo número, que es el 365, coincidiendo, curiosamente, con los días del año solar.

Δ	4	Λ	30
Α	1	Ο	70
Μ	40	Ι	10
Α	1	Μ	40
Γ	3	Ο	70
Ο	70	Σ	200
Ρ	100		
Α	1		
Σ	200		
	420		420

Ν	50	Μ	40
Ε	5	Ε	5
Ι	10	Ν	50
Λ	30	Ο	70
Ο	70	Σ	200
Σ	200		
	365		365

Del mismo modo, en los oráculos de las sibilas se puede leer el nombre de IESU, que, traducido a cifras, nos da el 888, lo mismo que da el nombre IHΣYΣ.

I	10
H	8
Σ	200
O	70
γ	400
Σ	200
	888

También los antiguos latinos usaron este género de números, como puede verse en la estatua de Júpiter, quien fue esculpido, según los viejos escritores de la antigüedad romana, con una T en la mano derecha y en la izquierda ξέ, cuyas letras en números isósefos representan los 365 días del año, al que consideraban presidido por Jano a lo largo de todos sus días. Puede consultarse sobre esto a Suidas en la palabra γευηταί. Plinio también, en su libro 34, cap. 7, habla así de Jano: «Además, Jano el gemelo, fue erigido por el rey Numa, quien es adorado, tanto en tiempo de guerra, como en tiempo de paz, cuyos dedos fueron configurados de tal manera que le conferían la dignidad divina del año, del tiempo y de la eternidad a través de los trescientos sesenta y cinco días representados en ellos, y no solamente se referían al año solar a través de los números, sino también al año lunar, puesto que consta de doce lunaciones. Queda claro que en la primera configuración se expresa el año solar». Parece que Plinio cometió un error al dar al año solar trescientos cincuenta y cinco días, ya que tiene trescientos sesenta y cinco, sin embargo, el año lunar tiene trescientos cincuenta y cuatro días.

A los números isósefos del anticristo, que se contiene en la cifra 666, recurrieron, deduciendo el número de varios nombres, los escritores de la Iglesia primitiva y de los siglos siguientes, como Irineo, Aretas, Capadocio, Primasio, Ticinio y Ruperto Abad. Sin embargo, es muy poco lo que aquí podemos aportar para el pleno esclarecimiento de este asunto, ya que este número no solamente se puede aplicar al impío anticristo, sino que también puede corresponder a los más sagrados y divinos nombres; es más, pueden aportarse nombres sacratísimos que contienen en sí dicho número, como se puede demostrar en muchos lugares, si no encontrara en ello un obstáculo para mi futura gloria.

Nombres del anticristo a los que corresponde el número apocalíptico 666, tomado de Irineo, Aretas, Capadocio, Primasio, Ticinio y Ruperto Abad.

Su número sería el de la bestia, es decir, 666.

Evandas
Latino
Sol titán
Nego
Esplendor
Vencedor
Lobo picardo, esto es, Calvino
Inclito
Mal caudillo
Verdadero mal
Envidia iterada
Cordero injusto
Genserico
Mahumed
Peña

Isosefía o traducción a números de estos nombres en su versión griega:

1		2		3		4		5		6	
Ε	5	Λ	30	Τ	300	Α	1	Γ	3	Λ	30
Υ	400	Α	1	Ε	5	Ρ	100	Ε	5	Α	1
Α	1	Τ	300	Ι	10	Ν	50	Ν	50	Μ	40
Ν	50	Ε	5	Τ	300	Ο	70	Σ	200	Π	80
Θ	9	Ι	10	Α	1	Υ	400	Η	8	Ε	5
Α	1	Ν	50	Ν	50	Μ	40	Ρ	100	Τ	300
Σ	200	Ο	70			Ε	5	Ι	10	Ι	10
		Σ	200					Κ	20	Σ	200
								Ο	70		
								Σ	200		
	666		666		666		666		666		666

Estos son los nombres representados en el número de la bestia apocalíptica, de los cuales se pueden deducir otros muchos si el ocio diera tiempo para ello. Los mahometanos, de la cábala más secreta de sus misterios divinos, referida a horrendas supersticiones, dan al nombre divino, descompuesto en números isósefos, la cifra 666.

7		8		9		10		11		12	
Κ	20	Α	1	Π	80	Λ	1	Α	1	Μ	40
Α	1	Λ	40	Λ	1	Μ	40	Ν	50	Α	1
Κ	20	Η	8	Δ	30	Ν	50	Τ	300	Ο	70
Ο	70	Θ	9	Α	1	Ο	70	Ε	5	Μ	40
Σ	200	Η	8	Ι	10	Σ	200	Μ	40	Ε	5
Ο	70	Σ	600	Β	2	Α	1	Ο	70	Τ	300
Δ	4	Β	2	Α	1	Δ	4	Σ	200	Ι	10
Η	8	Λ	30	Σ	200	Ι	10			Σ	200
Γ	3	Α	1	Κ	20	Κ	20				
Ο	70	Β	2	Α	1	Ο	70				
Σ	200	Ε	5	Ν	50	Σ	200				
		Ρ	100	Ο	70						
		Ο	70	Σ	200						
		Σ	200								
	666		666		666		666		666		666

Este número lo deducen de las letras iniciales de los nombres divinos, que hacen referencia a la promesa maravillosa del esposo, como se pone de manifiesto en el siguiente ejemplo:

و	6
س	60
خ	600
	666

Esposo	Grandeza	Prometedor
ج	س	و
حطيبت.	عسرق.	واعد

De aquí parten sus mágicos misterios, lo mismo que la cábala sarracena, tal como ha sido demostrado en el «Edipo Egipciaco».

Realmente, todos estos nombres son universales y pueden acomodarse fácilmente a lo sagrado y a lo profano, a lo bueno y a lo malo, ni siquiera suponen el más mínimo ingenio o sutileza, por lo que hincharlos con grandes misterios lo considero propio de mentes insensatas. Como posteriormente se dará con abundancia materia y razón que demuestren la futilidad de la isosefía, allí remito.

Capítulo IV

Las primeras anotaciones aritméticas de los latinos, su origen y elaboración

Hoy están en uso dos formas de representar los números entre los latinos que escriben sobre temas matemáticos: la primera forma es la antigua; la segunda, fue introducida con posterioridad. La primera consta de siete letras tomadas del alfabeto latino, con las que se pueden expresar todos los números, son: I V X L C D M, las cuales, como enseñan las inscripciones de los antiguos romanos, nacieron con la misma lengua latina y duran hasta nuestros días. La otra fue introducida, como dije, por los matemáticos posteriores y se extendió por todos los lugares, de forma que la mayoría abandonó el uso de las letras mayúsculas de los antiguos romanos (porque no parecían muy idóneas para realizar con facilidad grandes operaciones, destinándose únicamente para inscripciones cronológicas y para los hombres pulidores de la literatura). Quedan solamente las minúsculas, es decir, las cifras, que usan los matemáticos, los mercaderes y cuantos quieren consignar algo con números. Hablaremos primero de la elaboración más antigua de los números y a continuación de la posterior, sobre cuyo origen trataremos detenidamente.

Prisciano y Valerio Probo, según Scaliger, describen así los números: escribían la unidad con la letra I, la que repetían hasta llegar a cinco IIII, el cinco lo escribían con la letra V, algunos piensan que por ser la mitad de X, algún tiempo se escribió la media decena así QX, posteriormente, se escribió solamente con la Q, para terminar escribiéndose con la V; parece que la razón estaba en que esta letra ocupaba el quinto lugar de las vocales A E I O V (se usaba el mismo signo para la u). Esta letra significa definitivamente cinco y a ella se unen las respectivas unida-

des hasta llegar a la decena, VIIII. El diez se escribió con la letra X por el hecho de que en el alfabeto ocupaba el lugar inmediatamente posterior a la letra V; con un criterio semejante se usó la letra C para indicar la centena y la D para indicar quinientos, porque ésta sigue inmediatamente a aquella en el alfabeto, como quiere Probo y no desagrada a otros, por el hecho de que entre la D y la M, que significa mil, haya cinco letras intermedias, es decir, D E F G I L M (la H al ser una simple aspiración no se cuenta entre las letras), o, como dice Scaliger, porque la D es la primera letra de la palabra *dimidium* (mitad) significaría la mitad del millar; la mayoría, sin embargo, piensa que la letra C representa la centena por ser la primera letra de ciento (centum), lo mismo que la M se utiliza para representar el millar (Mille) y la D se utiliza para designar quinientos por ser la inicial de *dimidium*, que es la mitad del millar, como ya he dicho. La L representa cincuenta, y no por el nombre, sino porque fue elegida de la numeración griega, según lo atestigua Prisciano, los romanos no llegaron a expresar cincuenta con la N, simplemente confundían la N con la L, así tenemos que decían Linfa por Ninfa, y, mediante este intento de imitar a los griegos, llegaron a sustituir totalmente la N por la L, aunque este razonamiento no convence a muchos, entre ellos a Mateo Hostio. La realidad de todo esto queda clara si tenemos en cuenta que en los albores de la historia romana la designación de los números fue imperfecta, de tal manera que los romanos, en lugar de los números, marcaban los años consulares clavando clavos, como en Volsena, en el templo de la diosa Fortuna de los etruscos, donde, según Plinio, acostumbraban a utilizar la *y* por ser raras las letras en esa época. Por esta razón, al no hallarse las mejores anotaciones de los números, en virtud de una ley antigua, el pretor Máximo fijaba con clavos las leyes y, una vez así fijadas, la ley era presentada de nuevo a los cónsules y, finalmente, al dictador con majestuosos ritos y ceremonias; sobre ellas se puede consultar a Rosino, Lipsio, Alejandro de Alejandría y otros escritores de la antigüedad romana. Para que lo dicho pueda comprenderse con mayor facilidad, traigo aquí las palabras de Priscino, con las cuales nuestro propósito quedará esclarecido: «Los latinos han imitado a los griegos en muchas cosas; por medio de I representan la unidad. El cinco lo representan con la V, porque es la quinta vocal A E I O V. El diez está expresado

con la letra X, pues es la décima consonante entre los griegos. La L representa a cincuenta, porque entre los antiguos griegos se utiliza la N, que después fue sustituida por la L también en la escritura, según atestiguan Apolonio, Lucio Torreo, etcétera, y consta que los latinos decían Linfa por Ninfa refiriéndose al agua y a las fuentes». Virgilio así lo dice en el primer libro de la «Eneida»: «Los esclavos presentan sus ofrendas a las linfas con las manos y a Ceres con los canastillos». La centena está representada con la primera letra de su nombre C (centum). Quinientos lo está con la siguiente consonante, ya que después de la c viene la d. El millar se representaba, según los áticos, por la X griega, pero para diferenciarla de la que significaba diez la circunscribían con laterales (X). Cinco mil por la I (t), con apóstrofes a la parte derecha I''. Diez mil se escribía de la misma forma, pero añadiendo, además, dos apóstrofes a la izquierda "I". Esto lo hacían imitando a los griegos, quienes escribían el millar poniendo una línea bajo el signo de la unidad; ahora, sin embargo, lo escriben así: I. Çincuenta mil se escribe con una I y tres apóstrofes a la derecha I'''. Cien mil mediante la I y tres apóstrofes a la derecha y otros tres a la izquierda en sentido inverso '''I''', o lo que es también verosímil, diez mil se escribía mediante una M circunscrita a ambos lados, lo mismo que el mil se expresaba mediante la X circunscrita a ambos lados (X), y ésto por imitación de los griegos, quienes en χιλίοι tienen la primera letra de su nombre. La causa de la diferencia está en que se trata de la mitad, ya que diez mil suele anotarse mediante el mil M circunscrito, luego, cinco mil, al ser la mitad de diez mil, lo expresaron mediante la mitad de la escritura: I'', lo mismo que cincuenta mil es la mitad de cien mil y que se escribe con las mismas anotaciones que diez mil, añadiendo a ambos lados un apóstrofe '''I'''. Quinientos mil también se expresa Q', porque es la inicial del nombre y el apóstrofe. El millón se escribe de forma semejante al millar, con la M, con cuya letra comienza el nombre, pero circunscrito por ambas partes (M) y así "M. Esta numeración es demasiado confusa y apenas se puede obtener con ella un correcto significado, a juzgar por el criterio de los autores más ponderados. Este es el motivo por el que nosotros nos entretenemos muy poco en aclarar con detalles la mente de los antiguos.

Capítulo V

Elaboración de los números que utilizaron los primeros latinos

Dijimos en el capítulo anterior que los antiguos latinos utilizaron siete letras, tomadas del alfabeto, para representar los números. Son I V X L C D M, con las cuales, repetidas de diversas formas o correctamente distribuidas, se podían expresar todas las series de números y, mediante la composición numérica que se lleva a cabo en los cálculos, las operaciones cuadran; pues podemos aumentar indefinidamente las cantidades mediante unidades, quíntuplos y decenas; así, con las dos letras I y V y el aumento correspondiente de unidades se obtiene el novenario de las unidades, los otros dos signos L y X sirven para formar el novenario de las decenas, con la siguiente letra entramos en el novenario de las centenas; de tal manera que después de la V van siempre cuatro unidades en el novenario de las mismas; en el novenario de las decenas van siempre cuatro X después de la L y en el novenario de las centenas también van cuatro C después de la D, como queda claro en el siguiente esquema:

Novenario de las unidades:
I.II.III.IIII.V.VI.VII.VIII.VIIII.
Novenario de decenas:
X.XX.XXX.XXXX.L.LX.LXX.LXXX.LXXXX.
Novenario de centenas:
C.CC.CCC.CCCC.D.DC.DCC.DCCC.DCCCC.

La séptima o última anotación, M, letra del millar, da siempre valor al resto de los signos que la acompañan, tanto si van a su derecha, como si van a su izquierda, como MDLX, que ex-

presa el número mil quinientos sesenta, o como DLXM, que expresa la cantidad de quinientos sesenta mil. Ahora vamos a pasar a la elaboración y constitución de estos números.

Hasta ahora hemos dicho algo acerca de las causas y razones de las presentes anotaciones según Prisciano y Valerio Probo. Pero no son suficientes las explicaciones aportadas por los autores, ya que, sin duda, se han dado otros motivos que inclinaron a los antiguos a la elaboración de estas anotaciones simplificadas. Tampoco podemos decir con propiedad que las letras han sido tomadas del alfabeto latino, porque la I no ocupa el primer lugar de dicho alfabeto, sino el noveno; la V ocupa el vigésimo lugar en el orden de las letras y la X está situada en el lugar vigésimo primero, luego no puede representar al número diez; ni la L que tiene el puesto undécimo en el alfabeto es la letra apropiada. Cuanto indica Prisciano sobre las causas de estas aportaciones, no sólo está muy lejos de lo pretendido, sino que, a juicio de los mejores autores, no se apoya en una razón justa y bien fundada. Al tratar de examinar en profundidad estas cosas, me di cuenta de que lo mismo había sucedido respecto a los antiguos latinos que sobre los hebreos primitivos y con respecto al resto de los pueblos ignorantes. Porque la anotación de la unidad I, no significa más que uno y desempeña la función de la unidad, la cual, al duplicarse II, duplicaba las unidades, y lo mismo sucede cuando se triplica o cuadruplica. Y para que el excesivo aumento de las unidades no indujera a confusión, los antiguos latinos, siguiendo a los griegos, cambiaron en el quinto lugar las anotaciones de los números: de donde se sigue que la letra V es otra anotación que significa cinco, y referida a la I la quintuplica, recibiendo su significación a partir de la anotación I, duplicada y unida por la base para formar un ángulo agudo: a esta anotación V, cinco, por hallarse cortada en el medio la llamaron *breve-grafía* y la colocaron en lugar de IIIII. Mediante la adición de unidades llegaron a la decena, como consta en el primer proceso novenario de la unidad. La X, que representa la decena, y no parece deducida más que de dos líneas unidas y cruzadas, cuya mitad es V y representa cinco; de aquí surge la voz cortada, es decir, toda aquella figura nacida de la intersección de dos líneas. A partir de este signo, mediante las anotaciones correspondientes, llegamos a cincuenta, pero para que la excesiva repetición de este signo no

indujera a error, se creó el signo L, formado por dos líneas unidas en su extremidad. Esta anotación surge de la unidad (I) duplicada, una en posición erecta y otra en posición horizontal, por lo que no de forma descabellada se suele considerar soldada, de tal manera que las dos, unidas por la base en su lado derecho forman un ángulo recto y hacen referencia al ingenio. Tenemos pues, cuatro de estas figuras I V X L que se forman con líneas. Sigue después la centena que se expresa con la letra C, y aunque la mayor parte ve su origen en ser la primera letra de ciento (centum), sin embargo, nada impide el que también haya sido elaborada con líneas rectas, pues como ya lo han advertido Hostio y algunos otros, lo demuestran claramente los monumentos en sus inscripciones antiguas, en los que no siempre se hace referencia a la letra C, pues en otro tiempo se escribía de forma opuesta Ɔ, como consta en la inscripción aportada por Grutero Ɔ A I. L. MIL. F.P., donde en lugar de CAIL pone ƆAIL, de lo que podemos deducir que, posteriormente, debido a la facilidad del trazado, nació la C con significación de centena, la que los antiguos, según el criterio de Hostio, compusieron a partir del signo I triplicándolo, siendo ésto más fácil, ya que simplemente añadían otra línea a la quincuagenaria L en el vértice superior y de la L (50) se formaba la ⊏ C o centena, la que se va sumando hasta llegar a quinientos, obteniendo así la quinta proporción duplicada. En lugar de CCCCC colocaron la D, que nosotros consideramos nacida, no porque en el alfabeto siga a la C que indica la centena, como quiere Prisciano, o porque sea la primera letra de la mitad (dimidium), como satisfacía a José Scaliger. Según la opinión de la mayoría, entre los antiguos la letra D se formó, no por el arco, sino por formar una figura triangular Δ. Tampoco es inverosímil que las letras de todo el alfabeto se hayan formado utilizando de diversas maneras las líneas de la unidad, como lo hicieron los hebreos de los primeros tiempos y que anteriormente hemos demostrado. Cuánto se puede conseguir con una diversificación de la mente reflexiva, y lo digo como estímulo, pues los primeros elementos de este género fueron transmitidos a los primeros latinos por los etruscos, como lo demuestra con claras palabras Herodoto: «Los latinos recibieron la mayor parte de las cosas de los etruscos». Las letras etruscas tienen una gran semejanza con las latinas, como está sobradamente demostrado, tal como en nues-

tra Etruria, y con la ayuda de Dios, ampliamente demostraremos.

Lilio Giraldo aporta otra forma de representar los números por letras entre los viejos latinos y que él transmite de otro autor, con lo que trata de librarse de muchas dudas. Es la siguiente:

A. CCCCC	quinientos	$\overline{A}$ Cinco mil
B. CCC	trescientos	$\overline{B}$ tres mil
C. C	ciento	$\overline{C}$ cien mil
D. D	quinientos	$\overline{D}$ quinientos mil
E. CCL	doscientos cincuenta	$\overline{E}$ doscientos cincuenta mil
F. XL	cuarenta	$\overline{F}$ cuarenta mil
G. CCCC	cuatrocientos	$\overline{G}$ cuatrocientos mil
H. CC	doscientos	$\overline{H}$ doscientos mil
I. I	unidad	$\overline{I}$ mil
K. LI	cincuenta y uno	$\overline{K}$ cincuenta y un mil
L. L	cincuenta	$\overline{L}$ cincuenta mil
M. M	mil	$\overline{M}$ millón
N. XC	noventa	$\overline{N}$ noventa mil
O. XI	once	$\overline{O}$ once mil
P. CCCC	cuatrocientos	$\overline{P}$ cuatrocientos mil
Q. D	quinientos	$\overline{Q}$ quinientos mil
R. LXXX	ochenta	$\overline{R}$ ochenta mil
S. LXX	setenta	$\overline{S}$ setenta mil
T. CLX	ciento sesenta	$\overline{T}$ ciento sesenta mil
V. V	cinco	$\overline{V}$ cinco mil
X. X	diez	$\overline{X}$ diez mil
Y. CL	ciento cincuenta	$\overline{Y}$ ciento cincuenta mil
Z.II	dos mil	Z dos millones

La línea superpuesta multiplica el número por mil.

Pero volvamos al número mil, porque ninguna anotación de los números ha sido sometida a tantos cambios en el decurso de los tiempos como la anotación de mil:

—Ahora se representa con la letra M, que es de origen reciente, y se representa así por ser la primera letra de la palabra mil (mille), según la opinión de la mayoría.

—También se ha representado con el signo de la unidad inscrito entre dos ces CIC, una en sentido recto y la otra en sentido inverso.

—Se ha escrito mediante la X inscrita entre dos ces CXƆ.

—Se ha escrito con el actual signo del infinito ∞ u ocho tumbado.

—Paulo Manucio le representa mediante la unidad entre paréntesis (I).

—Pedro Giacconio en su libro de pesos y medidas lo escribe así ↀ.

—Mediante dos emes, una en posición normal y otra invertida m y ω (u omega).

—Mediante el siguiente signo X (5).

Por aparecer con tantas variantes, vamos a exponer en pocas palabras de dónde procede su origen.

El que se escribiera mediante el signo CIƆ entre los antiguos pienso que se debe a que ellos en un principio lo anotaban mediante una doble DD, pero que a través del tiempo fue suprimida una línea recta de la D, quedando así la I entre dos ces CIƆ, y que esto fue así lo demuestra el signo ↀ, que no es otra cosa distinta a dos des, una de las cuales está invertida y la otra en posición correcta, pero unidas. Así obtenemos el origen de la anotación CIƆ.

Sobre el origen del signo CXƆ sigo el razonamiento de Hostio y digo que es el mismo que el precedente: el millar se escribía entre los áticos con una X, por ser la inicial de la palabra χιλια, que significa mil. Una vez establecido el signo y recibido por los romanos en su censo, para que no se confundiera con la X que hace referencia a la decena, la circunscribieron lateralmente de esta forma CXƆ, así surgió después el signo resumen ∞, que también ha servido para representar el millar, como dijimos más arriba, porque si las dos ces (en sentido normal e inverso) se unen por los cuatro cuernos dan el signo ∞ como resumen gráfico, aunque Giacconio diga que se pudo

formar mediante el signo CIↃ, uniendo los cuernos con la I, lo que no rechazo, aunque la primera explicación esté más cerca de la verdad. Para Pablo Manucio esta nota milenaria se halla escrita de la forma siguiente [I] y busca el origen en el hecho de que sobre la C, como dijimos, en los primeros tiempos se escribiera el signo [y puesto que este signo representa lo mismo que la C, queda muy clara la razón por la que este número se expresaba mediante [I]. La representación del millar en esta anotación no es muy distinta a la omega ω de los griegos o m si se escribe a la inversa; digo que tienen el mismo origen que CIↃ, con una sola diferencia, que las dos ces con la I no se unen en el último caso y en el primero forman una unidad ω, introducida por los escritores que escribían muy deprisa y posteriormente aceptada en el uso corriente.

Unicamente nos falta por explicar el origen del signo X̲̄ como representación del millar. Algunos piensan que ha sido formado a partir de la X más dos líneas, una superpuesta y otra colocada en la parte inferior, de la forma siguiente X̲̄ y que al llegar a unirse con los cuernos se formó X̲̄ o por la unión de los dos triángulos que formaban DD, ya que los antiguos latinos las escribían en forma de triángulos, como anteriormente dijimos ▷ ◁ y uniendo los dos ápices de estas letras tendríamos el signo X̲̄, aunque la teoría anterior se acerca más a la verdad.

Estos son los signos simplificados del número mil, que los antiguos utilizaban de una u otra manera según les dictaba la razón, en orden a una grafía resumida. Son los siguientes:

1	2	3	4	5	6	7	8	9
M̄	CIↃ	CXↃ	∞	[I]	ↀ	ω	m	⊠

A partir de los signos anteriores se formaban todas las series de miriadas de la forma siguiente: en primer lugar, la mitad de los signos a la derecha del millar expresaban la mitad, por ejemplo IↃ significaba quinientos, que es la mitad del millar (CIↃ); mediante IↃↃ, que es la mitad de CCIↃↃ, se expresaba 5.000, que es la mitad de 10.000. El signo IↃↃↃ es la mitad de CCCIↃↃↃ y expresa 50.000, que es precisamente la mitad de

100.000 y así sucesivamente. Hay que tener en cuenta que estas letras se pueden repetir hasta cuatro veces. Así:

1.000	2.000	3.000	4.000
CIↃ	CIↃCIↃ	CIↃCIↃCIↃ	CIↃCIↃCIↃCIↃ

Una tercera repetición aparece en Cicerón en la 5.ª Verrina, según la edición de Pablo Manucio, cuando dice: «Tomó de lo mejor 3.000 medidas»;

3.000
CIↃCIↃCIↃ

aunque aquí influye mucho la forma de interpretarlo, pues se debería haber añadido IↃC esto es 600, ya que el número total es de 3.600.

El signo centenario C y el milenario M multiplican por su valor los signos colocados a su izquierda, como XM, que vale diez mil, LXM, tiene un valor de sesenta mil, CM representa cien mil, DM quinientos mil, MM un millón. Plinio en el libro 6, capítulo 23, usa el signo MM para referirse al millón, aunque hoy dos MM sumen 2.000. Cuando las anotaciones I, la unidad, X, la decena, C, la centena, se colocan a la izquierda de otros signos, les restan a éstos su propio valor y, si van a la derecha, se lo suman.

1	4	8	9	A la izquierda disminuyen su propio valor
I	IV	IIX	IX	
1	6	12	11	A la derecha aumenta su valor.
I	VI	XII	XI	
40	90	400		A la izquierdan disminuyen su valor.
XL	XC	CD		
60	110	600		A la derecha aumentan su valor.
LX	CX	DC		

La razón por la que en un principio se escribieron las cifras de forma abreviada IV-XIX-XXIX-XXXIX-XL, se basa

en el ahorro gráfico y en la claridad. para que no se repitiera tantas veces la unidad, la decena, la centena, etcétera. Así tenemos que CCIↃↃ expresa la cifra de diez mil, lo mismo que CMↃ o ĪM̄Ī, que multiplica por diez a CIↃ y que puede repetirse dos, tres y cuatro veces.

10.000	20.000	30.000
CCIↃↃ	CCIↃↃ CCIↃↃ	CCIↃↃ CCIↃↃ CCIↃↃ

En Cicerón aparece dos veces; en el libro 1.º a Attico, Epístola 5 dice: «L. Cincio H.S. X̄X̄C̄D̄ constitui me curaturum Id. Feb c.». En la siguiente epístola repite las mismas palabras, pero con los signos siguientes CCIↃↃ, CCIↃↃ, CCCC, «procuré escribirte con los signos megáricos como tú me habías escrito». En ambos casos se refiere a veinte mil cuatrocientos sestercios.

Con los signos IↃↃↃ se representa la cantidad de 50.000, la mitad del todo CCCIↃↃↃ que representa 100.000. Este ejemplo le tenemos en la Oración por Roscio Commodo, en la edición de Pablo Manucio, cuando dice: «Si paret H.S. IↃↃↃ...». La anotación completa CCCIↃↃↃ también la encontramos en Cicerón, en la Epístola 5 a Attico, cuando dice: «La casa Rabiriana de Nápoles, que tú ya habías medido y tenías edificada en la mente, la compró M. Fronteyo por H.S. CCCIↃↃↃXXX», esto es, 100.030 H.S. Lo que se puede enumerar cuantas veces se quiera como está patente en la citada Oración por Roscio Commodo de Cicerón, donde escribe H.S. CCCICCC CCCICCC, es decir 300.000 H.S., aunque sobre otros ejemplos se han dado interpretaciones erróneas que, por ignorancia de los intérpretes o de los trascriptores, parecen propias de perversos y depravados.

Para demostrar que nuestra interpretación es la genuina, haremos dos consideraciones sobre los monumentos de los antiguos que lo manifiestan con toda claridad. El primer monumento es el fragmento de la tablilla de la Columna Rostrata que aún subsiste en el Capitolio, de la cual podemos obtener la verdadera explicación de estos números; la que, para mayor constatación, será transcrita y cuyas deficiencias han sido su-

plidas por Pedro Giacconio en lo que afecta a la interpretación de esta columna.

Texto traducido de la Columna Rostrata (no se sigue la interpretación de Giacconio hoy desechada:(6)

«C. Duilio, hijo de Marco, cónsul, contra los Cartagineses en Sicilia manda una armada... «libró del cerco e hicieron huir del campamento a todas las legiones cartagineses y a los más altos magistrados a la vista de todo el mundo después de nueve días y tomó luchando la ciudad de Macela y fue el primero que siendo cónsul durante el uso de esta magistratura llevó a cabo con éxito una empresa con naves y el primero que equipó y preparó tropas y flotas navales y con estas naves luchando venció en alta mar, en presencia del dictador Aníbal, a todas las flotas púnicas, así como a las más poderosas tropas cartaginenses y por la fuerza se apoderó de naves con sus aliados, una de siete remos, 30 quinquerremes y trirremes, hundió 13. Se capturó oro: tres mil setecientas noventa y nueve monedas. Se tomó plata como botín: cien mil monedas. Bronce capturado en total: dos millones doscientas mil monedas. Y fue el primero también que donó al pueblo con un botín naval y el primero que llevó en triunfo a cartagineses libres».

En este texto aparece la rusticidad de la primitiva lengua latina juntamente con el modo de contar en campaña. Al hacer referencia a la expedición de Duilio contra los cartagineses en Sicilia, se hace relación exactísima del botín obtenido en la victoria, tanto respecto a las naves como a las monedas de oro, plata y bronce; donde, entre las demás figuras del millar, aparece tres veces este signo ↀ, juntamente con DCC, que dan la cifra de tres mil setecientos. El origen de este signo puede verse escrito más arriba; pues a continuación repite veinte veces la siguiente anotación CCCIↃↃↃ y, puesto que tiene dicho signo el valor de 100.000, si le sumamos los 21 signos obtendremos 2.100.000 en peso de cobre y bronce. Tuvo lugar esta victoria del cónsul Duilio contra los cartagineses el año CDXCIII, 493 de la fundación de Roma. Esta inscripción lleva otro signo del millar ↀ, cuya mitad, D, tiene un valor de quinientos; la anterior anotación se multiplicaba con otro círculo que la circunscribía ↂ, que tenía un valor de 10.000, el mismo que CCIↃↃ; a continuación viene la anotación con tres círculos

ↈ con un valor equivalente a CCCIↃↃↃ, esto es, 100.000, o sea, la unidad con tres ces a la derecha y otras tantas a la izquierda. La mitad de esta figura era representada con la mitad de los signos ↁ, que tiene el mismo valor que IↃↃ, esto es, 5.000, y el signo ↇ es equivalente a IↃↃↃ, con un valor de 50.000. Así tenemos:

1.000	ↀ	cuya mitad es D-I	=	500
10.000	ↂ	cuya mitad es ↁ I	=	5.000
100.000	ↈ	cuya mitad es ↇ I	=	50.000

Grutero hace mención de estos signos en las inscripciones que recoge, y así tenemos en la primera:

«T.PRAESENTIUS Q. F. HELVETIUS P.F.AED. OB HONOREM IN VIAM H.S. ↂ ↂ ».

La segunda es:

«TREBONIA OLIVIA ARBITR. MARCILIANI MA. IN FRO.P.XII IN A.P.P.XIIX COST. H.S. ∞ ↁ»; o sea, 6.000 sestercios.

Se ha hallado otra anotación en las inscripciones de los antiguos, formada de la siguiente manera ⧄, y que significa 8 a tenor de la inscripción siguiente:

«IMP.CAES. AUREL. VAL. DIOCLET, IMP. VIII. COS. □».

Algunos tratan de indicar que se trata de un cuatro gemelo con la siguiente figura X, porque así se escribiría más rápidamente dicha figura, y en eso se basan los que sostienen que no es más que un 4 duplicado, pero la figura duplicada presentaría esta forma Δ , que es la que resulta de la sección diagonal del cuadrado. Como ◁ significa cuatro, según la costumbre de los griegos, tendríamos que las dos figuras ◁ Δ equivaldrían a ocho, que es lo que indica ⧄.

Lo dicho hasta ahora supone un resumen, pues me decidí a hacer un epílogo que de alguna manera lo explicara todo.

La elaboración de las anotaciones numéricas que usaban los antiguos romanos está muy clara y no necesita de una exposición más amplia. Los signos numéricos han sido tomados de varios monumentos antiguos, y que en la amplia obra de

inscripciones que editó Grutero puede hallar el curioso lector.

RESUMEN DE TODOS LOS NUMEROS CORRESPONDIENTES AL ORDEN NOVENARIO:

Anotaciones de los millares íntegros	Significación en cifras	Anotaciones de las mitades	
M̄	1.000	D	500
CIↃ	1.000	IↃ	500
∞	1.000	D	500
[I]	1.000		500
ω o ω	1.000		
X̄	1.000	QC	500
ↀ	1.000		
ↂ	10.000	ↁ	5.000
IMI	10.000		
ↃM̄C	10.000		
XM	10.000		
X̄	10.000		
CCIↃↃ	10.000	IↃↃ	5.000
ↈ	100.000	ↇ	50.000
CCCIↃↃↃ	100.000	IↃↃↃ	50.000
C̄M̄	100.000		
ĪX̄Ī	1.000.000		
CMↃ	1.000.000	CQↃ	500.000
M̄M̄	1.000.000		

Para Fulvio Ursino existe otro monumento del que todos los demás que tratan estos temas dejaron la siguiente tabla de los números, que consideran ser la verdadera y genuina de los antiguos.

TABLA DE FULVIO URSINO QUE CONTIENE LA EXPLICACION DE LOS NUMEROS ANTIGUOS

	$\bar{I}\bar{X}\bar{I}$ 1.000.000	
O O O O	CCCI	O
Cuatrocientos mil denarios: al mismo tiempo 1.600 sestercios. De otra forma indicaban 16 sestercios.	100.000	500.000 denarios o 2.000 sestercios. De forma distinta se expresaban para referirse a veinte sestercios.
O O O O	CCI	O
Cuarenta mil denarios: al mismo tiempo 160 sestercios.	10.000	500.000 denarios o doscientos sestercios.
O O O O	∞	O
Cuatro mil denarios. De otra forma se refiere a los dieciséis sestercios.	1.000	5.000 denarios o 20 sestercios.
O O O O	C	O
Cuatro mil monedas de bronce o cuatro mil ases o cuatrocientos denarios.	100	5.000 monedas de bronce o quinientos denarios. De otra forma se expresan los dos sestercios.
O O O O	X	O
Cuatrocientos ases o diez denarios.	10	Cincuenta denarios o cinco ases.

O O O O	I	O
Cuatro denarios o cuarenta ases.	1	Cinco denarios.
O O O O		O
Cuatro ases.		Un quinario.
O O O O		O
Cinco onzas.		Una libra romana.

Fulvio Ursino fue el primero en descubrir la tabla antiquísima de bronce con las anotaciones de los números impresos en la misma tabla con plata. Fácilmente consta, según lo dicho, que los antiguos no conocían la forma de escribir las cifras superiores a los cien mil. En esta tabla tenemos la primera anotación hecha así ĪX̄Ī, que representa el millón. ¿Por qué esta letra X̄ está en medio de las dos II?; porque a través de la unidad con la línea encima los griegos representaban el millar y la X también expresa el millar, como se ha dicho, lo que hace que estas letras representan los millones mediante la línea superpuesta que duplica las notas formando un solo signo IXI. A partir de la media columna las tablas muestran las demás cifras milenarias hasta el uno, como tenemos delante de nuestros ojos; al lado izquierdo se expresa el valor en denarios reducido a sestercios y en el lado derecho se muestra una ampliación de denarios y sestercios.

En la tabla tal vez aparezca una profusión mayor de la que sería lógica, porque cuando los grandes números, superiores a cien mil, se representaban, sus límites se marcaban con puntos. Así tenemos el ejemplo de Plinio L. 33, cap. 4. Auri XVI.XX.DCCC. XXIX;* Budeo traduce este número de la siguiente manera: dieciséis centenas, veinte millares, ochocientos veintinueve, que pasado a cifras significa: 1.620.829. Pli-

nio también en L. 6, cap. 33 refiere este número $\bar{C}\bar{L}\bar{V}\bar{I}\bar{M}$, que traducimos por ciento cincuenta y seis centenas de miles de pasos. De lo anterior se deduce con claridad que los antiguos acostumbran a representar los números que pasaban de cien mil con una línea en la parte superior y que la parte izquierda superior era como un garabato, así IXI significa un millón. Expuesto lo anterior pasemos a otra cuestión, es decir, al origen de las cifras.

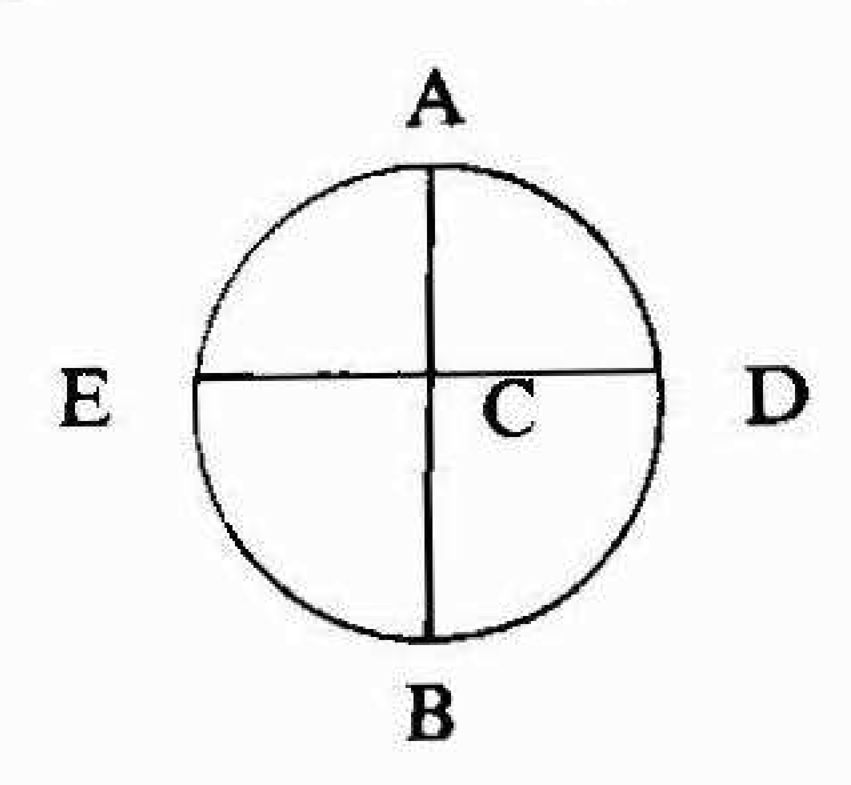
Capítulo VI

Sobre el origen y elaboración de las cifras o números que hoy están en uso

Una vez estudiadas las anotaciones aritméticas de los antiguos latinos, que vulgarmente se llaman cifras y que casi todo el orbe utiliza actualmente, vamos a proceder a su explicación, y puesto que una gran parte de esta cuestión puede considerarse discutible, actuaremos con la máxima diligencia posible para que, en la medida que la debilidad del ingenio lo permita, lo tratemos con la mayor exactitud. Para ordenar bien este trama desde el principio, debe saber el lector que los brahamanes, según la opinión de todos los autores, se dedicaron, desde el principio, al estudio de la Filosofía y de la Aritmética. Estos habitaron aquella parte de la India que hoy denominan Indostán, cuyos estudios, costumbres y disciplinas describe elegantemente Heróstrato en la vida de Apolonio Tianeo. Estos eran vecinos de la Arabia feliz y los habitantes de Arabia se extendían a través del Oriente por el litoral del mar Eritreo, por lo que entre ellos había costumbres recíprocas originadas por la mutua y recíproca negociación de los vecinos por el lado ulterior y citerior. Este comercio que suponía la compra y venta de mercancías no se podía llevar a cabo sin los números. Al darse cuenta los árabes del insigne compendio de números y anotaciones que los brahamanes usaban como anotaciones arcanas de los números, con el tiempo llegaron a hacerlo suyo: por este motivo he podido leer en el libro árabe «Abenragel» la introducción a la Astronomía y las anotaciones de las cifras.

Los números de los indios han sido elaborados por los sabios brahamanes a partir de la figura del círculo. Esto sola-

mente se ha podido hacer así, ya que durante mucho tiempo se ha reflexionado sobre ello, hasta que cayó en mis manos el libro árabe denominado «Magritan», equivocamente «Margarita», en el que el autor, al hablar de los signos astrológicos, escribe los caracteres numéricos y enseña que su elaboración partió del círculo, de la siguiente forma:



Estos primeros sabios dividieron el círculo, como el fundamento místico de toda la Astrología, en cuatro partes y, a partir de él, elaboraron ciertas letras y números místicos, representando el diámetro vertical con las letras A B y el horizontal mediante las letras E y D.

Después formaron los ángulos o cuadrantes	ACD	Así formaban las letras	L
	ACE		⅃
	BCD		Γ
	BCE		ꓕ
Del semicírculo lateral	ADB		⊢
	AEB		⊣
Del superior	EAD		⊥
Del inferior	EBD		T
De la sección de los diámetros	ADBE		⊗

De aquí salieron las nueve cifras que después siempre usaron los árabes: Es decir:

Mediante el diámetro vertical representaban		١	1
Por el semicírculo de las líneas	ABCD	٢	2
Por el semicírculo	EAD	٣	3
Por el semicírculo con el arco anexo	ADB	٤	4
Por el semicírculo	ADBE	o	5
Por el semidiámetro con el arco	AB	4	6

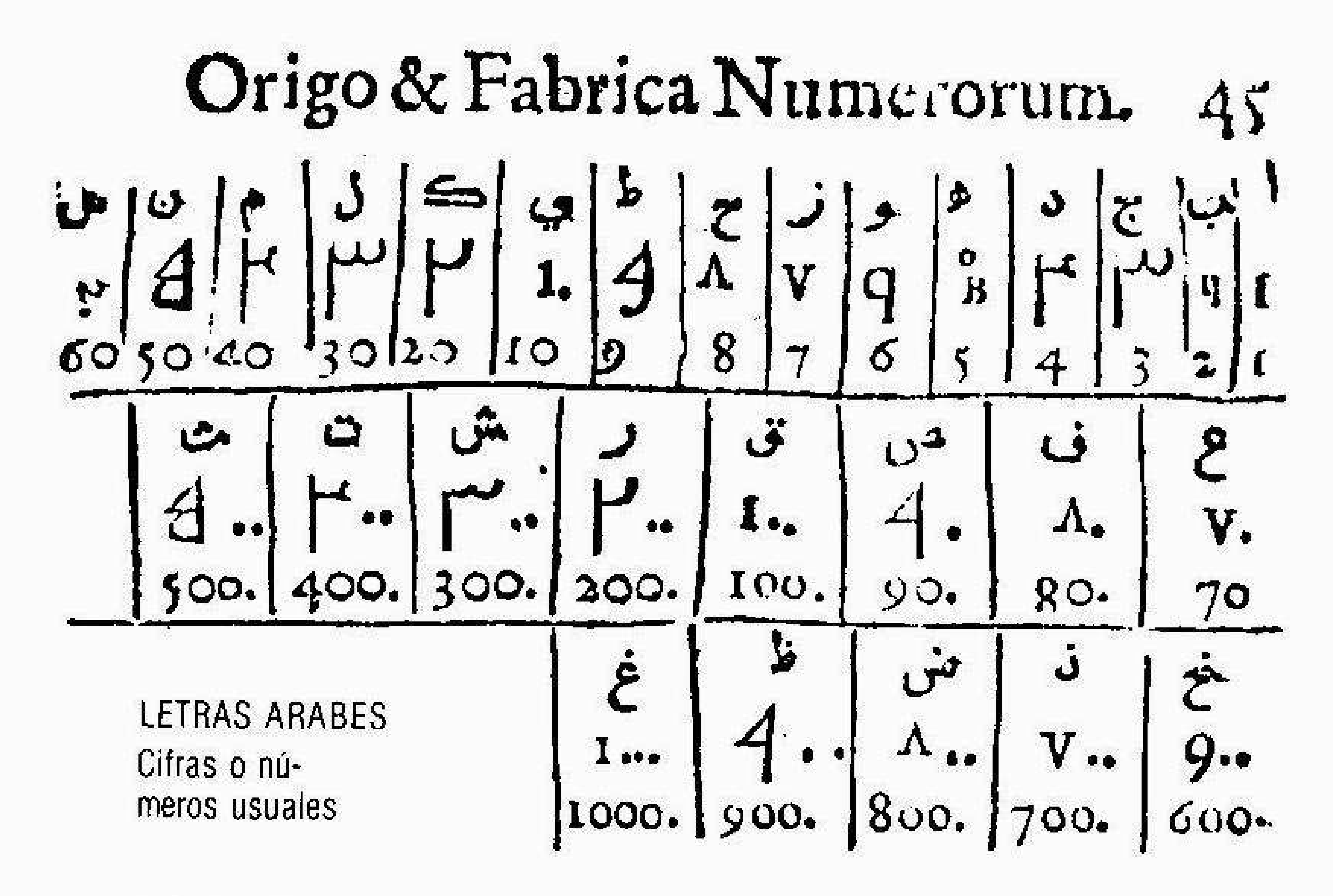
Mediante el ángulo	ACD	v	7
Mediante el ángulo	BCD	ʌ	8
Mediante la figura		4	9
Por el punto del círculo		. . .	10

Esta teoría ha sido tomada de la doctrina de los árabes, quienes dividen estos caracteres en tres clases, a las que llaman místicas o, en árabe «ruchamiun», ésto es, espirituales, y que aplican a los tres mundos: elemental, sideral y angélico. En ellos veían ocultos ingentes misterios que de forma supersticiosa se imaginaban. Sobre el origen de estos signos hemos tratado ampliamente en el segundo tomo de Edipo, donde hemos expuesto las razones por las que estos números procedían de los sabios de la India, sobre todo, en la parte I del tomo III, al hablar de las letras simbólicas de los bramahanes. Expuesto lo anterior, ahora vamos a tratar del rombo.

Las cifras de los árabes que denominan Harruph el Hend y consideradas como indicativas, proceden de los indios, según lo confiesan los mismos árabes y los griegos, como después veremos. No existen datos sobre la época en la que se hizo la transferencia y cuanto podemos deducir por conjeturas se refiere a la época de los mahometanos, quienes hablan de la Héjira de Mahoma alrededor de trescientos años después, del nacimiento de Cristo unos novecientos años, según el círculo de los años; porque entonces los árabes, según la historia sarracena, tenían bajo su imperio a los persas, carmanos e indios y suponemos verosímil el que a través del comercio con los indios y demás regiones circundantes fueran introducidas estas anotaciones o cifras: las que después se propagaron a través de Egipto, Libia y demás regiones de Africa al Océano Occidental y que siempre estuvieron vigentes entre los árabes. Después, con su entrada en Grecia y España, al ser ya parte de su cultura, fueron traducidas no solo a las naciones europeas que las desconocían, sino que incluso llegaron a constituirse de derecho público en todo el mundo. Para averiguar ésto con exactitud, he consultado antiquísimos códices griegos, latinos y árabes, sin poder encontrar indicio de estas anotaciones antes del año 430.

Para poder profundizar un poco más en este tema, debe-

mos saber que los árabes usaron dos formas de anotaciones aritméticas; la primera, como después probaremos, se formó a partir de las letras del alfabeto árabe, como consta con toda claridad. En la segunda forma haciendo caso omiso del orden alfabético de las letras árabes, siguen con toda exactitud el orden y el método de las letras hebreas, así hicieron uso de estas representaciones numéricas muchos escritores árabes, como Abensina, Averroes, etcétera, entre los cuales está el intérprete de Euclides, Tauso Arabs. Posteriormente las cifras se mezclaron con el uso; pero para que lo dicho aparezca con toda claridad, creo oportuno colocar las letras del alfabeto árabe junto a sus cifras.



Todos los árabes y los cristianos coptos usaron estas letras indistintamente en los códices sagrados entre los años 700 y 800, tal como aparece en las introducciones a los sagrados códices. Tengo en mi poder una amplia serie de astrolabios de latón, hechos en Africa hace más de quinientos años, en los que las anotaciones están hechas solamente con letras árabes, aunque en otros libros antiguos de Astrología he podido comprobar que las cifras usadas para los cálculos eran las más aptas. Pero en es-

te lugar no tenemos el propósito de demostrar la antigüedad. El fundamento de la cuestión, en estos instantes, radica en saber en qué momento se propagaron estas cifras a través de los árabes, primero por Grecia y España y despúes por toda Europa, lo que investigaremos con todo cuidado y máxima diligencia; pero como es débil nuestro ingenio, esperamos estar prestos con la ayuda de Dios.

El primero que utilizó entre los griegos esta clase de números en su Aritmética fue Máximo Planudes, cuyo libro aún se conserva en la Biblioteca Vaticana incluido en un códice antiquísimo. En él llama a estas anotaciones *zifras* y demuestra claramente su procedencia de los indios. El título del libro es:

«Ciencia calculatoria según los indios del sapientísimo filósofo y monge Máximo Planudes», denominada así por otros sapientísimos astrónomos, que con gran diligencia ha sido elaborada en beneficio de los números: de él son estos nueve signos:

α	β	γ	δ	ε	ϛ	ζ	η	θ	ι
1	ϸ	ϻ	ρ	δ	ϥ	ν	λ	9	ο
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10

Anteriormente hemos dicho de los griegos aquello de lo que teníamos constancia; fue el eximio Máximo Planudes quien hizo la descripción de estas anotaciones de las cifras en su Aritmética, pues antes que él, ni Psello, ni Platón, ni Ptolomeo, ni Diafanto, ni ninguno de los anteriores a él adornaron sus obras de Aritmética o Astronomía con estas anotaciones. Como Planudes, según puede leerse, dedicó alguna de sus obras a Miguel Paleólogo, emperador de Oriente, se deduce claramente la época en la que vivió y que, según el erudito León Allacio, fue alrededor del año 1270, lo que concuerda con las historias de los griegos y latinos. Si esos años los restamos del año presente 1665, nos quedan 395 años, los que hace que vivió el referido Planudes. Puesto que ningún célebre aritmético o astrólogo hizo uso de esta clase de signos antes que él, queda muy claro que Planudes fue el primero que propagó estas anotaciones como muy aptas para efectuar los

cálculos, tal como él mismo confiesa, precisamente en el momento en el que estaba declinando poco a poco la monarquía griega y cuando, por el contrario, turcos y sarracenos iban encontrando la puerta abierta para irrumpir bajo el mando de Bazacre en las provincias marítimas de Grecia y Asia. Estos datos los comprueba Scáliger con su cálculo. Este fue un curiosísimo investigador de estos temas, por eso descubre sabiamente la verdad al explicar la moneda constantiniana y en otras cartas suyas indicativas. El año en que Scáliger escribió estas cosas fue el 1606, que restado de 1270 años del Imperio Paleólogo nos da 336 años. Scáliger dice que fue precisamente ese año en el que dichas anotaciones pasaron de los árabes a los españoles. Para que el tema sea totalmente transparente, he creído conveniente transcribir aquí las palabras de Scáliger, quien, en una carta enviada a Marco Frehero explica la moneda de Constantino Magno que le han dado, pero impulsado por todo tipo de ruegos. Estas son sus palabras: «La insigne moneda de Plata del distinguido varón Frehero constituye un argumento para los caracteres aritméticos 2.3.4. 2.3.5. que fueron transferidos a nosotros hace más o menos trescientos años por los árabes, que en un principio eran distintos a nuestros números actuales, pero que, con posterioridad y a través de los años, fueron cambiando de forma, adquiriendo la que hoy está en uso; de esta manera la moneda ha confluido hasta nosotros, pero no en aquel siglo en que los cristianos aceptaron estos números, sino en aquel en que fueron transformados, esto es, a lo largo de los años. ¿Fueron tomados de los griegos? Tengo razones para suponerlo, porque lo hicieron en muchos libros de astronomía, de lógica y de contabilidad de los eclesiásticos escritos poco antes y poco después de la caída del Imperio Constantinopolitano, y los números de todos ellos no fueron elaborados con extraños caracteres, sino con letras griegas. Finalmente, los primeros en aceptar esos caracteres de los moros fueron los cristianos españoles y de los españoles los recibieron los demás cristianos latinos y de ellos los recibieron los griegos, si es que éstos realmente los aceptaron: aunque damos por supuesto que los aceptaron, nunca fueron conocidos por el pueblo entre los griegos, de modo que no fue necesario acuñarlos en esta moneda, porque serían comprendidos por muy pocos. A nosotros nos consta que la acuñación de la moneda es recien-

te, pero las formas esculpidas son viejas y de algún antiguo libro o pintura de alguna iglesia, ya que con las mismas formas vemos hoy muchas piedras preciosas de reciente tallado, pero con gran antigüedad en el argumento».

De las anotaciones de las cifras inscritas en la cara posterior de la moneda se colige que no era corriente en tiempos de Constantino Magno, pero que en los tiempos posteriores las citadas cifras fueron admitidas con el universal consentimiento de los cristianos. En cierta carta a Alberto Pigio expresamente se dice que hallándose ausentes en todos los manuscritos de los antiguos, nunca, sin embargo, se hallaron anotaciones anteriores a éstas de hace 350 años. Como Scáliger no determina el tiempo y ocasión en que se dieron a conocer por primera vez en Europa, nosotros nos ratificamos y pensamos que el tema no es lo suficientemente conocido por la cronología astronómica, por lo que debe llevarse a cabo un mayor estudio, hasta que se pueda demostrar todo lo posible este asunto. La cuestión está así.

El año de nuestra salvación, 1240, Alfonso, Principe de España e hijo del rey Fernando el Santo de Castilla, se dedicaba, como impulsado por una fuerza natural, al estudio de las letras y, de forma especial, al cultivo de las disciplinas astronómicas. Impulsado por esta afición, había hecho progresos increibles en estas disciplinas, hasta el punto de provocar hacia su persona la admiración de todos los ánimos. En este tiempo en el que astrónomos y matemáticos acudían a él como si fuera un oráculo y habiendo estado interrumpidos los estudios sobre las estrellas durante muchos años, es decir, desde la época de Ptolomeo hasta él, y comprobándose que los descubrimientos habían sido muy deficientes hasta ese momento, se llegó al conocimiento de los errores cometidos, bien el príncipe por sí mismo, bien asesorado por otros y, mediante una ponderación sensata de los mismos, decidió poner el remedio de la forma que fuera menester. Llegó a sus oídos la noticia de que los mejores astrónomos se encontraban en Africa, tanto entre los árabes como entre los judíos, quienes poseían unas tablas exactas sobre el movimiento de las estrellas. Una vez que ya había tomado conciencia de la importancia del tema, trató de esclarecer cualquier duda que existiera en su ánimo, para ello llamó a todos aquellos que en ese momento eran

famosos en la ciencia astronómica, aun a costa de cuantiosos gastos. Entre los convocados estuvieron, según se narra en la Historia Astronómica de Cristmano, Riccio, quien trató ampliamente sobre la introducción al Almagesto de Ptolomeo, Alfarabio, Abenragel, Profatio, Mahumed, Haomar y, entre otros príncipes, Isaac Hazan, cantor hebreo de la sinagoga de Toledo. Todos éstos llevaron consigo los códices de las tablas astronómicas, comenzaron la corrección de las viejas tablas y elaboraron la famosa obra que lleva el nombre de Tablas Alfonsinas, que fue la primera en publicarse. Tuvo tanta aceptación la obra, que por ella el rey Alfonso obtuvo merecidamente la gloria inmortal para su nombre y le quedó el sobrenombre de Sabio para la posteridad. Con ocasión de este congreso astronómico, las cifras aritméticas que estaban grabadas en las tablas de los árabes, y que con anterioridad habían tomado algunos astrónomos y matemáticos españoles de los moros, fueron introducidas primeramente en la descripción latina de las tablas y después fueron aceptadas por todos los escritores de temas astronómicos; mientras que antes de la edición de estas tablas solamente eran grabadas las tablas con anotaciones latinas.

El año que el rey Alfonso comenzó esta obra, según testimonio de Mariana, fue el año 1240 después de Cristo, y el año 1252, tras la muerte de su padre Fernando, tomó posesión del gobierno del reino y publicó la obra, tal como lo demuestra el padre Riccioli en su Crónica Astronómica, que concuerda con los historiadores árabes.

La obra es verdaderamente regia, pues en ella se habían gastado cuarenta mil monedas de oro, y con su novedad encendió los ánimos de todos los latinos. De la novedad provino la curiosidad a la que siguió la fama de la obra, cada día más creciente por Europa, dando lugar a que se considerara feliz todo aquel a quien se le concedía la facultad de comentarla. Por esta razón se multiplicaron rápidamente los manuscritos por Europa (la tipografía aún no se había inventado, ya que fue en 1400 cuando la dio a conocer a todo el mundo Juan Fausto en Maguncia). A partir de este momento las nuevas anotaciones de los números fueron aceptadas por todos, tanto por resultar fáciles para la escritura, como por su aptitud para el cómputo, convirtiéndose así en un bien público.

Desde el año 1252, en que por primera vez llegaron a nosotros las cifras aritméticas, hasta el año 1606 en que escribió Scáliger, han pasado 345 años; y hasta el año 1665 son 413 años. Cuantos escritores hicieron mención de estas cifras desde hace setenta años colocan su paso a españoles y griegos alrededor de 300 o 400 años antes. Queda así claro a partir de la aritmética de Planudes, como dijimos antes, que estas anotaciones de las cifras fueron tomadas alrededor de 1270 y editadas en el imperio de Miguel Paleólogo, hace unos 392 años.

Casi todos los escritores están de acuerdo con estos datos: Scáliger, cuyas palabras citamos antes, coloca el origen de estas cifras unos trescientos años antes de su época, siguiéndole Grutero y Hermann Hugo, aquél en los libros que escribió y que denomina: «Lámpara de las artes» y éste en su opúsculo sobre el origen de la escritura, donde dice: «Las anotaciones bárbaras de los números que hoy usamos, llegaron a nosotros hace solamente unos trescientos años, procedentes de los árabes. Fueron los españoles quienes primero las recibieron de los moros y después todos los latinos las tomaron de los españoles». También está de acuerdo con los anteriores Mateo Hostio en su libro sobre la forma correcta de contar. El Teatro de la Vida Humana, en el Tomo N., fol. 64, dice: «Las anotaciones bárbaras que llamamos cifras son recientes y se puede pensar que primeramente fueron introducidas por los moros en España y después comunicadas por los españoles a todas las provincias de europa.»

Ciertamente fueron comunicadas primero por los moros, como lo demuestran las mismas anotaciones, que apenas se diferencian de las latinas, como puede verse en el siguiente ejemplo:

Cifras latinas: 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0.

Cifras bárbaras:

Aquí puede verse como la unidad bárbara coincide con la latina. El dos también concuerda, con la única diferencia, justificada por la costumbre árabe de escribir a la inversa que los latinos y se suprime la línea. De igual manera la cifra tres no es otra cosa que la inversa de su correspondiente árabe; a la cifra terna-

ria sigue la latina 4 y la árabe 4. Tampoco el cinco árabe se diferencia sustancialmente de su correspondiente latino, únicamente porque el árabe se cierra y es inverso, pero si le invertimos y le quitamos el cerramiento tenemos exactamente el cinco latino. El seis latino recuerda exactamente al seis árabe, aunque invertido. El siete latino es el mismo siete árabe invertido. El ocho árabe es el que más se diferencia del ocho latino. ¿Porqué se diferencian?, solamente lo podemos explicar por conjeturas; es posible que en otro tiempo al número Λ le sobrepusieran V y de cuya sobreposición naciera la línea inferior del ocho X, ésto no es inverosímil y entre los coptos está en vigor. Como los árabes se fijaban en el conjunto, les era más fácil expresar el ocho con el mismo signo del siete invertido. No hay realmente diferencia entre el nueve latino y el árabe. Finalmente, la cifra que los árabes representan por un punto, los latinos la expresan mediante un círculo O; es la que vulgarmente llamamos cero, aunque en Planudes puede hallarse esta cifra representada bajo la forma de círculo. No es extraño que se incurra en alguna pequeña diferencia, ya que hay varios modos de escribirlas e, incluso hoy, podemos observar estas variantes.

Algunos ponen objeciones a los números 9 S Λ, que responden a nuestros 4, 5 y 7, por haber sido inventados hace más de trescientos años en Inglaterra y coincidir plenamente con los modernos. Respondo que estas anotaciones, como se ha explicado en las diversas escuelas, no conllevan una diferencia específica, sino que más bien coinciden plenamente con las modernas, salvo muy pequeñas diferencias. En el 4 es tan mínima la diferencia que no podemos dar la más ligera explicación lógica, únicamente considero que se debe al uso común de los escribientes o de algún escribiente particular que así lo hizo y después pasó a ser costumbre. Hoy mismo se escriben las cifras de tan diversas maneras según los escribientes que no es pequeña la diferencia entre estas notas ya extendidas por todo el mundo.

Pero para que esta cuestión se asiente en testimonios más amplios, oigamos a Pedro Ramos, quien en el libro IV de las matemáticas escolares, folio 117, hace un compendio de lo que hasta este momento se ha dicho sobre las anotaciones bárbaras, y no deja de ser importante el testimonio aportado con estas palabras: «Los números o anotaciones que aquí se describen, son recien-

tes, nunca las usaron Euclides o Deon, tampoco Arquímedes o alguno de los antiguos. Nicómaco dice que la representación del número por unidades es algo natural y sin importancia, por lo tanto simplicísimo. Para los griegos las letras se formaron en virtud de la ley y la determinación de los hombres: así tenemos I.10. k.20, etcétera, que tienen su significación. Entre los antiguos ninguno anotaba con estos signos 1. 2. 3. Otros hacen referencia a los fenicios como inventores, por el hecho de ser comerciantes; otros a los indios. Juan de Sacrobosco, cuyo sepulcro está en el Comicio Maturiense de París, hace referencia a los árabes, y no es rara esta opinión, ya que los árabes llegaron a poseer el orbe, luego pudieron muy bien dominar también las ciencias, lo que no deja de ser lógico. De hecho muchos de sus escritos han sobresalido en Filosofía, Medicina y Matemáticas, llegando *alegorismo* a suplir a la palabra *aritmética, almagesto* a *síntesis magna,* por que es una expresión de los árabes, «arizmos» en griego significa número y «megison» magno; luego los nombres de alegorismo y almagesto han sido formados por la mezcla de palabras del árabe y del griego. Cualquiera que haya sido el inventor de las diez anotaciones merece la mayor alabanza; tanto complace este invento, que merece el acatamiento de todos los pueblos, como queda patente en los libros editados en griego, latín y hebreo; de hecho hoy todos llaman cifras a estas anotaciones y tiene el mismo significado numerar que cifrar». Hasta aquí Ramos. Juan de Sacrobosco, cuya mención hace Ramos, fue el primer francés que insertó estas anotaciones en sus libros, como después diremos.

Lucas Gaurico confirma nuestra opinión en un discurso sobre las alabanzas de la astronomía ferraria. Estas son sus palabras: «Y en la escritura no nos beneficiaron menos los árabes juntamente con gran parte de los hebreos, quienes nos aportaron sus descubrimientos; la mayor parte de los cuales colaboraron en España con el rey Alfonso a la restauración de la Astronomía, Omar, Haly, Abenragel, Geber Hispalense, Jacuto, Calo Calonymo y otros muchos».

Pédro Nonio en la introducción a la esfera de Juan de Sacrobosco dice que procedieron de occidente, de los árabes, y lo confirma con estas palabras: «Pues aunque los árabes tomaron posesión de la cultura dejada por los griegos con gran entusiasmo,

hasta el punto de propagar sus conocimientos en Occidente hasta España, sin embargo, sus escritos manifiestan que esta nación tan inquieta no solo trabajó en la observación de los movimientos, sino también en la adivinación mediante números, de la cual eran tan deseosos, que no se conformaron con la astrología de Ptolomeo, sino que elaboraron otros muchos géneros de adivinación, para que los nuestros se sintieran apoyados por numerosos descubrimientos de los árabes que después les permitiera dedicarse a la Astronomía con excelentes resultados».

Lo que se dice de la superstición de los árabes mediante los números, es cierto: con estas cifras se ponen fuera de si de tal manera, que sin ellas no toman ninguna deliberación, ni astrológica, ni genética, ni apotelesmática, ni profiláctica. Esto lo hemos tratado en el segundo tomo de la Cábala Sarracena y en la Magia Jeroglífica ampliamente y ahí remitimos al lector.

Falta, como corolario de este capitulo, referirnos al testimonio de P. Riccioli en la introducción a su Nuevo Almagesto, allí, ponderando sobremanera lo dicho, se expresa así: «Al errar de forma manifiesta las tablas de Ptolomeo sobre la sucesión del tiempo de acuerdo con el cielo, Albategnio en el siglo noveno, Azofro, Arzael y Geber Hispalense, juntamente con los matemáticos tybennenses de los persas, determinaron reestructurar el sistema de los movimientos celestes; en esta época los coptos, cautivos de los sarracenos de Alejandría, habían transmitido sus conocimientos astrológicos a los árabes; los judíos disertaban con los árabes no sólo sobre la superstición cabalística, sino también sobre los delirios astrológicos que debían ser estabilizados a través del movimiento de las estrellas y sobre los mismos movimientos del cielo. Ante esta confusión el rey Alfonso mandó elaborar las Tablas Alfonsinas que fueron editadas en 1252, pero, renovadas según la norma de Albategnio, se editaron de nuevo el 1256, en cuyo año Juan de Sacrobosco divulgó su esfera en el mismo París.

Y esto es lo que sobre el origen de las cifras he comentado, no teniendo en cuenta la categoría del tema, sino la angustia del tiempo. Pienso haber llegado a la demostración exacta de la verdad a partir de los pocos códices que he consultado dentro de los otros muchos que existen con más de cuatrocientos años de antigüedad.

PARTE II

SOBRE ALGUNOS MISTERIOS DE LOS NUMEROS QUE LOS PRONICOS DENOMINAN PROPIEDADES

Prefacio

Al lector

Explicados el origen y la elaboración de los números, nos falta dirigir la pluma a determinadas propiedades que llevan consigo. De tal manera está distribuido el ingenio humano, que si capta algún efecto extraño de las cosas, ya sea en las matemáticas o en las ciencias naturales, cuya causa ignora, surge inmediatamente la admiración, desconozco si se trata o no de algo divino; los griegos lo llaman «lo divino», que está latente dentro de los hombres y que ellos piensan en su eficacia para obrar. Esto sucede en otras cosas, pero sobre todo en las maravillosas propiedades de los números, tal como las llaman los prónicos: al advertir estas propiedades los filósofos de Oriente, los árabes, los caldeos y los hebreos, desconozco a través de qué prodigiosas operaciones, bien mediante su artificiosa disposición, bien a través de la reunión de todos en una y misma suma hecha en algún sentido capaz de producir cierto olor; atónitos de admiración, no lo podían hacer sin que algo maravilloso y oportuno surgiera capaz de atraer los genios que dentro de ellos estaban escondidos, lo que tenían, por cierto, con una excesiva credulidad. Sucedió que lo que en si era puro y sincero, tenía razones apodícticas y correctamente fundadas para la aritmética y la geometría, fue aplicado a impías supersticiones. Se atribuyó a los números y de igual manera a sus signos una eficiencia natural, cuya experiencia puede comprobarse en la opinión de todos los filósofos, pero el enemigo del género humano, mezclándose en las operaciones de los números, no dudó en esconder estos maravillosos efectos con el velo sutil de la superstición, y de tal manera los colocó que se podían llevar en los amuletos y collares, y una vez unidos los vocablos sin significación en sí en los mismos bárbaros, se podían consagrar impíamente a los siete Genios Planeta-

rios del mundo, con el único fin de enredarlos en su fanático comercio y llevarlos a sus lazos con perjuicio de su felicidad eterna. Para que cada uno se libre a sí mismo de este peligro, en esta segunda parte expondremos las fuerzas y propiedades de algunos números según las leyes geométricas, para que la razón matemática quede en ellos totalmente evidente y lo mismo el origen de la superstición nacida con ocasión de estos números y aquella virtud por la cual estos números se creía que obraban eficazmente por la impía persuasión de los mortales incautos; lo que debe ser conocido para mayor cautela.

Capítulo I

De los admirables efectos de los números

Es cierto que los egipcios, al menos ciertos filósofos, tenían unos números arcanos dedicados a los siete dioses principales; cuáles fueron estos números y a qué dioses estaban dedicados o qué usos tuvieron, lo trataremos de demostrar. De ellos habla así Abenuaschia, al tratar del culto de los egipcios: «Recordaron los filósofos egipcios porqué estos números (siete) tenían entre ellos tanta veneración, porque consagraban a sus siete dioses; a saber, Saturno, Júpiter, Raphan o Marte, Sol, Venus, Mercurio y Luna. A Saturno le dedicaban estos números: 3.9.15.45. A Júpiter: 4.16.34.136. A Marte: 5.25.65.325. Al Sol: 6.36.111.666. A Venus: 7.49.175.1225. A Mercurio: 8.64.260.2080. Finalmente a la Luna le dedicaban: 9.81.369.3321. Tenemos los números que llevan en sí el misterio y ahora vamos a conocer su origen (7).

Hay que hacer notar que entre los ascetas de Egipto, discípulos de Pitágoras, se aprendían ciertas disposiciones arcanas de los números a las que solamente atribuían el que no todo se podía demostrar con ellos en la naturaleza. Y concibiendo la misma, incluso a la misma unidad, generadora de todos los números, la consideraban únicamente semejante a sí misma y no a ningún otro número, por el hecho de que la lleva en sí (ésto es, porque no afecta a ningún otro número) siempre es la misma y semejante a sí, por lo que llegaron a decir sin temeridad que era el rey de todo el cuerpo y señor de todas las acciones, incluso que era la misma ley divina que gobierna todas las cosas. El primer número nacido de la unidad geminada, el 2, fue considerado como criterio sujeto a mutación y movimiento no consistente, dando otras denominaciones a los nombres de los otros números. Rápidamente observaron los cuadrados que explicaban la razón

de todas las cosas en un mundo séptuplo. El cuadrado es un número que se genera por la raíz que lleva en sí. Si comenzamos por la unidad, diremos que es indivisible e inmultiplicable, pero no por eso infecunda, que preside a todos los números y ninguno la preside a ella, ya que es la madre y principio de los números; los otros siempre están sujetos a la división, solamente la unidad en sí misma se restituye siempre a su misma unidad, no está sujeta a otros números y es la raíz de su propia variedad, es el cuadrado y el cubo, constituyendo también la unidad de esencia y naturaleza inmortal de Dios, exenta de toda diversidad y alteración, se reconoce en todas sus partes, solamente existe en la diversidad para conseguir la unidad del número. Puesto que todo comenzó de una suprema y arquitectónica Mónada (unidad) del mundo, el orden de los números procede de esa unidad, no hasta aquí o hasta allí, sino donde quiera que esté el orden al que ella se refiere y que correctamente ha sido establecido. Ahora vamos a pasar expresamente a los misterios de los cuadrados de los números.

Debemos tener en cuenta que lo mismo que dos cuadrados tienen uno proporcional intermedio, del mismo modo dos cubos tienen dos números proporcionales intermedios, por ejemplo, si al dos le multiplicamos por sí mismo se forma el cuadrado cuatro, si le elevamos al cubo tenemos el ocho; lo mismo sucede con el tres multiplicado por sí mismo, nos da el 9 y al cubo el 27; si al 3 le sumamos consigo mismo obtenemos el 6, creándose así el medio de los cuadrados proporcional entre 4 y 9; de este modo, 4.6.9. están en proporción del 6, ya que lo mismo que está el 4 respecto al 6, lo está el 6 respecto al 9. Si además la raíz 2 se multiplica por el medio proporcional y lo mismo hacemos con la raíz 3, surgen el 12 y el 18, esto es, dos medios proporcionales entre dos cubos: 8 y 27, así 8, 12, 18 y 27 están en la misma proporción sesquiáltera continua. Esto mismo se puede hallar en la unidad que tiene la misma fuerza comunicada a los números, pues la unidad lleva esa fuerza en sí misma, aunque siempre se mantenga idéntica, porque si la comparamos con los números que generó, debe ser tenida en cuenta bajo el mismo criterio. Si extrajéramos la fuerza que lleva en sí la unidad se produciría un cierto cuadrado dotado de fuerza; si de nuevo la fuerza latente en la unidad se aplica a la fuerza del cuadrado, se obtendría la fuerza del cubo 1. Si posteriormente la fuerza que tiene la unidad se co-

loca en dos lugares, tendríamos dos medios proporcionales. El 4 se produce del binario que tiene fuerza, lo que significa que 1, 2, 3 y 4 están en doble proporción y si se aplica primero la fuerza del lado 1 y después del lado 2, en el 2 binario aparece el medio proporcional de los cuadrados 2 y 4, también obtendrán su valor los cubos, surgirán ocho cubos proporcionales, teniendo así que 1, 2, 4 y 8 están en proporción duple contínua. Si de nuevo tomamos el 2 como raíz y se obtiene de él el medio proporcional, obtendremos el cuatro (4), quedando así el 2 y el 4 entre el 1 que se presenta como el cubo, y entre el 8 tendremos otro cubo y los medios proporcionales serán 1, 2, 4 y 8.

Los pitagóricos aplicaban esta unidad a todas las unidades, a las raíces, a los cuadrados, a los cubos, incluso complicaban en ella al Dios Eterno e Inmenso, era como el primer cuadrado o cubo de la naturaleza de Dios en el que todas las cosas son uno. El segundo cuadrado era cuaternario producido por la fuerza del 2 aplicada sobre sí, al que asimilaban a la materia imperfecta, sumergida en el abismo de la Mónada poderosa. El tercer cuadrado, el 9, se produce aplicando la fuerza del 3 sobre sí mismo, dedicando este número a Saturno. El cuarto cuadrado, 16, surge de multiplicar el cuatro por sí mismo y le dedicaban a Júpiter. El quinto cuadrado, 25, surge de multiplicar el cinco por sí mismo y el producto se dedicaba a Marte. El sexto cuadrado, 36, surge de multiplicar el seis por sí mismo y está dedicado al Sol. El séptimo cuadrado, 49, surge de multiplicar el siete por sí mismo y está dedicado a Venus. El octavo cuadrado, procede de multiplicar el ocho por sí mismo, 64, y el producto se aplica a Mercurio. El noveno cuadrado, finalmente, procede de multiplicar el nueve por sí mismo, 81, y el producto se dedicaba a la Luna. Los cubos, en el mismo orden que los cuadrados, se dedicaban a los dioses y a los Genios Elementales, como después se dirá. De estos nueve cuadrados obtenidos, consideraban que procedían los dos primeros de la unidad y del par; el cuadrado de la unidad, alejadísimo de toda sublimidad de la inteligencia humana; el cuadrado binario, 4, imperfecto por la materia que le envolvía. Los otros siete cuadrados estaban dedicados, cada uno de ellos, a una divinidad, como ya hemos dicho. El primer cuadrado, después del binario, 9, que surge del tres sobre sí mismo, estaba dedicado a Saturno; se basaban en la

razón siguiente: cuanto más cercanos al Supremo Dios de los dioses y a la Suma Unidad, o Unidad Supramundana, tanto más simples deberían ser y menos se tenían que mezclar con la multitud de cosas materiales. Cuanto más remotos de la Unidad Suprema, tanto más participaban de lo material, por lo que a la Luna, no sin razón, se le concede el cuadrado 81, cuyas raíces surgen dentro del denario, al que juzgaban que se debía dedicar lo máximo.

Asignados ya los siete cuadrados citados, notaron cierta cualidad admirable en una y otra disposición de cada uno de ellos. Opinaron que no se podía hacer sin que Dios manifestara al entendimiento humano los supremos misterios ocultos bajo ellos, por lo que quisieron indagar el orden de los siete mundos, su administración y economía ocultas bajo ellos. Pongo ésto como ejemplo. Si alguien considerase confusas las formas tipográficas de las letras y sin embargo escondieran dentro de sí toda ciencia imaginable, sin saber lo que se quiere y bajo qué combinación se oculta y, no obstante, el especialista llegara a conocer poco después la manera de combinar las formas para que en el momento que se quiera se puedan descubrir los misterios de las ciencias que están ocultas a los sentidos ordinarios.

Lógicamente es necesario que se den algunos cuadrados muy misteriosos, pero bajo determinadas formas numerales, para que esos misterios confusos sigan ocultos; quedarán al descubierto poco después, cuando en cada uno de los huecos en los que el cuadrado distribuye sus cifras, el perito aritmético descubra el orden de cada uno de ellos de la forma más apta. En primer lugar abriremos los misterios de cada uno de los cuadrados, después el modo y, finalmente, la razón de disponer el cuadrado dentro de sus recuadros.

Capítulo II

Sobre los misterios de estos números

Los sabios antiguos distribuían los cuadrados colocándolos en aquel orden en que si se les sumaba, en cualquier dirección, según estaban dispuestos en las casillas, siempre daban el mismo producto y la suma de todos ellos representaba también un misterio. Se llamaban sellos o misterios de los dioses, como decían, inmortales, por el hecho de que bajo ellos se encontraba de forma maravillosa su dominio y potestad sobre todas las cosas (8).

SELLO DE SATURNO

El primer cuadrado 9, corresponde a Saturno, a quien consideraban la mente de todo el universo y así le querían representar. Colocaban los números dentro de las nueve casillas con tal disposición que, cada una de las filas de los números, la vertical, la transversal y la diagonal al sumarse daban el mismo número, como sigue:

SELLO DE SATURNO

4	9	2
3	5	7
8	1	6

4	9	2	4	3	8	4	2	
3	5	7	9	5	1	5	5	
8	1	6	2	7	6	6	8	
15	15	15	15	15	15	15	15	

Se puede comprobar como de cualquier manera que tomemos los números da siempre la suma 15. Sumados todos los números tenemos el producto 45. Esto es lo que antes insinuaba

Abennuaschia cuando decía que a Saturno le estaban dedicados los números 3, 9, 15, 45. El tres constituye la raíz del cuadrado, 9 es el cuadrado, 15 es el número de raíces que se deben sumar para obtener 45, y éste número se obtiene siempre que cada uno de los lados del cuadrado sume 15 en cada dirección. Así queda muy claro el porqué Abuhal Arabs dice en su Astronomía que Saturno está rodeado de las tres máximas potencias reales, cada una de ellas suma 9, que están por encima de las demás, y otras suman 15. La suma de todas ellas le constituyen en presidente de los genios principales y coros de todo el Universo. Estas son sus palabras: «En Saturno coinciden tres reyes y cada uno de ellos tiene otros nueve reyes. La suma de todos es 45, como el nombre Zahel, ésto es Saturno, lo que demuestra que descompuesto en números manifiesta el mismo número; la monarquía de Saturno distribuida en 3, 9, 15 clases suma 45».

SELLO DE JUPITER

Pasando al segundo cuadrado de los esquemas, o misterio de Júpiter, que surge de multiplicar el cuadro por sí mismo, 16, cuya disposición es tal que cada uno de los órdenes de números, perpendiculares, transversales, diagonales o diametrales y normales, como si sumamos los números II de las cuadrátulas que están en medio, siempre obtenemos el mismo número, 34, y la suma de todos es 136, que se obtiene de sumar los cuatro lados. El sello se obtiene con la suma de los siguientes números:

SELLO DE JUPITER

4	14	15	1
9	7	6	12
5	11	10	8
16	2	3	13

4	14	15	1	4	9	5	16	1	4
9	7	6	12	14	7	11	2	6	7
5	11	10	8	15	6	10	3	11	10
16	2	3	13	1	12	8	13	16	13
34	34	34	34	34	34	34	34	34	34

Obtenemos la misma suma si añadimos los que están en medio:

a	b	c	d	e	f	g	h	i	k	l	m	n
4	15	5	10	7	5	14	9	14	12	15	1	4
14	1	11	8	6	2	9	11	6	10	7	16	13
9	6	16	3	11	15	8	11	6	10	7	7	6
7	12	2	13	10	12	3	3	8	2	5	10	11
34	34	34	34	34	34	34	34	34	34	34	34	34

También los números de dos casillas opuestas y diagonalmente colocadas dan la misma suma, así tenemos 5.2 y 15.12 que dan 34; 14.9 y 8,3 que suman también 34. Las diagonales que tienen tres áreas, si el número medio es duple, suman igualmente 34 como en la h 9.11.11.3 = 34 y en la i tenemos 14.6.6.8 = 34, en la k están 12.10.10.2 = 34, en la l 15.7.7.5 = 34. Las casillas extremas unidas por sus números de dos en dos con las casillas medias, como m 1.16.7.10 y n 4.13.6.11, siempre dan la misma e idéntica suma, es decir, 34; lo que no deja de ser una paradoja digna de la mayor admiración.

SELLO DE MARTE

El cuadrado de Marte es 25, cuyo número se halla distribuido en venticinco casillas ordenadas, tiene las mismas propiedades que los anteriores. Sigamos la figura en la que cada uno de lor órdenes, tomados en un determinado sentido, siempre dan la suma de 65, y la suma de todos es 325.

SELLO DE MARTE

11	24	7	20	3
4	12	25	8	16
17	5	13	21	9
10	18	1	14	22
23	6	19	2	15

Suma recta

11	24	7	20	3
4	12	25	8	16
17	5	13	21	9
10	18	1	14	22
23	6	19	2	15
65	65	65	65	65

Suma transversal

11	4	17	10	23
24	12	5	18	6
7	25	13	1	19
20	8	21	14	2
3	16	9	22	15
65	65	65	65	65

Suma diagonal

3	11	25	11	12	4
8	12	5	3	8	16
13	13	1	15	14	10
18	14	21	23	18	22
23	15	13	13	13	13
65	65	65	65	65	65

SELLO DEL SOL

El misterio del cuadrado o sello solar se produce por la multiplicación de seis consigo mismo y le corresponden los números más misteriosos que a los demás: cada una de las series de números correctamente dispuestas en el cuadrado dan siempre la suma de 111, es decir, de tres unidades, de las que hemos hablado hace poco como arquetipos, genios y el máximo sideral; la suma de todos da 666, que constituyen el último complemento de la triple composición de los mundos, tipo y ejemplar único de la monarquía solar.

SELLO DEL SOL

6	32	3	34	35	1
7	11	27	28	8	30
19	14	16	15	23	24
18	20	22	21	17	13
25	29	10	9	26	12
36	5	33	4	2	31

Suma recta

6	32	3	34	35	1
7	11	27	28	8	30
19	14	16	15	23	24
18	20	22	21	17	13
25	29	10	9	26	12
36	5	33	4	2	31
111	111	111	111	111	111

Suma transversal

6	7	19	18	25	36
32	11	14	20	29	5
3	27	16	22	10	33
34	28	15	21	9	4
35	8	23	17	26	2
1	30	24	13	12	31
111	111	111	111	111	111

Suma diagonal

1	6
8	11
15	16
22	21
29	26
36	31
111	111

Existen innumerables otras formas.

SELLO DE VENUS

El sello del cuadrado de Venus procede del siete multiplicado por sí mismo, cuyos números, correctamente dispuestos en el cuadro, unidos en determinados sentidos, siempre dan el mismo número, como en los anteriores, suman 175 y la suma de todos ellos es 1.225. El símbolo de la monarquía de Venus es el siguiente:

SELLO DE VENUS

22	47	16	41	10	35	4
5	23	48	17	42	11	29
30	6	24	49	18	36	12
13	31	7	25	43	19	37
38	14	32	1	26	44	20
21	39	8	33	2	27	45
46	15	40	9	34'	3	28

Suma recta

22	47	16	41	10	35	4
5	23	48	17	42	11	29
30	6	24	49	18	36	12
13	31	7	25	43	19	37
38	14	32	1	26	44	20
21	39	8	33	2	27	45
46	15	40	9	34	3	28
175	175	175	175	175	175	175

Suma transversal							Suma diagonal	
22	5	30	13	38	21	46	22	4
27	23	6	31	14	39	15	23	11
16	48	25	7	32	8	40	24	18
41	17	49	25	1	33	9	25	25
10	52	18	43	26	2	34	26	32
35	11	36	19	44	27	3	27	39
4	29	12	37	20	49	28	28	46
175	175	175	175	175	175	175	175	175

SELLO DE MERCURIO

El sello del cuadrado de Mercurio surge del ocho multiplicado por sí mismo, cuyos números, colocados y dispuestos en el orden establecido dentro del cuadrado, tanto si se suman de forma recta, transversal y oblicua, siempre dan el mismo resultado de 260, siendo la suma de todos ellos 2.080. El sello de la monarquía de Mercurio es el que sigue:

SELLO DE MERCURIO

								Suma transversal
								260
8	58	59	5	4	62	63	1	260
49	15	14	52	53	11	10	56	260
41	23	22	44	45	19	18	48	260
32	34	35	29	28	38	39	25	260
40	26	27	37	36	30	31	33	260
17	47	46	20	21	43	42	24	260
9	55	54	12	13	51	50	16	260
64	2	3	61	60	6	7	57	260 Suma recta
260	260	260	260	260	260	260	260	

SELLO DE LA LUNA

El sello del cuadrado lunar resulta de multiplicar el nueve por sí mismo, 81, cuyos números, colocados en su cuadrado y dispuestos correctamente según las series de números, de forma transversal, recta y oblicua, o en un determinado orden, dan la suma de 369 y la suma de todos ellos es 3.321. El signo de la monarquía lunar es el siguiente:

SELLO DE LA LUNA

										Suma diagonal 369
Suma transversal	37	78	29	70	21	62	13	54	5	369
	6	38	79	30	71	22	63	14	46	369
	47	7	39	80	31	72	23	55	15	369
	16	48	8	40	81	32	64	24	56	369
	57	17	49	9	41	73	33	65	25	369
	26	58	18	50	1	42	74	34	66	369
	67	27	59	10	51	2	43	75	35	369
	36	68	19	60	11	52	3	44	76	369
	77	28	69	20	12	61	53	4	45	369
Suma recta	369	369	369	369	369	369	369	369	369	369

Capítulo III

Sobre el raciocinio matemático acerca de la elaboración de dichos sellos

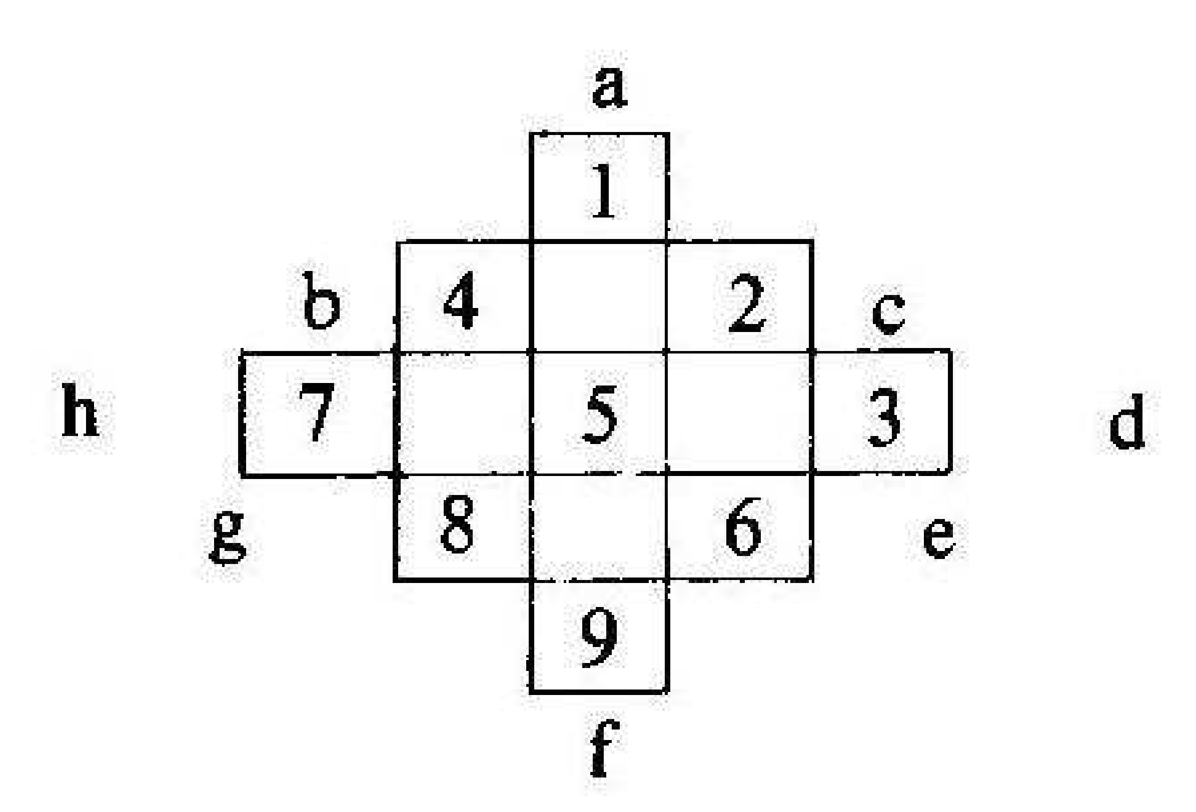
Cuanto más oculto está un asunto y es más digno de admiración, tanto más difícil es el esclarecimiento y debe considerarse más perplejo y complicado. La naturaleza de los números es demasiado difícil y recóndita, como para que su investigación sea abandonada por la perspicacia de todo los ingenios humanos. Pero como yo he sido preparado por la naturaleza para no estimar nada más digno que el hombre y para poner todo mi esfuerzo en el descubrimiento de los tortuosos laberintos de las cosas escondidas, y porque la misteriosa disposición de los números ocupa un lugar importante entre las cosas inaccesibles y recónditas, decidí con la mayor diligencia, penetrar en la disposición misteriosa y en su explicación en la medida que me lo permitan las fuerzas del ingenio y, una vez conocidas, comunicarlas al ávido lector de estas cosas curiosas. Deben tenerse en cuenta dos cosas en este asunto, en primer lugar la disposición de los cuadrados impares y después la de los pares; aquella, en cuanto es más fácil, tanto mayores e inexhaustas dificultades padece. Primero hablaremos de los cuadrados y a continuación de los cubos.

I

La formación del cuadrado que se constituye mediante la multiplicación del tres consigo mismo es el sello de Saturno

Omitimos el primer cuadrado, el que surge de multiplicar el dos por sí mismo, es decir el cuaternario, porque su naturaleza y

propiedades se separan de los otros cuadrados, aunque este cuadrado y sus números no se puedan considerar como absolutamente imperfectos; sin embargo, como de la multiplicación surge el binario por el binario y lo mismo sucede en la suma (lo que no sucede en ningún otro cuadrado) por lo que emerge una poderosa mezcla de la materia; con justicia, por tanto, entre los filósofos antiguos, quienes solamente dedicaban a los dioses las cosas perfectas, fue rechazado y eliminado.



Pasamos al cuadrado ternario, 9, y le disponemos de tal manera que sus series de números nos den 15. Procedamos así: hacemos el primer cuadrado a b c g e f h, en el cual tenemos otras cuatro casillas intermedias a h d f que al exterior toman la forma de rombo, a continuación, entre cada casilla se disponen los números en su orden natural desde la unidad hasta el 9, para que en lugar de las raíces ternarias se coloquen en cada una de las tres casillas oblicuamente, o descententes en forma diagonal, tres números en su orden natural a partir de la unidad, como puede verse, aparecerán cuatro números, 1.3.9.7. fuera del cuadrado b.c.-g.e.; el cuadrado carecerá de números en cuatro casillas, porque se han pasado a las casillas que están fuera del cuadrado. En primer lugar los números 1 y 9 que se hallan en la columna f, se transfieren al lugar vacío opuesto de la misma columna; después tenemos los números 3 y 7 fuera del cuadrado del número establecido, para que en el opuesto de la columna transversal h d, los lugares vacíos se ocupen mediante una colocación recíproca, como se puede ver en la siguiente figura:

		1		
R	4	9	2	S
7	3	5	7	3
T	8	1	6	V
		9		

Estos números colocados en orden dentro de las nueve casillas del cuadrado novenario R.S.T.V. obtienen tal fuerza que si a cualquiera de las series se les suman mutuamente 3 y tres, siempre resultará 15. Dejo esta demostración para que el lector se embeba con un ánimo más sublime.

Hemos notado que en cada uno de los números de los cuadrados impares, como se puede observar en este cuadrado del ternario, se dan tres tipos de términos: mayores, menores y medios. Los términos mayores son aquéllos que se numeran desde el término medio hasta el final de los números del cuadrado; menores son los que se computan desde la unidad hasta el término medio; se llaman términos medios a los que ocupan los lugares intermedios entre los cuatro mayores y los cuatro menores y provienen de la mitad de la suma entre el término máximo y el mínimo, así como 1 es el término mínimo y 9 el máximo, si los sumamos tenemos el 10 y la mitad es 5, que es el término medio. El término medio está en progresión y siempre ocupa el lugar medio en las casillas del cuadrado, como se puede ver claramente en la figura y en la siguiente progresión:

1 2 3 4	5	6 7 8 9
menores	medio	mayores

La progresión va de los números menores a los mayores; cuanto más se separan los mayores del medio, tanto más decrecen los menores respecto al mismo medio. De aquí surge el primer fundamento de la ecuación.

Debemos tener en cuenta, en segundo lugar, que si tomamos un número de los términos menores y otro de los términos mayores, o lo que es lo mismo, todos los números que equidistan del término medio y están dispuestos de forma equidistante, si se su-

man entre sí, dan 10, como se puede ver en la segunda progresión:

1 2 3 4 5 6 7 8 9

10

10

10

10

El uno se suma al nueve, el dos al ocho, el tres al siete y el cuatro al seis, cada uno de estos pares opuestos dan la suma de 10; como dijimos, el cinco es el término medio. Multiplicando el término medio por las casillas de un lado de dicho cuadrado, o sea, multiplicándolo por el ternario, da 15, la suma de los números que hay en cada lado. De aquí se deduce con claridad cómo poco a poco los antiguos llegaron a partir de esta especulación hasta la noticia de tan maravillosa propiedad. Si en el orden antes referido se diagonan los tres órdenes de los números de este cuadrado novenario y se describe el orden natural; necesariamente sucede en el cuadrado siguiente a b c d, que quedan cuatro espacios en blanco, ya que de este modo todos los números quedan en las casillas que se hallan fuera del cuadrado y los términos quedan opuestos (1, que es el menor, hace referencia al 9, que es el mayor, 3 que es el tercero de los términos menores hace igualmente referencia al tercero de los términos mayores:

		1		
a	4		2	b
7		5		3
c	8		6	d
		9		

Lógicamente el 1 se encuentra en la casilla opuesta al 9 y junto a ambos hay una casilla vacía, lo mismo que el 3 y el siete tienen una casilla vacía. Así el esquema queda completo: por es-

ta razón, el 9 es el término mayor y entre el cuatro y el dos se hallan los términos menores, a los que, añadiendo el 9, suman 15, el mismo resultado que se obtiene de multiplicar los tres lados por el término medio. El 1 es el término menor y los términos mayores están entre el 8 y el 6, que, a su vez, también suman 15, lo mismo que resulta de multiplicar la raíz por el término medio. Lo mismo sucede con el tres y los números 4 y 8 y con el 7 entre el 2 y el 6, en ambos casos la suma es 15. Finalmente, sigue sucediendo con el 5 entre el 2 y el 8, o entre el 4 y el 6 (en ambos casos se le añade 10 al 5) ya que siempre se obtiene la suma de 15. Puede observarse como siempre entre dos números pares hay un impar, que sumado a ellos da 15: queda así muy claro que a cualquier número impar se le opone una casilla vacía, cuyo número opuesto, juntamente con los laterales, suma 15, como entre el 8 y el 6 más el intermedio 1 ó sumando el 3 a los lados de la casilla vacía donde están el 4 y el 8 ó 7 a 2 más 6; si el medio 5 se suma a los números del extremo del diámetro también obtenemos 15. Queda clara la razón de la construcción intentada. Pero, para demostrar más elocuentemente esta cuestión, pongamos los números del cuadrado novenario, como antes, según la progresión natural, desde la unidad hasta el 9, como sigue:

1 2 3 4 5 6 7 8 9

└10┘

└—10—┘

└——10——┘

└———10———┘

	a	c	e	
p	4	9	2	g
m	3	5	7	h
n	8	1	6	i
	b	d	f	

Hecho ésto, si al 9 le añadimos la unidad, tendremos 10, al que añadiendo el término medio, 5, se convierte en 15, y como estos mismos números están en la columna c.d. del cuadrado a.c.b.f., si los sumamos, necesariamente darán el mismo número. Si de nuevo

unimos el 2 al 8, el segundo término mayor al segundo menor, obtendremos 10, al que si añadimos el término medio, 5, convertimos en 15. Estos números dispuestos diagonalmente en el cuadrado de la tercera casilla, es decir, e b, nos dan también 15. Surge después la relación del 3 al 7, el tercero menor en relación con el tercero mayor, la suma es 10, y si añadimos el término medio, 5, tenemos una vez más quince, lo mismo que antes; esta disposición de los números se encuentra en la ordenación media transversal m.h. Si de nuevo unimos el 4 con el 6 tenemos 10, al que añadiendo el término medio convertimos en 15 y esta disposición se encuentra en la diagonal del cuadrado de los números 4, 5, 6. Estas son las cuatro combinaciones de los términos regulares con el medio 5 que nos dan siempre 15. Después veremos las combinaciones irregulares.

Llamamos combinación irregular a aquella en la que los términos no se suman en función de los principales, ni con el término medio, sino que de los mayores con los menores, unidos según un determinado orden, resulta el número 15, el cual, si se multiplica por el ternario del lado del cuadrado, se obtiene la suma de todos los números, 45. Uniendo en la serie natural de los números 4 con 8 nos da 12, si a éste le unimos el 3 que precede al 4, tendremos 15, que son los tres números de la columna a b; como 3 y 4 dan 7, hay una unidad de diferencia con el 8, que, unida al 7, da 8, cuyo número, sumado al 3 y al 4 nos da 15.

Si de igual manera unimos el 2 al 6 tendremos el 8, que, unido al 7 suma 15, este resultado aparece en la columna e f. Si después unimos el 2 al 4, obtendremos el 6, que, unido al 9, da igualmente 15, cuyos números se encuentran en la columna transversal p-g. Finalmente, si unimos el 6 al 8 obtenemos 14 y con la unidad llegamos a 15, cuyos números se encuentran en la serie transversal i-n. A continuación se pueden ver las diversas combinaciones expuestas.

Combinación regular en la que los cuatro términos menores se unen a los cuatro mayores juntamente con el término medio.	1 5 9	Columna media recta.	Suman 15
	2 5 8	Columna diagonal.	
	3 5 7	Columna media transversal.	
	4 5 6	Columna diagonal transversal.	

Combinación irregular en la que los números se mezclan desordenadamente incluso con el medio.	4 3 8	Primera columna recta.	Suman 15
	2 7 6	Tercera columna recta.	
	4 9 2	Primera columna transversal.	
	8 1 6	Columna diagonal transversal.	

El número 15 se obtiene mediante ocho combinaciones.

De lo dicho se desprende que solamente se pueden hacer ocho combinaciones en esta forma novenaria de distribuir los tres números, y que sumados nos dan 15; es decir, de las tres series perpendiculares, de otras tantas transversales y de dos diagonales. Sin embargo, en dicha progresión hay muchos números que sumados nos dan 15, por ejemplo: 1,2,3,9,; 2,3,9, 1; 9,6; 8,7; de esta forma solamente se tienen en consideración tres números, según la columna recta del lado del cuadrado, entre todos los demás no existe ninguna relación.

Puede observarse como en toda combinación de tres números los medios son impares, los extremos unas veces son pares y otras impares. Como el 15 resulta de la utilización del ternario, esto es, del lado en orden al término medio de toda la progresión, que es el 5, consiguientemente, todas y cada una de las series de tres números contienen tres veces el término medio; de donde se sigue que si en los números siguientes: 2,5,8; 3,5,7; 4,5,6; uniendo solamente los extremos obtenemos el doble de 5, o sea 10, al que si unimos el número 5 convertiremos en tres quinarios, y en los demás: 4,3,8; si el término medio es 3 de los extremos 4 y 8, al tomar de éstos una unidad se convierte en quinario y los extremos quedan en 3 y 7, los cuales unidos dan también 10, o sea, dos quinarios. Lo mismo sucede con los números 2,7,6; es decir, si el término medio cede una unidad a cada uno de los extremos, al 2 y al 6, queda el 5, pero el 2 y el 6, aumentados en una unidad, se convierten en 3 y 7, que suman 10 o dos quinquenios. En los números 4,9,2, si del 9 quitamos 4 quedan 5, si al 4 se le añade el 2 da 6, que unido al 4 suman 10, también dos quinquenios. Finalmente en estos números 8,1,6, si al 8 le quitamos 2 y del 6 quitamos la unidad, queda el 5, y los dos términos mutilados del binario 6 y 4 suman 10, que suma otros dos quinquenios. Advirtamos con qué admirable razón los números son ecuánimemente igualados para constituir una determinada suma. De ello, si no

me equivoco, surge la razón más clara que la luz: el porqué el novenario según los números de sus lados dentro de las casillas colocadas correctamente siempre y en todas, colocadas de tres en tres, infaliblemente dan el mismo número, y no solamente en este cuadrado impar, sino también en todos los cuadrados impares producidos hasta el infinito, debiendo, por lo tanto, entenderse en este sentido lo que digamos más adelante.

II

Segundos cuadrados o los que resultan de multiplicar el cuatro por sí mismo. Construcción matemática de los mismos. También nos ocuparemos del sello de Júpiter

La disposición de estos números es mucho más difícil que la anterior, porque si buscamos la paridad nos encontramos con que ésta no tiene término medio, por lo que exige otra disposición. Nosotros, en la medida que nos lo permita el ingenio, nos esforzaremos por hacerlo fácil. El Sello de Júpiter consta de 16 números, o lo que es lo mismo, resulta de multiplicar el cuatro por sí mismo. Describamos el proceso natural de los 16 números de la forma siguiente: 1,2,3,4,5,6,7,8,9,10,11,12,13,14,15,16. Hay que discriminar los cuatro grupos de cada uno de estos números y así tendremos cuatro órdenes: 1,2,3,4; 5,6,7,8; 9,10,11,12; 13,14,15,16; los que hay que observar con cuidado. Hecho esto, debemos elaborar un cuadro en forma de rombo truncado, como hicimos con el precedente, de tal manera que cada una de las series oblicuas y diagonales contenga cuatro casillas:

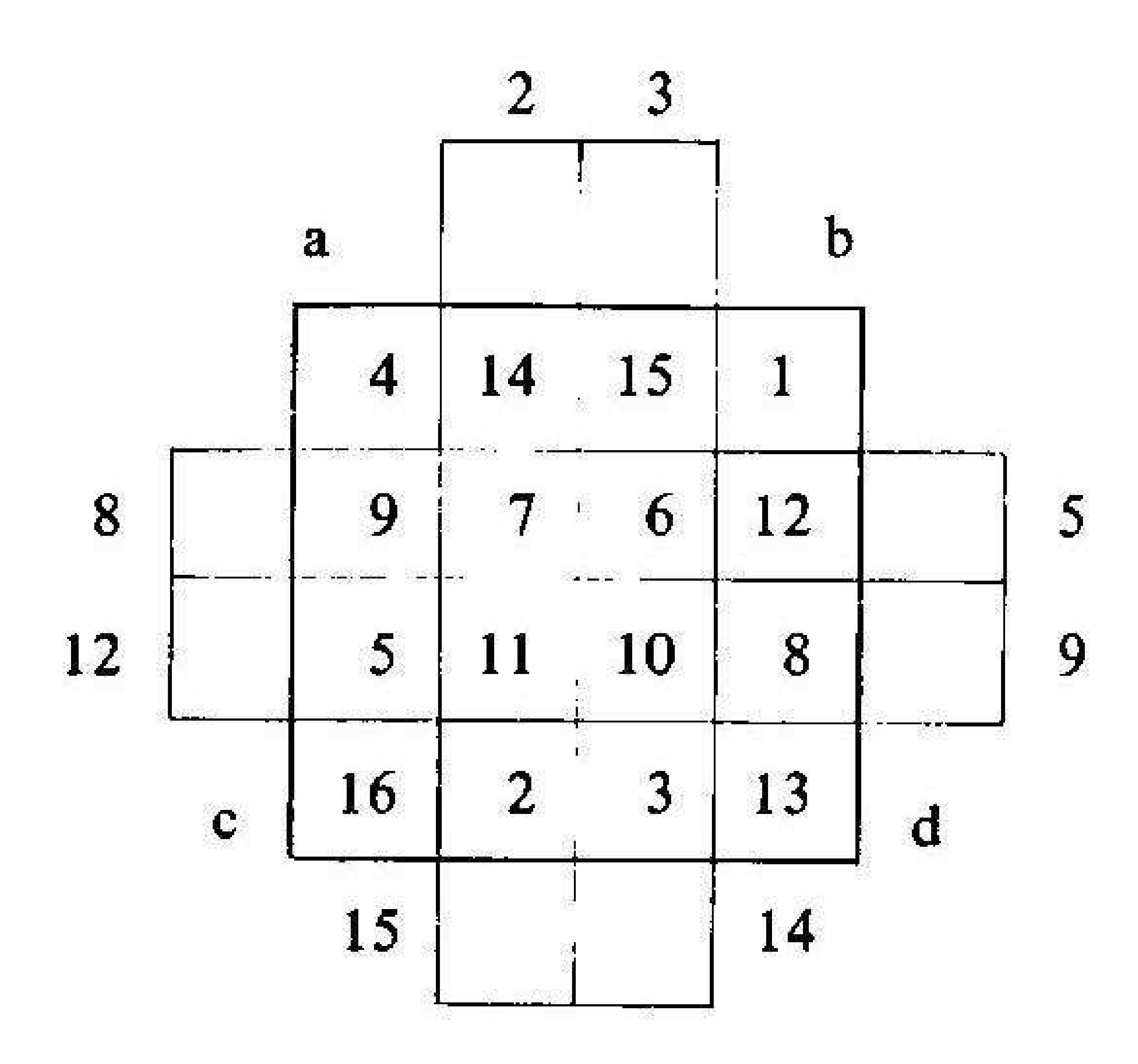
En este orden que seguimos se disponen los números según cuatro clases que hemos podido comprobar poco antes. La primera clase de números 1,2,3,4 en orden natural y colocada en los extremos superiores b,e,d,a. La segunda clase de números 5,6,7,8 se ordena en la serie transversal de las casillas, que se encuentra en el espacio f,l, de tal manera que el 6 y el 7 los dos medios de la cuadratura y 8 y 5 los extremos, los extremos O y P vacíos. La tercera clase de números 9,10,11,12 en el otro espacio

			d	e			
	a		3	2		b	
l		4	M	N	I		f
	8	0	7	6	P	5	
	12	t	11	10	q	9	
k		16	V	R	13		g
	d		15	14		c	
			i	h			

transversal g,k, del mismo modo que en el espacio f,l de los números de la segunda clase. Finalmente la cuarta clase de números 13,14,15,16 en el resto de los extremos inferiores d,i,h,c. El orden está dispuesto como se ve.

Tenemos el motivo de la disposición. Ahora nos falta saber cómo se pueden transferir oportunamente los números fuera y dentro del cuadrado a,b,c,d, en las casillas vacías correspondientes, pero esto se rige por unas normas distintas a las anteriores, porque en el cuadro precedente pasamos los términos opuestos de los números a los lugares opuestos vacíos, lo que aquí no se puede hacer, ya que ahora los términos se transfieren alternativamente a los lugares opuestos; para tener un ejemplo, el 3 no se pasa al cuadro vacío V, que es el opuesto recto, sino al opuesto alterno que representamos con la letra R; por la misma razón el 2 debe colocarse, no en la R, sino en la V, en forma de aspa; 15 y 14 deben colocarse, éste en la M y aquél en la V, es decir, deben estar situados en los espacios opuestos alternativamente. Por la misma razón el 5 debe colocarse en la t y el 9 en la O, es decir, alternativamente en los espacios vacíos opuestos; por el contrario, el 12 debe colocarse en la P y el 8 en la q. Si ha-

cemos estas operaciones tendremos el Sello de Júpiter según la disposición de los números en la que los cuatro órdenes, tomados en un determinado sentido, siempre dan la suma de 34, que multiplicados por el lado del cuadrado da la suma de todos los números, 136. La disposición de la figura es la siguiente:

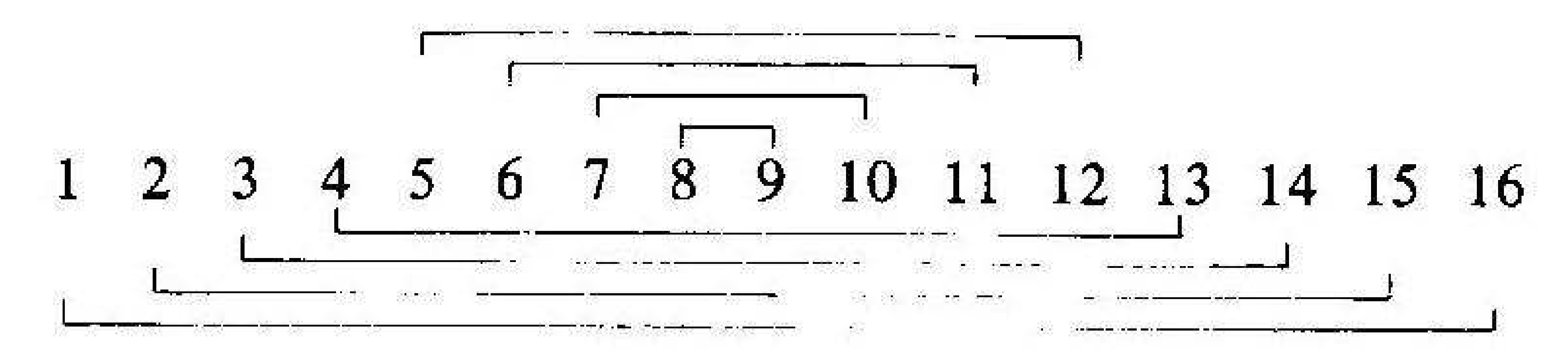


El cuadro a, b, c, d, tiene dispuestos los números en un orden tal, que si sumamos cada uno de los números de las cuatro series, y no hablamos solamente de los órdenes rectos, transversales o diagonales, sino de cada uno de los números de los cuatro cuadrados tomados simultáneamente, nos da el mismo número. La razón se verá a continuación.

Argumento

Si dos números de cualquier progresión natural que se hallan a la misma distancia de los extremos se suman, el resultado es el mismo que si sumamos los dos extremos, el mayor y el

menor. Coloquemos los dieciséis números en su orden y progresión natural:



Si unimos dos términos equidistantes de los extremos obtenemos la suma de 17, lo mismo que si unimos los extremos 1 y 16, o los medios 8 y 9. La suma de los números en cada uno de los órdenes del cuadrado, recto, transversal o diagonal, es siempre 34. Los términos mayores, a partir del 16, hasta los medios 8 y 9, van descendiendo en una unidad, los menores, que en el orden inverso hacen referencia a los mayores, crecen de unidad en unidad hasta los términos medios; es necesario que estos números, según el incremento o decremento proporcional, guarden siempre la igualdad, por ejemplo, 1 y 16 son los términos extremos de la progresión y sumados deben dar 17, pero la misma suma deben dar también 2 y 15, 3 y 14, 4 y 13, 5 y 12, 6 y 11, 7 y 10 y, finalmente, 8 y 9, es decir, todas estas sumas tienen que dar necesariamente 17. Cuanto más crecen los términos menores respecto a la unidad, tanto más se separan los términos mayores del extremo 16, y lo mismo debemos decir de los demás números.

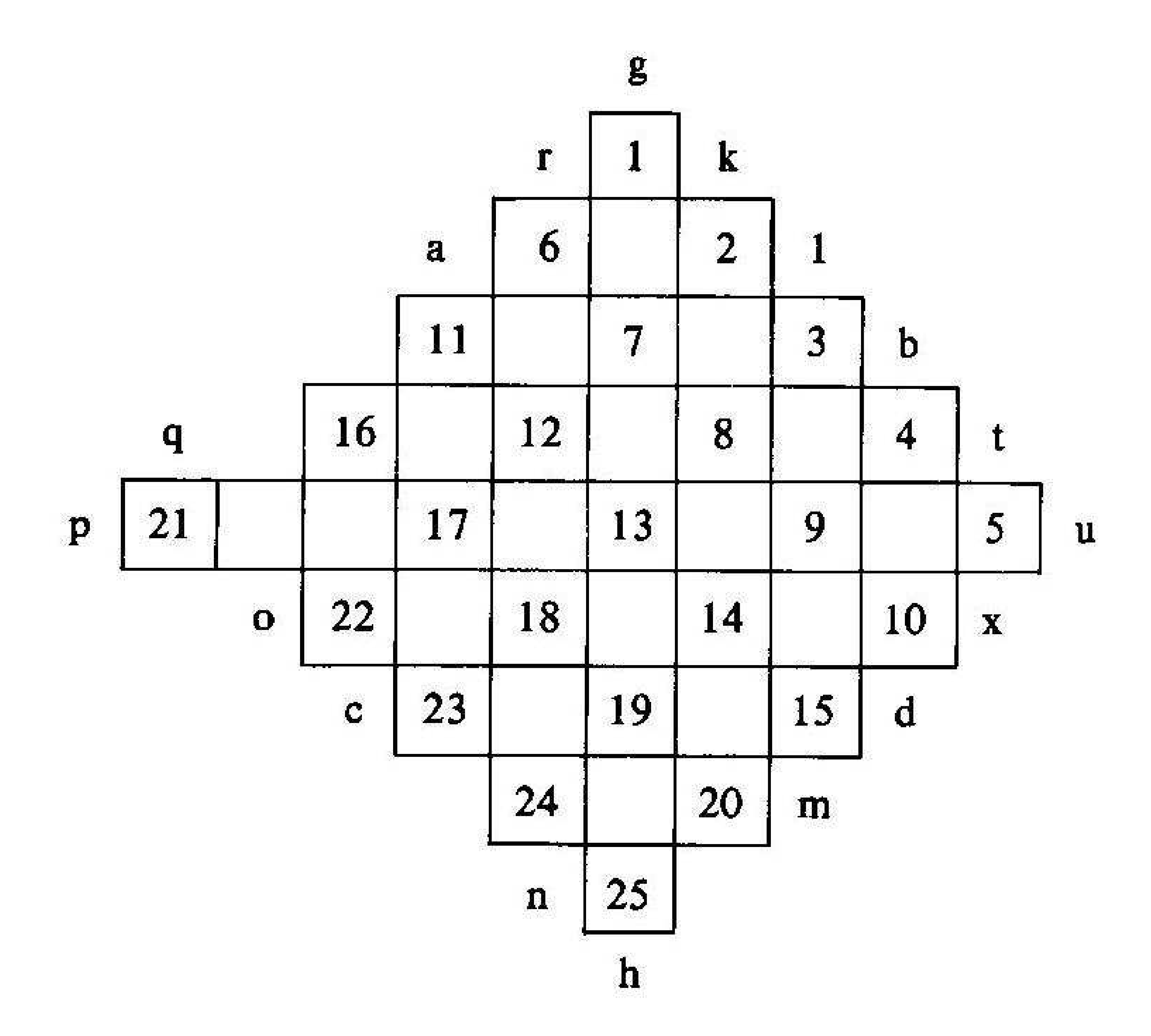
De aquí nace esa propiedad digna de admiración, por la cual los números contenidos en cada una de las casillas de los órdenes y sumadas en un determinado sentido, siempre dan el mismo número, es decir, 34. Todos los números en una progresión natural de 16 términos, si se suman a su correspondiente equidistante de los extremos dan 17, como queda ya probado; lo mismo que el ocho y el nueve, términos medios de la progresión, suman 17 y sumado a 17 nos da 34, lo mismo sucede con 1, 8, 9 y 16, así con los demás: siempre suman 34 dos términos equidistantes de los extremos más los dos términos medios. Esto no es extraño si dichos números han sido colocados en el cuadrado de forma ya estudiada, con esa distribución de la que ya hemos hablado, de modo que en cada uno de los cuatro ór-

denes, en sentido recto, transversal o diagonal, si sumamos los cuatro números, tomados en un determinado sentido, siempre surge el mismo resultado, pues todo el fundamento de esta disposición subyace bajo la progresión de los números hasta 16, en la que todas las combinaciones establecidas, de cuatro números, siempre dan el producto 34. Estas combinaciones pueden verse en el cuadrado.

III

Elaboración matemática del tercer cuadrado, que es el sello de Marte

El tercer cuadrado de números impares resulta de multiplicar el 5 por sí mismo y su formación no se diferencia de la formación del primero, por eso lo explicaremos con brevedad.



Se forma un cuadrado romboide en cuyas casillas, de forma diagonal, se distribuyen los venticinco números observando el orden natural, de manera que la figura tome una forma poco frecuente, quedando dentro del cuadrado a, b, c, d tantas casillas vacías como números hay separados del cuadrado, los que hay que colocar con cierta técnica dentro de las casillas vacías que corresponden a cada uno. En los cuadrados impares los términos de los números se corresponden de forma opuesta, dentro de los opuestos en la misma columna los lugares vacíos deben cubrirse como antes dijimos y según la exigencia de este precepto se configurará el cuadrado con suma facilidad. Se procede de la forma siguiente: en la columna g h, 1 se coloca en lugar opuesto vacío dentro de la misma columna, es decir, a la casilla que está sobre el 19 debe ser transferido; 25 es el número que se halla en la parte inferior de la misma columna g h y se debe colocar en el lugar opuesto dentro de la misma columna, bajo el 7.

11	24	7	20	3
4	12	25	8	16
17	5	13	21	9
10	18	1	14	22
23	6	19	2	15

En la columna r n, el 6 se coloca en la casilla inmediatamente superior a 24 y 24 se colocará en el lugar opuesto de la misma columna, bajo el 6. En la columna k i, el 2 se situará en el lugar vacío que está sobre el 20 y el 20 en el lugar vacío bajo el 2. En la columna transversal t q el 4 se situará en el lugar posterior al 16 y el 16 en el lugar vacío anterior al 4. En la columna transversal u p el 5 se colocará en el lugar vacío posterior al 17 y 21 en el lugar vacío anterior al 9. Finalmente, en la columna transversal x o, el 10 se coloca en el lugar vacío posterior al 22 y el 22 en la casilla vacía anterior al 10. Así queda desarrollado este tema, cuya demostración es la misma que dimos en la descripción del primer cuadrado. Teniendo siempre en cuenta que aquí la progresión natural va del 1 al 25.

La progresión es como sigue: 1,2,3,4,5,6,7,8,9,10,11,12, 13,14,15,16,17,18,19,20,21,22,23,24,25.

En esta progresión impar, el término medio es 13, que multiplicado por el lado del cuadrado, esto es, por 5, da 65, que es la suma de los números que se hallan en cada columna del cuadrado, tanto en sentido recto como en sentido transversal, de la misma manera que si multiplicamos el término medio por el lado del cuadrado tenemos la misma suma que si sumamos los números de cada columna. En esta progresión siempre hay un medio que ocupa la casilla media del cuadrado. Si investigamos en esta progresión los cinco números que sumados dan siempre el mismo producto y lo hacemos tantas veces, cuantas la combinación lo permita, obtendremos, sin duda, el objetivo: que cuantas veces el número 65 se halla dentro de las columnas del cuadrado, tantas veces él mismo está en la progresión de la que ha sido deducido. Por ejemplo, 7,25,13,1 y 19 sumados en el cuadrado dan 65, lo mismo que si sumamos 24,12,5,18 y 6, y así lo podemos seguir haciendo con el resto de las columnas. Si a 65 le multiplicamos por 5, que son las casillas de un lado del cuadrado, tenemos 325; nada hay en el cuadrado que no se halle en dicha progresión. El secreto está únicamente oculto en la colocación elaborada, la que, como hemos dicho, está muy clara.

IV

Sobre la elaboración matemática del cuarto cuadrado o Sello del Sol

Este número es muy misterioso y proviene de multiplicar el seis por sí mismo para formar un cuadrado de seis órdenes. La disposición de los números de este cuadrado, para obtener el resultado deseado, lleva consigo un trabajo muy difícil; al que, en la medida que la debilidad del ingenio lo permita, trataremos de facilitar.

El cuadrado del Sol es 36 y se obtiene de multiplicar el seis por sí mismo. Para la recta disposición de los números en

el cuadrado conviene operar así: se escriben los 36 números en su orden natural A, B, C, D, E, F, comenzando por el 1 y se dividen en seis órdenes de esta manera:

A	B	C
1,2,3,4,5,6;	7,8,9,10,11,12;	13,14,15,16,17,18;
	g h i k l m	n o p q r s

D	E	F
19,20,21,22,23,24;	25,26,27,28,29,30;	31,32,33,34,35,36.
t u x y z a	b c d e f tt	

Hecho ésto, se forma un diagrama en forma de romboide, como se hizo en los precedentes, para que así quede claro. Se colocan los números de dicha progresión de la siguiente manera: se toma la primera parte de la progresión de seis números, la designada con la letra A, y se la coloca en la parte superior del romboide, desde el 1 hasta el 6, en las casillas extremas. Se toma después la sexta parte de la progresión designada con la letra F, que está constituida por los números 31,32,33,34,35 y 36, para colocarla en los lugares opuestos del romboide, esto es, en la parte inferior del diagrama, en las seis últimas casillas inferiores. A continuación, en las casillas de la derecha p,h,i,q se colocan estos cuatro números 7,13,19,25 que son los primeros en la progresión de los órdenes B,C,D,E, marcados con las letras g,n,t,b. En los lugares opuestos m,n,r se colocan los siguientes números: 12,18,24,30, que son los últimos de los órdenes B,C,D,E, designados con las letras m,s,a,tt, así se consigue que todo el ámbito esté marcado con sus números. Después se pasan al cuadrado a,b,c,d. Los demás números de la progresión se inscriben en las casillas intermedias del cuadrado con este sistema.

Dentro de la columna transversal , comenzando por el 7 y omitiendo una casilla, se colocan en progresión los cuatro números designados con las letras l,d,e,h, que son 11,27,28 y

					f	g					
				β	4	3	Y				
			A	5			2	B			
		K	6					1	P		
	✝	12		11	27	28	8		7	ξ	
m	18			14	16	15	23			13	h
n	24			20	22	21	17			19	i
	r	30		29	10	9	26		25	q	
		l	36					31	o		
		C	t	35			32	D			
				δ	34	33	s				
					u	x					

8. En la columna transversal h m, comenzando por el número 13 y dejando dos casillas vacías, se colocan en orden los números de la progresión señalados con las letras o,q,p,z, que son 14,16,15 y 23. En la columna transversal i n, comenzando por el 19, dejando en blanco otras dos casillas, se colocan en orden los números de la progresión marcados con las letras u, y, x, r, o sea, en este orden: 20,22,21,17. En la columna transversal q r, comenzando por 25 y dejando una casilla vacía, se escriben los números marcados con las letras ff,k,i,c, que son los números 29,10,9,26. Hecho ésto, quedarán dentro del cuadrado A B C D dieciséis espacios vacíos que se deberán rellenar dentro del espacio del romboide de la siguiente manera: en la parte superior del romboide los números 5 y 2 ocuparán, dentro de sus columnas, los lugares opuestos de las casillas vacías; el 4 ocupará el lugar vacío y alterno opuesto, o sea, el úl-

timo dentro del cuadrado en la columna g x; el 3 en la columna f u ocupará el tercer espacio vacío. En el lado izquierdo del romboide, el 7 pasará al lugar opuesto vacío en la columna transversal † ξ; el 13 en la columna transversal i n ocupará el tercer lugar a partir del 19; el 19, por el contrario, ocupará el lugar tercero a partir del 18 en la columna h m; el 25 también tendrá su lugar en el opuesto de la columna transversal q r. En la parte más superior del romboide se coloca el 32 en la columna δ β en el segundo espacio a partir del 5; el 33 en el tercer espacio de la columna u f a partir del 34; el 34 en el último espacio vacío dentro del cuadrado correspondiente a la columna x g; el 35 en el último espacio de la columna s y. En el lado derecho del romboide los cuatro números se colocan de la forma siguiente: el 30 se coloca en el segundo espacio de la columna transversal † ξ; el 24 en el tercer espacio a partir del 13 de la columna transversal m h; el 18 en el tercer espacio a partir del 24 de la columna transversal; el 12 en el segundo lugar vacío a partir del 25 de la columna transversal r q. Así quedan ya todos los números ordenados en el cuadrado, en el que, si sumamos los números de cada uno de los órdenes, obtendremos el 111, el más misterioso de los números, de tres unidades, Sello o Signo del Arquetipo Solar, de los Genios y Sideral. La suma de todos será 666, el otro número místico que expresa el motivo por el que todo está dispuesto en los tres mundos citados. La figura del cuadrado que corresponde al Sello Solar es la siguiente:

Sello o cuadrado solar

La suma de cada serie de seis números da siempre 111.

6	32	3	34	35	1
7	11	27	28	8	30
19	14	16	15	23	24
18	20	22	21	17	13
25	29	10	9	26	12
36	5	33	4	2	31

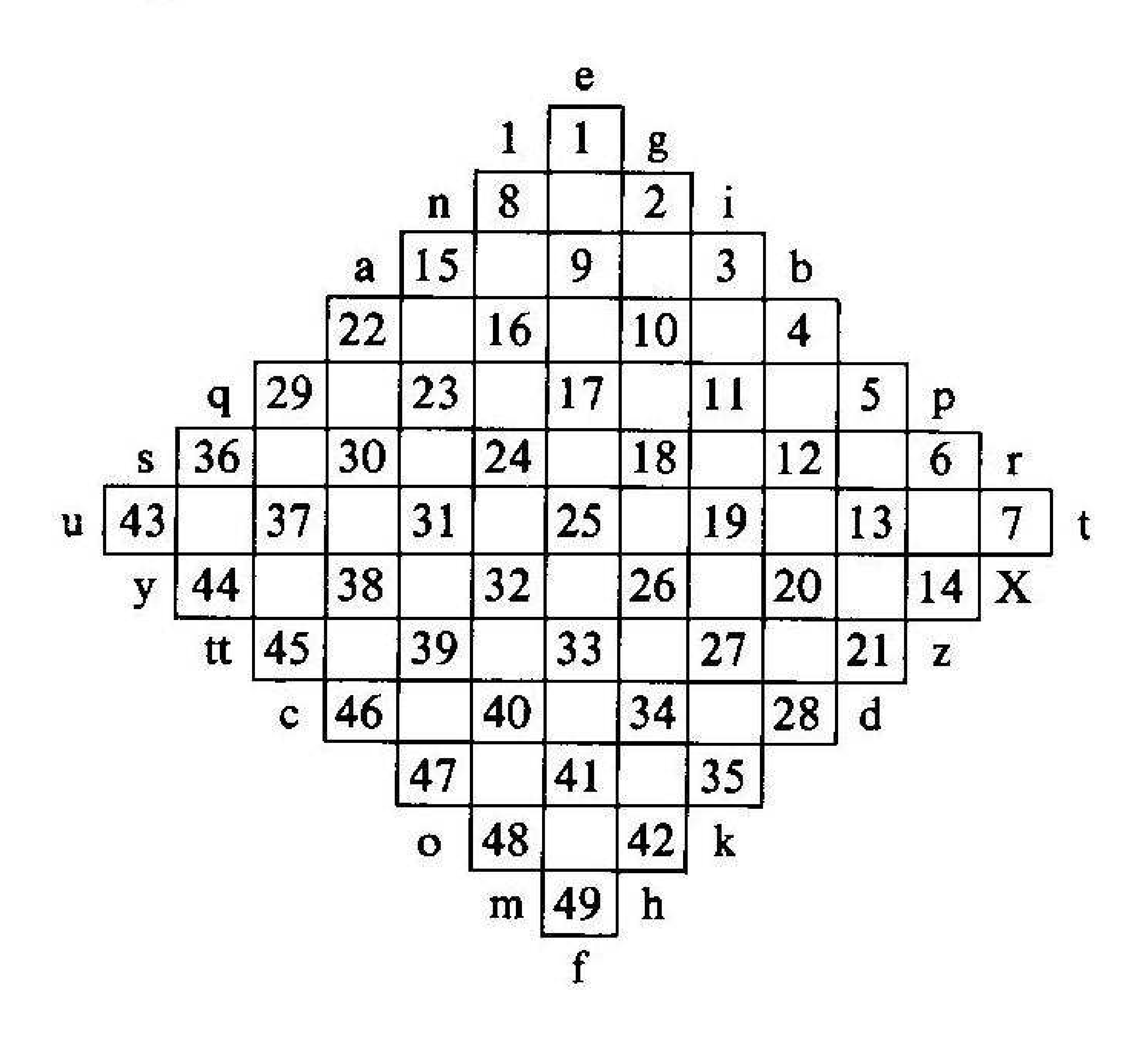
La suma de todos es 666, lo mismo que si multiplicamos 111 por 6.

Hemos formado esta misteriosa disposición sencillamente utilizando la progresión continuada de los números, desde el 1 hasta el 36, aunque haya sido necesaria la utilización de un método para la invención de tanta armonía, ya que en este lugar no se usa el arte combinatorio que, si Dios quiere, expondremos a su debido tiempo.

V

Elaboración matemática del cuadrado o sello de Venus

El cuadrado que resulta de multiplicar el 7 por sí mismo, 49, que está dedicado a Venus. Su disposición en nada se diferencia de la correspondiente al primero y tercer cuadrados. En primer lugar se elabora el diagrama romboide de 49 números distribuidos en siete órdenes, como puede verse en la siguiente figura:



Sello de Venus o Cuadrado 49

La suma de los números de cada serie es 175.

22	47	16	41	10	35	4
5	23	48	17	42	11	29
30	6	24	49	18	36	12
13	31	7	25	43	19	37
38	14	32	1	26	44	20
21	39	8	33	2	27	45
46	15	40	9	34	3	28

Multiplicando el 175 por el número de casillas de cada lado da 1.225, suma de todos los números.

En el primer cuadro está implícito el cuadrado, pues no hay más que colocar todos los números que se hallan en los cuatro extremos del romboide en los lugares vacíos del interior y queda formado, lo que, como en las demás disposiciones de los cuadrados impares, no ofrece dificultad. Se procede así: en cada uno de los extremos hay seis números; en el extremo superior, fuera del cuadrado, están los números 1, 2, 3, 8, 9, 15, los que hay que colocar en las casillas interiores de la siguiente manera: a partir de la unidad de la casilla e f, contando ocho hacia abajo, se pone el 1; en la columna g h, debajo se cuentan también ocho casillas y en la casilla siguiente se coloca el 2; en la columna i k, contando también ocho casillas hacia abajo, se coloca el 3; lo mismo en la columna l m, ocho casillas más abajo, se pone el 8; en la columna n o, ocho casillas más abajo, se coloca el 15. Los números que se hallan en el extremo derecho b d t, con el mismo criterio que en el extremo precedente, se pasan a las casillas vacías del interior del cuadrado, pero hacia la izquierda en sentido transversal. Así el 5 se sitúa en la columna transversal p q ocho casillas a la izquierda; en la columna r f, a partir dêl 6, a las ocho casillas se coloca ese 6. En la columna t u, ocho casillas transversales, a partir del 7, se coloca el mismo 7; en la columna x y, a partir del 14, ocho columnas después, se coloca el 14; en la columna z tt se hace lo mismo con el número 21 y en la columna correspondiente al

13 se hace lo mismo con este número. Después se procede en la parte inferior del romboide, a partir de cada uno de los números, contando ocho en la misma columna, se coloca el número correspondiente, como antes; así 35, en la columna k i, se coloca en la octava casilla a partir de ese número; lo mismo se hace con el 41 y el 47 en las octavas casillas, con el 42 y 48 en las columnas h g y l m y con el 49 en la columna f e. En el vértice izquierdo del romboide, los números 29, 37, 36, 44, 43 se colocan en las casillas octavas correspondientes a cada uno dentro de las columnas transversales, como se ha hecho en los casos precedentes. De esta manera se completa la ordenación, como se puede ver en la segunda figura, apareciendo clara también la demostración por lo dicho respecto a la primera y segunda elaboración del cuadrado.

Sello de Mercurio o cuadrado 64

							e	f							
						h	5	4	g						
					k	6			3	i					
				a	7					2	b				
				8	58	59	5	4	62	63	1				
		l	16	49	15	14	52	53	11	10	56	9	m		
	n	24		17	23	22	44	45	19	18	48		17	o	
p	32			32	34	35	29	28	38	39	25			25	q
r	40			40	26	27	37	36	30	31	33			33	s
	t	48		17	47	46	20	21	43	42	24		41	u	
		x	56	9	55	54	12	13	51	50	16	49	y		
			c	64	2	3	61	60	6	7	57	d			
				β′	63					58	d′				
					β	62			59	γ					
						θ	61	60	δ						
							λ	ξ							

VI

Formación del sello de Mercurio mediante el cuadrado 64

Si multiplicamos el ocho por sí mismo, 64, obtendremos el presente cuadrado, cuyo sello se puede elaborar de la forma que se verá después, aunque hay que advertir que esta formación es más difícil que las anteriores, más complicada y laboriosa, sin embargo, confío en mitigar el esfuerzo si el artífice se ajusta plenamente a mis preceptos. Se opera así: se forma primero la figura del romboide, como antes y dentro de él se inscriben los números como sigue:

La progresión de los números del cuadrado desde el 1 hasta el 64, continuada en ocho clases u órdenes se debe distribuir así:

I Orden	II Orden	III Orden	IV Orden	V Orden	VI Orden	VII Orden	VIII Orden
1	9	17	25	33	41	49	57
2	10	18	26	34	42	50	58
3	11	19	27	35	43	51	59
4	12	20	28	36	44	52	60
5	13	21	29	37	45	53	61
6	14	22	30	38	46	54	62
7	15	23	31	39	47	55	63
8	16	24	32	40	48	56	64
A	B	C	D	E	F	G	H

Los órdenes I y VIII o A y H se escriben en primer lugar en el romboide de esta forma: se colocan en el ámbito superior del romboide, en las casillas b, i, g, f, e, h, k, los primeros números del orden; en la parte inferior correspondiente del romboide, en las casillas d, d′, γ, δ, ξ, λ, θ, β, β′, en orden inverso, los números del orden octavo. Se adaptarán también los números

del segundo orden a sus lugares: en la casilla m se coloca primero el 9, después se salta una casilla y en la tercera se pone el 10, en la cuarta el 11; en la columna transversal x y, en las casillas quinta y sexta, a partir de la x, se ponen el 12 y el 13; a continuación se vuelve a la columna transversal l m, en las casillas séptima, octava y décima; a partir de la m se colocan los demás números del segundo orden, 14, 15, 16. Se colocan los números del orden tercero en la columna transversal o n: en la primera casilla se pone el 17, después, pasando por alto dos casillas, en la cuarta se pone el 18, en la quinta, el 19; a continuación, en la columna transversal t u, en la sexta y séptima casillas, a partir de la t, se coloca el 20 y a continuación el 21; a continuación, se vuelve a la casilla o n, y en las casillas octava, novena y décima se ponen los restantes números del tercer orden, 22, 23, 24. Los números de cuarto orden se disponen de la siguiente manera: en la primera casilla q se coloca el 25, después, en la columna trasversal r s, en las casillas quinta y sexta, a partir de la r, se colocan los números 26 y 27. En la columna p q, en las casillas séptima y octava, a partir de la q se colocan el 28 y 29. En la columna r s, en las casillas novena y décima, a partir de la r, se ponen el 30 y 31; se coloca también el 32 en la primera casilla de la columna p q. Los números del orden quinto se distribuyen de la siguiente manera: en la columna r s, en las última casilla a partir de la r se coloca el 33; posteriormente, en la columna p q, en las casillas quinta y sexta, a partir de la p, se sitúan el 34 y 35; en la columna r s, en las casillas séptima y octava, a partir de la s, se ponen los números 36 y 37. En la columna p q, en las casillas novena y décima, a partir de la p, se ponen el 38 y 39; en la primera casilla de la columna r s, empezando por la r, se coloca el 40. Los números de sexto orden se distribuyen así: en la columna transversal t u, en la primera casilla a partir de la u, se coloca el 41, en la cuarta a partir de la u, se pone el 42 y en la quinta, el 43; posteriormente, en la columna n o, en las casillas sexta y séptima, a partir de la n, se ponen el 44 y 45; en la columna t u, en la octava y novena casillas, a partir de la u, se ponen el 46 y 47 y en la casilla duodécima de la misma columna el 48. Los números del séptimo orden se distribuyen de la siguiente manera: se ponen en la columna x y, junto a la y el 49, a partir de ésta, en la

serie transversal, en las casillas tercera y cuarta se colocan el 50 y 51; en la columna l m, en las casillas quinta y sexta, a partir de la l, se ponen el 52 y 53; en la columna x y, a partir de la y, en las casillas séptima y octava, se ponen el 54 y 55 y en la décima de la misma serie el 56; así queda correctamente distribuida la disposición de los números. Como fuera del cuadrado a b c d estaban veinticuatro números que han sido distribuidos en los espacios interiores vacíos de la forma correcta, quedan así:

En la parte superior del romboide hay seis números: 2, 3, 4, 5, 6, 7, que se distribuyen así: el 2 se pone en la columna transversal c d, en la segunda casilla a partir de la c; el 7 en la segunda casilla a partir de la d, el 3 en la tercera casilla a partir de la c y el 6 en la tercera casilla a partir de la d; el 4 en la columna f ξ, en la cuarta casilla a partir de la f, lo mismo que el 5 se coloca en la cuarta casilla a partir de e de la columna recta e λ.

En el lado derecho también hay seis números (9,17, 25, 33, 41, 49), que se distribuyen de la siguiente forma: el 9 se coloca en la primera casilla de la columna transversal x y; el 49 en la segunda casilla de la columna transversal l m; el 17 en la tercera casilla de la columna transversal n o; el 25 en la cuarta casilla de la columna transversal p q, lo mismo que el 33 en la columna r s. Después, en el extremo inferior del romboide, los números se disponen así: 58 y 59 en los espacios segundo y tercero de la columna transversal a b; 62 y 63 en los lugares sexto y séptimo de la misma columna; 60 y 61 en la cuarta y quinta casilla de la columna transversal opuesta.

Para colocar los números en el extremo izquierdo se procede de esta manera: el 24 se pone en la tercera casilla de la columna t u, comenzando por la u; el 32 en el cuarto espacio de la columna p q; el 40 también en el cuarto espacio de la columna r f; 48 en la décima casilla de la columna n o; 56 en el noveno lugar de la columna l m; de esta manera queda constituido el cuadrado del Sello de Mercurio, cuyas series, tomadas individualmente, siempre dan la suma de 260, que multiplicado por las ocho casillas del lado del cuadrado, da un total de 2.080. Si se ha observado correctamente esta disposición, se hallará en todo una admirable, no confusa o casual, racionali-

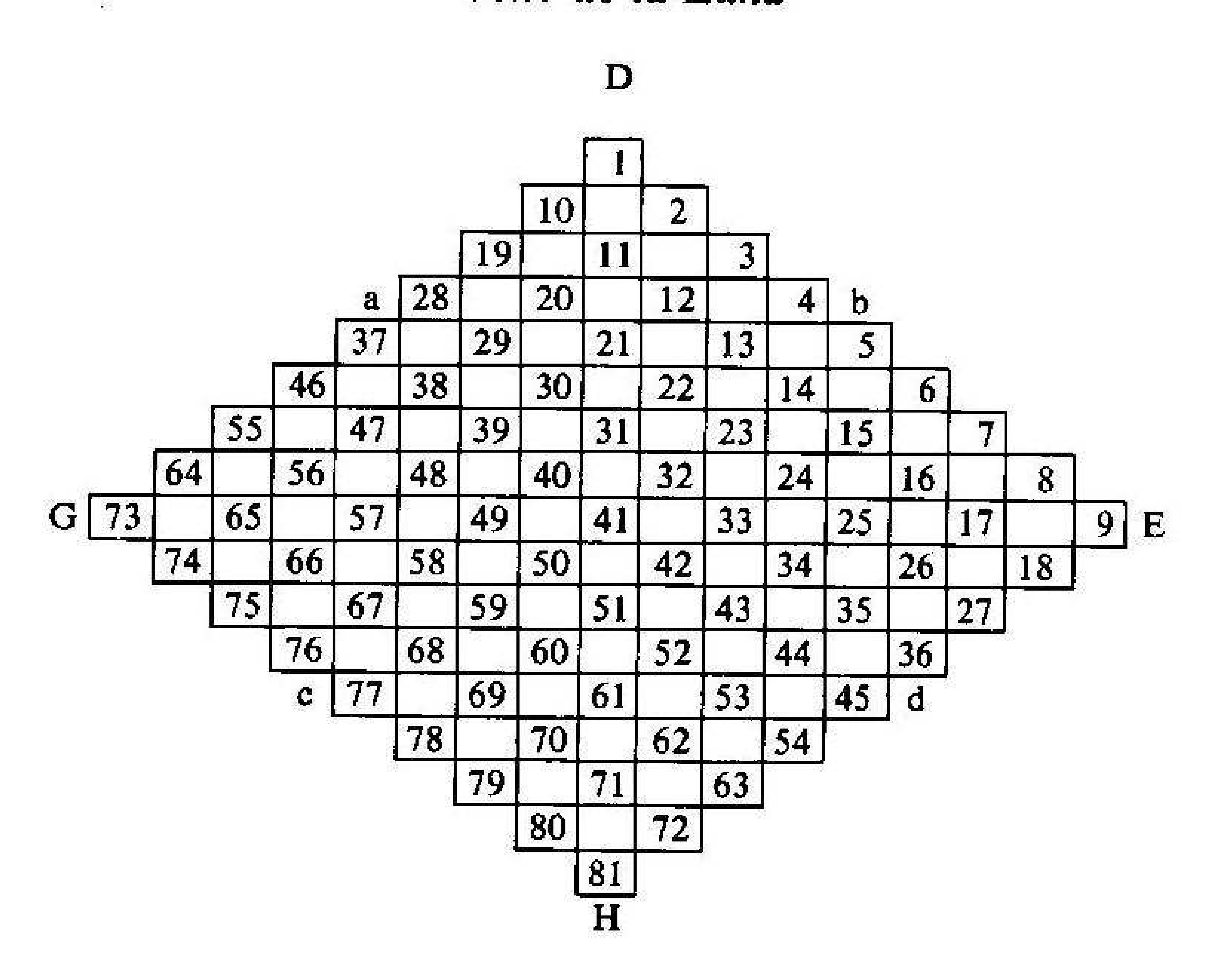
zación procedente de la gran proporción, únicamente superada por el arte combinatorio, donde demostraremos intencionadamente esta admirable fuerza de colocación desde las profundidades de la aritmética y geometría.

VII

Construcción matemática del sello de la Luna o cuadrado 81

La formación del Sello de la Luna se consigue multiplicando el 9 por sí mismo, 81, y sobre él vamos a tratar. Se opera de la siguiente manera: se forma la figura romboide en la que se disponen nueve órdenes de casillas diagonales como en los casos anteriores. Hecho esto, no hay nada más fácil que incorporar cada uno de los números que se encuentran en los extremos del romboide en sus correspondientes casillas interiores:

Sello de la Luna



Seré breve en la explicación, ya que no hay dificultades. Como cada extremo tiene siete números, que son las cabezas de las columnas, unos de las rectas y otros de las transversales, los números superiores y los inferiores de los extremos se colocan en las mismas columnas, ocupando los superiores la cabeza y los inferiores la base: en la columna D H, la cabeza la ocupará el 1 y la base el 81; los números de los extremos derecho e izquierdo se colocarán en las mismas columnas transversales, por lo que debe hacerse un traslado transversal de los números al cuadrado a b c d. Establecido lo anterior, los números del extremo superior D b no deben ponerse al servicio del cuadrado, si a partir de la primera casilla de cada una de las columnas se cuentan hacia abajo diez casillas, porque necesariamente la casilla décima debe quedar vacía, el número que ocupaba la frontal de la columna debe ser trasladado, por ejemplo, si en la columna D H contamos diez casillas a partir del 1, esta décima es en la que debe colocarse el 1, y lo mismo se procede con los otros números. Los números del extremo inferior deben ser colocados de igual manera, aunque contando de abajo hacia arriba, en la décima columna que se encontrará vacía en las columnas correspondientes. De igual manera se opera con los números del extremo izquierdo G c, que siempre encontrarán vacías las décimas casillas en su columna correspondiente. Los números del extremo b E d encontrarán también preparadas las décimas casillas para recibirlos, por ejemplo, 73 se colocará en la décima casilla transversal de la columna G E, y lo mismo se hace con el 9 contando hacia la izquierda. De esta forma se rellena todo el cuadrado sin ningún esfuerzo. En él, los números de cada una de las columnas, tanto rectas, como diagonales o transversales, darán una suma de 369, cuyo número multiplicado por las nueve casillas de cada lado arroja una cifra constante, es decir, 3.321.

VIII

Sobre los cuadrados cúbicos.

¡Qué admirable es la fuerza que late bajo los números! Pienso que solamente se halla oculta para el desconocedor de

la aritmética. Hablamos anteriormente sobre los siete sellos o misterios de los planetas formados a partir de los siete cuadrados: 9, 16, 25, 36, 49, 64, 81, cuyas raíces son los siguientes:

□	♄	♃	♂	☉	♀	☿	☽
℞	9	16	25	36	49	64	81
	3	4	5	6	7	8	9

Hablaremos de los cuadrados cúbicos, ya que ni los antiguos, ni los modernos descubrieron, que yo sepa, la razón de esta progresión, porque, si la hubieran descubierto, sin duda, siguiendo el sistema de los siete cuadrados, les hubieran consagrado a los cuerpos del mundo sideral y a sus genios, es decir, estos siete cuadrados cúbicos estarían dedicados a las clases del mundo elemental y a los genios que las presiden.

El cuadrado cúbico no es otra cosa distinta a una serie de tantos términos de la progresión geométrica, partiendo de la unidad y en duple proporción continua de los números, por cuantas unidades tiene cualquier número cuadrado. Por ejemplo, si alguien quiere formar un cuadrado cúbico a partir del 9, tendría que multiplicar tres nueves por sí mismos. Se opera así: se colocan en progresión geométrica, partiendo de la unidad, los nueve términos, como sigue:

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	
T	1	2	4	8	16	32	64	128	256	V

Con estos términos se puede formar el cuadrado a b c d, siguiendo la orientación que dimos en el párrafo anterior sobre el cuadrado novenario de Saturno. Pero vamos a poner un ejemplo. Se forma un diagrama en forma de romboide:

	a	1	b	
	8		2	
64		16		4
c			32	d
		256		

En este orden se colocará la progresión geométrica T V dada. Después se introducen estos números, según el mismo criterio del cuadrado 9, dentro de las casillas vacías del cuadrado a b c d, es decir, el 1 en la casilla vacía opuesta, junto a la del 256, que, a su vez, se coloca en la casilla vacía superior, el 4 en la cuarta casilla a la izquierda y el 64 en la cuarta casilla a la derecha, así queda formado el cuadrado cúbico, en el que cada orden transversal, diagonal o recto da el mismo número, con la siguiente diferencia; que si los números de los cuadrados precedentes debían sumarse para obtener el mismo producto, éstos deben multiplicarse entre sí para obtener el mismo producto; en este sentido, si se multiplican entre sí los números de cada orden dan 4096.

8	256	2	8	4	128	2	8
4	16	64	256	16	1	16	16
128	1	32	2	64	32	128	32
4096	4096	4096	4096	4096	4096	4096	4096

Ofrecemos el método de la multiplicación en el primer orden: 8 se multiplica por 4, el producto es 32, que, a su vez, se multiplica por 128 y tenemos 4096, del mismo modo se procede en los demás casos.

Cuadrado cúbico

8	256	2
4	16	64
128	1	32

Después de poner un ejemplo de número impar, ahora le pondremos de número par. Si se quiere hacer un cuadrado con el cuatro multiplicado por sí, esto es, de dieciséis casillas, se procede de la manera siguiente: los dieciséis números se colocan en orden de progresión geométrica en doble proporción, como sigue:

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1	2	4	8	16	32	64	128	256	512	1024

12	13	14	15	16
2048	4096	8192	16384	32768

Se escriben estos números con la misma fórmula que se utilizó en el segundo párrafo anterior al elaborar el cuadrado de Júpiter, 16, con la única diferencia de que allí los dieciséis números estaban dispuestos en progresión natural y ahora están dispuestos en el orden que se sigue en la precedente progresión geométrica.

		4	2		
a	8	8192	16384	1	b
128	256	64	32	2048	16
2048	16	1024	512	128	256
c	32768	2	4	4096	d
		16384	8192		

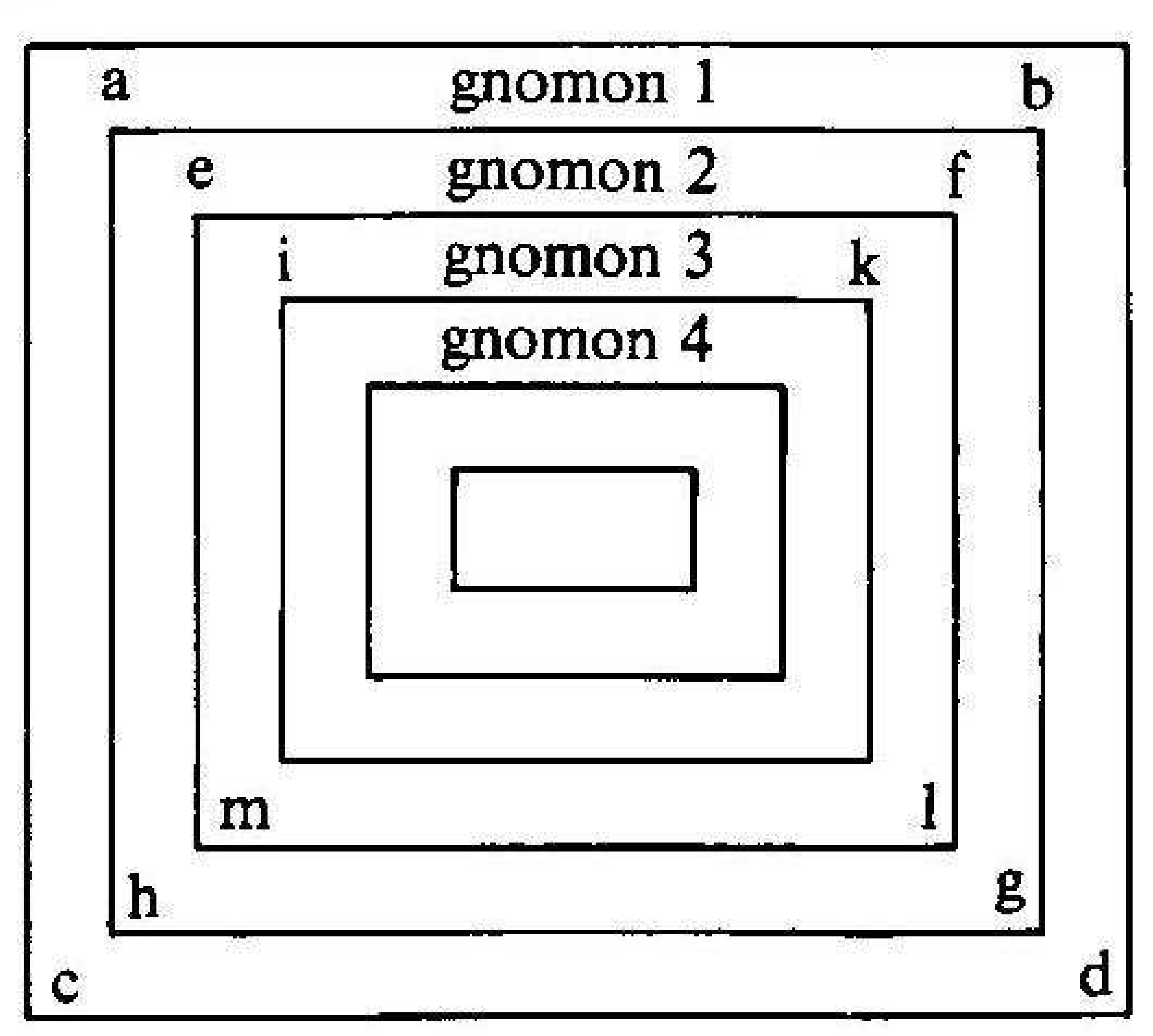
Se hace el traslado de los números que están fuera del cuadrado a b c d de la misma forma que hicimos al formar el cuadrado: los números de los órdenes laterales no se suman, sino que se multiplican, como se hizo en el cuadrado precedente; se multiplican entre sí y dan el mismo producto.

Los demás cuadrados cúbicos, por la gran cantidad de números, los dejamos para otros que dispongan de más ocio, porque en realidad no ofrecen nada nuevo y por esta razón omitimos las demás progresiones, nuestro objetivo ha sido el de abrir las puertas a este tema, con lo que mostramos a otros el camino de las innumerables familias que pueden hallarse con el mismo esfuerzo y destreza.

Capítulo IV

Otra disposición de los números igualmente fácil

Por si parece difícil el método anterior, he decidido poner aquí otro que se sigue de la manera siguiente: todo el artificio se centra en la ordenación meticulosa de los números que se han de disponer dentro de los gnomos de un cuadrado íntegro. Llamamos gnomos cuadrados a los espacios en los que se inscribe un cuadrado, por ejemplo, el cuadrado que se produce del novenario consta de 81 celdas cuadradas y contiene dentro de sí cuatro espacios o gnomos cuadrados; el primero de los cuales se designa con las letras a b c d, el segundo con las letras e f g h, el tercero con i k l m, el cuarto con las letras siguientes y así sucesivamente. En el primer gnomon a b c d se colocan los números del 1 al 16 de la forma establecida; en el segundo del 17 al 28; en el tercero del 29 al 36 y en el cuarto del 37 al 40.

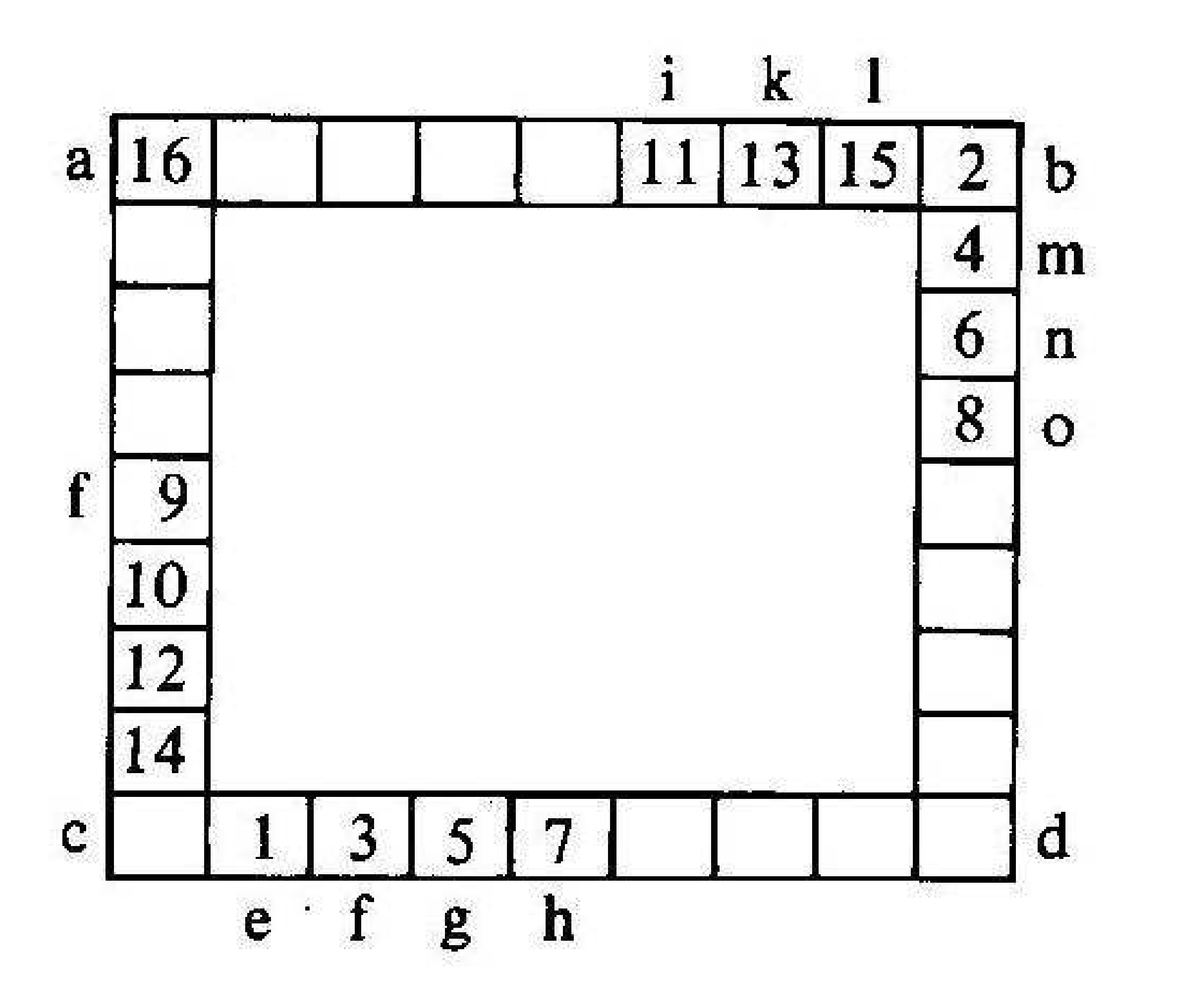


Cómo y en qué sentido deben ser cubiertos los gnómones con sus números, lo explicaremos a continuación.

Proposición I

Disposición de los números en el primer gnomon del cuadrado 9

El ámbito del primer gnomon a b c d, se divide en 32 partes, de forma que cada uno de los lados se subdivida en nueve casillas de la manera siguiente:



Disposición de los números en los gnomos del cuadrado

Se dispone de este modo una serie de números hasta el 16 en progresión aritmética dentro del ámbito del gnomon. Como en este espacio a b c d hay 32 casillas que deben llenarse con números: en primer lugar se escriben los términos menores de la primera mitad, que son dieciséis, en las casillas, después se coloca la otra mitad de los números mayores en las casillas opuestas; a continuación se expone el modo en que ésto debe llevarse a cabo.

En primer lugar ha de tenerse mucho cuidado con los términos pares y los impares en la progresión aritmética natural. Los términos impares 1, 3, 5, 7 deben ocupar la parte media de la base inferior, las otras cuatro casillas se quedan vacías.

Los términos pares 2,4,6,8 se colocan en lado b d, en las casillas b m n o; el 9 se coloca en el lado opuesto a c, en la casilla media f, a continuación se ordenan los términos 10,12,14 en el orden que se puede ver. Los impares intermedios de éstos se ponen en el lado superior a b, junto a las letras i k l; el último término, 16, se coloca en la casilla a; de esta manera queda correctamente dispuesta la mitad de los números en el primer espacio, de manera que ya no es necesario hacer más que llenar con sus números la mitad de las casillas vacías, que se hace como sigue: se colocan los números en su orden natural hasta 16 y, una vez colocados los dieciséis términos a partir de la unidad, se toman del 82 hacia abajo en su orden natural los que faltan.

Distribución de los números en el primer gnomon cuyo espacio total tiene 32 casillas y su mitad es 16

Los números A en A 1 2 3 4 5 6 7 8 9
Sustraídos a partir de 82 B 81 80 79 78 77 76 75 74 73
Los números B en las casillas vacías A 10 11 12 13 14 15 16
Espacios a llenar B 72 71 70 69 68 67 66

a b

16	81	79	77	75	11	13	15	2
78								4
76								6
74								8
9								73
10								72
12								70
14								68
80	1	3	5	7	71	69	67	66

c d

DIAMETRAL NORMAL MENTE
LATERAL MENTE
DIAMETRAL MENTE MENTE

Con esta tabla se rellenan las casillas vacías de la siguiente manera: en la casilla opuesta a la 1 se pone el 81, en la opuesta a la 2 el 80, y ordenados de esta manera se colocan todos los términos mayores en sus casillas vacías, de manera opuesta a los términos menores; así se consigue completar el primer espacio del gnomon cuadrado con todos sus números, como puede verse en el ejemplo. Las oposiciones de los números deben entenderse en forma diametral, lateral y normal.

Los números 2 y 16 tienen diametralmente opuestos los números 80 y 66; los números que se encuentran en las casillas c d tienen como opuestos en forma normal a los números de las casillas del lado a b y los números del lado a c se oponen a los números de las casillas del lado b d.

Proposición II

Disposición de los números prónicos en el segundo gnomon

El gnomon del segundo cuadrado se divide en venticuatro partes iguales, por lo que cada lado queda dividido a su vez en siete partes; hecho ésto, como se hizo en el anterior, en la mitad inferior del lado se colocan los números impares según la serie continua de la progresión, dejando vacío el primer cuadrado que correspondería al 16, en el segundo se coloca el 17, en el tercero el 19, en el cuarto el 21; hecho ésto, se ponen los números intermedios en la parte superior del lado f g, o sea, 18 20 22; después se coloca el 23 en la casilla media del lado opuesto y a continuación los términos pares 24 y 26; los impares 25 y 27 en las casillas frontales cinco y seis, para después colocar el 28 en la casilla e, así queda colocada la mitad de los términos de la progresión.

Para cubrir las casillas vacías con los demás términos, se actúa así: se dispone el segundo orden natural de los números establecido, pero trastocando el orden de la progresión aritmética; como el 16 fue el último número en el primer gnomen, al llenar las casillas vacías, se debe comenzar por el 17 y continuar la serie hasta el 28, después se completa la serie con los

e f

28				25	27	18
						20
						22
23			I			
24						
26						
	17	19	21			

h g

28	65	63	61	25	27	18
62						20
60						22
23			II			59
24						58
26						56
64	17	19	12	57	55	54

números inferiores a los tomados ya de 82, que se sustraen a partir de esa cifra.

Los números continuos para el segundo gnomon que tiene un espacio de venticuatro casillas y cuya mitad es doce, son:

17,18,19,20,21,22,23,24,25,26,27,28,
65,64,63,62,61,60,59,58,57,56,55,54,

En la casilla opuesta al 17 se coloca el 65, en la opuesta al 19 el 63, en la vacía opuesta al 20 el 62 y así sucesivamente. Observe el lector que las series de estos números están colocadas de tal manera, que siempre la mitad de los términos ocupados hace referencia a la otra mitad de las casillas vacías.

Proposición III

Disposición de los números prónicos en el gnomon tercero

Este gnomon tiene un total de dieciséis casillas, por lo que cada uno de los lados dispone de cinco. Se divide el gnomon en dieciséis casillas. En él se ponen los términos del 29 al 36 y se suplen los que faltan desde el 82, descontando los ya tomados.

c o c o

36			35	30
				32
33		I		
34				
	29	31		

i p

36	53	51	35	30
50				32
33		2		49
34				48
52	29	31	47	64

i p

Los números o términos continuos en el espacio del tercer gnomon, que tiene dieciséis casillas y cuya mitad es ocho, son:

29	30	31	32	33	34	35	36
53	52	51	50	49	48	47	46

Los números superiores se distribuyen de la siguiente forma: a partir de la segunda casilla de la base, partiendo de 18, en la siguiente el 31; en la primera casilla del lado opuesto se pone el 30, en la segunda el 32; en la casilla media del lado opuesto el 33 y a continuación el 34; en la penúltima del frontal c o el 35 y en la primera el 36, como se ve ya en la primera figura. Hecha esta distribución, en cada uno de los espacios vacíos opuestos se ponen los términos correspondientes, por ejemplo, en la casilla vacía opuesta a la del 29 se coloca el 53, en la opuesta al 30 el 64 y así sucesivamente, manteniendo el orden que ya se estableció en los casos precedentes, obteniéndose así el gnomon cubierto con sus números, como se ve en la figura siguiente (2).

Proposición IV

Distribución de los números prónicos en el cuarto gnomon

La formación del cuarto gnomon, el más pequeño, se hace con ocho casillas, cuya mitad es cuatro.

1

40	45	38
39	41	43
44	37	42

2

40		38
39		
	37	

Este gnomon contiene ocho casillas a su alrededor y cada lado tiene tres. Aquí se escriben los números o términos restantes de la serie como antes; como el último del gnomon anterior fue 36, aquí se comienza por el 37 y se llega hasta el 40, que se pone en la segunda casilla del lado inferior o base, el 37.

Números continuos del segundo gnomon: 37 38 39 40
45 44 43 42

El 38 se coloca en la primera casilla del lado derecho, el 39 en la segunda casilla del lado izquierdo y el 40 en la primera casilla de la columna frontal. En las casillas vacías se colocan los números que restan de la serie a partir del 82. Al 37 le corresponde la casilla opuesta a la del 45, al 38 la diametralmente opuesta a la del 44 y así sucesivamente, como puede verse en la primera figura. A la mitad del 81, que es el 41, le corresponde la casilla media. De esta manera obtenemos la correcta colocación de cada número en su casilla y, al hacerse mutua referencia, constituyen el cuadrado, en el que cada una de las series sumadas, ya sean transversales, normales o diagonales, dan el mismo sumando, 369.

En cada uno de estos gnómones están ocultas ciertas propiedades maravillosas, la primera de las cuales consiste en

que, si se prescinde del primer gnomon, el conjunto de todos los gnómones, tomando las series de los números en cualquier sentido, siempre dan una misma suma, 287.

Si se prescinde del primero y segundo gnómones y se suman los números según las series en el tercer gnomon, cada una de las series dará una suma de 205; en este sentido cada una de las series del cuarto gnomon dará una suma de 123 y así sucede con los demás. Si se sustraen los números de cada una de las series de un gnomon de las series de otro, siempre permanecerá el 82 como suma de la progresión aritmética, ésto es 81, y si quitamos la unidad nos quedamos con 81, que es el cuadrado de Mercurio. De aquí surgen las siguientes reglas:

Primera. Dado el número de las casillas del espacio se halla el lado del cuadrado al que pertenece ese espacio, es suficiente con dividir por cuatro los números del ámbito de las casillas y al cociente se le añade la unidad; por ejemplo, el ámbito del primer gnomen en el paradigma precedente tiene 32 casillas que, divididas por cuatro, dan ocho, a los que añadiendo la unidad, obtenemos 9, que es el número de casillas del lado del cuadrado 81.

Segunda. Dado el lado del cuadrado se puede hallar el número de las casillas en el ámbito o gnomen propuesto, siempre que restemos la unidad del lado y el resto lo multipliquemos por cuatro. En el caso que nos ocupa obtendríamos 32, que es el número de las casillas en el ámbito del gnomen. En este ámbito, si tenemos el lado del cuadrado 7, podemos obtener el número de las casillas en el espacio; si al 7 le quitamos la unidad, nos quedamos con 6 que multiplicado por cuatro nos da 24, que es el número de las casillas en el gnomen del cuadrado septenario. Si el cuadrado del lado fuera 5 y quitásemos una unidad, nos quedaría el 4, que, multiplicado por cuatro, daría 16, precisamente el número de casillas del espacio. Del mismo modo se procedería si se tratara del cuadrado ternario, cuyo lado tiene tres casillas, porque si restamos al tres una unidad nos quedamos con el dos, que, multiplicado por 4, nos daría 8, que es el número de casillas del ámbito. Dado, pues, el número de casillas del espacio, se puede hallar el lado, siempre que a este número se le divida por 4 y se añada la unidad a la suma.

Proposición V

Distribución de los números prónicos en el cuadrado septenario

Si se quiere distribuir, según la forma indicada, el cuadrado del septenario en gnómones, que tiene tres, se debe actuar de la misma manera que en los casos precedentes: se comienza disponiendo los términos en el mismo sentido que en el paradigma del gnomen precedente, con una excepción, la de que los términos son diferentes. Si de la raíz impar, por ejemplo de 7, obtenemos el producto cuadrado 49, se dispone la progresión de los números en el primer ámbito de venticuatro casillas:

Términos del ámbito septenario: 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12.

La otra mitad en las casillas vacías: 49 48 47 46 45 44 43 42 41 40 39 38.

Estos números superiores se colocan de la misma manera en el ámbito del gnomen septenario, lo mismo que los calculamos en el segundo gnomon precedente del cuadrado novenario, como se ve en el siguiente gnomon:

Gnomon 1

12				9	11	2
						4
						6
7						
8						
10						
	1	3	5			

12	49	47	45	9	11	2
46	En este gnomon se ven los números inferiores colocados en las casillas vacías opuestas al precedente gnomon.					4
44						6
7						43
8						42
10						40
48	1	3	5	41	39	38

En el segundo cuadrado de este gnomon se distribuyen los términos como se hizo en el tercero y cuarto gnómones del

ejemplo precedente, tal como ahora aparece. Los números inferiores proceden de unir al último término de la progresión, 49, la unidad, para que sumen 50, y de aquí se sacan los números superiores, obteniendo así la serie de números que en las casillas han de ordenarse de forma opuesta.

Para ordenar correctamente los dos gnómones incluidos entre sí, se debe disponer en primer lugar la serie de la progresión así: como el lado del gnomon, según la regla establecida antes, es de cinco casillas, las totales serán 16 y la mitad 8. Se colocan ocho términos empezando por el 13, después el 12 y a continuación de la disposición precedente, 13 14 15 16 17 18 19 20, que sumados a los sustraidos a partir de 50 dan los demás términos. La mitad, 37 36 35 34 33 32 31 30.

Hecho ésto, queda establecido el gnomon segundo, en el que cada lado arroja una suma de 125.

20			19	14
				19
17				
18				
	13	15		

20	37	35	19	14
34	24	29	22	16
17	23	25	27	33
18	28	21	26	32
36	13	15	31	30

En el precedente gnomon, el último término de la progresión fue 20, por lo tanto, en el presente comenzaremos a partir del 21, colocando los números en las casillas en el mismo orden que en el último cuadrado de Mercurio, y como al espacio de este gnomon le corresponden ocho casillas, cuya mitad es cuatro, se distribuyen así: 21 22 23 24
29 28 27 26
a los que se les unen los complementarios a partir de 50 como sigue: En la casilla media de la base se coloca el 21 y en la primera del lado derecho el 22, en la casilla media del lado izquierdo el 23 y en la primera del mismo lado el 24; los otros cuatro restantes se deben oponer en cada una de las casillas vacías y en el medio-centro el 25, que es la mitad de la progresión aritmética hasta 50.

En los cuadrados de números pares se procede de otra manera, lo mismo que se ha procedido en la distribución de los números dentro de las casillas en los dos ejemplos anteriores, así se debe proceder en cualquier cuadrado de números impares; por lo que ya no falta por explicar más que la forma de proceder en los cuadrados de términos pares y el modo de distribuir los números en las casillas.

Capítulo V

Sobre los números prónicos y su distribucion en los cuadrados de términos pares

Es tanta la sutilidad que se oculta en esta disposición de los números, tantas las maravillas y propiedades, que, antes de penetrar en sus secretos, no dejo de admirar la forma en que el ingenio humano ha llegado hasta aquí. Puesto que nada hay tan difícil como carecer de firmes e infalibles principios y que sean asequibles al entendimiento, diremos con pocas palabras todo lo referente a este misterio oculto.

Toda la disposición misteriosa de los números se basa en la progresión natural de los mismos; de ella se pueden deducir con un poco de esfuerzo, no solamente los cuadrados, sino los cubos y demás formas algebraicas, por ejemplo, la siguiente progresión natural de los números implica a todas las progresiones de los números íntegros con excepción de las raíces que han de colocarse en segundo lugar.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16

En esta progresión los cuadrados se obtienen de la forma siguiente:

1 y 3 forman el cuadrado binario.
1, 3, 5 forman el cuadrado ternario.
1, 3, 5, 7 forman el cuadrado cuaternario.
1, 3, 5, 7, 9 forman el cuadrado quinario.
1, 3, 5, 7, 9, 11 forman el cuadrado senario.
1, 3, 5, 7, 9, 11, 13 forman el cuadrado septenario.
1, 3, 5, 7, 9, 11, 13, 15 forman el cuadrado octonario. Y así sucesivamente.

Las progresiones cúbicas se obtienen así:

3, 5 forman el cubo binario, es decir, el 8.

7, 9, 11 forman el cubo ternario, es decir, 27.

13, 15, 17, 19 forman el cubo cuaternario, es decir, 64. Así sucesivamente.

Si se toman los números pares, la progresión es como sigue: 2, 4, 6, 8, 10, 12, 14, 16, así se entenderá fácilmente cómo en cualquiera figura poligonal, los ángulos son equivalentes a los ángulos rectos; por ejemplo, 10 puede ser considerado como el término cuarto de la progresión expuesta, el heptágono, sin embargo es la séptima clase de polígonos, y los siete ángulos de cualquier heptágono equivalen a 7 ángulos rectos, lo mismo que los ángulos de cualquier hexágono equivalen a ocho ángulos rectos y así sucesivamente.

Algo queda oculto bajo las progresiones de los números, tanto aritméticas como geométricas, desconozco de donde procede o en que consista eso maravilloso, ya que el álgebra, que es lo más sutil de las matemáticas, no es otra cosa que cierto cálculo realizado a través de las progresiones geométricas y que se esclarecerá totalmente en la presente disposición de los números prónicos.

Después de lo dicho sobre la disposición de los números impares en el cuadrado expuesto poco antes, solamente resta enseñar la razón de la disposición en los términos pares. Para explicar muchas cosas con pocas palabras, demostraremos todo el tema en el mismo ábaco de manera muy amplia.

Proposición VI

Descripción de los números prónicos en el cuadrado de los números pares

El cuadrado, por ejemplo, cuyo lado tiene dieciséis casillas y su primer ámbito, según la regla antes expuesta, tiene sesenta casillas en las que conviene distribuir los números de la progresión natural de tal manera que cada una de las series de números en el cuadrado, normales, transversales o diagonales, siempre sume el mismo número: el mismo número se obtiene

en los cuatro lados del ámbito, es decir, 257. Así se opera: en primer lugar se disponen las series de números desde el 1 hasta el 30, que constituyen la mitad de sus números, ya que todo el ámbito consta de 60, distribuidos totalmente por las casillas. La totalidad del cuadrado contiene 256 unidades, que resultan de multiplicar el 16 por sí mismo; si a este número le añadimos la unidad, según las leyes de la progresión aritmética, tendríamos 257, siendo éste el número del que se sustraen los 16 números, obteniendo así los números que han de ser colocados opuestamente en las casillas vacías, como sigue:

I. Números para el primer ámbito del gnomon, que tiene sesenta casillas y la mitad es treinta.

1	2	3	4	5	6	7	8
256	255	254	253	252	251	250	249
9	10	11	12	13	14	15	16
248	247	246	245	244	243	242	241
17	18	19	20	21	22	23	24
240	239	238	237	236	235	234	233
	25	26	27	28	29	30	
	232	231	230	229	228	227	

Los números superiores expresan la progresión aritmética desde el 1 hasta el 30, que corresponden a la mitad de las casillas del primer ámbito. Los inferiores expresan los complementarios de los números superiores hasta 257, que son igualmente 30 y que han de colocarse en las casillas vacías opuestas.

II. Números continuos para el segundo ámbito del gnomon, que tiene cincuenta y dos casillas y la mitad es ventiséis.

31	32	33	34	35	36	37	38
226	225	224	223	222	221	220	219

39	40	41	42	43	44	45	46
218	217	216	215	214	213	212	211
	47	48	49	50	51	52	
	210	209	208	207	206	205	

III. Números continuos para el tercer ámbito del gnomon, que tiene cuarenta y cuatro casillas y la mitad es ventidós.

53	54	55	56	57	58	59	60
204	203	202	201	200	199	198	197
61	62	63	64	65	66	67	68
196	195	194	193	192	191	190	189
	69	70	71	72	73	74	
	188	187	186	185	184	183	

IV. Números continuos para el cuarto ámbito del gnomon, que tiene treinta y seis casillas y su mitad es dieciocho.

75	76	77	78	79	80	81	82
182	181	180	179	178	177	176	175
83	84	85	86	87	88	89	90
174	173	172	171	170	169	168	167
			91	92			
			166	165			

V. Números continuos para el quinto ámbito del gnomon, que tiene ventiocho casillas y su mitad es catorce.

93	94	95	96	97	98	99	100
164	163	162	161	160	159	158	157
	101	102	103	104	105	106	
	156	155	154	153	152	151	

VI. Números continuos para el sexto ámbito del gnomon, que tiene veinte casillas y la mitad es diez.

107	108	109	110	111	112	113	114
150	149	148	147	146	145	144	143

115	116
142	141

VII. Números continuos para el séptimo ámbito del gnomon, que tiene doce casillas y la mitad es seis.

117	118	119	120	121	122
140	139	138	137	136	135

Los cuatro números de las casillas interiores

126	127
130	131

Así se ve toda la serie de los números que han de ser colocados en los siete ámbitos; ahora vamos a indicar como debe ser colocado cada número en su casilla correspondiente del ámbito. Para colocar los números en el primer ámbito del gnomon se utilizan los superiores partiendo de la unidad hasta llegar a treinta. En el lado derecho b d, en la última casilla se coloca el 1, en la primera casilla del mismo lado se pone el 2, después se pasa al lado izquierdo a c, poniendo en la segunda y tercera casillas el 3 y el 4, se vuelve de nuevo al lado derecho y en la cuarta y quinta casillas se ponen el 5 y el 6, volviendo de nuevo al lado izquierdo se colocan el 7 y 8 en la sexta y séptima casillas, a continuación, interrumpiendo el proceso, en la segunda casilla frontal, se coloca el 9; de aquí se pasa a la base, donde se colocan el 10 y 11 en la tercera y cuarta casillas; después se vuelve a la frontal, y en la quinta y sexta se ponen el 12 y 13; volvemos a la base y en las casillas séptima y octava se colocan el 14 y 15; de nuevo en la frontal, en la novena y décima casillas se colocan el 16 y 17; a continuación, en la base y en la undécima y duodécima casillas se ponen el 18 y 19; en la parte superior, en las casillas decimotercera y decimocuarta se colocan el 20 y 21; hecho esto, se vuelve al lado izquierdo

Abaco dividido en siete gnómones, en cuyas casillas se distribuye, en orden continuo, la progresión aritmética desde el 1 al 257

A — B

256	9	247	[illegible]	12	13	[illegible]	242	16	17	239	238	20	21	235	2
3	[illegible]	211	45	46	[illegible]	209	49	50	[illegible]	[illegible]	53	54	201	32	254
4	33	222	63	193	192	66	67	198	188	70	71	181	58	124	253
252	34	59	178	169	189	90	[illegible]	165	93	94	161	80	198	223	5
251	[illegible]	60	81	[illegible]	101	[illegible]	154	104	105	151	98	176	197	35	6
7	211	196	82	99	148	141	117	118	137	112	153	175	61	36	[illegible]
8	37	62	174	100	113	136	143	122	133	144	157	83	195	220	[illegible]
23	38	73	173	107	114	129	126	127	132	142	150	84	184	219	234
24	218	185	85	108	115	125	130	131	128	142	149	172	74	39	233
232	217	75	86	148	138	124	135	134	121	119	109	171	182	40	25
231	41	76	87	147	145	116	140	139	120	111	110	170	181	216	26
27	42	190	162	159	156	102	103	153	152	106	97	95	77	[illegible]	230
28	43	179	177	88	168	167	91	92	164	163	96	79	78	214	[illegible]
228	202	199	194	64	65	193	190	68	69	187	186	72	57	55	29
227	229	44	212	211	47	48	208	207	51	52	204	203	56	31	30
255	248	10	11	245	244	14	15	[illegible]	240	18	19	237	236	22	1

C — D

y, en la octava y novena casillas, después del 8, se ponen el 23 y 24; en la décima y undécima casillas del lado derecho se colocan el 25 y 26; volviendo al lado izquierdo, en las casillas duodecima y decimotercera, se colocan el 27 y 28; de aquí se pasa al lado derecho y, en las casillas antepenúltima y penúltima, se ponen el 29 y 30; así tenemos la mitad de los términos colocados en sus casillas y tratamos de colocar los números inferio-

res, o complementarios de los superiores hasta 257, en las casillas vacías opuestas, obtendremos el gnomon completo en todos sus términos; se podrá comprobar que a la unidad, en la casilla diametralmente opuesta, le corresponde el 256, al dos, también en la casilla diametralmente opuesta, le corresponde el 255, al tres, en la casilla transversal opuesta, le corresponde el 254, según los números colocados en orden en la primera progresión, y así sucesivamente.

En este artificio las parejas de números, par e impar, siempre se encuentran en lados alternos ordenadamente, con la excepción de tres parejas, en cuyos lugares no hay alternancia, son el 1 y el 2, el 8 y el 9, el 22 y el 23. No existe, como se puede observar, ninguna dificultad para colocar los números, pues según el siguiente ábaco (en el que se diferencian todos los ámbitos de los gnomos) se sigue la progresión.

Así queda reflejado en un solo ábaco todo el artificio. Se divide en los siete ámbitos de los gnomos, designando al primero con las letras A B C D, al segundo con las letras E F G H, al tercero con I K L M, al cuarto con N O P Q, al quinto con R S T V, al sexto con W X Y Z y al séptimo con a b. Así quedan los números dispuestos según las siete progresiones aritméticas, debiendo escribir la mitad de los números o términos en cada uno de los gnomos con letra negra y la otra mitad con letra roja; los números escritos en negro representarían los números superiores en las siete series de progresiones; los rojos representarían los números inferiores, sus complementos, que han de ser colocados en las casillas vacías opuestas. Luego el lector, examinando cada uno de los gnómones y comparándolos con las siete series de progresiones, llegará fácilmente al conocimiento de este artificio.

Supera toda capacidad de admiración la posibilidad de colocar artificiosamente tan gran mezcla de números en un solo ábaco cuadrado y que los dieciséis números de cualquier serie, transversal, perpendicular o diagonal, sumados den siempre el mismo producto, es decir, 2.056, que proviene de multiplicar ocho, la mitad de las casillas del lado del cuadrado, por 252, que se obtiene sumando el término mayor y el término menor. La suma de todos los números se obtiene de multiplicar 2.056 por los dieciséis lados del cuadrado, cuyo producto es 32.896.

Proposición VII

Los números prónicos no cuadrados en cualquier cuadrado tanto de casillas pares como impares, pueden colocarse de tal manera que se obtenga la misma suma de cada una de las series

Al hablar anteriormente de los números cuadrados y cúbicos, solamente tratamos del método y la razón con que se debían colocar en sus cuadrados, ahora vamos a hablar de la forma en que los números, incluso no cuadrados, en una determinada progresión, dentro de un cuadrado supuesto, pueden ser odenados para obtener una misma suma de cada una de las series.

Sean las siguientes progresiones las que se tratan de colocar en el cuadrado binario:

1	2	3	4	5	6	7	8	9
2	3	4	5	6	7	8	9	10
3	4	5	6	7	8	9	10	11
4	5	6	7	8	9	10	11	12
5	6	7	8	9	10	11	12	13
6	7	8	9	10	11	12	13	14
7	8	9	10	11	12	13	14	15
8	9	10	11	12	13	14	15	16
9	10	11	12	13	14	15	16	17

La razón de que todas las series de números se agrupen en una suma está en que en todas las progresiones aritméticas, los números que están a igual distancia del espacio medio sumados dan siempre la misma suma, como está patente en las siguientes progresiones: 9 + 1 + 5 = 15 ó 2 + 8 + 5 = 15 ó 5 + 3 + 7 = 15 ó 5 + 4 + 6 = 15. Ya solamente nos falta colocarlos dentro del cuadrado en el mismo orden que están colocados en los ejemplos siguientes, en los que se colocan primero los números en orden natural siguiendo la serie en diagonal, después los que se encuentran fuera del cuadrado: 1,3,7,9 que deben ser colocados en los lugares opuestos de las casillas vacías y así tenemos ya el objetivo. La suma de cada una de las series del primer cuadrado será 15, en el segundo cuadrado 18, en el tercer cuadrado 21 y en el cuarto 39. La suma de todos se obtendrá multiplicando la suma de una serie por el lado del cuadrado. Así se obtiene en el primero 45, en el segundo 54, en el tercero 63 y en el cuarto 117.

En cualquiera de estas progresiones, incluso llevada al infinito, los números del cuadrado ternario dan una misma suma en todas sus series, si se disponen de la siguiente forma, como se puede ver claramente en los cuatro ejemplos siguientes. La primera: 1 2 3 4 5 6 7 8 9.

Primer ejemplo

		1		
	4		2	
7		5		3
	8		6	
		9		

			15
4	9	2	15
3	5	7	15
8	1	6	15
15	15	15	15

Segundo ejemplo

		2		
	5		3	
8		6		4
	9		7	
		10		

			18
5	10	3	18
4	6	8	18
9	2	7	18
18	18	18	18

Tercer ejemplo

		9		
	12		10	
15		13		11
	16		14	
		17		

12	17	10	39
11	13	15	39
16	9	14	39
39	39	39	39

Del mismo modo se procede con todas las progresiones, tanto siguiendo el orden natural, como a través de cualquiera diferencia en los continuos.

Proposición VIII

En el cuadrado formado del cuaternario, los dieciséis números se pueden distribuir en cualquier progresión natural, de tal manera, que cada una de las series de cuatro números dentro del cuadrado, cualquiera que sea el sentido en que se sumen, siempre dan el mismo número

Tenemos las progresiones de los números en su serie natural, como se expresa en el cuadro siguiente. Todos los dieciséis términos de las doce progresiones, introducidas en el cuadrado y sumados en todas las series de cada progresión, dan la misma suma; la razón está en que todos los números que de dos en dos equidistan del espacio central, si los sumamos con los términos medios dan la misma suma. Esto se ve en la primera progresión 1, 8, 9, 16, que sumados nos dan 34; lo mismo sucede con 2, 8, 9, 15 y con 3, 8, 9, 14, etc. Lo mismo sucede también con la suma de los términos medios 8 y 9 duplicados. Esta constante se da también en cualquiera de las siguientes progresiones, por ejemplo, 110, 115, 107, 108, que suman 440 y así sucesivamente, es decir, todos los números que equidistan de los dos intermedios, sumados a éstos, dan una misma suma.

Al quedar completamente clara la doctrina sobre las progresiones, solamente nos falta saber la forma en que se han de distribuir los números en las dieciséis casillas del cuadrado cuaternario para obtener con cada serie una misma suma. En primer lugar se dibuja la figura dividida en sus casillas. Una vez dibujada, se toman los términos de la primera progresión divididos en cuatro clases. Los cuatro primeros términos se distribuyen así: el 1 y el 4 dentro del cuadrado, pero el 2 y el 3 fuera. Se toman los cuatro términos siguientes, 5, 6, 7, 8, el 5 y el 8 se colocan fuera del cuadrado, pero el 6 y el 7 en la misma serie transversal dentro del cuadrado. Después se toman los cuatro números siguientes, 9, 10, 11, 12, que se distribuyen así: el 9 bajo el 5 y el 12 bajo el 8 fuera del cuadrado; el 10 y el 11 en la misma línea transversal dentro del cuadrado y bajo el 6 y el 7, como puede verse en el ejemplo. Los últimos cuatro términos,

Número de las progresiones

I	1	2	3	4	5	6	7	8	17	9	10	11	12	13	14	15	16
II	2	3	4	5	6	7	8	9	19	10	11	12	13	14	15	16	17
III	3	4	5	6	7	8	9	10	21	11	12	13	14	15	16	17	18
IV	4	5	6	7	8	9	10	11	23	12	13	14	15	16	17	18	19
V	5	6	7	8	9	10	11	12	25	13	14	15	16	17	18	19	20
VI	6	7	8	9	10	11	12	13	27	14	15	16	17	18	19	20	21
VII	7	8	9	10	11	12	13	14	29	15	16	17	18	19	20	21	22
VIII	8	9	10	11	12	13	14	15	31	16	17	18	19	20	21	22	23
IX	9	10	11	12	13	14	15	16	33	17	18	19	20	21	22	23	24
X	10	11	12	13	14	15	16	17	35	18	19	20	21	22	23	24	25
XI	50	51	52	53	54	55	56	57	117	58	59	60	61	62	63	64	65
XII	100	101	102	103	104	105	106	107	237	108	109	110	111	112	113	114	115

Así hasta el infinito.

13, 14, 15, 16, se distribuyen así: 13 y 16 dentro del cuadrado ocuparán las casillas inferiores primera y última; 14 y 15 ocuparán también las casillas inferiores, pero fuera del cuadrado, quedando así colocados todos los números. Ahora se expone la forma de pasar los números que se hallan fuera del cuadrado a las casillas vacías del mismo. Como hay dentro del cuadrado tantas casillas vacías como números fuera de él, se los puede adaptar de forma congruente a cada una de las casillas. Primero se colocan 2 y 3 de forma alterna en las casillas opuestas vacías, es decir, el 2 en la casilla vacía junto al 16 y el 3 en la casilla vacía junto al 13, lo mismo se hace con el 14 y el 15, que son los números inferiores que están fuera del cuadrado; se colocan de forma alterna en las casillas opuestas vacías, o sea, el 14 junto al 4 y el 15 junto al 1.

		3	2		
	4	14	15	1	
8	9	7	6	12	5
12	5	11	10	8	9
	16	2	3	13	
		15	14		

Los números que están fuera del cuadrado, 5 y 9, se colocan en aspa en las casillas vacías opuestas del cuadrado; el 5 sobre el 16, y el 9 bajo el 4; los restantes que están fuera del cuadrado al lado izquierdo, el 8 y el 12, se colocan en las casillas vacías alternativamente opuestas; el 8 sobre el 13 y el 12 bajo el 1, obteniéndose de esta manera la distribución completa de todos los números, dando lugar a que las cuatro series de números, tomadas en cualquier sentido, recta, transversal o diametralmente, siempre den la suma de 34.

Lo cierto es que cada una de las progresiones antes expuestas quedará clara al examinador para que, del modo indicado, mediante la disposición hecha dentro del cuadro, lo compruebe en los tres ejemplos.

				34
4	14	15	1	34
9	7	6	12	34
5	11	10	8	34
16	2	3	13	34
34	34	34	34	34

Proposición IX

Los números cuadrados y no cuadrados se pueden disponer prónicamente

Al insistir una y otra vez en estos misterios, me invadió el deseo de conocer si los binarios y ternarios que no forman cuadrado, sino raíces, podrían tener lugar en los cuadrados con la misma distribución. Puesto que me daba cuenta de que todo el artificio consistía en cierta ecuación basada en el defecto o exceso de números, pensaba que no sería necesario usar de tanta especulación. Se opera de la siguiente manera: se colocan los números que se elijan en su orden natural, por ejemplo, en un paralelogramo que tenga un lado de dos y otro de tres se colocan los números así: 1, 2, 3, 4, 5, y se distribuye la segunda mitad en orden inverso a los primeros 123 y tenemos ya lo buscado. Estos números sumados per- 654
pendicularmente dan .... 777 esta suma, es decir, 7 7 7. La explicación es muy clara, porque el exceso de los inferiores está suplido con el defecto de los superiores hasta llegar al 7. Así quedan ya distribuidos los números del 1 al 6; después se distribuye del 6 al 12 de forma también inversa, obteniendo así el ejemplo que sigue:

0	1	2	3	4	5	6
12	11	10	9	8	7	6
12	12	12	12	12	12	12

De nuevo los números se distribuyen del 2 al 7 y del 7 al 12.

2	3	4	5	6	7
12	11	10	9	8	7
14	14	14	14	14	14

Otro ejemplo bajo cualquier proporción.

Distribución de los números	2	4	6	8	10	12	14	16
según la progresión aritmética	30	28	26	24	22	20	18	16
	32	32	32	32	32	32	32	32

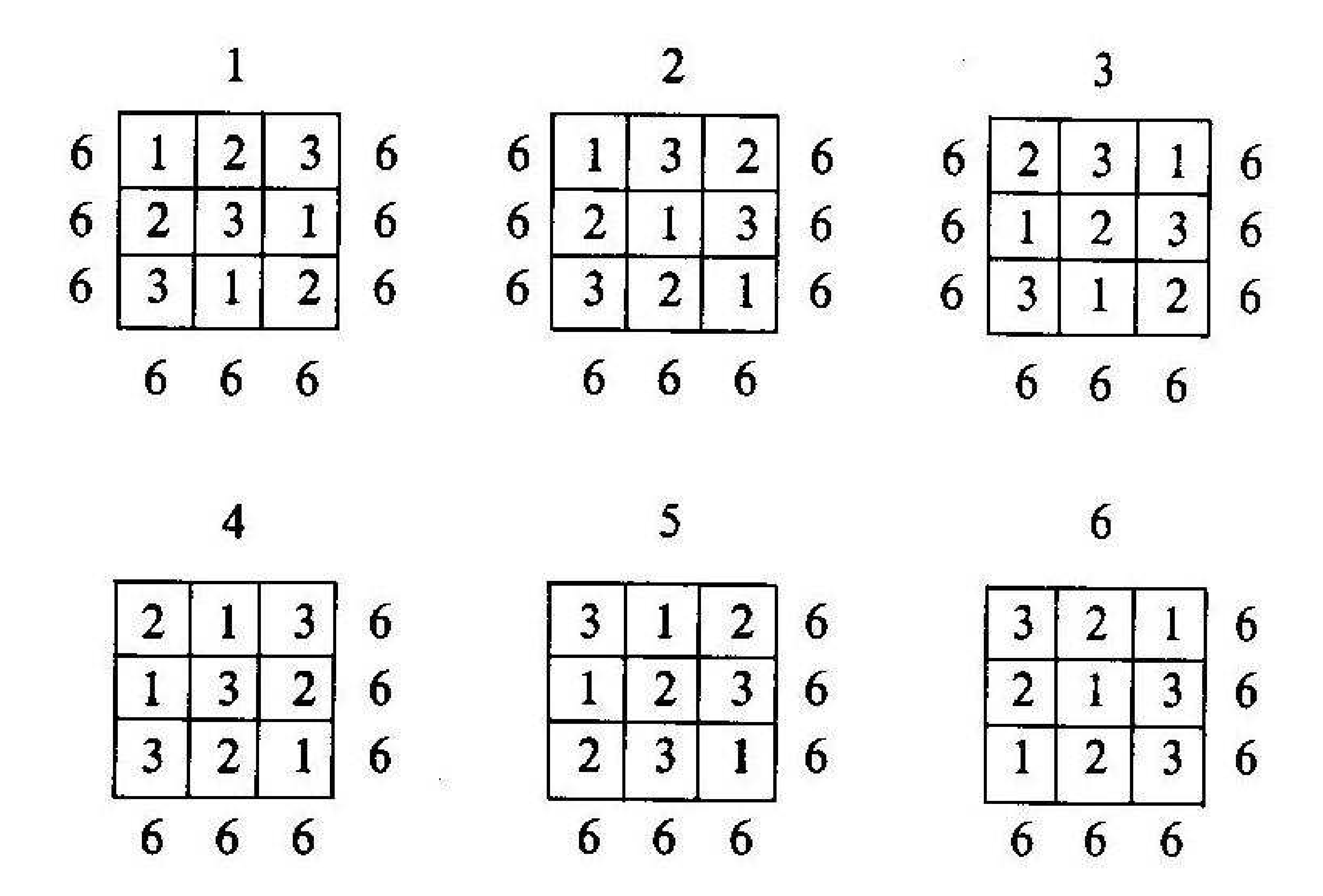
Distribución de los	4	8	16	32	64
números según la pro-	124	120	112	96	64
gresión geométrica	128	128	128	128	128

Queda clara la forma en que se deben colocar los números paralelogramáticos no cuadrados.

Pasemos a los números que, aunque no sean cuadrados, pueden de algún modo colocarse dentro del cuadrado para formar una misma suma con cada una de las tres series.

Esto se puede llevar a cabo utilizando un admirable sistema del Arte Combinatorio. Coloquemos estos tres números 1 2 6 dentro del cuadrado de tal manera que cada serie sume 6; és-

to se hace fácilmente utilizando el Arte Combinatorio, ya que los tres números admiten la combinación 6, pudiendo disponer de ellos tantas veces cuantas sus combinaciones den precisamente 6.



1

6	1	2	3	6
6	2	3	1	6
6	3	1	2	6
	6	6	6	

2

6	1	3	2	6
6	2	1	3	6
6	3	2	1	6
	6	6	6	

3

6	2	3	1	6
6	1	2	3	6
6	3	1	2	6
	6	6	6	

4

2	1	3	6
1	3	2	6
3	2	1	6
6	6	6	

5

3	1	2	6
1	2	3	6
2	3	1	6
6	6	6	

6

3	2	1	6
2	1	3	6
1	2	3	6
6	6	6	

La combinación de los números es completamente distinta en cada cuadrado.

Otros ejemplos:

4	5	6	15
5	6	4	15
6	4	5	15
15	15	15	

7	8	9	24
8	9	7	24
9	7	8	24
24	24	24	

10	11	12	33
11	12	10	33
12	10	13	33
33	33	33	

Estas series pueden distribuirse en seis cuadrados diferentes.

En el mismo sentido se puede hacer cualquier intento con la progresión que se quiera, tanto aritmética como geométrica, con excepción de la diagonal, como puede verse claramente en los números siguientes:

I			II			III			IV		
2	4	6	2	6	4	4	6	2	4	2	6
4	6	2	6	4	2	6	2	4	2	6	4
6	2	4	4	2	6	2	4	6	6	4	2
12	12	12	12	12	12	12	12	12	12	12	12

V			VI			Combinaciones
6	4	2	6	2	4	12
4	2	6	2	4	6	12
2	6	4	4	6	2	12
12	12	12	12	12	12	

Si, además, se quiere comprobar el artificio en los tres números siguientes, colocaré siempre delante el mismo número.

7	8	9	10	11	12	13	14	15
8	9	7	11	12	10	14	15	13
9	7	8	12	10	11	15	13	14
24	24	24	33	33	33	42	42	42

20	30	40	50	60	70
30	40	20	60	70	50
40	20	30	70	50	60
90	90	90	180	180	180

Los demás números también pueden combinarse dentro del cuadrado en seis distintos para que cada serie dé siempre la misma suma.

De lo anterior puede deducir el lector que el ingenio sagaz, dada una serie de números, puede distribuirlos dentro de un cuadrado mediante una combinación apropiada para que se obtenga siempre la misma suma con cualquier serie.

Proposición X

En un cuadrado con cualquier número de casillas se pueden disponer los cuatro números prónicos en cualquier proporción

Partamos de los cuatro números siguientes: 1 2 3 4 ó de 5 6 7 8, pudiendo seguir hasta el infinito de cuatro en cuatro, y los distribuimos en el cuadrado del binario de forma que las series sumen el mismo número. Puesto que el cuaternario, según las leyes de combinación, se puede combinar venticuatro veces sin que se repita la misma serie de números, luego, según la ley de combinación, se puede distribuir de venticuatro formas distintas, de forma que distribuidos los números dentro de las veinticuatro casillas de los cuadrados, sin repetirse, surja siempre el mismo producto al sumar los números de cada serie. Esto podría considerarse paradójico si el Arte Combinatorio no lo demostrara con evidencia. Vamos a poner el ejemplo en cuatro cuadrados, ya que en los veinticuatro sería demasiado prolijo. Al lector le es suficiente esta demostración.

I combinación

1	2	3	4	10
2	4	1	3	10
3	1	4	2	10
4	3	2	1	10
10	10	10	10	

II Combinación

1	3	2	4	10
2	4	3	1	10
4	2	1	3	10
3	1	4	2	10
10	10	10	10	

III combinación

2	3	4	1	10
2	4	3	1	10
3	1	2	4	10
3	2	1	4	10
10	10	10	10	

IV combinación

2	3	1	4	10
1	4	3	2	10
4	2	1	3	10
3	1	4	2	10
10	10	10	10	

En este sentido podemos cambiar un solo factor hasta llegar a los veinticuatro, nada más, y dejamos terminada la combinación del cuaternario.

Si nos proponemos introducir cinco números en el cuadrado de forma que las series den cada una la misma suma, nos encontraremos con ciento veinte formas de llevarlo a la práctica y siempre con una clara diferencia en la disposición de los números del cuadrado.

Para admirar la fuerza de la combinación, me ha parecido oportuno indicar las posibilidades que tienen los números de ser distribuidos de manera diferente en los cuadrados hasta el novenario, cuyas series siempre dan las mismas sumas.

En el cuadrado del cuaternario hay 24 formas de disponer los números 1 2 3 4

En el cuadrado del quinario hay 120 formas de disponer los números

1 2 3 4 5

En el cuadrado del senario hay 720 maneras de distribuir los números

1 2 3 4 5 6

En el cuadrado del septenario hay 5.040 formas de disponer los números

1 2 3 4 5 6 7

En el cuadrado del octonario hay 40.320 formas de disponer los números

1 2 3 4 5 6 7 8

En el cuadrado del novenario hay 362.880 formas de disponer los números

1 2 3 4 5 6 7 8 9

Cada una de las series da una misma suma. Así podemos seguir hasta el infinito, pero este asunto supera toda capacidad del ingenio humano.

Uso de estos números

Los egipcios pensaban que utilizando la virtud de estos números se podían atraer los Genios del mundo mediante varias especies de cadenas mundanas, que llamaban *seiras*. Puesto que ya reprobamos en nuestra obra «Edipo» este mecanismo como supersticioso y expuesto a las ilusiones satánicas, ahora no vamos a decir más sobre este asunto. No obstante, es cierto que bajo estas supremas ideas se oculta alguna relación, en virtud de la cual, si alguien, de la confusa mezcla de cosas mundanas, puede extraer una forma verosímil en este artificio, afirmará que nada le ha sido negado al investigador de las cosas naturales; del mismo modo que en la conglomerada multitud de números se oculta por azar algo distinto, dotado de admirables propiedades, hasta que se logre digerir el ordenamiento por el que siempre surge el mismo número de las distintas sumas; del mismo modo hay cosas ocultas en el triple reino de la naturaleza que, una vez descifradas y calificadas, pueden presentar efectos beneficiosos para el bien público o para el uso de la medicina. Por ejemplo, si alguien logra clasificar todo lo que en el triple reino pertenece a la Luna, a Mercurio, a Venus, al Sol, a Marte, a Júpiter o a Saturno, pienso que el averiguarlo echaría por tierra el maravilloso efecto que produce en la cura de las enfermedades que se relacionan con esa clasificación.

Si los químicos llegaran a conocer la fórmula que uniera todas las cualidades de los minerales en un solo cuerpo mediante el Arte Combinatorio, tal vez hallarían todo lo que hasta ahora se ha buscado; qué cosas admirables se ocultan bajo los procesos lógicos de las combinaciones que no pueden ser descritos satisfactoriamente con palabras. Lo mismo que los números prónicos se distribuyen de tal forma que siempre se obtiene infaliblemente la misma suma de los números, del mismo modo el médico o el químico que conoce las propiedades de las diversas materias puede, sin duda, teniendo en cuenta las cualidades de los elementos, conjugar en un solo elemento las distintas cualidades, en virtud del peso y del calor, para que inefablemente siempre se obtenga el mismo efecto. Puesto que hablaremos ampliamente sobre estos temas en nuestro Arte Combinatorio, allí remitimos al lector, donde demostraremos que todas las cosas difuminadas en una gran multitud pueden ser reducidas a la unidad que todas las cosas desean por naturaleza. Añadiré, como culminación de lo dicho, la forma de establecer un juego sugestivo con los números prónicos, según el cual, cualquiera puede manifestar a otro las ideas ocultas de su espíritu a través de una carta.

Forma de elaborar un artificio esteganográfico con el uso de estos números.

Es digna de admiración la costumbre de ocultar los misterios arcanos mediante un género literario oscuro. Se procede de la forma siguiente: se toma uno de los cuadrados de los números, por ejemplo, el cuadrado del novenario dividido en sus casillas, como a continuación se ve; dentro del cuadrado se puede escribir lo que se quiera con el mayor secreto, a condición de variar el orden natural de los números dentro de las casillas con una determinada dispersión. Si se quiere mandar esta carta con el mayor secreto a algún príncipe, se le debe advertir, previamente, sobre el cuadrado utilizado, después se escribe la carta con palabras completas o cortadas, unidas o separadas, pero siempre siguiendo el orden natural de los números, del 1 hasta el 81: el que recibe la carta coloca delante de sí el cuadrado del novenario teniendo en cuenta la serie natural de los números dispersos por un lado y otro, y con esta

guía leerá las palabras que le han dirigido, haciendo que lo que para otros está oculto, para él quede totalmente manifiesto.

Clave de una carta esteganográfica

13	76	8	78	16	79	9	75	15
72	19	58	54	20	59	56	21	10
71	60	29	46	49	50	31	22	11
5	17	48	42	37	44	34	65	77
70	55	47	43	41	39	35	27	12
2	18	30	38	45	40	52	64	80
68	57	51	36	33	32	53	25	14
1	61	24	28	62	23	26	63	81
67	6	74	4	66	3	73	7	69

Las palabras se ponen en sus casillas según los números inscritos en ellas; algunas palabras se hallan divididas y sus partes se ponen en las casillas de los números correspondientes. Esta carta no la puede descifrar ningún mortal, a no ser que conozca la disposición de los números dentro del cuadrado, que es la clave para descubrir el secreto. Si en la carta se procede según la serie natural de los números y cada palabra se anota en su lugar, la carta queda totalmente aclarada.

Este artificio se puede expresar en cualquier otro cuadrado. El que conozca varios de los métodos de distribución anteriormente indicados, puede ir cambiando la clave y el secreto

Carta esteganofráfica

Males	orientando	un	soldados	persona	a este	enemigo tuyo	fuerza	tu
le	nada	rode	la	suyo	arán	nona	que	que
para que	tu	de	que	llegará	el dia	cosas	pueda	conoces
querido	no	acechan	puedas	tiempo	las	guardes	adiestrada	los
te	hora	te	eludir	que	lugar	en	que	màquina
co	descuides	tus	y	insidias	para	Marte	inmensa	fin
y	de la noche	de	todo	te	y	sobre	te	contra
Indi	casa	tu ruina	cuides	con una	acarrear	ruego	turba	vale
Vigila	hermano	con	esto	con armas	te	resistas	que	prepara

1 2 3 4 5 6 7 8 9
Indi co te esto querido hermano que un enemigo-tuyo

10 11 12 13 14 15 16 17
que conoces máquina males contra tu persona no

18 19 20 21 22 23 24 25
descuides nada suyo que pueda acarrear tu-ruina. Te

26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36
ruego que cuides de tus cosas y te guardes en todo

37 38 39 40 41 42 43 44 45 46
tiempo y lugar para que puedas eludir las insidias que

47 48 49 50 51 52 53 54 55 56
te acechan. Llegará el-día de Marte sobre la hora nona

57 58 59 60 61 62 63 64
de-la-noche rode arán tu casa con-una turba inmensa

65 66 67 68 69 70 71 72
adiestrada con-armas vigila y prepara te para-que le

73 74 75 76 77 78 79 80 81
resistas con fuerza orientando los soldados a-este fin vale

se hará totalmente impenetrable, y tanto más impenetrable, cuanto mayor sea el número de casillas entre las que se reparte.

Si alguien quiere proceder sin este artificio en el cuadrado 81, puede distribuir los números libremente, tanto en orden recto como inverso y en cualquier sentido complicado, pero después debe colocar las palabras según la clave para que

coincidan con las casillas correspondientes de los números; de este modo el artificio se hace impenetrable. Esta forma de escribir los secretos mediante cartas descifrables por la razón me la enseñó el Serenísimo S. R. I. príncipe Augusto, duque de Brunsvic y Luneburg, el más literato de los príncipes, quien escribió otros innumerables sistemas de escribir los secretos, que descubrió en su hermosa Cristología, como homenaje supremo al príncipe del mundo.

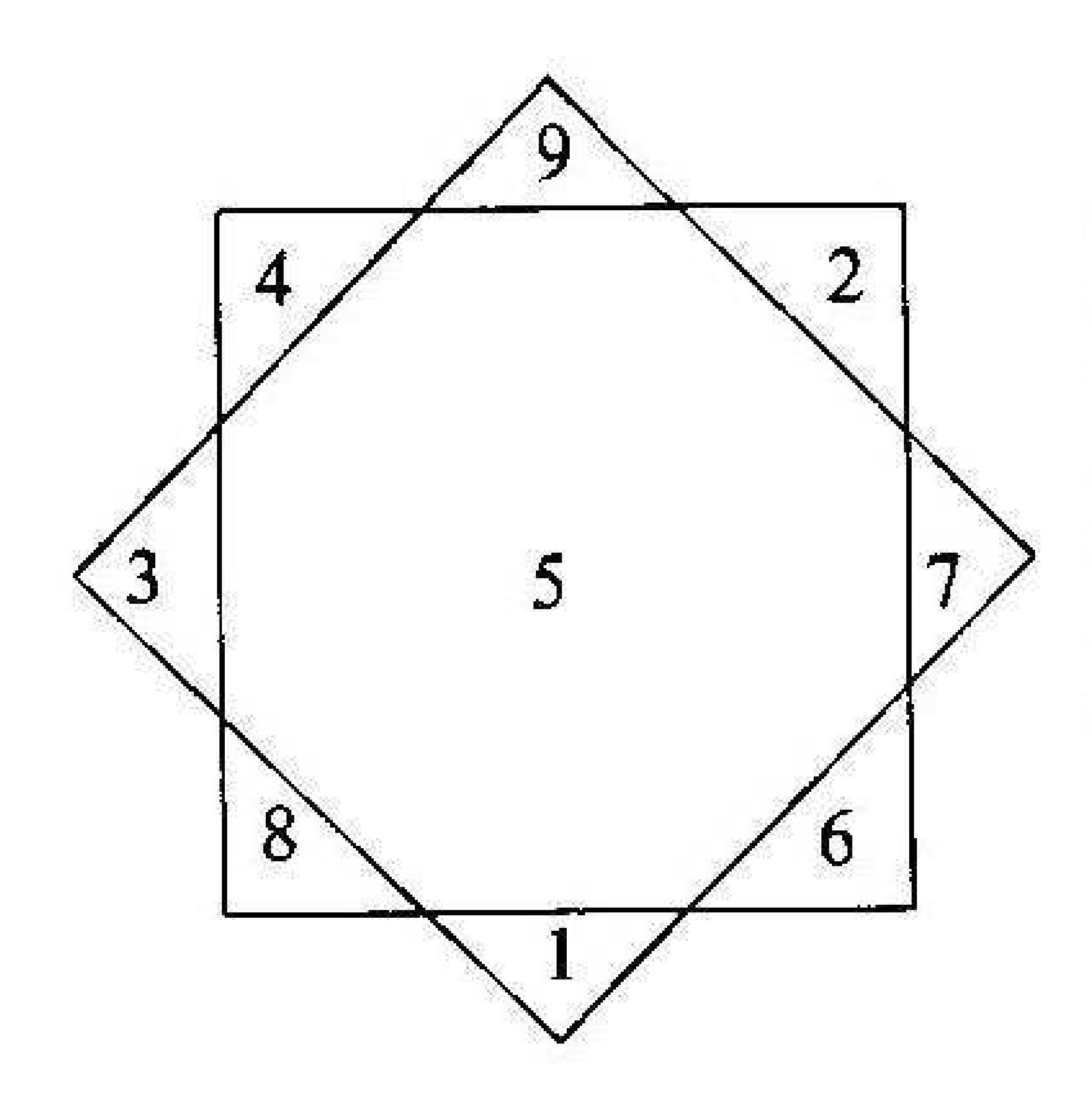
PARTE III

SOBRE LOS NUMEROS DE LOS ARABES Y HEBREOS Y SOBRE LOS SELLOS MISTICOS QUE ELABORABAN A PARTIR DE ELLOS

Capítulo I

Diversos sistemas que utilizaban los árabes y hebreos para elaborar sus sellos

Los árabes y hebreos conservan otro misterio en la forma de elaborar sus sellos mágicos, cuyo modo e información no carecen de ingenio, ni de admiración, siempre que no les añadan sus horrendas supersticiones; los nueve números que nosotros colocamos en el cuadrado del ternario, ellos, además, de utilizarlos de la forma ya descrita, los distribuyen también así:



Se ve claramente que está formado del ternario o de dos cuadrados, el uno inscrito en el otro y los números van añadidos en los ápices triangulares, de forma que las tres series de números individualmente sumadas dan quince y todos los números que están adscritos al cuadrado, tanto en la parte interna como en la parte externa, sumados, dan la misma suma que en el ternario descrito.

Este misterio se lo dedicaban a Saturno por su mística distribución (del que hablaremos ampliamente) por el hecho de que su nombre Zahel زحل (con este nombre designaban a Saturno) traducido a números da 45, lo mismo que la suma de to-

dos los números, que se obtienen también multiplicando el 15 por 3. Abenpharagi Arabs, en su libro sobre este sello, dice lo siguiente: «Este sello tiene tres números en cada uno de sus lados que, sumados dan 15, contienen el nombre de Saturno, Zahel زحل , porque ز significa 7, ح ocho y ل 30, que sumados equivalen a la suma de todos los números. Impulsados por esta vana superstición, distorsionan la figura para crear otras formas y la dan el nombre divino de *iah* tomado de los hebreos, añadiéndole a cada uno de los lados, juntamente con los nombres de los ángeles, para aumentar la superstición.

Gabriel

	iah	iah	iah	
iah	4	9	2	iah
iah	3	5	7	iah
iah	8	1	6	iah
	iah	iah	iah	

Portando este sello, si querían obtener algo de Dios, prestaban juramento a través del gran nombre de Dios *iah,* e inefablemente serían oídos sobre sus peticiones. Hay que lamentar que una disposisión tan ingeniosa, basada en los misterios aritméticos, esté ensombrecida por tantas bagatelas, tantas absurdas supersticiones y vanas observancias.

Hace mucho tiempo que me enviaron sellos mágicos con esta significación, procedentes de los turcos, árabes y hebreos, en los que distribuyen los números prónicos de diversas maneras, pero siempre colocados dentro del cuadrado, incluso con palabras árabes, nombres y atributos de Dios, que traducidos a números y sumados en cualquier dirección dan siempre la misma suma, como sucede en los cuatro sellos siguientes:

1
Numeros árabes

ه	ل	ل	ا
ل	ا	ه	ل
ا	ل	ل	ه
ل	ه	ا	ل

Números latinos correspondientes a los árabes

5	30	30	1
30	1	5	30
1	30	30	5
30	5	1	30

La suma de cada serie 66

2
Números árabes

ع	ي	د	ب
٣	٣	٩٦	٣
٤	٦	٨	٦٨
٩	٧	٥	٥

Números latinos correspondientes a los árabes.

70	10	4	2
3	3	69	11
4	6	8	68
9	67	5	5

La suma de cada serie 86

3
Números árabes

ع	س	ا	ر
٥	٣	٥٩	٧١
٥٨	٤٧	٨	٤
٤	٧	٤٩	٥٧

4
Números árabes

ب	ي	س	ج
٧	٤١	٩	١٨
١٤	٤٢	٤	٤١
١٩	٥	٤٣	١١

5
Números árabes

ز	ي	ز	ع
ز	ع	ز	ي
ع	ز	ي	ز
ي	ز	ع	ز

Números latinos correspondientes a los árabes.	Números latinos correspondientes a los árabes.	Números latinos correspondientes a los árabes.

70	60	1	6
5	2	59	71
58	68	8	3
4	7	69	57

40	10	20	8
7	21	9	18
12	42	6	41
19	5	43	11

7	10	7	70
7	70	7	10
70	7	10	7
10	7	70	7

La suma de cada serie 137.	La suma de cada serie 78.	La suma de cada serie 94.

El primer sello contiene el nombre de Dios Allá, distribuido entre las casillas, por eso cada serie de números suma 66, que es el número de Dios Allá, de gran veneración entre los supersticiosos árabes y de máxima eficacia para obtener gracias.

En el segundo sello aparece el nombre de Dios Budia, que significa liberalidad y fortaleza, y está constituido de forma que traduciendo los números, en cualquiera de las series, tomadas en cualquier dirección, dan una suma de 86.

El tercer sello, del nombre de Dios Vasa, que significa amplitud, profundidad y liberalidad, está constituido de forma que todas sus series den una suma de 137, que corresponde al número de versos que tiene en el Corán el capítulo de Jonás.

El cuarto sello, del nombre del Dios Hakim, que significa sabio, está formado de forma que cada una de sus series dé 78.

El quinto sello, del nombre de Dios Aziz, que significa fuerte y poderoso, está constituido de forma que la suma de las

series de números dé siempre 94. De esta forma ocultan todos los atributos de Dios bajo el misterio y tienen mucho cuidado en que siempre coincida algún atributo de Dios con el número de versos de algún capítulo del Corán, a los que ellos denominan *zuratas.* Piensan que Mahoma hizo todo el Corán y cada una de sus partes basándose en este raciocinio de los números. Sobre este tema hablaremos ampliamente en el Tomo II de nuestro Edipo Egipciaco, al tratar de la cábala sarracena.

La disposición de los números prónicos es maravillosa e, incluso, se puede acomodar fácilmente a los nombres latinos, como se puede ver claramente en los ejemplos siguientes:

Alle en árabe Allá y en latín Deus

A	L	L	E
L	E	A	L
E	L	L	A
L	A	E	L

1	30	30	5	66
30	5	1	30	66
5	30	30	1	66
30	1	5	30	66
66	66	66	66	

En este sentido los nombres de Jesús y María también pueden colocarse de forma que los números que representan dichos nombres den siempre la misma suma. El nombre de Jesús traducido a números da siempre 888. El nombre de María. 152. Conviene recordar que aquél fue el número que dio la Sibila en su vaticinio: «Su nombre tiene ocho unidades, ocho decenas y ocho centenas» (9).

Trascripción de nombre Jesús a números prónicos:

ISOSEFIA

I	10
H	8
Σ	200
O	70
γ	400
Σ	200
	888

10	8	200	70	400	100	888
8	10	70	400	200	200	888
200	200	400	10	70	8	888
70	400	8	200	200	10	888
400	200	200	8	10	70	888
200	70	10	200	8	400	888
888	888	888	888	888	888	

ISOSEFIA

M	40
A	1
R	100
I	10
A	1
	152

MARIA

1	5	2	8
5	2	1	8
2	1	5	8
8	8	8	

Estos tres ochos del nombre de María hacen referencia al nombre de Jesús.

Puede comprobarse como en ambas isosefías surge el mismo número según un determinado razonamiento misterioso y apto para los más hermosos conceptos.

El maestro Francisco Grisendo, especialista en la lengua sagrada, me enseñó otros paradigmas de esta isosefía tomados de los nombres de Jesús y María, que, como demuestra el ingenio, he considerado oportuno traer aquí. El primero está tomado del libro del Exodo (cap. 4, v. 13): «Manda, Señor, al que has de enviar».

De este texto, mediante la isosefia, extrae el siguiente sentido: «Manda, Señor, a Jesús el Mesías». En Moisés se oculta cierta alegoría, porque al decir lo anterior, se refiere a Jesús Salvador del mundo y verdadero Mesías: a él solamente le afectaba todo el género humano, que estaba representado por los israelitas, a quienes debía liberar de la esclavitud del Faraón, ésto es, de la tiranía satánica, y restituirlo a la libertad de los hijos de Dios. Pongamos ya el paradigma:

שלח נא ביד תשלח

esto es: «Manda, Señor, al que has de enviar»; al que mediante la isosefia se le cambia en el siguiente:

שלח נא יהושע המשיח

esto es: Manda, Señor, a Jesús el Mesías». La isosefia de ambos textos es la que sigue:

I. Paradigma				*II. Paradigma*			
ש	300	ש	300				
ל	30	ל	30	ע	70		
ח	8	ח	8	י	10		
נ	50	נ	50	נ	50		
א	1	א	1				
ב	2	י	10	ל	30		
י	10	ה	5	מ	40		
ד	4	ו	6	ד	4	מ	40
ת	400	ש	300			ר	200
ש	300	ע	70	מ	40	י	10
ל	30	ה	5	מ	40	מ	40
ח	8	מ	40				
		ש	300	ה	5		
		י	10	א	1		
		ח	8				
	843		843		290		290

Otra isosefía procede de Prov. 30, 19, que conserva la forma de la Cábala Notariaca, donde el sabio habla de las cuatro vías, siendo la cuarta la vía del varón en la adolescencia, como sigue:

ודרך גבר כעלמה

ésto es: la vía del varón en la adolescencia, donde algunos intérpretes, en lugar de עלמה, hablan de la virgen pura e inmaculada que no conoció varón, al que se le da el siguiente sentido:

דרך גבר כמרים

ésto es: la vía del varón en la Virgen María, como si añadiera la alegoría para después hacer su alusión; o sea, la Virgen María concibió a un varón en su vientre virginal, es decir, Cristo, Dios y Hombre, y el sabio se admiraba de la vía de este varón, ya que no podía comprender la concepción del Hijo de Dios en un vientre virginal; la isosefía de los números explica el hermoso misterio. Si las dos palabras se interpretan en función del valor numérico de sus letras, los números están comprendidos en ellas, tal como puede observarse en el paradigma.

Se pueden aducir innumerables paradigmas utilizando las argucias de este método, pero las dejo para que puedan entretenerse los curiosos. Ahora vamos a exponer el método utilizado por los hebreos en la distribución de dichos números.

Los cabalistas hebreos, no de forma distinta a los árabes, imitando la aritmomancia pitagórica, llenaron el pensamiento con los secretos más profundos de su filosofía y los monumentos con la superstición. Estos habían leído muchas cosas sobre la misteriosa disposición de los números usada por los egipcios. Conocían, también de los árabes, los misterios admirables de los sellos de los siete planetas y de su constitución numérica, luego tenían lo que necesitaban en tan inmenso tesoro de superstición. Ya hemos hablado sobre ésto en nuestro Edipo, Parte II, Synt. VI, sobre la Cábala Sarracena y en la Synt. XI sobre la magia jeroglífica. Decíamos allí que los egipcios habían reservado ciertos números para dedicárselos a

los siete dioses principales, de los que habla Abenuaschia Arabs en su libro sobre el culto de los egipcios. Sus palabras, traducidas del árabe al latín y después al castellano, son: «Los sacerdotes egipcios tenían siete números que consagraban a los siete dioses, es decir, a Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio y Luna».

		Raíz.	Cuadrado.	Series.	Suma de todos.	
Estos números se consagraban a los dioses egipcios.	Saturno	3	9	15	45	La raíz es 3, el cuadrado 9, la serie 15 y la suma de todos 45.
	Júpiter	4	16	34	136	La raíz es 4, el cuadrado 16, la serie 34 y la suma de todos 136. Así todos los demás.
	Marte	5	25	65	325	
	Sol	6	36	111	666	
	Venus	7	49	175	1225	
	Mercurio	8	64	260	2080	
	Luna	9	81	369	3321	

Pitágoras llegó a decir que todo lo relativo a estos números se podía demostrar teniendo en cuenta simplemente las leyes de la naturaleza. Estos números, distribuidos en sus cuadrados de la forma antes expuesta, llevan consigo la propiedad de que las series perpendiculares, transversales, diagonales y tomadas en cualquier dirección, sumadas entre sí, siempre dan la misma suma, la que en cada una de las numeraciones aparece en la tercera columna.

Se llamaban sellos de los dioses, o lo que es lo mismo, alcázar de las siete estrellas errantes, por el hecho de que bajo

ellas, según una determinada presunción de dominio, estaba la administración de todas las cosas. Consideraban que ésto no se podía llevar a cabo sin que hicieran valer una fuerza misteriosa para atraer a dichos genios y ponerlos de su parte. Para esclarecer estos misterios, he decidido poner aquí los cuadrados de los números juntamente con los sellos.

Sello ♄

4	9	2	15
3	5	7	15
8	1	6	15
15	15	15	

Sello ♃

4	14	15	1	34
9	7	6	12	34
5	11	10	8	34
16	2	3	13	34
34	34	34	34	

Sello ♀

22	47	16	41	10	35	4	175
5	23	48	17	42	11	29	175
30	6	24	49	18	36	12	175
13	31	7	25	43	19	37	175
38	14	32	1	26	44	20	175
21	39	8	33	2	27	45	175
46	15	40	9	34	3	28	175
175	175	175	175	175	175	175	

Sello ♂

11	24	7	20	3	65
4	12	25	8	16	65
17	5	13	21	9	65
10	18	1	14	22	65
23	6	19	2	15	65
65	65	65	65	65	

Sello ☉

6	32	3	34	35	1	111
7	11	27	28	8	30	111
19	14	16	15	23	24	111
18	20	22	21	17	13	111
25	29	10	9	26	12	111
36	5	33	4	2	31	111
111	111	111	111	111	111	

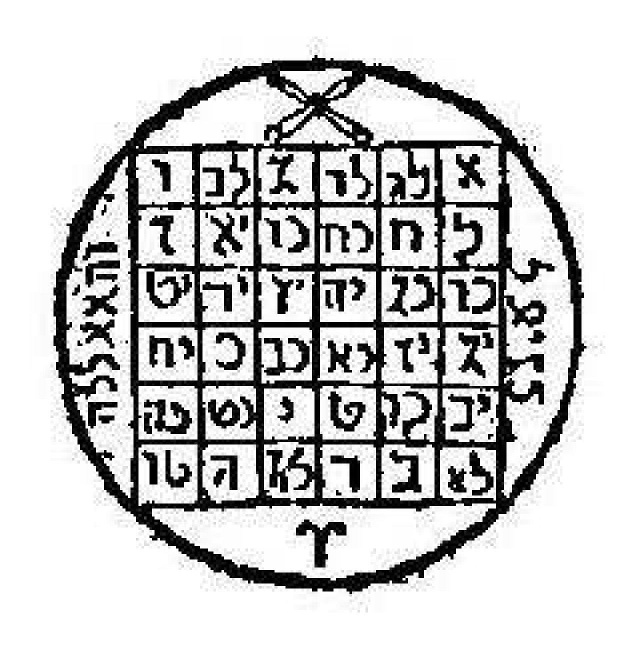
Sello ☿

8	58	59	5	4	62	63	1	260
49	15	14	52	53	11	10	56	260
41	23	22	44	45	19	18	48	260
32	34	35	29	28	38	39	25	260
40	26	27	37	36	30	31	33	260
17	47	46	20	21	43	42	24	260
9	55	54	12	13	51	50	16	260
64	2	3	61	60	6	7	57	260
260	260	260	260	260	260	260	260	

Sello ☉

37	78	29	30	21	62	13	54	5	369
6	38	79	30	71	22	63	14	46	369
47	7	39	80	31	72	23	55	15	369
16	48	8	40	81	32	64	24	56	369
57	17	49	9	41	73	33	65	25	369
26	58	18	50	1	42	74	34	66	369
67	27	59	10	51	2	43	75	35	369
36	68	19	60	11	52	3	44	76	369
77	28	69	20	61	12	53	4	45	369

Hallarás todos los monumentos llenos de esta ficción de sellos cabalísticos. Agradó tanto a los hebreos este arcano aritmético, que llegaron a esculpirlo en casi todos los amuletos, así se dignó explicármelo el gran príncipe sapientísimo. Tenía una moneda de oro que llevaba en su parte anterior impreso el sello del sol y en la parte posterior un carro con el que se deslizaba el genio solar, como si fuera a dar el testigo a Júpiter, adornado con varios símbolos, como se ve en la figura que exponemos.




Los números que responden a las letras hebreas son éstos:

6	32	3	34	35	1
7	11	27	28	8	30
19	14	16	15	23	24
18	20	22	21	27	13
25	29	10	9	26	12
36	5	35	4	2	31

Este sello del sol tiene los mismos números que vimos en el cuadrado precedente del senario. Los hebreos colocaban letras en el lugar de los números, como se ve, pero pasemos ya a la exposición de cada uno de ellos. El cuadrado inscrito en el círculo tiene en el lado derecho este nombre נכיאל Nachiel, con el que se designa al ángel del resplandor o Genio Solar, pudiendo también significar la inteligencia de Febo; estaban erróneamente persuadidos de que, mediante el amuleto puesto, podían conseguir el cumplimiento de los votos. En el otro lado están las palabras hebreas היו אלה , ésto es, *sunt illiae*, o sea, las letras numerales que contienen los misterios del Genio Solar. En la parte frontal hay dos cetros en forma de aspa y dentro de una cadena, con lo que se hace referencia al carácter mágico del Genio Solar y al doble dominio supremo sobre la administración celeste y elemental, mientras que las cadenas del sol hacen referencia a las cosas complicadas. La base contiene la significación mágica del signo en cuya exaltación fue acuñada la moneda, para obtener la fuerte influencia del Genio Solar. La elaboración de la moneda con este artificio, o mejor con esta supersticiosa ceremonia, se ajusta a las normas de los magos, según Abenpharago: «Toma seis drachmas de oro puro y haz con ellos una lámina redonda en la que se ha de esculpir la tabla del sello solar que se realiza en la exaltación, o en el grado propio (ridículamente) o en el décimo noveno grado de Aries, es decir, a finales del mes de Nisán: hecho ésto, la fumigarás con azafrán y la lavarás con agua de rosas en la que deben estar disueltos musgo y camphora (que es una especie

de naturaleza solar), la envuelves en una venda de seda amarilla (mediante este proceder se invoca la cadena, no diré diabólica, de los misterios solares) y te la pones». A continuación viene la actitud ridícula de creerse feliz portándola. Abenpharago manifiesta su virtud con estas palabras: «Esta lámina, llevada contigo, te hace afortunado en todas las cosas; todos los hombres te temerán, suplicarás a los príncipes y reyes en tu favor lo que quieras, incluso a través de un mensajero que les envíes, recuperarás lo perdido y Dios pondrá su bendición sobre ti en todos tus asuntos. En la figura del sol y en su sello, que debe ir esculpido en el dorso, está el gran secreto, que se llama Creador, Luz, Perfecto, Potente, Glorioso, Vida, Virtud, Resplandor, Grande y Refulgente por su virtud. Los ángeles del sol son Anael y Rafael; los efectos que produce en las gestantes son graciosos y cargados de vanidad, que conscientemente omito para no producir escándalo en los curiosos». En esta moneda solamente consta el nombre del ángel Nagiel כעיאל aunque en la parte posterior se añada el nombre del angel Iophiel יופיאל estos dos nombres de ángeles son sinónimos y se suelen utilizar indistintamente. Nagiel significa el esplendor de los genios y Iophiel, la hermosura de los genios: otros le llaman Rafael por presidir la virtud medicinal del sol, otros le llaman Schemschiel, pero todo ésto ya lo expuse al tratar de la Cábala Hebrea, por lo que remito allí al lector. En cuanto al jeroglífico escrito en la parte posterior, ésta es su interpretación: el carro con ruedas indica la velocidad de los movimientos del sol; el grifo que está junto al carro hace referencia a la fuerza vehemente del sol que lo penetra todo; la cabeza de águila con las alas extendidas muestra la fuerza del sol que se suele expresar con el león en su madriguera; la figura graciosa coronada con diadema significa el Genio Solar, cuyo dominio representa; las cuatro estaciones están representadas por los cuatro caballos unidos que disponen de los tiempos y son invocados para provecho de todos. Se ve a Júpiter en su región, sentado en el trono y acompañado del águila, con la cabeza coronada, lo mismo que suelen representar a Júpiter los griegos. Está bajo el símbolo de Pan, que es el Universo al que consideraban presidido por Júpiter. Se ve al Genio Solar en su carro deteniéndose ante Júpiter, como

supremo moderador de todas las cosas, para asumir la administración de todas ellas según su consejo. Júpiter, como levantándose hacia él y con los brazos extendidos le da su bendición. Esta es la explicación de la moneda cabalística o mágica, a través de la cual se prometen montes de oro, cuando lo que en realidad hacen es corromper los pechos de los hombres con su acostumbrada vanidad. Sobre este tema se ha tratado en el Tomo II, Synt. XI del Edipo Egipciaco, al hablar de la magia jeroglífica.

PARTE IV

ARITMOMANCIA DE LOS GNOSTICOS A TRAVES DE LA ISOSEFIA O DE LOS MISTERIOS DE LOS NUMEROS, DE LOS QUE LOS GNOSTICOS HERETICOS DEL PRIMER SIGLO SE SERVIAN PARA SUS OPERACIONES MAGICAS

Prefacio

Antes de que pasemos a tratar sobre los collares y amuletos o sellos mágicos, para una mayor inteligencia de las cosas, nombre y números que se esconden bajo ellos, he creído conveniente comenzar con el argumento ya referido antes de forma superficial. En principio, digamos que lo mismo que los árabes con los números prónicos, los gnósticos y cabalistas con el cálculo de los diversos nombres, creían poder descubrir los misterios de gran virtud que, por disposición divina, estaban ocultos para ellos. Ya hemos expuesto ampliamente en la parte de nuestra Aritmología el significado de los números isosefos y prónicos, por lo que ahora vamos a entrar de lleno en nuestro propósito.

Capítulo I

Sobre el origen, modo y explicación de la secta supersticiosa de los gnósticos.

Hay que hacer notar que la mayor parte de los fundadores de sectas del primer siglo después de Cristo, que se comprometieron con el nombre de cristianos, aunque en otro tiempo también se habían comprometido con las palabras del magisterio diabólico, eran de nacionalidad egipcia. Estos mismos constructores de la impiedad gnóstica habían renunciado a las abominables supersticiones de los antiguos egipcios, a sus ritos y a las ceremonias del diablo mistagogo de los infiernos. Dan testimonio de sus abominables sacrificios, de sus artes mágicas y de otros crímenes execrables, a la vez que los describen ampliamente, Irineo, Tertuliano, Epifanio, Filastrio, Agustín, Teodoreto, Baronio y otros. Entre los gnósticos que se gloriaban de este nombre por el conocimiento maravilloso de las cosas humanas y divinas que decían buscar, se debe recordar a Marco, el Egipcio, por sus anotaciones sobre la necromancia y detestable por sus sucias encantaciones; también a Basilides, maestro de la lujuria; a Carpócrates, asertor del dogma cenagoso; a Valentino y Cerinto, cultivadores acérrimos de los ritos y supersticiones de los egipcios, que llamaban «borboritas», esto es, extremadamente cenagosos, porque se comentaba que llevaban a cabo con frecuencia una monstruosa deshonestidad en las fiestas sagradas de Príapo; ciertamente eran torpezas horribles y abominables, a las que cualquiera puede considerar dignas de tanta sanción, cuanta hallarse puede para descalificar las razones desvergonzadas de la lujuria. Sobre estos temas se puede leer a los autores ya citados y lo que dijimos en el Edipo Egipciaco, Tomo II, Syntag. I, pero para

que el lector conozca la explicación de la doctrina que profesaban y su malicia aislada respecto a la elaboración de los dioses, ordenaré el asunto, como se dice, desde el principio.

No les eran suficientes a los gnósticos las grandezas no misteriosas de los egipcios, sino que resucitaron, mediante fraudulentas maquinaciones, los crímenes del infierno, para que fuera algo nuevo y raramente exótico con lo que pudieran complicar a los ingenuos mortales, creyendo así mostrar al mundo una nueva y monstruosa aritmética, mejor aritmomanteya o arte muy significativo, no recuperada de las propiedades de los egipcios, sino de las fábulas cabalísticas de los hebreos, y no menos refundida de los principios doctrinales de las teorías pitagóricas y platónicas, sin descartar el pensamiento satánico de los viejos magos, aprovechándose de las poesías esculpidas, en las que confundieron lo sagrado con lo profano, lo pío con lo impío, lo religioso con lo supersticioso y los textos venerables de los códices sagrados con los dogmas execrables de los gentiles, así elaboraron una doctrina absurda, polimorfa, monstruosa y diametralmente opuesta al dictamen de la razón.

En primer lugar diremos, con Irineo, que éstos colocaban como fundamento de su doctrina, no la ciencia, sino el artificio de los crímenes, es decir, el cuaternario pitagórico según el cual, decían, todo lo que existe deja constancia, y le llamaban delta, por el simple hecho de que entre los griegos la delta es el símbolo del cuaternario, pues expresa el signo del triángulo (10). Imitando a los egipcios, utilizaban el principio de todas las triadas, puesto que el triángulo es la primera figura a partir de la cual se forman todas las demás, de forma que unidas se resuelven en ella: este principio de todas las cosas triadas, ascendiente y primer principio entre los griegos, los hebreos le llamaban progenitor de los padres bajo los tres nombres portentosos de *Abraxas*, *Iao* y *Sabaoth*, cuyos nombres tenían en tanta veneración, que nadie aparecía con más frecuencia que ellos en los sellos mágicos, como después diremos.

1	α	λ
2	ζ	ο
3	ρ	γ
4	η	ο
5	τ	ς
6	ο	ξ
7	ς	ω
8	η	η
9	σ	α
10	η	ν

A través de esta delta del protopadre

11	γ	ϑ
12	η	ζ
13	ω	ω
14	α	ω
15	τ	ο
16	η	ς
17	ζ	ς
18	α	χ
19	λ	χ
20	η	λ
21	θ	η
22	ς	σ
23	Λ	ι
24	α	α

o de Ialdaboth, señalaban cuatro virtudes, que son, según Irineo, inefable, silencio, padre y verdad; éstos son, según su ridícula doctrina, cuatro eones supramundanos engendrados por el progenitor. De estos cuatro eones simulaban que nacía otro cuaternario, ésto es, la palabra, la vida, el hombre y la asamblea, cada uno de los cuales consta de venticuatro letras, tantas como tiene el alfabeto, como se ve en el margen. A partir de estas venticuatro letras se forman todas las cosas, por eso esculpían la figura del supremo «numen protopatros» con cuerpo humano y llevando dos letras en cada miembro, con lo que daban a entender que en el arquetipo del protopadre o Ialdaboth se contenían los hyleos o mundos inferiores. Esto ha sido tratado ampliamente por S. Irineo.

Sigue el esquema

Cabeza	Α	Ω
Cuello	Β	Ψ
Hombros	Γ	Χ
Pecho	Δ	Φ
Vientre	Ζ	Τ
Partes vergonzosas	Η	Σ
Femorales	Θ	Ρ
Rodillas	Ι	Π
Tibias	Χ	Ο
Piernas	Λ	Ξ
Piés	Μ	Ν

Afirmaban que de esta combinación de los miembros del cuerpo humano con las letras se componían todas las cosas, lo mismo que procedían los cabalistas seculares en la tabla *Syrph* con la combinación de *Atbasch*, como demostramos en el Tomo II del Edipo al hablar de la Cábala de los hebreos. Afirmaban que de ella nacían todos los eones y de éstos la fanática turba. Del mismo modo que los egipcios elaboraban sus cadenas a partir de ciertos símbolos de los dioses, como está demostrado en el Edipo, así los gnósticos elaboraban sus cadenas imitando sus eones. Del doble cuaternario antes referido nace el octonario de eones: si unimos en uno los números expresados en el cuaternario 1 2 3 4 nace la década de los eones, a los que representaban presidiendo los cielos. De la suma del cuaternario y del

octonario nace el duodenario de los eones, que representaban a los doce signos del Zodíaco: si sumamos el octonario, la década y la dodécada obtenemos treinta eones, tantos como grados hay en un signo del Zodíaco y si éstos se multiplican por doce dan la suma de trescientos sesenta, tantos como días hay en el año. Afirmaban también que Abraxas les presidía a todos, sobre lo que san Jerónimo habla en el comentario al cap. 3.º de Amós con estas palabras: «Basílides, cabeza de los gnósticos, llama al Dios Omnipotente con el portentoso nombre de Abraxas, según las letras griegas y siguiendo el curso de los números, y que está contenido en el círculo del sol, al que los étnicos, según los números y siguiendo otras letras, llaman Mydras». Lo que es cierto, según lo que hemos expuesto poco antes. Abraxas es una divinidad sideral o solar. Después de Abraxas nos encontramos con el supramundano, que es el eón o genio solar al que los egipcios llaman Osiris, los persas Mydras, como ya hemos explicado en nuestro Edipo al hablar de la magia jeroglífica, sobre todo en el capítulo del gallo gallináceo, ya que se trata de un ave de naturaleza solar, armada con azote de correas, loriga, escudo y reforzado con pies de serpiente, lo que querían expresar al unir los nombres de Iao y Abraxas. Además se manifiesta bajo la forma de Harpócrates sobre una flor de loto con la inscripción IA Ω CABA ΩΘ, lo que se puede ver ampliamente expuesto en el lugar citado del Edipo. Abraxas preside el curso del año como se deduce claramente de la isosefía de las letras y de los números, lo mismo que si transcribimos Mydras a números, nos da 365, que son los días del año. Los grabados, o amuletos de estos misterios, con algún eón en piedras preciosas estaban dotados de virtudes análogas en función de un arte astrológico, como ahora la sardónica o la corniola, igual que el topacio o la ágata protegían contra el insulto de los perversos, también se imaginaban que permanecerían seguros y libres mediante el influjo de la divinidad favorable que se llevaba esculpida durante la gestación. Está claro que nada de lo dicho hasta ahora puede inclinar nuestros sentimientos o conjeturas hacia el asentimiento, no obstante, he creído conveniente aportar lo dicho por S. Irineo, basándome en la autoridad de sus comentaristas: «Dicen los gnósticos, afirma S. Irineo y su comentarista el abad Bilio, que

existe alguien en aquel sublime y supramundano arquetipo, que ningún ojo puede ver, ni se le puede nombrar con voz alguna, eón perfecto y supremo que preexiste antes que los demás, al que llamaban *noos* y de este *noos* o mente procedían la palabra y la vida, y de éstos el hombre y la asamblea: este cuaternario doble es el primer engendrado y dicen que todos los eones proceden de él como de su raíz para gloria del protopadre (11): de éstos dicen que proceden los diez eones, nacidos de la palabra y la vida, y de éstos otros treinta que, con su inefable plenitud completan la totalidad dividida en octonarios, décadas y dodécadas». El octonario es la madre de Ackarmoth, fundador de los siete cielos, a los que S. Irineo se refiere con estas palabras: «El principe del primer cielo es Iao, el del segundo Sakan, el del tercero Seth, el del cuarto Daden, el del quinto Elobeum, llamado también Adoneus, el del sexto Ialdahoth y el del séptimo Sabaoth: Sabaoth dicen que tiene la forma de puerco o de asno». Con ésto creían adoctrinar al vulgo ignorante sobre los grandes misterios de la santidad, aunque estos nombres estaban sacados de la cábala supersticiosa de los hebreos. Pues, como dijimos antes, el nombre de Iao tiene su origen en las cuatro letras del nombre de Dios, Ieová, contraído y adulterado, con el que hacían referencia a Júpiter, como si dijeran Iova o Iehová. Eloheo y Adoneo provienen de Eloha y Adoneo, que significan Dios y Señor, Oreo significa Luz, Sabaoth ejército, Altapheo significa lavar o mudar. A los principales eones les llaman ofidios o serpentinos, por el hecho de que Ialdaboth, supremo eón en su orden, es considerado como una serpiente muy astuta y sostienen frente al que insiste curiosamente en la exploración de los arcanos divinos que se precipitó desde el cielo, por esta causa, se da posteriormente al mismo Ialdaboth la forma de serpiente con el fin de infundir miedo a los demás. Esta es también la razón por la que todos los eones procedentes de Ialdaboth han sido denominados ofidios o serpentinos, a los que en sus sellos y esculturas sagradas se los representa en forma serpentina con los nombres de Iao y Sabaoth, a los que añaden ángeles y arcángeles; ¿Quién no se da cuenta de que en todo ésto se está tratando de recordar la lucha de Tyfón con Osiris? Incluso lo reconocen Irineo y sus intérpretes.

Capítulo II

Se expone la verdad sobre los sellos mágicos desde los principios más profundos de los gnósticos.

Como han llegado hasta mí desde diversos lugares y desde hace muchos años objetos y collares supersticiosos, creí que pagaría el precio de esta obra si lo expusiera en este lugar para cautela de los hombres curiosos. Los magos discípulos de los gnósticos, en varias piedras y gemmas, llevaban incrustados signos acordes con la analogía de sus votos, unas veces contra diversas situaciones desgraciadas, en otras ocasiones tratando de llevar los ánimos de los mortales a sus votos, adaptando la figura al corazón, a la lengua, a la cabeza y a los ojos. Estaban persuadidos de que llevando escritos en rojo dichos nombres monstruosos y la figura mágica oportuna podrían adquirir la inmunidad contra todos los males del fuego, la fortuna, la felicidad, el favor y la gracia de los príncipes. Escribían en cristal, ágata, amatista, topacio, en virtud de la fuerza que correspondía a cada piedra preciosa, para obtener riquezas, amores, dignidades y prosperidad en los viajes. Para que los hombres supersticiosos no sean atados con estos lazos satánicos, sino que huyan de ellos como del perro y de la serpiente, escribo sobre las raíces de la superstición, ya que he sido animado a ello por muchos, para gloria de Dios y salud de las almas.

Amuleto de los gnósticos del museo del Eminentísimo Cardenal Francisco Barberino

El primer amuleto, para mí no tan fácil de exponer, que me ha enviado de su museo el Eminentísimo Cardenal Fran-

cisco Barberino, es el siguiente, el que, una vez explicado con toda minuciosidad, manifiesto aquí al curioso lector.

Sello I. Mágico-Gnóstico

Primera cara — *Segunda cara*





Lectura continua

Zebaoth Elan Elan. Pugna o Sabaoth. Bel, Belsumith, Oromaze, Sabaoth, Moioth, Anubis, Michael, Gabriel, Neoriel, Abraxas fuente de la luz suprema, guarda a Alejandro.

Este talismán o sello mágico está esculpido en una piedra preciosa llamada corniola, según una determinada forma astrológica, para que no falte ninguna vitalidad supersticiosa. La cara anterior o primera está rodeada por una serpiente que se está mordiendo la cola; nos encontramos también dentro de la figura oval con el signo ✳ dotado de ocho radios y con las letras ZEEE. A través de la serpiente se hace referencia al serpentiforme Ialdaboth, Iao, Sabaoth, príncipe de los eones, de quien ampliamente hemos hablado antes. Mediante el signo ✳ se hace referencia a la serpiente de los eones, cuyo presidente y cabeza es principio de todas las cosas trinas; con las letras ZEEE se indica la invocación del príncipe de la serpiente Sabaoth, Elan, Elan, Elan, Señor Dios, Dios, Dios nuestro; aquí conviene hacer notar que Sabaoth es el mismo que el *protopatros* o arquetipo con el nombre de Ialdaboth, esto es, progenitor de los padres o, como dicen los gnósticos según S. Irineo, Pa-

dre de los Padres, a quien considero confundido con Abraxas. Marcos, uno de los corifeos del gnosticismo, como testimonia S. Irineo, también le denomina con el ridículo nombre de *Caulaucauch*, cuya significación, sin descifrar por ninguno de los intérpretes, tengo que recuperar de las tinieblas. La palabra *Caulaucauch* está tomada de la Cábala Hebrea, donde significa ángel de la luz y procede del texto hebreo de Isaías cap. 28, donde se dice *manda, expecta, reexpecta,* cuyas palabras traducidas a números, según la isosefia, dan la cifra de 888, que corresponde a Jesús; por tanto, en función de algún motivo, ciertamente impío, hacen referencia a Cristo. Sobre este nombre conviene consultar a S. Irineo, quien trata de él ampliamente; de como Ialdaboth ha engendrado al eón Caulaucauch Orimazen, ésto es, inventor de la luz; de como Abraxas es el eón que preside el año solar y Iao es el príncipe de los cielos; por tanto, no puedo menos de admirar lo que ha podido suceder en la mente de estos hombres fanáticos para que una ciencia nueva procedente de estas cosas sin sentido pueda subsistir y, concebida, ser lanzada al mundo de forma tan insensata y grosera como para filosofar sobre los números y nombres de los textos de la Sagrada Escritura, como si se tratara de una isosefia de las cosas basada en incongruencias, y no se avergüenzan de no hallar ninguna conexión mutua, ni pueden obtener certeza, sobre todo en los números, ya que pueden fácilmente acoplarse a sentimientos buenos y malos, incluso opuestos y contradictorios. Esta es la temeridad y locura de los cabalistas gnósticos, quienes estaban poco solícitos para comprobar cualquier esfuerzo sobre la verdad o certeza de sus referencias, mientras que trataban de aprovecharse de lo nuevo, inaudito y confuso de cara a los hombres necios, como elocuentemente aparece en el nombre de Caulaucauch. ¿Qué relación hay entre Caulaucauch y el divino nombre de Jesús, o con el texto del citado Isaías, mediante el uso de la isosefia de los números? Me niego a admitir cualquier relación. Luego correctamente se expresa Irineo: «Es un artificio satánico adulterar hasta tal extremo, con tantas expresiones y de tan diversas formas, las Sagradas Escrituras, pues si las utilizan de forma hábil llevan a horribles fábulas y

supersticiones, incluso a formas perfectas de idolatría y a la construcción de estatuas, a divulgar sus errores entre los hombres simples a través de lo portentoso de estos nombres y a conciliar la estimación de lo fabuloso con lo torpe». Como ya hemos tratado ampliamente sobre estos argumentos en Edipo, allí remitimos al lector. Ahora vamos a volver a nuestro propósito. Siguen en el sello las palabras MAXEI OV CABA ΩΘ, es decir, guerra oh Sabaoth, *maxei* procede de la palabra griega μαχομαι, que significa luchar, defender, OV signifique *que* y es una partícula de vocativo. Lo que se entiende por Sabaoth ya ha sido expuesto anteriormente. Siguen en el contexto las palabras BHA BA COVMH, Bel Balsumith. La palabra Bel en caldeo significa Júpiter, como se puede comprobar en la columna de Semíramis: «El padre Júpiter es para mí gigante de cien brazos». Como se contiene en Dan. 30. Baalsumith es para el Exodo 14 el Señor de los Cielos, cuyo nombre está compuesto de Baal, hebreo, y de Sumith, egipcio, con cuyo nombre designan a los cielos y, aunque estos nombres tengan un sonido distinto, significan igualmente el único y mismo Ialdaboth, padre de todos los dioses, como fue expuesto anteriormente. Al que después denominan Sabaoth (este nombre tantas veces repetido es el dios de los ejércitos o de las estrellas, las que en las Sagradas Escrituras son denominadas ejército de los cielos). Sigue después en la inscripción del sello OPOMAΞH CABAΩΘ, Oromaze Sabaoth. Oromaze es una famosa divinidad egipcia tomada de la escuela cabalística de los hebreos y proviene de las palabras hebreas *maza* y *ora*; la primera palabra significa luz y fuego, la segunda significa hallar; luego al decir *oromaza*, se está refiriendo al inventor de la luz y del fuego, lo que sabía y maravillosamente expone Plutarco en su obra de Osiris e Iris; «Oromazen de Egipto nace, dicen, de la luz purísima, Arimanio de la oscuridad y que entre ellos existe una guerra permanente. Oromazen creó unos dioses y Arimanio otros tantos; que Oromazen se triplicó a sí mismo y que se separó del sol un espacio idéntico al que le separa de la tierra, que adornó el cielo con estrellas y creó otros venticuatro dioses que colocó en la esfera; Arimanio creó los mismos dioses y perforó la esfera donde se mezcla-

ron el bien y el mal». Todo lo que los gnósticos dicen sobre Ialdaboth está cercano a las fábulas de los egipcios, cuya alegoría ha sido ampliamente expuesta en el Obelisco de Pamphilio, tomada de Iamblico. En el fol. 172 del lugar citado, dice Plutarco: «Zoroastro situó a Metra entre Oromazen y Arimanio, al que los persas llaman μεσιτηκ enseñó la forma de aplacarlo estableciendo el modo y la razón de inmolarle las víctimas cultuales y las medidas profilácticas para evitar los males». El lector puede conocer las ceremonias en el lugar citado de Plutarco. Cualquiera que examine correctamente lo que hemos dicho de los gnósticos sobre Ialdaboth y Archamoch, se sentirá impulsado a contemplar como incoherencia la doctrina de los gnósticos sobre los dioses. De igual manera los cabalistas, mezclando lo sagrado con lo profano, al que llaman los gnósticos Ialdaboth, ellos le llaman *Sadai mitatron,* o sea, Mydras, como se demuestra si examinamos los números que se hallan representados en estos nombres a través de la isosefía: estas palabras traducidas a números dan la suma de 314. Para Makubalin, Mydras tiene el mismo significado que Saddai y ambos significan la fecundidad de todas las cosas, proveniente de Dios, la que los egipcios representan por medio de Isis y los griegos por Cibeles, *polimason,* que quiere indicar la multitud de mamas. Los egipcios dan esta misma significación a Orimazes y a Osiris, en el lenguaje cabalístico reciben esta misma significación Saddai y Mitatron, lo que, según demostramos anteriormente basándonos en la isosefía de los números, corresponde a Abraxas y a Mydras: con los cuales sintonizan los demás nombres fanáticos de las divinidades Iao, Caulaucauch, Sabaoth. A continuación en el sello vienen las palabras MΩIΩT ANVBIN, en cuyos nombres se percibe de nuevo el influjo de la superstición egipcia MΩIΩT o μωιωται deducido de la contracción μωτ, que significa agua γωται, que significa números: equivalen al genio de las aguas que nosotros hemos expuesto en el Edipo y al tratar del Obelisco de Pamphilio, que llamamos Momphta; creían que la causa generacional de la fecundidad de las cosas radicaba en el Nilo, como se cita profusamente en todos los libros, a quien los egipcios confundían con Anubis,

asesor del Gran Osiris. Anubis era lo mismo que Mercurio, al que representaban con cabeza de perro, por la gran sagacidad de su ingenio, por esta razón era considerado el autor de todas las cosas que se habían inventado y eran necesarias para la vida humana, era lo mismo que según el esquema del folio 294 del Obelisco de Pamphilio demuestra. Aquí Mercurio lleva a la derecha de la esfera la cabeza de perro y a la izquierda el caduceo, se le pinta sosteniendo un cocodrilo. El cocodrilo procede del húmedo Nilo y es el símbolo que preside Momphta, como hemos expuesto en los libros citados y que utilizan para representar a Amón con cabeza de carnero y el buey de doble forma, que tiene dos vasos en la cabeza para representar la fecundidad del agua del Nilo. En las monedas romanas se puede ver a Mercurio con cabeza de perro, con caduceo y sistro, por la misma razón que antes expusimos. El sistro era, según Plutarco, símbolo del movimiento de las aguas del Nilo. Pero volvamos a nuestro objetivo. Los gnósticos, por medio de las palabras μωΙωτ ανοθβι venían a significar también Ialdaboth, del que, según afirma S. Irineo, nacieron los hijos por un vapor divino, por lo que no hay nada de extraño en que los gnósticos, mediante la mezcla horrenda de los divinos misterios con los cuentos profanos de las fábulas gentiles, cayesen en herejías tan impías, sacrílegas y abominables. Como quiera que los gnósticos llegaran a avergonzarse de su maldad con la ficción de nombres tan vergonzosos, en la segunda cara del sello, para tapar un poco la perversidad del ánimo, colocan los nombres de los ángeles y arcángeles, para que no se consideraran ausentes los nombres sagrados; el primero de los cuales es MEIKAHΛ, el segundo ΓABPIHΛ y el tercero NEOPIHΛ, a los que consideraban genios benéficos y mensajeros del gran Ialdaboth. Conviene tener en cuenta que el nombre MEIKAHΛ se divide en el sello y tiene en la primera cara el último bisílabo MEIKA y en la segunda se completa con HΛ, San Irineo, en el libr. I, fol. 73, cree que los gnósticos se refieren a Miguel, basándose en el coro ofiomorfo de la semana sagrada. La semana sagrada de los espíritus no es otra cosa distinta a los siete planetas que dicen estar presididos por otros tantos príncipes; tienen una forma

de serpiente en la que destacan los dos cuernos, lo que el comentarista Favardencio explica de la siguiente manera: «Ofiomorfo, dice, hace referencia a Michael y a Samuel, que los aventajados practicantes de la magia utilizaron abusivamente al referirse a los nombres mágicos de los espíritus, entre los cuales no son los últimos Michael y Samuel, al que los hebreos llaman Camuel y dicen que así lo recibieron de los padres antiguos de los hebreos: que siete ángeles presidían otros tantos planetas, de los cuales, Michael preside Mercurio o, según otros, el sol o el viento oriental; a Marte le presiden Samuel y Gabriel, a quien los gnósticos consideran ministro y mensajero del Gran Ialdaboth, y los griegos le llaman Demiurgo». Ya ha quedado expuesta, según S. Irineo, la razón por la que a Miguel se le llama serpiente: Ialdaboth fue arrojado del cielo después de la serpiente luciferina y él mismo se había complacido en tomar la forma de serpiente, queriendo, por consiguiente, dar también la forma de serpiente a sus seguidores, a los que llaman espíritus serpentinos, para infundir miedo a los demás. Sigue después la palabra NEORIEL, que es un nombre compuesto del griego y del hebreo, que preside la luz y el calor mental; procede de VOOS (nous) que significa mente en griego y Uriel, que en hebreo significa luz y fuego, también procede etimológicamente de EI, lo que le da una significación similar a Ormaze. A éstos, como complemento, aquél portentoso Abraxas de los gnósticos, del que ya hemos hablado ampliamente antes y con el que quieren representar al dador de todos los bienes y autor de la luz y del calor, por el hecho de que Abraxas, como ya dijimos antes, ocupa la presidencia de los espíritus solares, creen igualmente que da vida a todos los reinos del mundo inferior con la fuerza de su luz y su calor, a la vez que los estimula y sustenta. Realmente es el mismo Osiris de los egipcios, Mitatron de los cabalistas, Mydras de los persas y, finalmente, Apolo o Phebo de los griegos; por tanto, todos estos nombres tomados de los egipcios, cabalistas, gnósticos, griegos y persas se resumen en una divinidad suprema, moderadora de todas las cosas; por eso los mitólogos dicen que por encima de todos los nombres de los antiguos dioses, con los que hacían referencia a los astros, colo-

caban al sol, y por encima de todos los nombres de las diosas situaban a la luna, sobre todo esto puede consultarse el Obelisco de Pamphilio, pág, 252. Sigue la conclusión del epígrafe ΔηΑΦΗΛΑΞΟΝ ΑΛΕΧΑΝΔΡΟΝ, guarda a Alejandro. Es muy difícil conjeturar quien fue este Alejandro. Parece probable que se refiera aquí al rey, príncipe o caudillo de la guerra y que éste, con el atractivo de figurar entre los nombres de divinidades elaboradas por los gnósticos, se constituyera en alcázar protector de todos los males de la fortuna adversa en la guerra con la creación de este sello y que se consideraba inmune en el futuro. Ya tienes lector expuesto el primer sello mágico, aunque con menos palabras que las exigidas por la multitud de contenidos. Muy semejante a éste es el que en otro tiempo me transmitió el Serenísimo Archiduque, grabado en calcedonia como sigue:



ΑϒΩCΑCΑΩΑΑΩΝΕCΕ, ΜΕCΕΙΑΑΜΑΒΡC. C3Ζ ΡΡΑΤΗ ΑΚΡΑΜΜΑ ΚΡΑΜΜΑΚΑΜ ΑΡΙCCCΕ ϒϒΕΝΒΑΛΦΑ ΡΑΝΤΗ ΕΜΕCΕΙ ΛΑΜΩΒΑΗΜΑΕΝΙ ΑΜΒΩΝΑΡΟ ΑΝΤΑ ΜΙΧΑΗΑ ΑΜΟΡΑΡΑΧΕΙ Φ ϒΛΑΖΕΓΕ ΜΑΙΑΝΩ en el desarrollo de estos signos los nombres de ΙΑΩ y ΕΙ se permutan de varias formas y se pronuncian haciendo determinados gestos con el cuerpo, en forma de adivinación.

La invocación de los espíritus ha sido ampliamente descrita, como expresamente se dice de Sebaoth serpentino *mesitambraxas*, sobre lo que debe tenerse en cuenta lo expuesto anteriormente, pues la adivinación que se esconde debajo de estos nombres, como el raciocinio numérico, lo he referido prudentemente para evitar las tinieblas, más que la luz pública.

Capítulo III

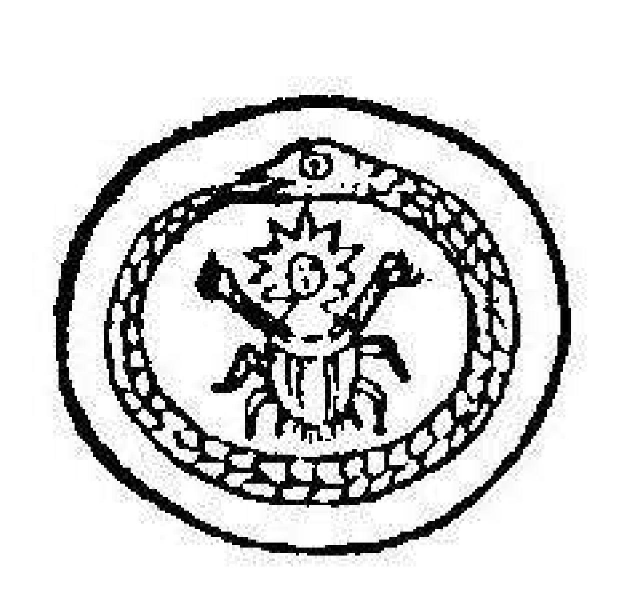
Interpretación de otros sellos distintos a los precedentes

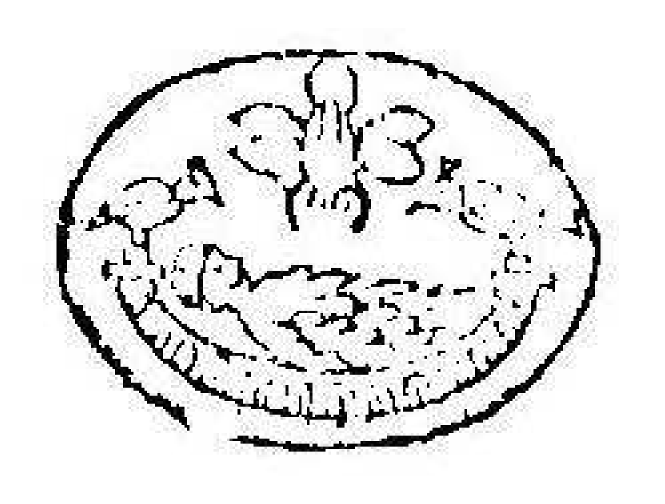
Para que la interpretación que hicimos sobre el sello precedente sea más evidente, ahora, para determinar toda la verdad, hemos considerado oportuno añadir las explicaciones de otros sellos; hemos tomado los modelos de varios museos, sobre todo del celebérrimo gazofilacio del doctísimo varón Carlo Magno, en los que se halla gran cantidad de números, y de los que me han enviado para su interpretación, expongo los que he considerado oportunos. Con el estudio de todos ellos quedará clara y elocuentemente patente que las maléficas invenciones de los gnósticos proceden de la literatura egipcia de los gentiles y que son tanto más perniciosas, cuanto más se alejan del dogma de la fe cristiana. Pensaban que no había nada más aceptable y glorioso para ellos mismos y para la posteridad que la doctrina nueva y monstruosa de los genios, concebida según los símbolos ocultos de los egipcios, mezclados con los misterios de la fe cristiana, elaborada de acuerdo con los malos espíritus y representada para la inculta plebe con los símbolos más oscuros de los misterios y de esta forma debía ser impuesta fraudulentamente, pero con entusiasmo.

«¡Oh miserables mentes de los hombres!, ¡Oh corazones ciegos!» de los que habla Arnobio en «Adversus Gentes»: «¿Si alguien osara despreciar a los espíritus y en la crueldad de su pecho pretendiera furiosamente que su ánimo maldijera a nuestros dioses y se atreviera a decir contra ellos algo más grave que estos gnósticos, dice, la historia demostrará que, como algo admirable, se ha llegado a la concentración

de todos los *comentarios?*» Estos comentarios estaban adornados con amplísimos títulos. Hubo quien escribió los llamados libros «Deologomenos», otros los libros de encantamientos, de rituales, de augurios, otros los comentarios de las cosas sagradas, de las religiones, de las cuestiones pontificias y otras. Pero, volviendo ya a nuestro propósito, los gnósticos pensaban que existía un gran misterio en la misma naturaleza de las cosas, que las imágenes estaban dotadas de una gran fuerza y algunas transformadas en el sentido explicado por los egipcios, grabadas de forma mágica en un sentido astrológico ascendente, como están las siguientes:

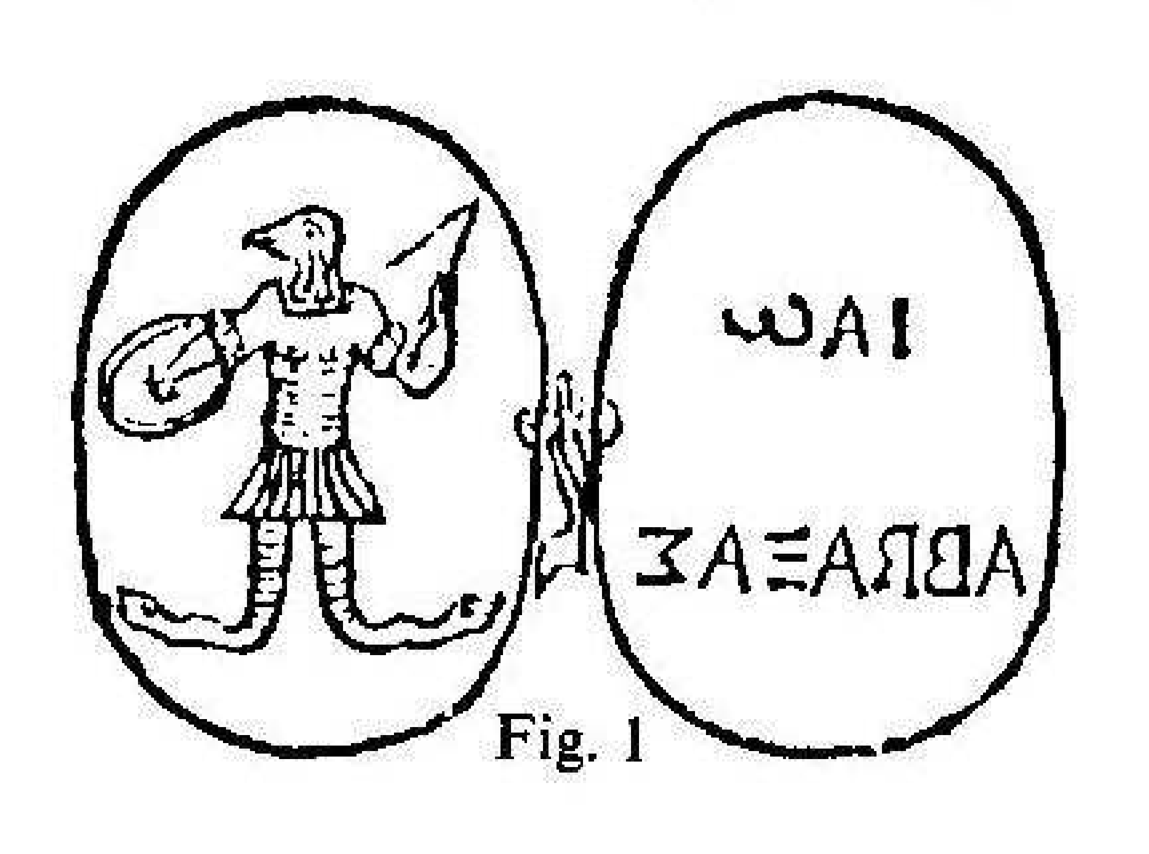
La primera, con la que representan a Abraxas, es una gema marcada, en la que aparece una serpiente en círculo mordiéndose la cola y en el medio el genio solar con cuerpo de escarabajo, ciertamente aparece representado con una ridícula transformación, porque ¿qué es la serpiente sino la representación del espacio anual de la luna y símbolo de Abraxas su gobernador?, con él los egipcios representaban a Osiris, indicando con esta representación que la luz del orbe procedía del sol, quien mantenía la vida de los vivientes, mediante su curso sabio, ya que el escarabajo es por excelencia el símbolo de la divinidad solar. Horapollo, al referirse al signo sagrado de la luna, dice que, como advierte Porfirio, que cuando se trata de determinar el parto hay que tener en cuenta que el período lunar es de 28 días. Como sobre la significación del escarabajo hemos hablado ampliamente, tanto en el Obelisco de Pamphilio, como en el Edipo, allí remitimos al lector. También lo esculpían en diversas piedras, según la variedad de los efectos a conseguir, y lo llevaban como amuleto de valiosísima importancia. Hace algún tiempo me envió una de estas piedras Pereiscio, senador de Aquitania, en la que Horus, o Uriel, estaba colocado dentro de Barin (el genio de la navegación) y aparecía con un vestido reticulado, sobre él aleteaba el escarabajo, a ambos lados de la barca estaba el halcón. Horus reposando representa al mundo sensible, cuya mente es precisamente Horus, como





en nuestras obras sobre los jeroglíficos hemos demostrado; el halcón que posa sobre la cabeza y sobre los pies representa el movimiento perpetuo del sol, desde el Oriente hasta el Ocaso, recorriéndolo en la mansión sensible de Horus mundano, infundiendo así su calor en todos los miembros del mundo. A través del escarabajo alado representaban al sol material y al sol supramundano, con cuya fuerza e influjo, previa autorización de Horus, eran regidos y gobernados todos los movimientos del mundo, incluidos los de los astros y los de los bosques. Los gnósticos, al comprender la analogía alcanzada por los egipcios en la representación de los círculos, pues aquellos los traducían en sus bibliotecas, no impusieron una nueva forma de filosofar, sino una forma espúrea, una grosera mezcla de lo sagrado con lo profano, impío y fabuloso con cierta astucia satánica.

Siguen después los sellos o amuletos grabados en diversas piedras, el primero de los cuales, como antes ya hemos expuesto, representa a un hombre con forma de gallo, tiene la cabeza adornada con los rayos solares y representa al sol o a la divinidad solar, lleva escudo y látigo y, en la parte posterior la inscripción ΙΑ ΑΒΡΑΞΑΣ ¿Quién ignora que el gallo del sol, por su recóndita similitud con el sol, es su símbolo? El escudo y el látigo que tiene en la mano izquierda denota la fuerza conminatoria; las serpientes que tiene en lugar de los pies representan la fuerza oculta y la substancia espiritual que comunica al mundo y con la que se mueve por él, o sea, lo que los persas querían significar con Midras, los


Fig. 1

En este sello los nombres de IAO y ABPAXAS están invertidos.

gnósticos lo expresan por Abraxas, confirmando así que era la divinidad solar de una forma oculta.

Recuerdo haber encontrado a este genio solar dentro del Zodíaco que él mismo preside.

Α	1	Μ	40
Β	2	Ε	5
Ρ	100	Ι	10
Α	1	Θ	9
Ξ	60	Ρ	100
Α	1	Α	1
Σ	200	Σ	200
	365		365

Fig. 2

Es Abraxas, como ya hemos dicho repetidamente, basándonos en la resolución aritmética hecha a través de la isosefía, como demostramos anteriormente, lo mismo que respecto a Midras, a quien llamaban alma solar y que moderaba con su fuerza el decurso de todo el año; lo que se deduce de los números que de ambos nombres ABPAXAS y MIDRAS, traducidos a números, como en el lado se ve y suficientemente consta. La traducción de ambos a números da una misma suma, 365, tantos como días hay en el año. Todo esto lo trata S. Jerónimo en el comentario al capítulo 3 de Amós con estas palabras: «Basilides, dice, llama al Dios Omnipotente con el poderoso nombre de Abraxas y dice que está contenido en el círculo solar, según las letras griegas y el número del curso anual, al que los étnicos, basándose en el mismo número y en otras letras, llaman Midras». Hasta aquí san Jerónimo. Abraxas no es otra cosa que el genio solar conminatorio, que con los rayos de la cabeza y con el látigo aparece en las estatuas que esculpían en diversas piedras y con el nombre unido, que, como amuleto, se colocaban en el cuello para defenderse de diversos acontecimientos adversos, alucinados por la superstición egipcia. Este nombre escrito en un rubí con la figura mágica oportuna se llevaba como defensa contra determinadas enfermedades, en cristal contra otros males y así se prometían suerte y felicidad. Dudo de la fuerza que puede tener el amuleto para curar la terciaria doble, en el que debían inscribirse los preceptos de ABRACADABRA, de los primeros magos que surgieron de Abraxas. Estos sellos manifiestan con claridad los vestigios de este nombre: los vestigios de este nombre aparecen aquí con mayor claridad que en todos los collares y los

escritos de las piedras preciosas, con elementos frecuentemente repetidos, cuya copia se puede ver en las Cartas Gálicas de Scaligieri a Vazeto. No es nuevo este remedio entre los magos, pues lo recuerda Q. Sereno Sammonico en el siguiente canto: «Escribes una carta que diga ABRACADABRA, repites la palabra una y otra vez, suprimiendo la última letra en cada repetición, para que vayan faltando cada vez más letras en el escrito, teniendo en cuenta que cada vez que se quite una letra hay que dejar las demás, hasta que la última letra quede en la parte estrecha del ángulo. Recuerdo que con este escrito, hecho en lino, se libera el cuello».

A B R A C A D A B R A
A B R A C A D A B R
A B R A C A D A B
A B R A C A D A
A B R A C A D
A B R A C A
A B R A C
A B R A
A B R
A B
A

Sobre este nombre pueden verse muchas bagatelas en Sereno Sammonico. Se pueden adaptar estas palabras a la forma triangular de muchas formas, sin que falte la superstición; del mismo modo es cierto que los prestigitadores fingían más estos mágicos y bárbaros portentos que los nombres; lo inculcaban con gran arrogancia para atraerse los ánimos de los infelices, para que, con gran estupor, considerasen maravilloso lo que no entendían. Los demonios estaban presentes en estos pactos que establecían los magos, como refiere Irineo al hablar de los engaños de Marco.

Otro amuleto o sello lleva cuatro imágenes mágicas de los dioses: Isis, a quien representan con la urna, el sistro y la cabeza con espigas; Apis, con la serpiente y la medida en la cabeza; Marte y Venus, cuyos signos opuestos los representan. El amuleto defiende contra el veneno, la bebida amatoria y las fascinaciones, como lo demuestra Leonardo Pisano en su libro sobre las esculturas de piedra, y éste es, no otro, el asumido por la escuela de los gnósticos. A esto es a lo que llaman Abraxas, no solamente Midras, e, incluso, Iao y Sebaoth, ahora también con otros nombres, como se ve en los amuletos. Paso a indicar

lo que estos nombres significan. Los gnósticos de nacionalidad egipcia y de religión primeramente hebrea, al conocer la virtud del Dios Trino, por referencia de los antiguos, como complemento de su pureza, aplicaron sus nombres supersticiosos desordenadamente al nombre de Iao y Sebaoth, que significan lo mismo que Iehová y Sabaoth, llegando después a la corrupción máxima de estos nombres. Todo ésto lo confirman los siguientes amuletos:

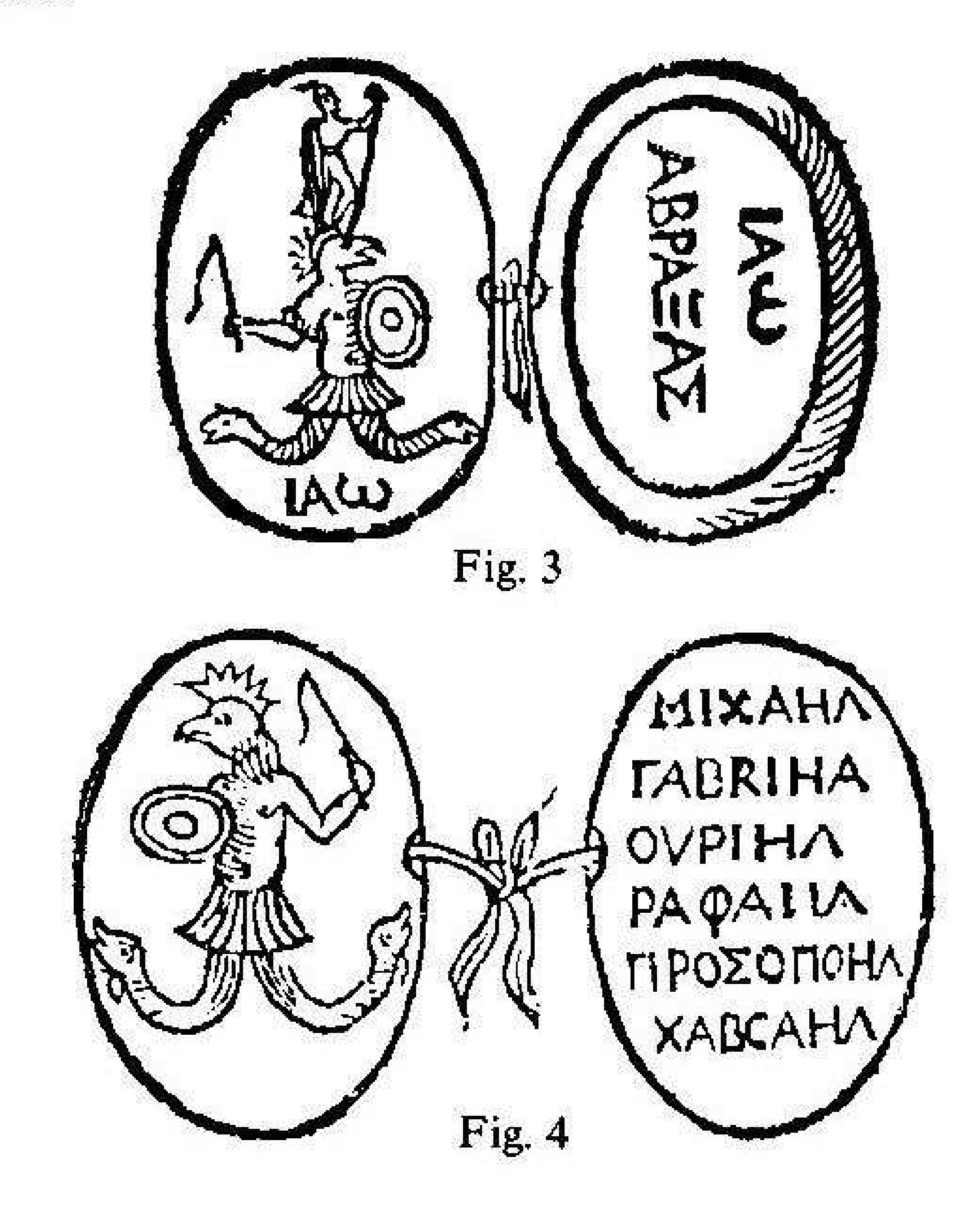


Fig. 3

Fig. 4

En el primero de los cuales aparece el hombre en la primera cara con el rostro de gallo crestado, dotado de escudo y látigo, que tiene dos serpientes por pies y de la cabeza surge la estatua de Marte, bajo los pies lleva el nombre de Iao; lo que, sin embargo, en la mayor parte de estos amuletos, por fallo del escultor, aparece invertido, o porque el misterio consistía en que las letras, necesariamente, debían ir invertidas para que, una vez impresas, aparecieran correctamente. Así indicaban la potencia de Iehová, por la faz crestada del gallo, la potestad de la divinidad solar a través del escudo y, con el látigo se referían a la humillación de todos los contrarios, mediante la estatua de

Marte hacían referencia al efecto de las acciones bélicas. En la cara posterior están esculpidos los nombres de Iao Abraxas, ésto es, Dios Abraxas. En la figura que se señala con el número IV también aparece en la primera cara la misma figura de Abraxas; en la cara posterior aparecen los nombres de los ángeles más poderosos: Miguel, Gabriel, Uriel, Rafael, Ananael, Prosorael y Chabsael, utilizados para prácticas supersticiosas. En la figura 5 aparece el mismo grabado con un escudo en el que va escrito Iao; en la parte posterior se pueden leer las siguientes palabras egipcias TALA ARAIO OARLORONTOKONBAI, que traducidas del idioma en que están escritas, dicen: «Al Supremo Marte capaz de vencerlo todo».

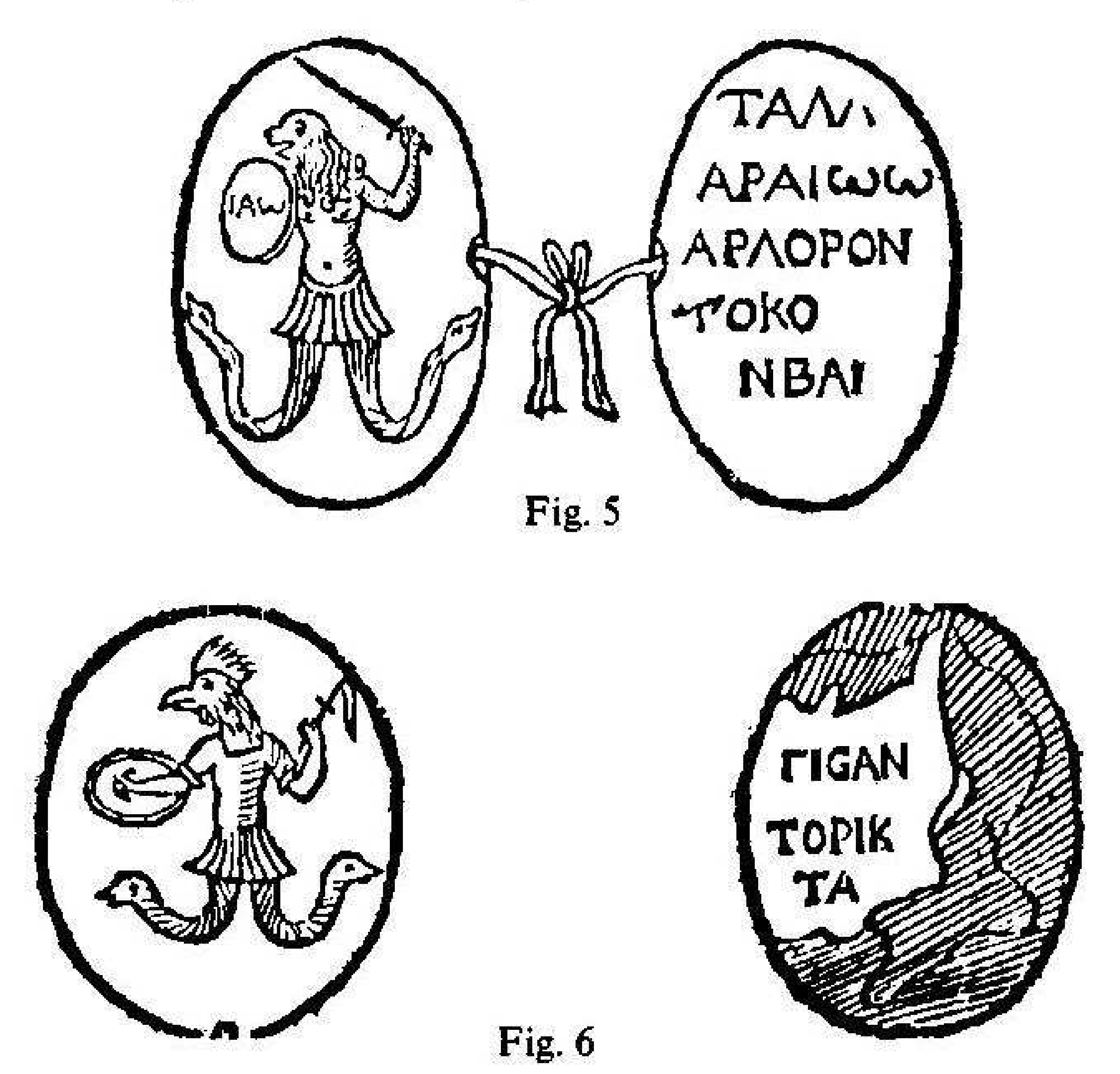


Fig. 5

Fig. 6

En la figura 6 aparece el mismo grabado con la siguiente inscripción en la parte superior: «De la fortaleza marciana y gigantesca». En la figura 7 está la misma imagen con la siguiente inscripción: «Eterna fortaleza del Señor», y, bajo los pies, el nombre del ángel Iaoliel, es decir, «el ángel del Señor». En la cara posterior está representada la figura de Ibis en for-

ma volátil y con la serpiente cruzando ambos pies, mientras que de pie nos hallamos con Anubis provisto del sistro; se representa en estas figuras la fuerza de Mercurio, capaz de abatir todos los males. Este símbolo también está explicado en otro lugar. En la figura 8 se ve también la misma imagen que en los anteriores, bajo sus pies está escrito el nombre de Iao, que impone las manos sobre una estatua arrodillada. Este amuleto portado por una gestante, bajo el influjo de la divinidad marciana, tiene una significación religiosa o, mejor, supersticiosa; en la parte posterior siete estrellas rodean al león, una de las estrellas aparece rodeada por la luna de agosto. Con la figura del león se representa al sol, las siete estrellas que están a su alrededor representan los planetas y se graban para dar más fuerza al amuleto. En la figura 7 se halla la misma imagen con la inscripción *OFEON*; así se designa a Abraxas como una de las divinidades ofidias, de las que hemos hablado poco antes al tratar del Obelisco de Pamphilio y de Eusebio. Lo dicho sobre los amuletos de Abraxas o Midras es ya suficiente.

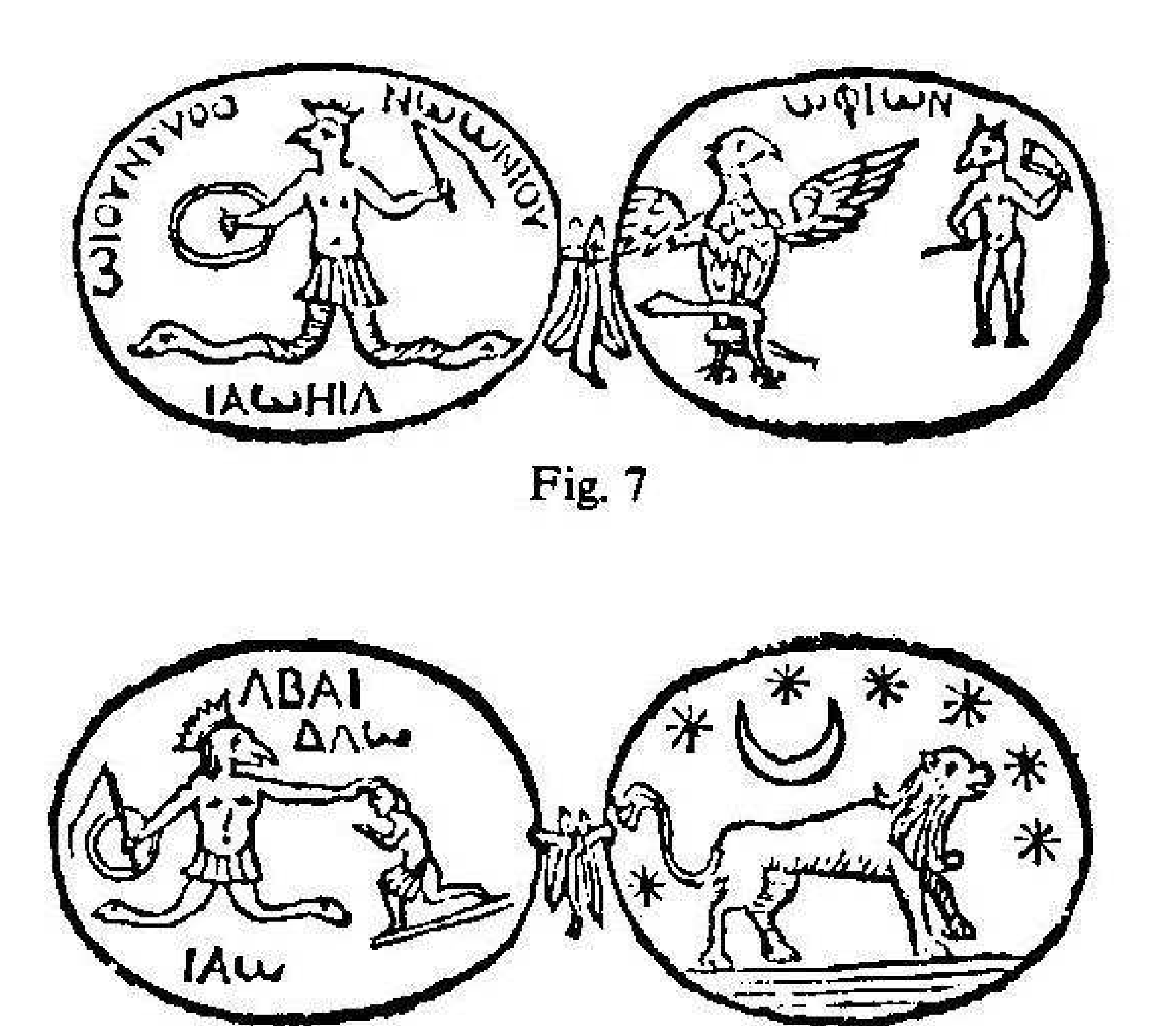


Fig. 7

Fig. 8

Pasamos a los amuletos harpocráticos, entre los que no hay una variedad menor. En primer lugar aparece la figura de

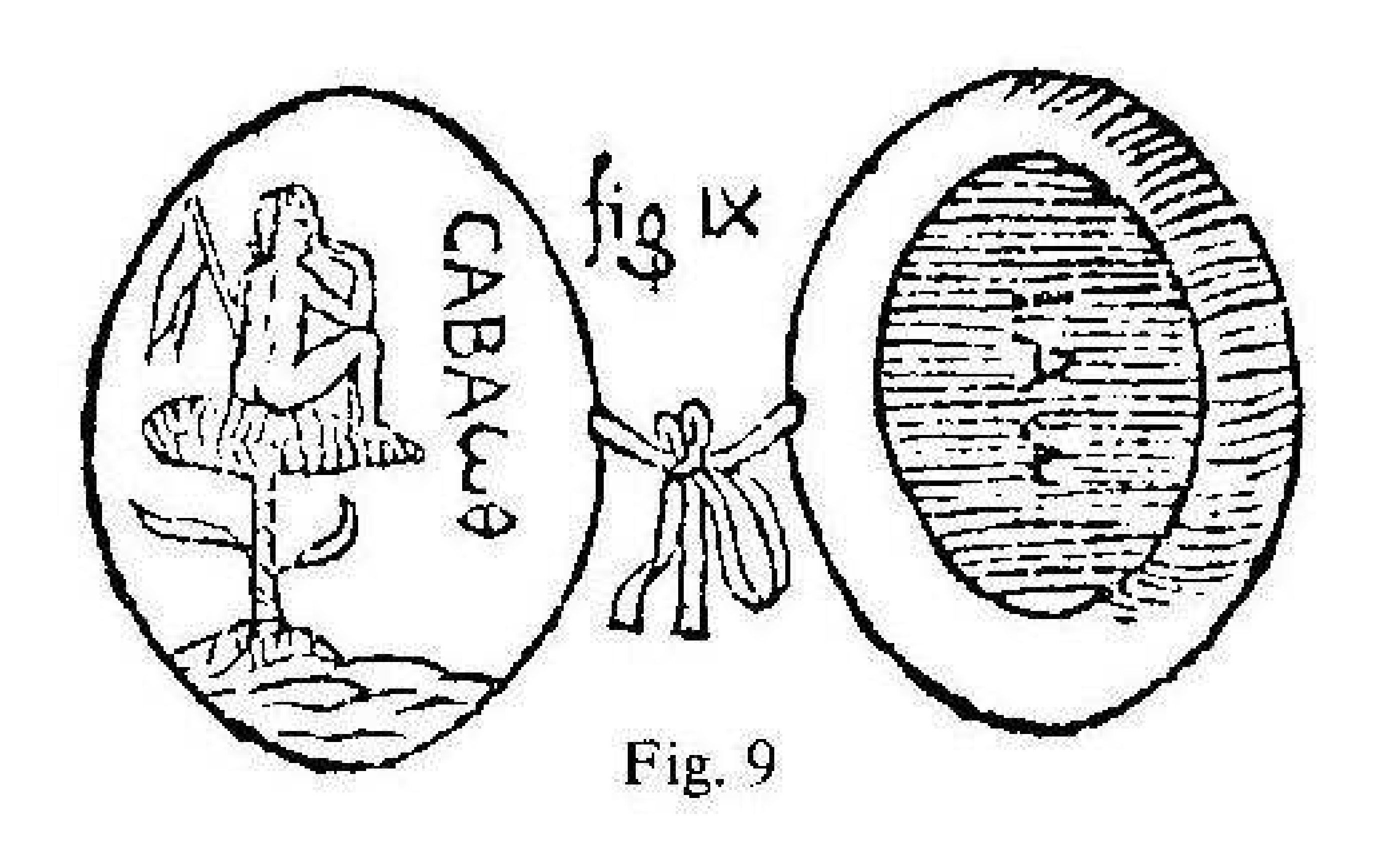


Fig. 9

Harpócrates sentado sobre el loto, imponiendo silencio con el dedo, en la otra mano lleva el flagelo y aparece el nombre de Sabaoth, como puede verse en la figura 9, en cuya parte posterior aparece escrito el nombre de Iao, que es la apóstrofe de todas las divinidades solares y representativo de la mayor eficacia.

La figura que sigue nos muestra en la primera cara al mismo Harpócrates con unos símbolos semejantes a los del primer sello y con los nombres de Iao Sabaoth escritos; en la parte posterior de la estatua están las tres cabezas con sus espadas y flagelos, a la que nosotros interpretamos como Diana o Isis triple. Virgilio la llama de tres cabezas en Georg. 4: «El sacerdote grita a la multitud, a los dioses, al infierno, al caos, a la trigésima Diana, a las tres bocas de la Virgen Diana». Ovidio en el libro 7 de las Metam. dice: «Se ve en la encrucijada a Diana emergiendo de tres formas y se observa como se unifican las vías internas». Orfeo la llama vial, trivia, celeste, terrestre, marina, sepulcral, bacante por las manos y la atribuye tres cabezas; la diestra de caballo, la siniestra de perro y la del medio de jabalí. Eusebio en el libro 3, cap. 3, dice: «Diana es la luna por las distintas formas de su cuerpo y por las cualidades de sus formas; en el novilunio lleva vestiduras blancas distintas del oro y las lámparas ardiendo; lleva el cáliz en la parte superior cuando aparece dividida en cuarto creciente y madura las frutas; en el signo del plenilunio tiene sandalias de hierro».

Sigue el amuleto designado con el 10, en cuya primera cara Harpócrates, sentado sobre el loto y con el flagelo en en la izquierda, indica silencio con la derecha, en la raíz del loto se ve a un león corriendo y la siguiente inscripción: «Abraxas lo sabe todo», con lo que se representa la fuerza del sol. Por medio del león *Momphta,* representan al que preside las crecidas del Nilo, lo que también significan a

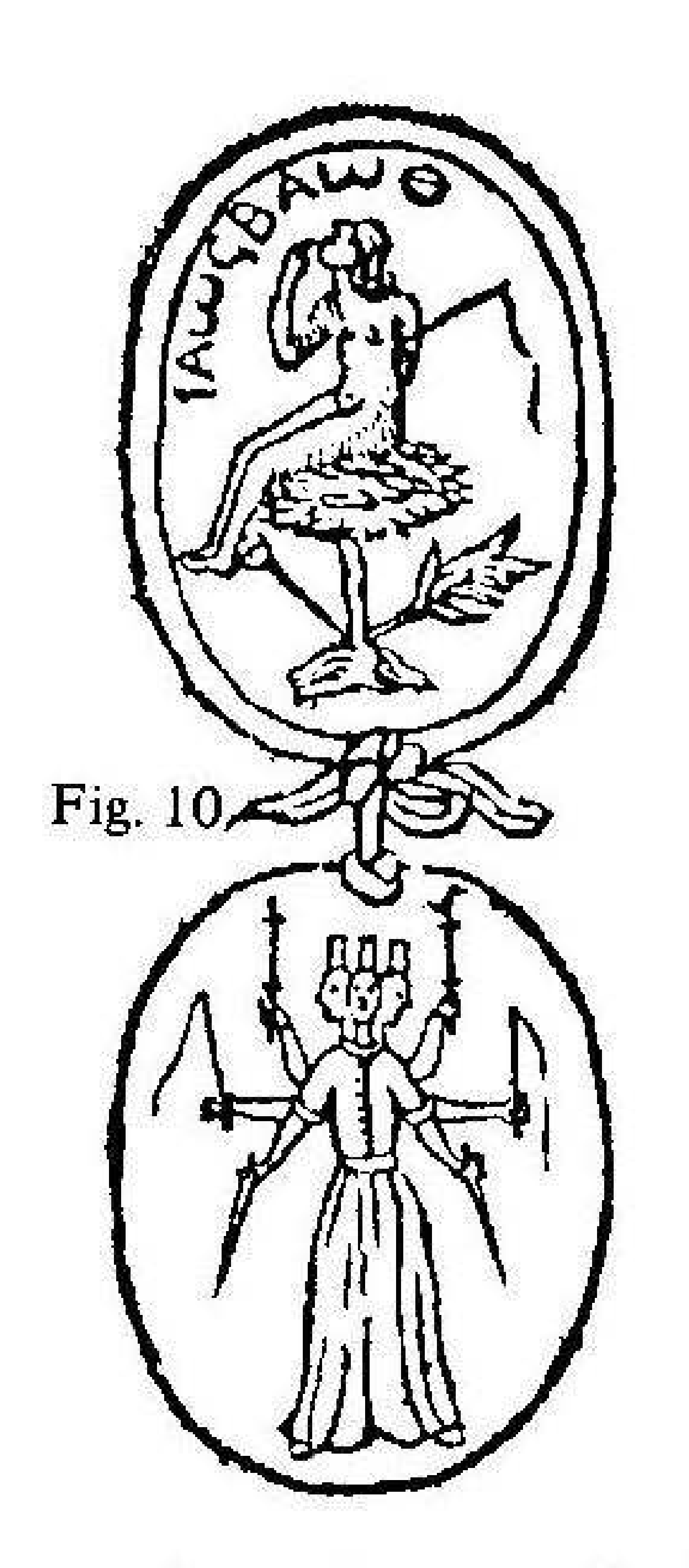


Fig. 10

través de la estrella Siodis o canicula sobrepuestas a la cabeza del león; la inundación del Nilo tiene lugar cuando nace la canícula y al entrar el sol en el león; la divinidad harpocrática solar con el flagelo repele toda la fuerza incendiaria. La palabra CICIRIM, leída inversamente es MIRICIC, que significa MADRE-ISIS, o LUNA, la que en este amuleto tácitamente se nombra, y el Genio del Nilo, colaborador de la divinidad solar de Harpócrates. En la parte posterior del amuleto están escritas estas palabras: «Principio Iao de toda fecundidad».

En el amuleto numerado con el 11 nos encontramos con otra figura de Harpócrates sin letras, sin embargo, en la parte posterior hay una inscripción egipcíaca, cuyas palabras, leídas al revés, equivalen a *Magno Iao.* Tales son las palabras que se deducen de la cocina del diablo y que llevaban en el amuleto según la serie de números. La figura 12 tiene dos caras; en la primera se ve una figura desnuda alada y con el modio en la cabeza, dotada de cuatro báculos y escrito en la parte inferior el nombre de Iao con las letras invertidas. Mnexiel, que significa el genio de la fecundidad, como lo indican sus símbolos,

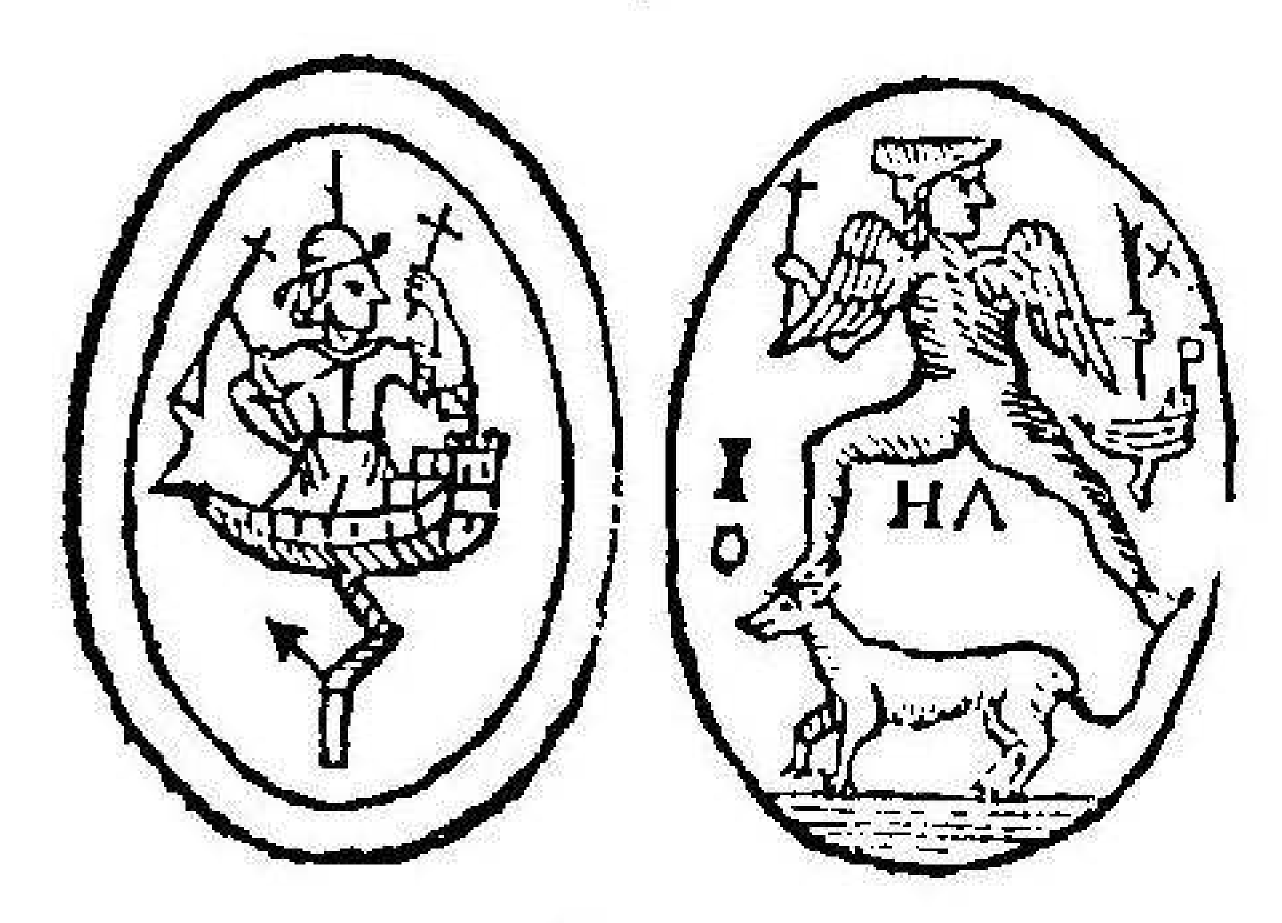


Fig. 11

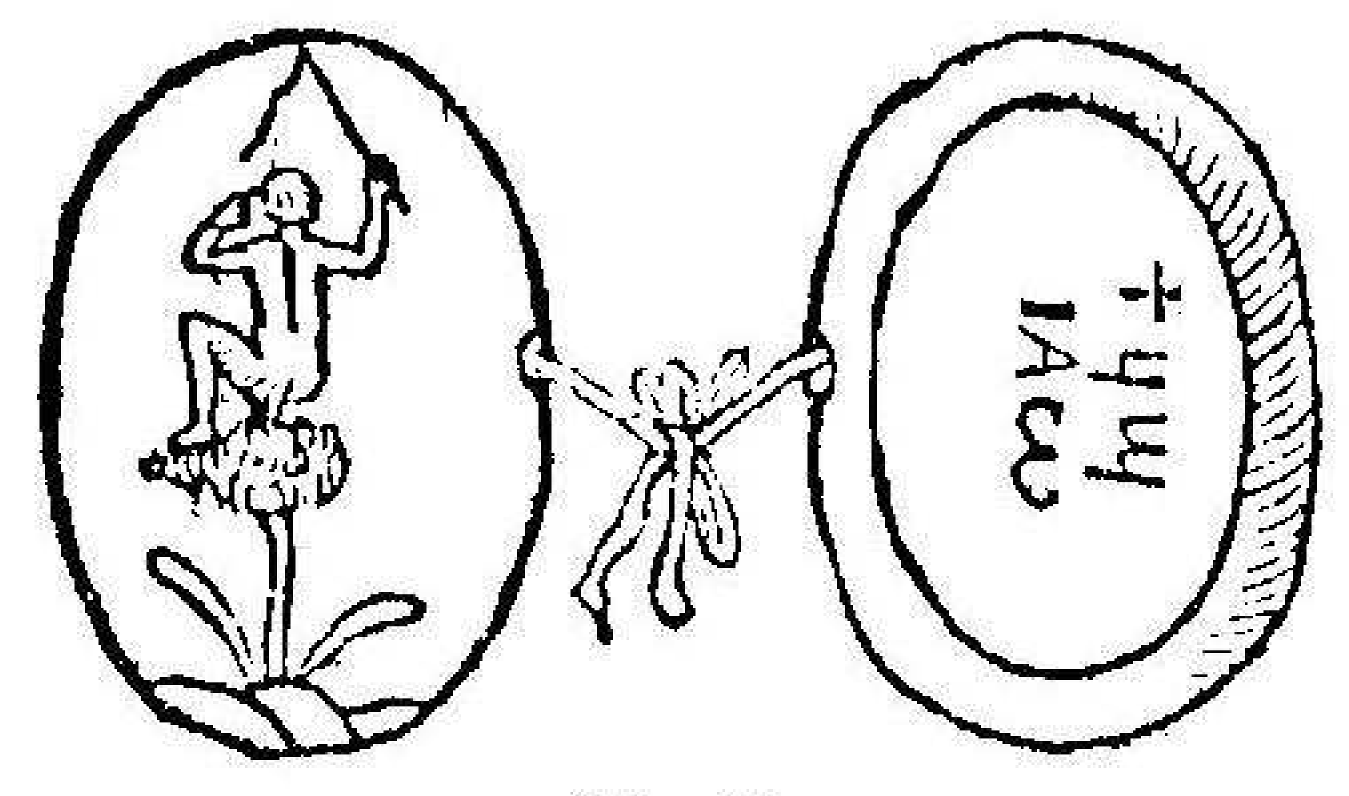


Fig. 12

aparece desnuda para resaltar su simplicidad y las alas representan la velocidad; el modio en la cabeza indica la abundancia que proporciona. Los cuatro báculos representan el dominio sobre los cuatro elementos del mundo. Esta divinidad es agradecida para aquellos que la invocan de esta manera. La otra cara contiene una figura humana terminada con dos cabezas caninas, sosteniendo una palma en la mano derecha, está rodeada de estrellas, bajo ella se ve a un hombre como saliendo del sepulcro; con cuya simbología no se quiere representar otra cosa que a Anubis o Mercurio, custodio de ambos horizontes, según Plutarco, el superior y el inferior, por lo que se le pinta con dos cabezas de perro.

Este es el que libera las almas de los infiernos, como lo describe Diodoro, tal como lo hemos expuesto en otro lugar; lleva la palma como símbolo de la victoria y la llama, con la que indica que las almas, una vez cumplidas las penas de los infiernos, son transportadas individualmente a las esferas y a

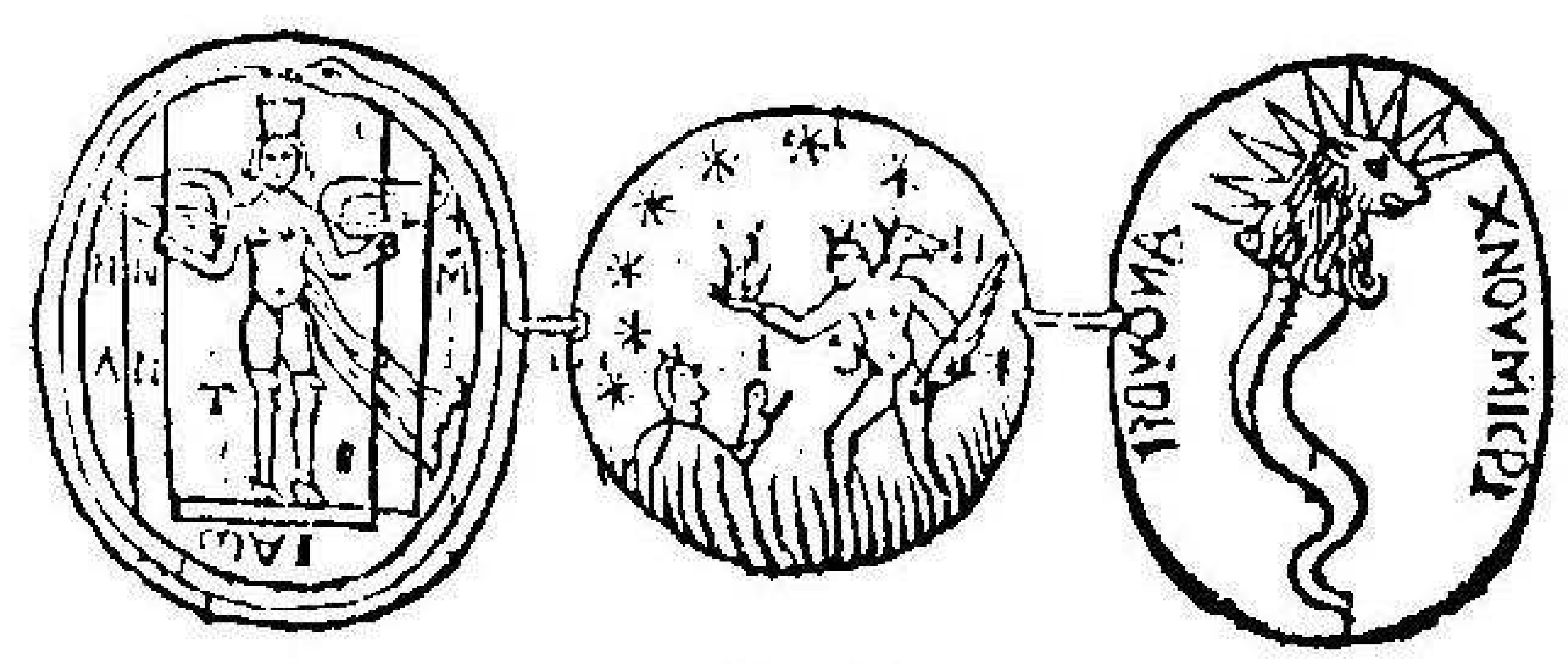


Fig. 13

las estrellas. La figura 13 muestra una serpiente o áspid con forma de perro, tiene la cabeza circundada con un nimbo de rayos, frecuente dentro de los jeroglíficos, representa a la divinidad mercurial, como aparece en las letras inversas de Anubis. El nombre ANOγBEI o Anubis. La palabra XNOγMICPI traducida a números da 1280 y todo el nombre equivale a Cristo. ¡Ves, pues, cuan perversa e impíamente los magos profanan heréticamente el divino nombre de Cristo con estos nombres bárbaros!

X	600	X	600
P	100	N	50
I	10	O	70
Σ	200	γ	400
T	300	M	40
O	70	I	10
Σ	200	Σ	200
		P	100
		I	10
	1480		1480

Aún quedan innumerables misterios de esta calaña, de tal manera que si expusiéramos cada uno de ellos, llenaría el libro con estas impías falacias. El amuleto 14 es semejante al 1; en éste se ve a Mercurio, de dos cabezas, con dos genios sobre dos canales y manteniendo en pie los vasos del Nilo, cuya historia puede verse en el T.III, Syntagm. de Canopis. El número 15 representa a un halcón posando sobre la flor de loto, dotado de dos cuernos de la abundancia, con lo que hace referencia al beneficio de la fertilidad y de la abundancia que proviene del sol. En el 16 Marte está de pie sobre la flor, armado de lanza y escudo, con la flor que apoya sus raíces en medio de una barca, con lo que se indica que la fuerza ígnea mezclada con humedad promueve la generación de todas las cosas. En la pri-

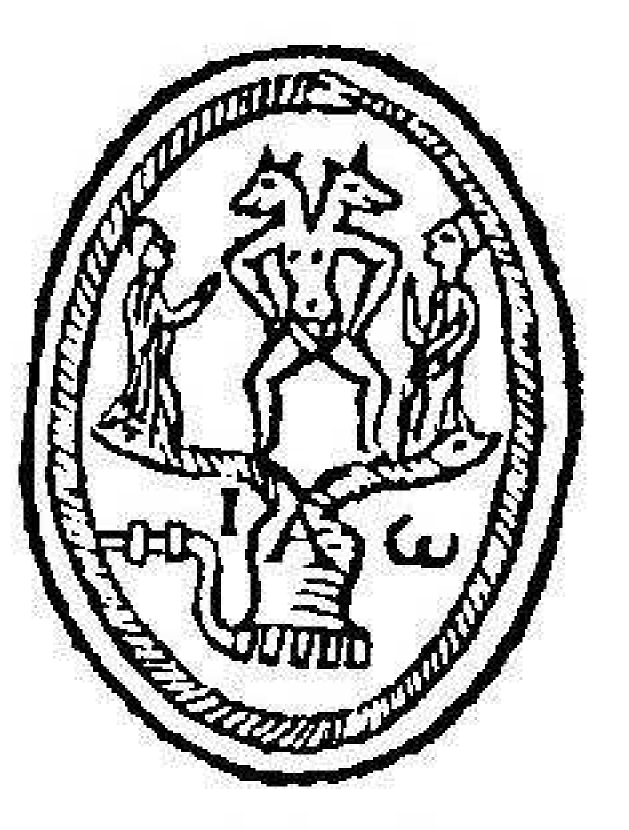


Fig. 14

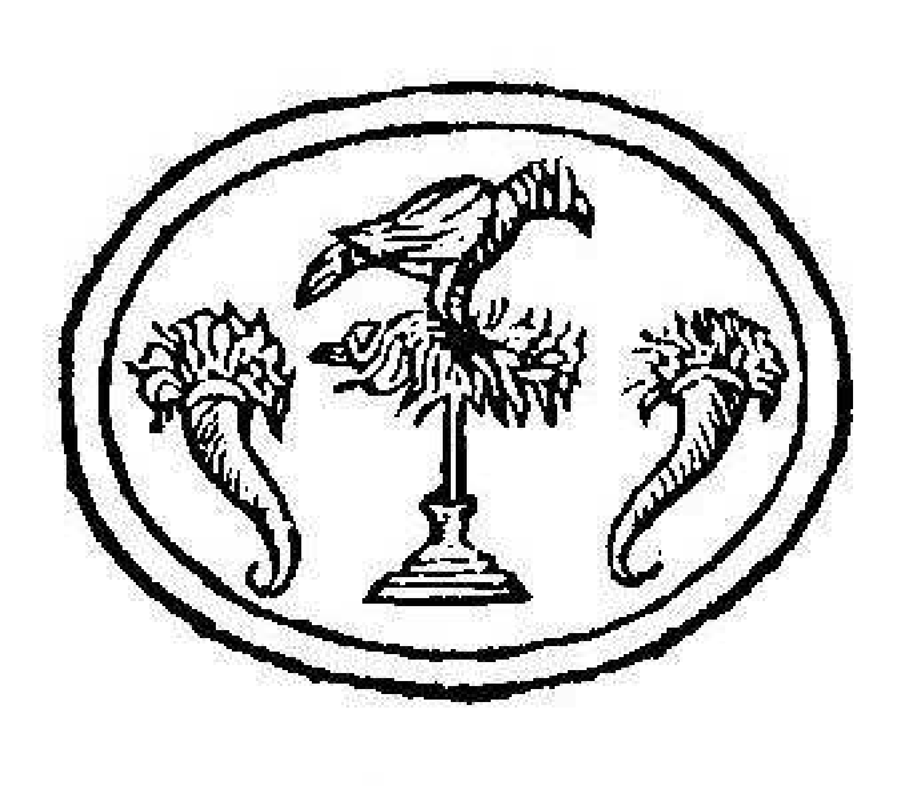

Fig. 15


Fig. 16

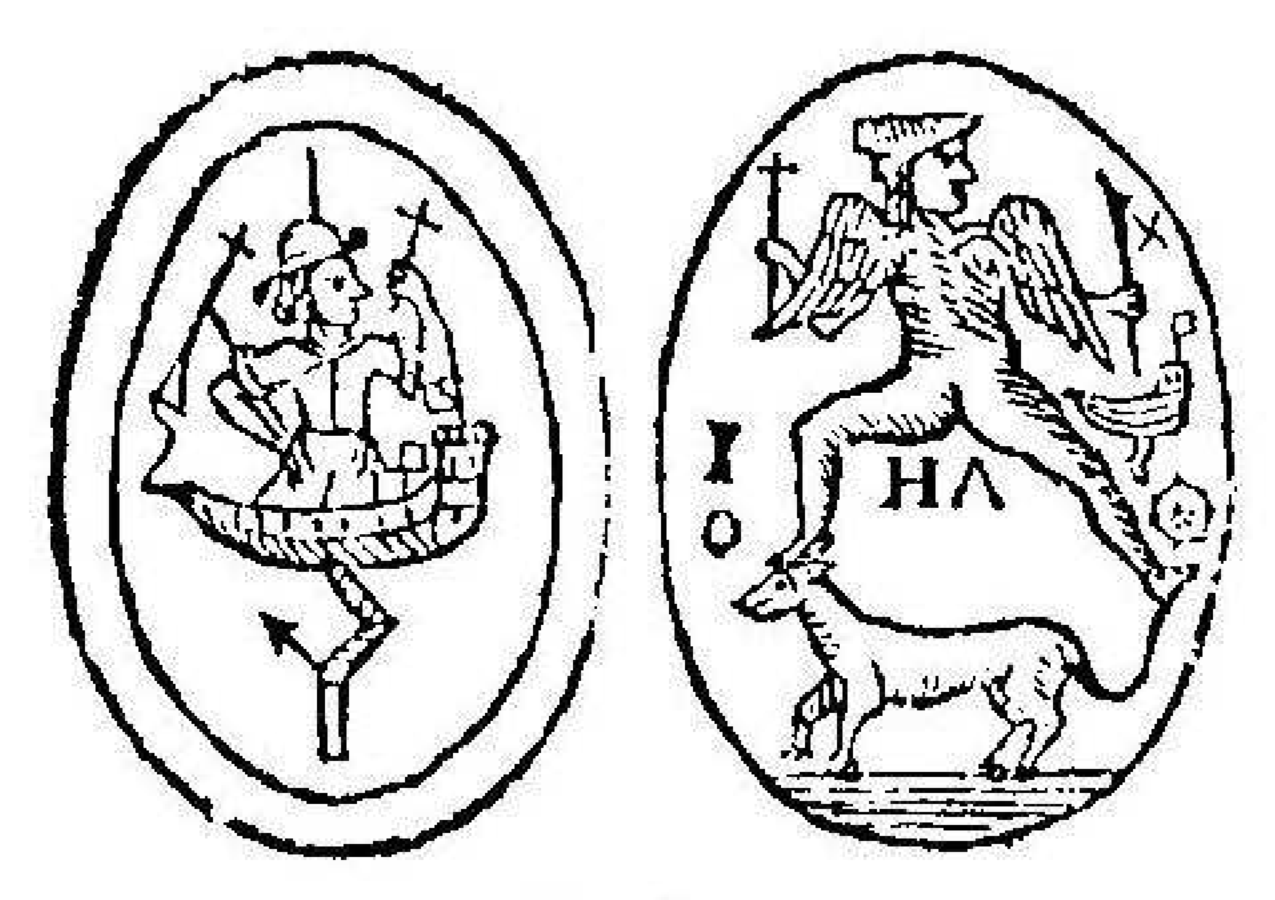


Fig. 17

mera cara de la figura 17 aparece Harpócrates vestido con la indumentaria de Marte y está sentado sobre un loto que tiene la forma de barca, terrible por el flagelo, con la cruz en forma de tau y la celada. En la segunda cara está el espíritu dotado de cuatro alas, con un báculo en cada mano y bajo los pies tiene un perro, haciendo así referencia a la divinidad mercurial que los egipcios llaman Siod y el nombre del primero es Zalel, genio del agua, mientras que el otro representa al genio y acompañante del Supremo Dios.

La figura designada con el número 18 representa a Apis, como sucede frecuentemente en la tabla *Bembina,* es una creación romana hecha a semejanza de los egipcios, como enseñan las letras latinas LI, S, es decir, libertad salvadora o salvación de los libres. Es el mismo Osiris portando en la cabeza un cestillo, en la mano derecha lleva el báculo en forma de palma, con el cuerpo y el gnomon, en la izquierda lleva la cruz con asa de manera bifurcada, que representa a la divinidad solar, expresada en la cabeza del halcón, como ya lo hemos enseñado a

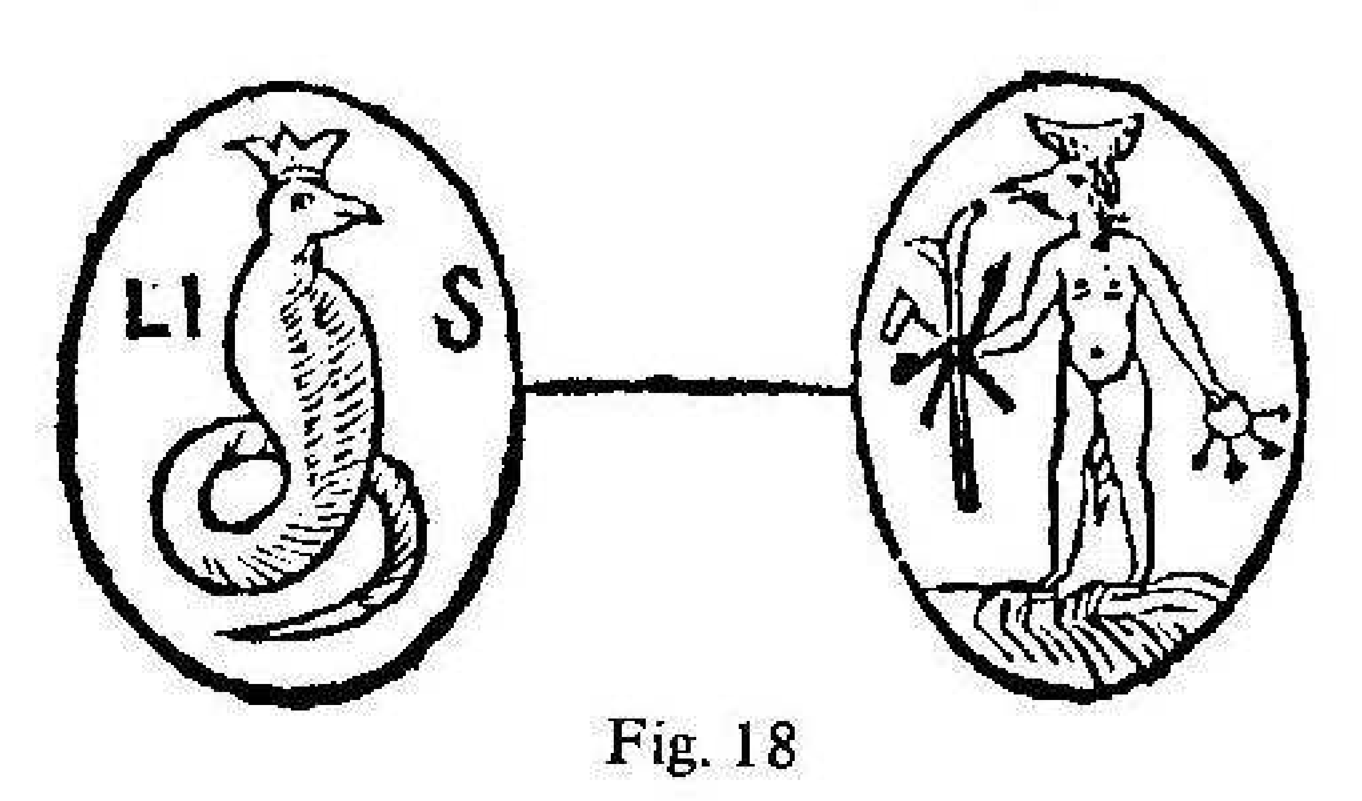


Fig. 18

través de Eusebio; en la cabeza lleva el cestillo que quiere significar la abundancia; el cetro de palma dotado de cabeza representa la variedad de cosas que produce; el cuerno la armonía y el gnomon la simetría de las cosas que realiza en el mundo. La cruz con asa que lleva en la izquierda representa la difusión del espísitu solar a través de todas las cosas. La figura 20 es un amuleto de Osiris del Nilo, tiene la imagen de un león en la primera y en la otra un ábaco numérico que representa el curso del sol entrando en el león, para atraer a la divinidad solar HELOY, como lo enseña el carácter del sol y también el del león. El ábaco numérico está dedicado al sol, cuya inteligencia es denominada Rafael, y no deja de ser el cuadrado del senario, dispuesto artificiosamente para que todas las series perpendiculares, transversales y diagonales unidas den el mismo número. Como esta figura la hemos tratado ampliamente en nuestra aritmética jeroglífica, allí remitimos al lector.



1	32	34	3	35	6
30	8	27	28	11	7
20	24	15	16	13	23
19	17	21	22	18	14
10	26	12	9	29	25
31	4	2	33	5	36

Fig. 20

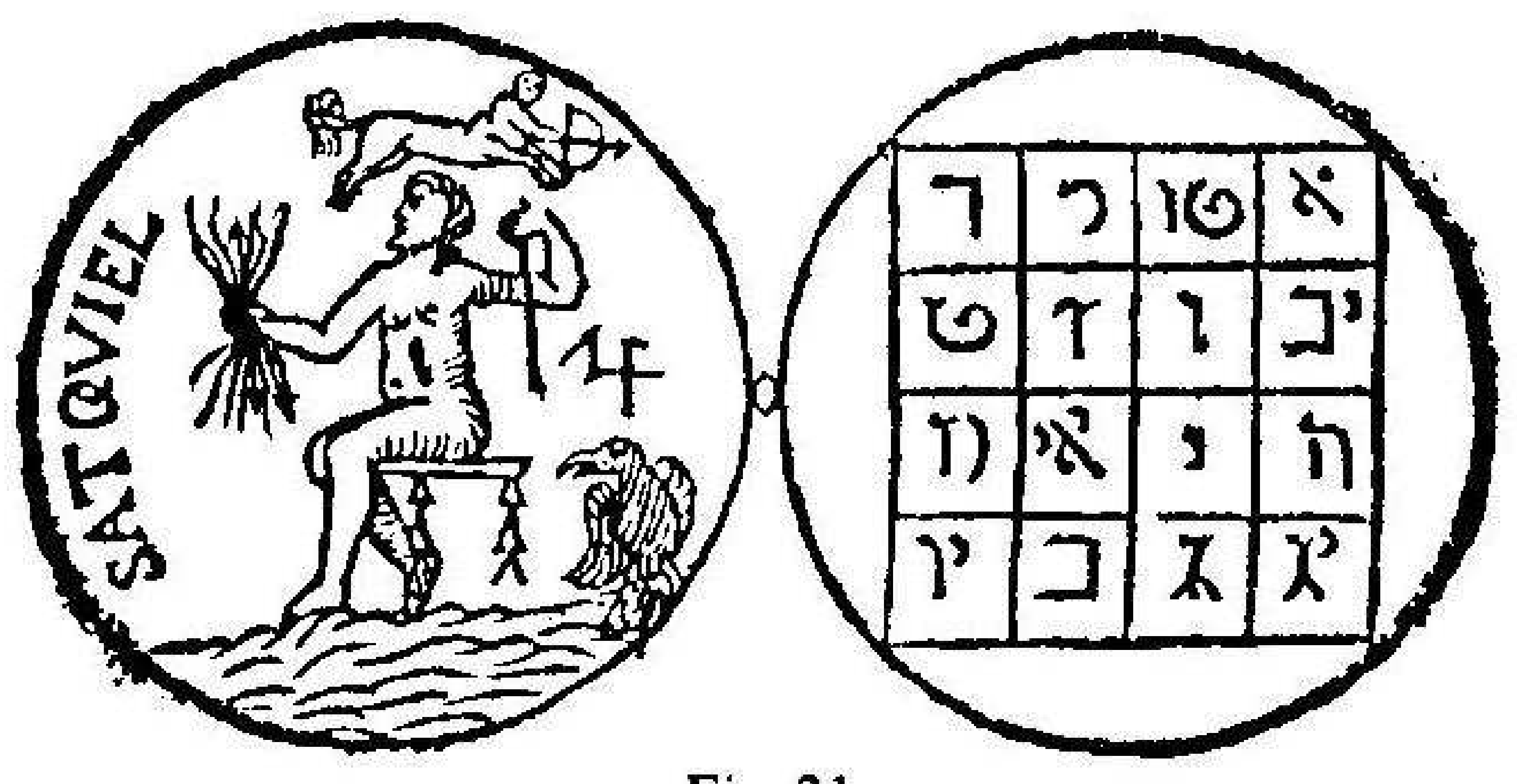


Fig. 21

♈♌♐ hacen referencia al triángulo ígneo. Debe tener en cuenta el lector que esta divinidad no es antigua, sino creada por los astrólogos posteriores. Sigue la figura 21, en la que se halla Júpiter amenazador con el rayo y junto a él está el águila Ionial, su signo es ♃ , cuya divinidad en la cábala es Zadkiel, aunque de forma incorrecta a veces también se escriba Satquiel, a quien los hebreos llaman Ioven, es decir, árbitro de la justicia. Aquí se ha escrito equivocadamente Satquiel por Zadkiel.

Sobre Júpiter está colocada la figura de Sagitario, que representa a la divinidad de Júpiter fulminante, el sol se encuentra en Sagitario; en su parte posterior muestra un ábaco formado por letras prónicas hebreas, formado con 16 casillas, por lo que es el cuadrado del cuaternario, de forma que cada uno de los números representado por las letras, unidos en cualquiera de las series, dan siempre la misma suma; el cuadrado del cuaternario es el sello sagrado de Júpiter; sobre el que ya hemos hablado ampliamente en la segunda parte.

En la figura 22, la primera cara contiene las imágenes de los siete planetas y en medio dos figuras de peces; lo que demuestra que la divinidad fue formada en la conjunción que se llevó a cabo en los peces; el ábaco de los números es el consa-

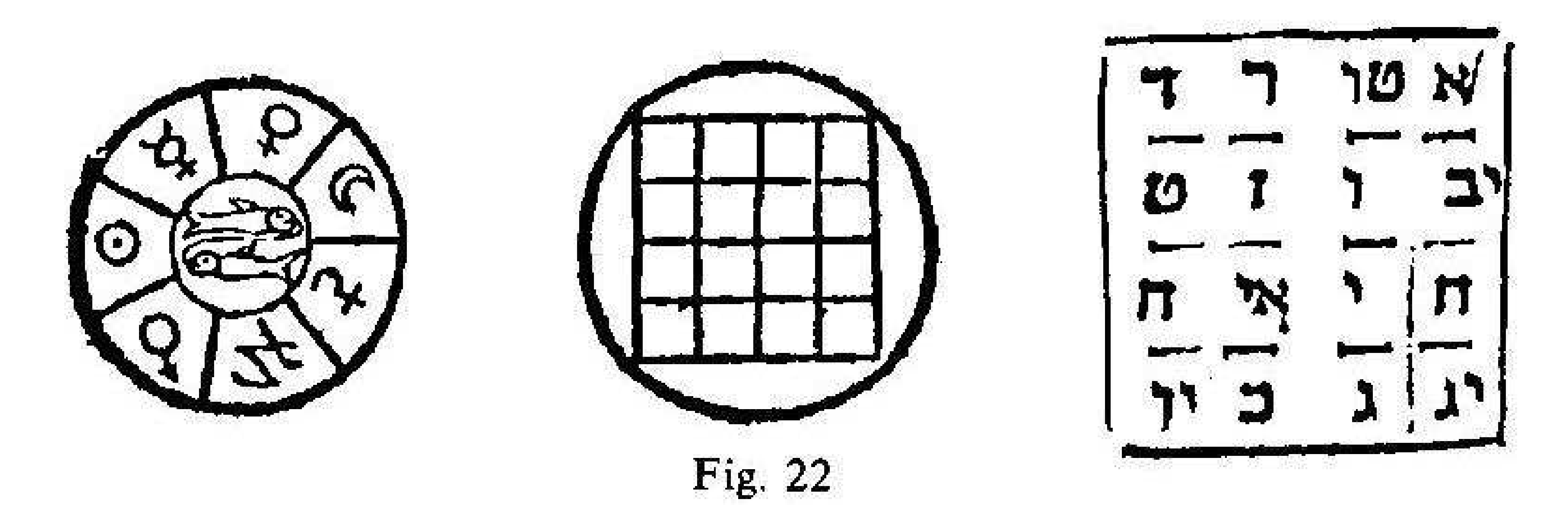
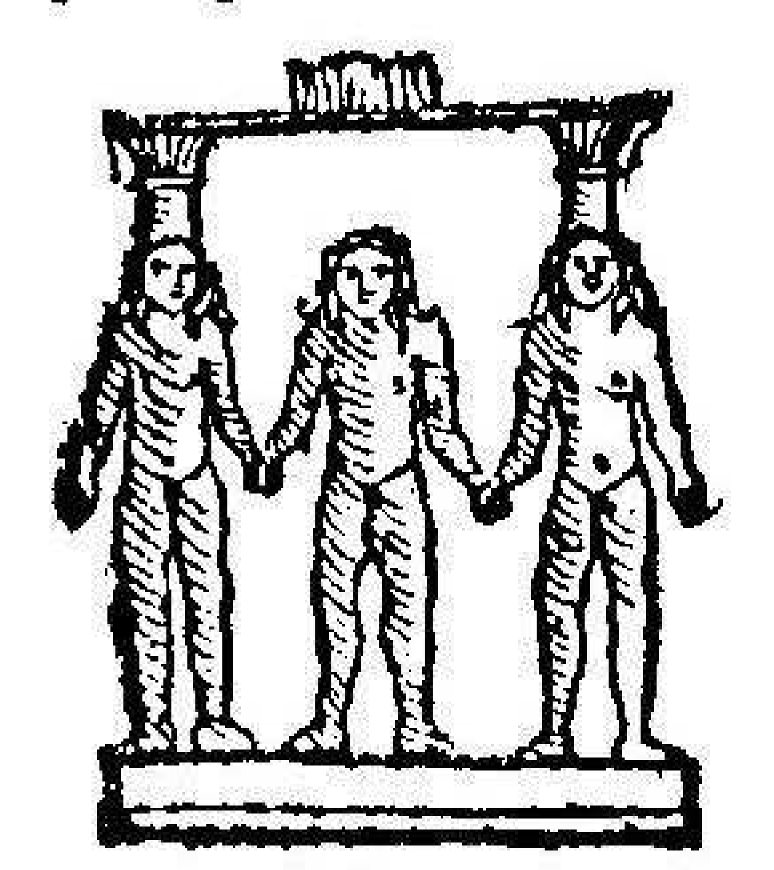


Fig. 22

Las letras hebreas representan los siguientes números:

4	14	15	1
9	7	6	12
5	11	10	8
16	2	3	13

grado a Júpiter y a la Luna con el león, como lo demuestra claramente el cuadrado del cuaternario. Se podían aportar también otros amuletos egipcio-gnósticos que intencionadamente hemos omitido. La figura siguiente representa las tres gracias que aparecen colocadas en la entrada del templo de Efeso.



A continuación expondremos otros esquemas de amuletos recogidos en varios museos y expuestos en este lugar.

La figura 23 representa a Isis con el áspide en forma de halcón, el cuerno y el báculo, todo lo cual ha sido ampliamente expuesto en otro lugar. La siguiente representa a la divinidad de Tifón, que está de pie sobre un cocodrilo y lleva en la cabeza un pez; cada animal representa una de las operaciones que realiza Tifón.

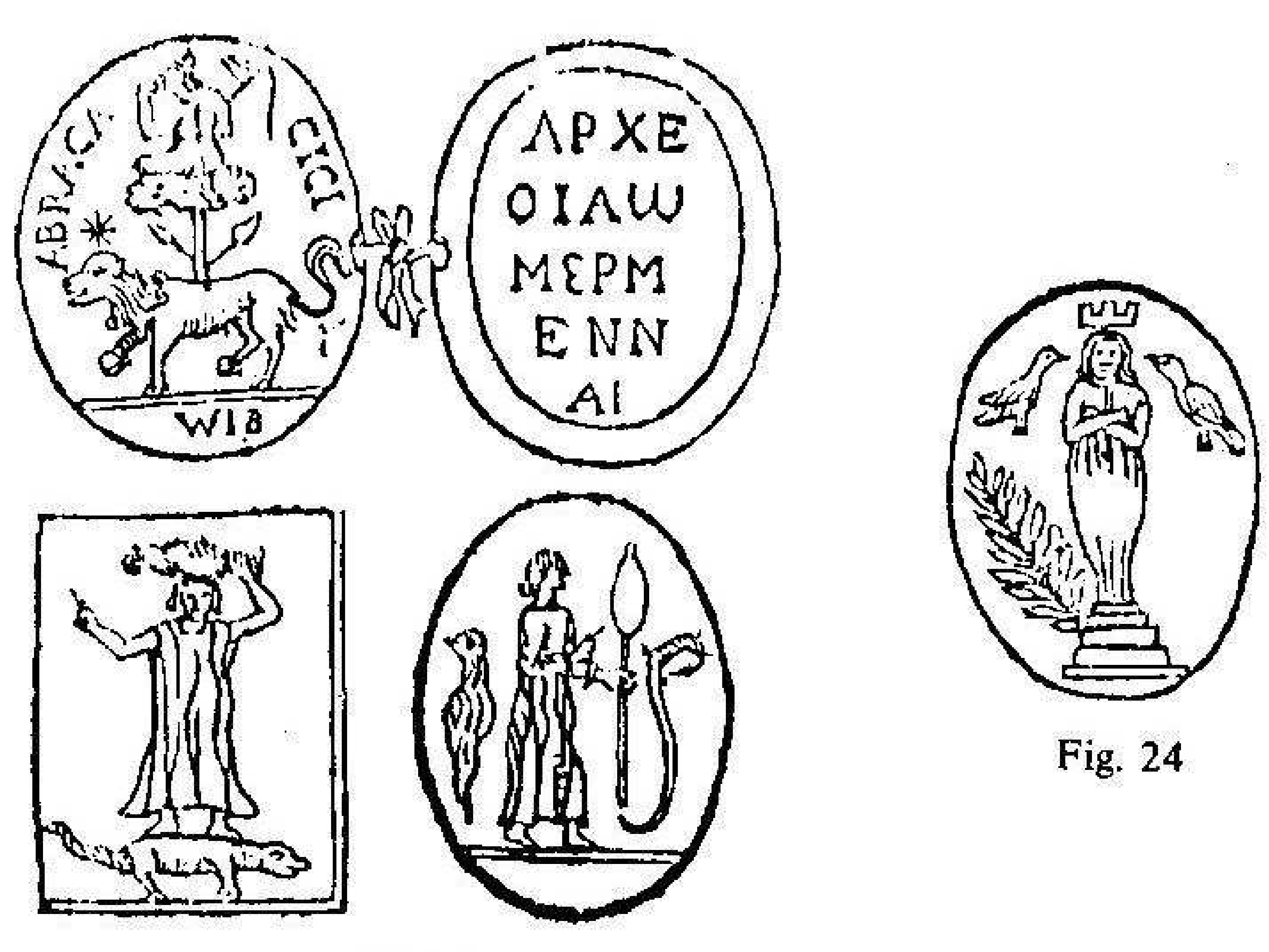


Fig. 23

Fig. 24

La figura 24 representa a Isis en forma de torre, o Cibeles egipcia, acompañada por dos halcones, que son los símbolos de las divinidades solares, a los pies tiene el *Serifio,* o hierba

amarga marina, a la que Plutarco considera símbolo sagrado de Isis, los brazos cruzados en el pecho, indicando que en la naturaleza no hay nada oculto que ella no sea capaz de comprender. En la figura 25 nos encontramos con tres figuras: la primera es Isis con la urna en la mano derecha, el sistro en la izquierda y el modio en la cabeza; todo lo cual hemos expuesto ampliamente en el primer tomo de Syntagm. III, C 1, sobre Isis. La otra figura representa a la divinidad del Nilo, o Serapis, con el modio en la cabeza, la varilla mediadora en la izquierda y la otra mano tiene un gesto imperativo, aunque desconozco lo que ordena. En el medio se ve a un niño alado indicando que ambos, Isis y Nilo, son los genios máximos de Egipto. La figura 26 contiene la figura sedente de Anubis con la figura de rayo tricúspide y un hombre desnudo postrado ante él y con el cangrejo; es el talismán astrológico inciso en el sol constituido en cangrejo, en la estación de Júpiter. Creían que llevando este sello obtendrían de Mercurio y Júpiter la sutilidad, la inteligencia y los honores. La figura 27 representa el talismán de Anubis, que lleva en la mano derecha el báculo de carnero y en la izquierda porta la espada, está dedicado a Mercurio; con él hacían referencia a la fecundidad y a la fustigación de todos los males. La figura 28 es un talismán canópico, de título insigne, del que ampliamente hemos tratado en el tomo primero de Syntagm. Cap. III de Cano-



Fig. 25

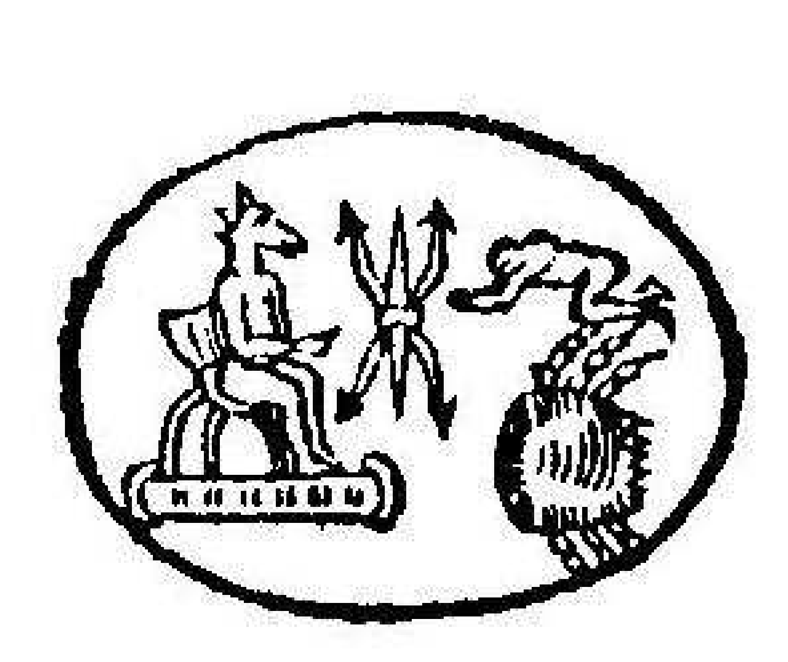


Fig. 26



Fig. 27

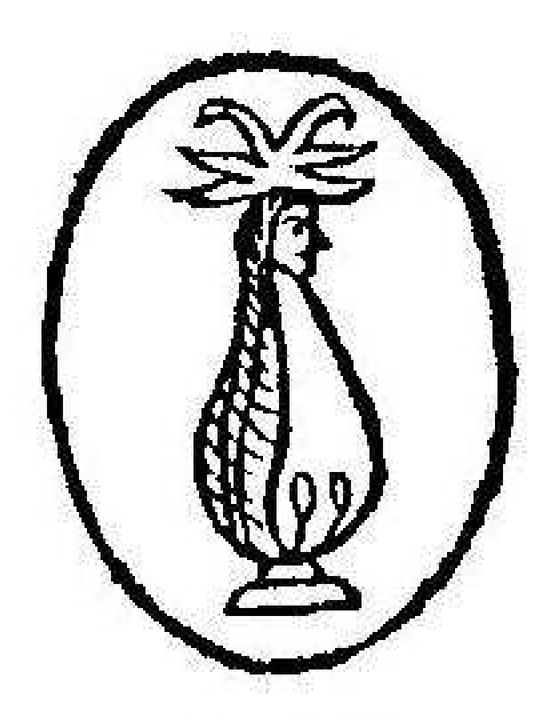


Fig. 28

pis. La figura 29 contiene la imagen de Isis de Bario vencedora; sobre la que conviene consultar lo dicho en la Mistagogia egipcia de Plutarco, en la que se tratan varios temas que afectan al conocimiento de estos asuntos. La figura 30 es un amuleto de Isis contra las enfermedades de la cabeza, como estúpidamente se imaginaban que había sido instituido.

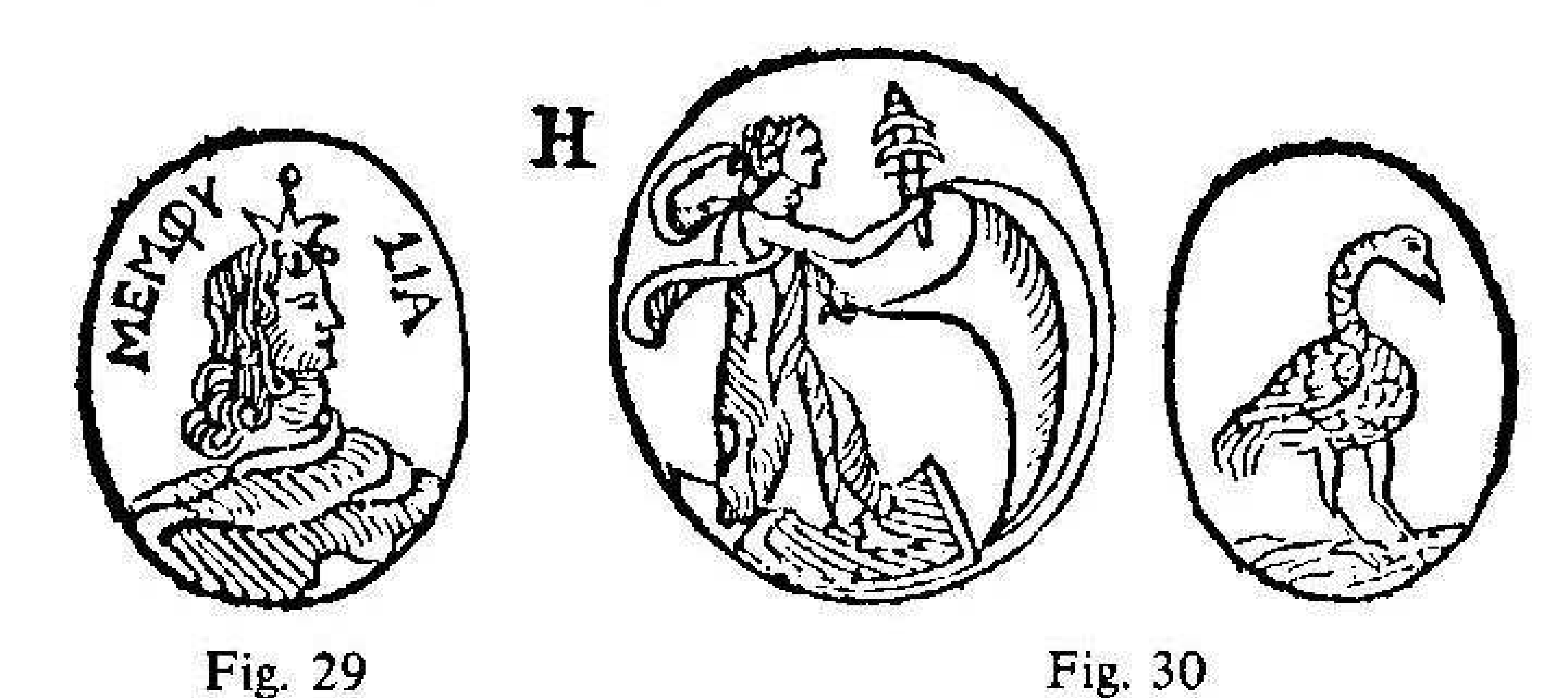
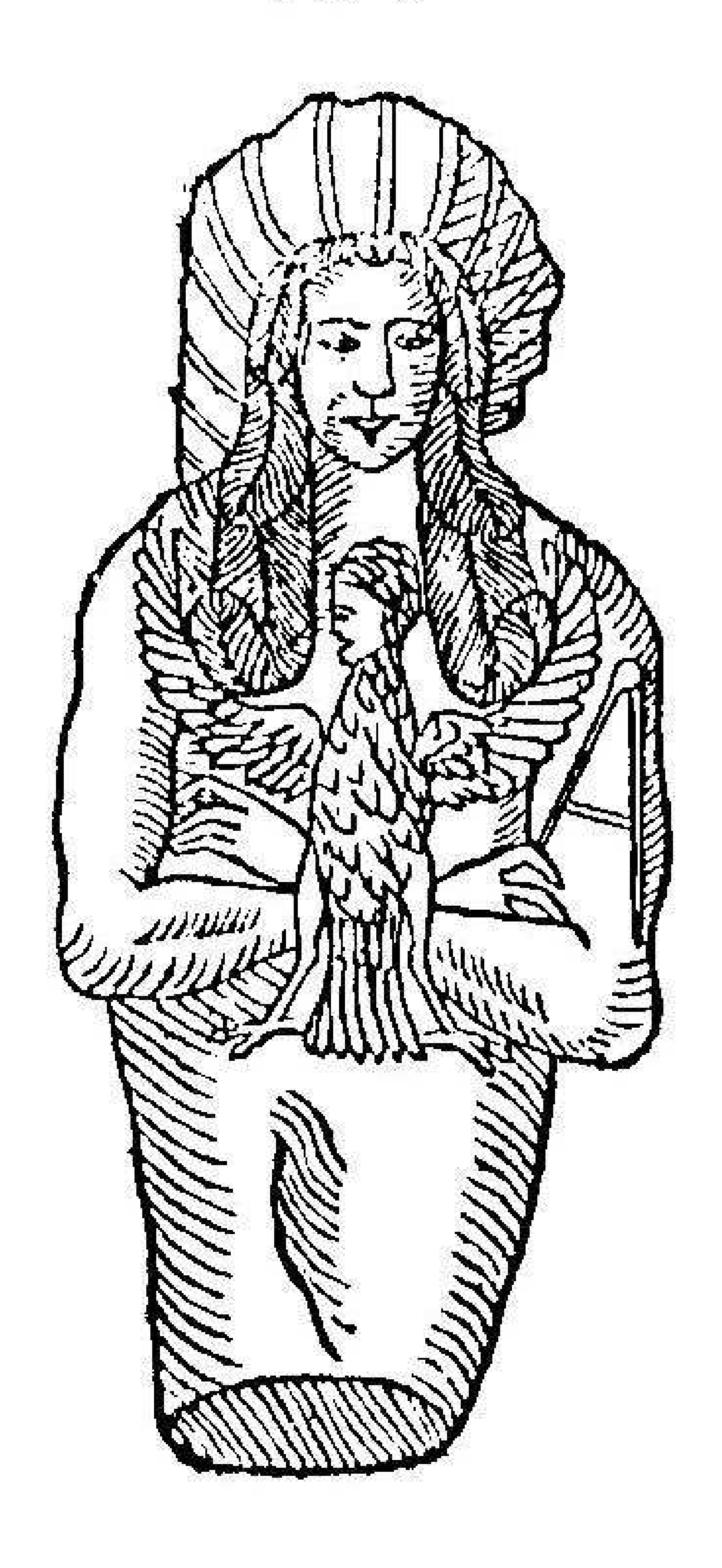


Fig. 29 Fig. 30



Desnuda a partir de la mitad y truncada en la parte inferior, con los brazos cruzados, cubierta con un velo, en cuyo pecho aparece la faz virginal extendiendo a ambos lados ramos en lugar de alas, en la mano ferecha tiene la A haciendo referencia a la que llaman avecilla de Zoroastro. Está desnuda porque solamente es comprensible por la mente, como enseña Zoroastro; por la misma causa aparece truncada en su parte inferior, porque en el mundo inferior no existen vestigios de su sensibilidad; goza de un velo variado, porque su variedad solamente se percibe en el mundo superior. Tiene los brazos cruzados porque se refiere a lo complicado de la naturaleza que preside; lleva la A en una mano, representando

al buen genio; en el pecho posa un ave con rostro humano y con las alas ampliamente extendidas, indicando la suprema inteligencia cargada de ideas que comunica a los mundos superiores. Se puede ver todo esto ampliamente tratado en la Esfinge Mistagógica, no obstante, queda muy bien aclarado, con lo dicho hasta ahora, que los delirios fanáticos los aprendieron los gnósticos de los egipcios, a poco que el lector se haya esforzado en entender correctamente lo dicho hasta ahora sobre los amuletos de los egipcios expuestos. También se puede ver que los nombres tomados de las lenguas egipcia y hebrea han sido adulterados y confundidos, y el embuste ha sido propuesto para embotar los oídos de los oyentes en sus nefandos misterios. Estas barbaridades producen estertor frenético y han sido usurpados los nombres para conciliar el horror y la autoridad con los misterios sagrados, como muy bien enseña S. Irineo en su libro sobre los errores gnósticos y Nicetas así lo deduce. Para que sea mayor, afirma Nicetas basándose en S. Irineo, el estupor producido en el que se bautiza, añaden estos nombres hebreos: Basama, camosi, bne, andora, mystadia, rhuda, eustaba, phogor, calathi, cuya interpretación es la siguiente: «Oh Padre que te encuentras sobre toda virtud, te invocamos, a ti que te llamas luz, espíritu bueno y vida, puesto que has reinado en el cuerpo». Hasta aquí Nicetas. Es muy difícil, porque pienso que era su obligación indicar las fuentes de estas palabras; porque no hay ninguna correspondencia real con palabras hebreas, a no ser que se trate de una corruptela, como en basama, camosi y phogor, porque tampoco hallo estas palabras en la lengua caldea y, mucho menos, en la árabe. Pienso que es por un pacto del demonio, para amedrentar a los oyentes, por lo que fueron elaboradas. Los magos han inventado y susurrado por obra de los peores demonios palabras y versos monstruosos, incluso por la estridencia de la pronunciación, en los cuales, afirmaban, que estaba inherente una maravillosa energía, que actualizaban con sus prestidigitaciones, formando un extraño conglomerado al unir los escritores profanos con los sagrados. Sobre esta falacia habla S. Ireneo en L. 2, cap. 13, al tratar de las impiedades de los gnósticos, donde el nombre escondido del Redentor se profanaba de la siguiente manera: «No dividido el espíritu

de Cristo, ni su corazón misericordioso sobre la unidad celeste, gozaré de tu nombre, salvador de la verdad». Confirmado y redimido responde: «Yo redimo mi alma de este eón y todos los que a partir de él se encuentran en el nombre de Iao, quien redime mi alma». Aunque desconozco qué significa en hebreo, ya que la adulteración ha llegado hasta tal punto que utilizan palabras bárbaras y portentosas sin significación y elaboradas para engañar a los oyentes, como claramente consta. En este sentido hay que clasificar la mayor parte de los nombres impíos esculpidos en piedras, gemas y láminas metálicas: en las que colocaban un número correspondiente a alguno de los eones, o de Príapo, Pompo o Paredro. Los gnósticos atribuían todas las cosas a los números y creían supersticiosamente que todos los misterios de la fe solamente se pueden demostrar por la analogía de los números; de aquí que se formaran prodigios fanáticos de unidades, diadas, triadas, tetraadas, penteadas y octoadas para representar a los dioses. Todo ésto se puede deducir perfectamente de S. Irineo en el lugar citado, lo que concuerda con aquéllo que los autores narran en torno a las Cartas de los Efeseos.

ADVERTENCIA AL LECTOR

Hablaremos de las monedas de los césares y reyes que se pueden ver en la literatura escrita de los gnósticos.

Alguien llevaba una moneda escrita con dichos caracteres literarios que representaba a un rey de Iberia o de Cartago. Se encontraron varios nombres de los usados en la doctrina de los gnósticos, yo, utilizando las reglas de tal arte, dije que, a juzgar por el número de los gnósticos, se trataba de collares o amuletos. No faltaron quienes, dando una interpretación errónea a mis palabras, me calumniaron ante los desconocedores de la materia. Luego para que no me digan que trato de imponer una falsa interpretación, mostraré en este lugar la literatura mágica que ha sido impresa no solamente en las piedras o gemas, sino también en las monedas de oro y de plata, de cobre y de bronce, impresas y grabadas de forma astrológica para

atraer los genios del rey que los acuñaba y en los que se imprimía la imagen con el nombre. Nada tiene de extraño que el desconocedor de las cosas ocultas, que no entiende, juzgue que las monedas semejantes no contienen nada misterioso a excepción del nombre del rey. El año pasado me enviaron de Viena una moneda de un rey, en cuya primera cara estaba la efigie del rey y en la segunda se hallaba impresa la siguiente leyenda MX ✱ δ , cuya significación hace referencia a Miguel y a Samuel, por la estrella que tiene una significación ofidia, como ya hemos expuesto en el sello precedente; los siguientes nombres son: «Horrendo Uraniel concede la paz a Miguel», pues el verbo *intrixiazimi* (palabra egipcia), según nuestro diccionario copto significa asistir, *Osio* equivale a santo Uraniel, que es el genio del cielo: *Vintux* (igualmente voz egipcia) que significa horrendo. *Ixzon* significa el genio egipcio, sobre el que ya he tratado en Edipo y en el Obelisco de Pamphilio. *Xur, Irvniv, Mikahl. Xur* significa en lengua copta conceder, Irvniv la paz a Miguel. De ambos lados se obtienen los nombres de *Taxi* y *Niki,* o sea, fortuna y victoria. Con esta moneda el rey de Egipto o califa que se daba el nombre de Hali trataba de obtener la fortuna y la victoria en sus acciones y en las guerras que llevase a cabo. Sigue el esquema:



Fue una constante entre los reyes antiguos y los héroes adornar todos sus hechos con nombres bárbaros, tanto para obtener cierta veneración en favor de la majestad real, como para congraciar a los genios representados por estos nombres fingidos. Incluso en algunas monedas de Alejandro Magno aparece la divinidad egipcia de Amón, pues se consideraba nacido de este dios y aparecía resaltando su cabeza de carnero. También se ven en las monedas de los césares romanos, colo-

cados sin ningún orden, los nombres de Baco, Venus, Apolo, Mercurio y otros dioses, sin otra finalidad que la de demostrar a la plebe que ellos eran superiores o, por su excesiva ambición, trataban de vender la imagen del dios en lugar de la propia, como sucede con Heligábalo y otros; leemos también que se usaban como anatemas votivos y los césares solían imprimir sus monedas para aplacar y propiciar a esta divinidad. ¿Qué interés podía haber en que un rey ibero o cartaginés utilizara el mismo nombre para sí y para designar misteriosamente a una falsa divinidad? De la traducción numérica se traduce claramente la idéntica significación del nombre de Cartago y de la divinidad de los gnósticos por medio de la isosefía. Así pues, dejan de clamar contra ellos los necios que son capaces de estimar estas cosas, que desconocen las inscripciones misteriosas de los antiguos y solamente entienden el sentido de las palabras escritas y habladas. Pudiera aducir ahora muchos ejemplos, pero, para ser parco en el tiempo y en los temas, he considerado oportuno omitirlos, no obstante, remito a Golcio, Gualterio, Agustín, Paruta y otros escritores de temas numismáticos, en los que se puede hallar un inmenso caudal de sellos semejantes y de monedas, no faltan tampoco los ignorantes de estos temas que se mofan de lo que no entienden y se consideran dotados de la pericia ordinaria para entender de monedas, para que no les ocurra lo que en la fábula de Iocmano sobre las abejas y las arañas, pues éstos, temiendo incurrir en las penas de la temeridad, tratan de capturar presuntuosamente la abeja, quedando heridos por su aguijón. Espero que todo lo dicho sea suficiente, no para explicar, sino para invocar mi defensa. Volvamos ya a nuestro propósito.

CARTAS EFESIAS

Eran las Cartas Efesias unos encantamientos con los que, mediante la pronunciación de algunos nombres bárbaros y portentosos, limpiaban los lugares infectos, eliminaban las enfermedades y conjuraban a los demonios. Se llaman Efesias por el hecho de que fueron inventadas por los efesios a partir de las ideas dactileas y esculpidas en la imagen de Diana de Efe-

so. Así lo trata Clemente en el libro I Strom. Y Plutarco lo recuerda con estas palabras en el Sumpos.: «Los magos mandaban recitar y nombrar con palabras efesias a los demonios sobre los obsesos». Eustasio les asigna esta etimología con las siguientes palabras: «Estas Cartas Efesias son encantaciones, a través de las cuales algunos se han protegido de grandes peligros y han obtenido victorias. Eran algunas voces pronunciadas en la corona, en el cuerpo y en los pies de la enigmática diosa efesa», por lo que a aquello que se pronuncia poco elocuentemente es denominado cartas efesias». Suidas dice que las Cartas Efesias son ciertas encantaciones difíciles que dicen haber pronunciado Craso en la pira, cuando Efesio y Milesio trataron de luchar en los juegos olímpicos y no pudo luchar Milesio porque Efesio tenía atadas al talón las Cartas Efesias, hasta que se descubrió el artilugio, sucediendo en esta ocasión, que, el que había vencido en treinta victorias, una vez que se le quitaron las Cartas Efesias, sucumbió. Así lo trata Diogeniano: «Las Cartas Efesias son ciertas encantaciones que hacían vencedores a quienes las recitaban». ¿Qué nombres han sido elaborados en las Cartas Efesias? Hesiquio dice que fueron los siguientes y que pueden ser leídos en muchos otros autores: *Aski, kataski, bex,* etcétera. *Aski* viene a significar lo mismo (idem). Con estas palabras, como refiere Zanaras en Constantino el Grande, susurradas por el hebreo Zambren en los oídos de un toro, éste quedó inmediatamente muerto, al que después el papa Silvestre resucitó en nombre de Cristo. Clemente Alejandrino refiere dichas palabras algo cambiadas; de este modo en el libro 5 de Strom: «Andrólides Pitagórico dice que las cartas llamadas Efesias dan lugar a símbolos, que *akion* significa tinieblas, aunque no tengan sombra, y *kataskion,* luz, puesto que ilumina la sombra; *lis* en su primera denominación es la tierra, *tetras,* o cuaternario, significa el año en función de las horas; *damnamentis* es el sol, que todo lo domina y *aisia* es la voz verdadera». Significa el símbolo, adorno de las cosas divinas, que tiene lugar al comparar las tinieblas con la luz, el sol con el año, la tierra con la generación de toda clase de naturalezas; de esta despensa procedieron los nombres bárbaros que se dice expió Branco, movido por el hambre, a los poetas milesios; éste, rociando a la multitud con

ramas de laurel, iba recitando un himno y pronunciando palabras bárbaras, cuya significación se puede hallar en Clemente de Alejandría, lib. 6 Stromatum: donde se afirma que *bedy* significa el agua, *zaps,* el mar; *ehton,* la tierra; *plectrum,* el sol; *sphyns,* la trabazón etérea del mundo, *cnachzbi* el alimento lácteo, *drops,* finalmente, significa la palabra eficaz. Todos los nombres portentosos elaborados por los magos pueden ser reducidos a las Cartas Efesias; las que, habiendo nacido en las tinieblas y en las tinieblas elaboradas por los tenebrosos, como indignas de la luz, deben ser abandonadas eternamente en las tinieblas.

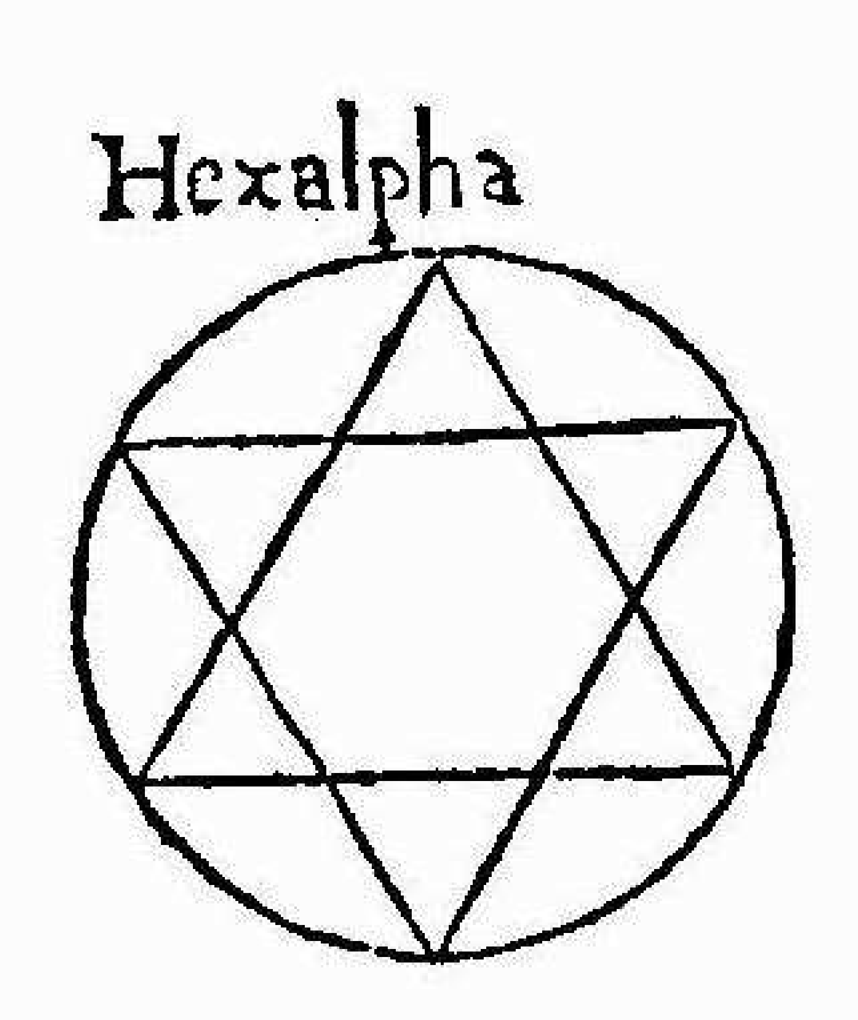
PARTE V

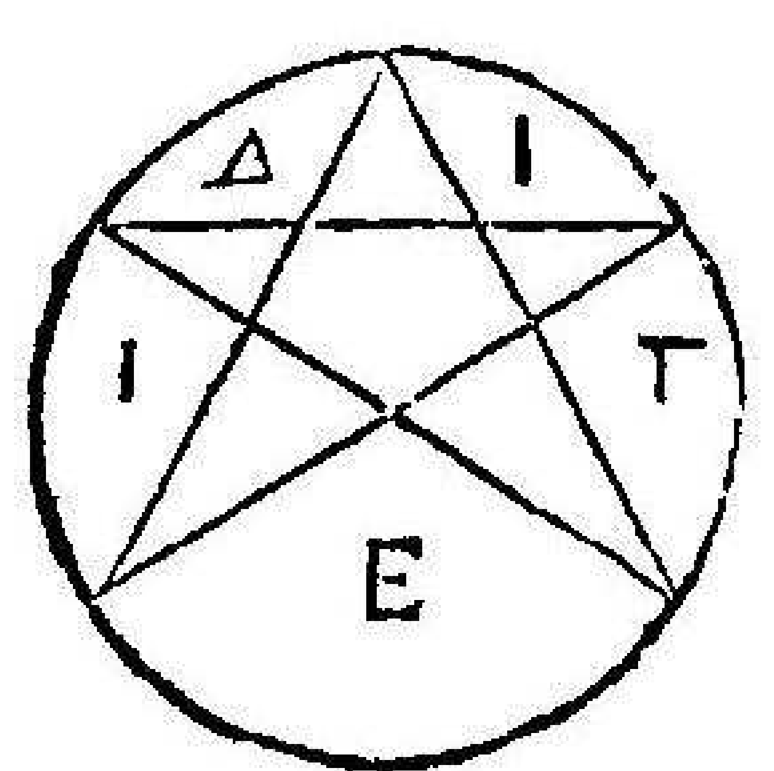
SOBRE LOS AMULETOS MAGICOS

Capítulo I

Explicación de algunos sellos

Aquí se pueden enumerar los sellos mágicos que, a través de los maestros impíos de la escuela fanática, el enemigo del género humano no deja de introducir hasta hoy, con los que, apenas si se puede decir, en cuantas vanidades han abundado, en cuantas blasfemias impías y sacrilegios, no referidos a los misterios aunque los nombres sagrados hayan sido tomados de la Sagrada Escritura y se hayan esculpido para adorno, sin embargo, bajo ellos se oculta algo bárbaro y fanático, desconozco también el murmullo mágico que se esconde debajo de estas ficciones portentosas y carentes de significado; de los cuales se me ha enviado una gran cantidad para su reconocimiento. En los que nada se da con tanta frecuencia como la *Pentalfa* y la *Hexalfa;* la *Pentalfa* es una figura lineal dividida en cinco A, con la que los griegos expresaban la salud, los magos dicen que Antioco obtuvo una gran victoria contra los gálatas por haberlo colocado como bandera por mandato de Alejandro que lo vio en un sueño (12). También lo usan como símbolo de la máxima felicidad en sus cantos. Mezclan las voces horrendas con los nombres sagrados al estilo de Salomón. Se puede ver en el círculo inscrito con todas sus líneas transformadas en cruces, en las que confían los magos hasta tal punto, que sin su coo-





peración nada se puede obtener, pues consideran que el diablo también coopera. Originariamente no recibí el sello de esta manera, pues en la circunferencia había ocho sellos que llevaban inscritos los nombres de todos los ángeles.

Se puede contemplar el sello sagrado de Miguel con la figura de piedra y la *Pentalfa;* con el que neciamente obtenían la seguridad contra la lapidación.

El segundo sello sagrado de Anael lleva la *Pentalfa* y el cuchillo, con él el demonio les promete la seguridad contra los cuchillos.

El tercer sello sagrado de Rafael lleva marcada la espada juntamente con la *Pentalfa,* lo que les protege contra los cortes de las espadas.

El cuarto sello sagrado es el de Gabriel, dotado de hacha, con el que se consideraban seguros del hacha.

El quinto sello sagrado de Cassiel, lleva los nombres del ángel y del demonio y, aunque ignoro la causa, sé que entre los cabalistas representa a Gaziel, el espíritu de la destrucción. Esto se representa con la figura del escoplo juntamente con la *Pentalfa;* se imaginan así que tienen gran fuerza contra los escoplos lanzados.

El sexto sello sagrado es el de Sacchiel, nombre adulterado de la cábala, dotado de saeta; piensan que da fuerza contra ellas.

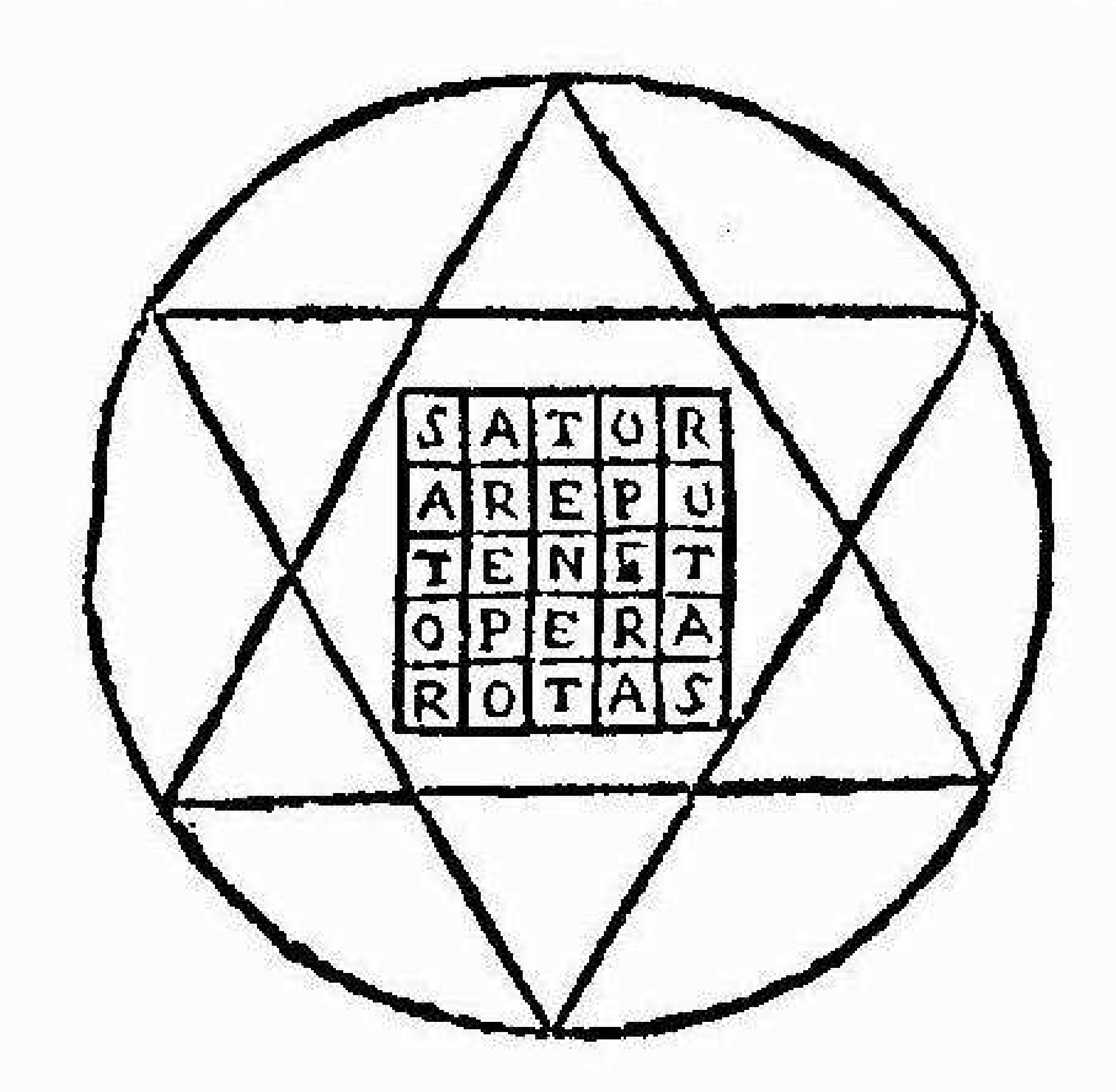
El séptimo sello sagrado es el de Samuel, dotado con un cuchillo de doble hoja y piensan que protege contra sus incisiones.

El octavo sello es el de Daniel, dotado de báculo o fusta, protege contra sus golpes, si es lícito creerlo, piensan que da una gran seguridad. Con estas representaciones van palabras de todo género; sagradas y profanas, portentosas, diabólicas que, aunque van en hebreo, si alguien lo entiende, se dará cuenta de que están adulteradas y se pueden utilizar sin ningu-

na significación. Esto es propio de los magos que mezclan lo sagrado con lo profano para que el acuerdo realizado consigo mismos, que se oculta bajo nombres bárbaros, dé la impresión de ser una cola que brilla en un cuerpo luminoso. Los creadores de estos asuntos, para obtener el efecto deseado, deben hacer oración o, mejor, exorcismos o conjuraciones, sobre todo en los días sacrílegos de los sellos. ✠ «En el nombre de la Santísima e Indivisible Trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, os conjuro a vosotros a toda clase de armas»; el resto de las palabras o nombres que sigue, como preñados de abominación, para que no causen daño a los oídos, he preferido no citarlas aquí.

El lector debe ver aquí la inicua habilidad de Satanás que en primer lugar invoca el nombre de la Santísima Trinidad y de la sangre de Cristo y después obliga a pronunciar los nombres bárbaros y sacrílegos dictados por él y sus adoradores, a través de los cuales la iniquidad vicia la fe en Dios, pues, con la máxima perfidia, los atributos divinos y los nombres portentosos contaminan para beneplácito del diablo y convierten todos estos nombres en horrendas blasfemias, mediante las invocaciones tácitas hechas por los magos a los demonios, por una falsa y supuesta, como dicen, clavícula de Salomón (13), que, además de la demolatría, no tiene otra cosa escondida que el desprecio y el oprobio de nuestro Optimo y Benignísimo Dios, que es el blanco de este arte sacrílego y satánico. ¿Qué pueden conseguir tantas figuras, tantos nombres monstruosos, tantos números utilizados para obtener un objetivo? Realmente nada, ya que todo ésto por sí y en función de su naturaleza, en cuanto a sus efectos reales, no tienen ninguna eficacia natural, como consta por la filosofía; por tanto, si no se consiguen efectos reales con estos sellos, el único que en verdad los puede tener es el maestro Satanás. Lo que, por igual motivo, los magos con el cuadrado de la *Hexalfa* inscrito y acompañado de los nombres tomados del laboratorio satánico, *Sator, Arepo, Tenet, Opera, Rotas,* se creen poder gloriar por ser portadores de inefables misterios, cuando en realidad se trata únicamente de una ilusión diabólica: al ser estos nombres inventados por inspiración diabólica, sin que tengan significación alguna, ni siquiera en el orden inverso con el que están distribuidas a cada

lado, ni tampoco adquieren fuerza física o moral, salvo la que Satanás, mediante pacto, quiso que estuviera inherente en



ellos. En vano se mezclan éstos con nombres sagrados, pues los sagrados nombres de Dios que se pronuncian obtienen tanta fuerza, cuanta es la fe sincera en Dios de aquél que los pronuncia, sin ningún otro aditamento: los nombres fingidos *Sator, Arepo, Tenet,* hasta tal punto los consideraban sacrosantos, que podían leerse en cualquier orden, tanto recto, como inverso, como transversal; ésto afecta a aquéllos que asienten al pacto implícito o explícito del demonio. Yo pienso que en ellos está inherente tanta podredumbre, cuanta de este color puede estar presente en los versos el siguente dístico:

«Márcate los signos, temerariamente me tocas y me oprimes, el amor llegará a tí de inmediato con sus movimientos en Roma».

Igualmente me maravillo de que los magos, al dar el mismo sentido en el orden inverso, no cayeran en el blanco de sus ineptitudes. Te das cuenta lector de cuanta vanidad son capaces de llenarse los ingenuos de los hombres maléficos; lo que más me asombra es que dichos nombres llegaran a tener tanta estimación, pues no solamente irrumpieron en las oraciones invocatorias de los latinos, sino que también lo hicieron en las de los árabes y etíopes. Los etíopes, después de haberse entregado con preces sanas a Cristo Dios, tomaron estas voces insanas; como si en virtud de estos nombres pudieran obtener con mayor fuerza lo que pretendían, persuadiéndose de que así serían más fuertes. Estos mismos nombres: *Sator, Arepo, Tenet, Opera, Rotas,* se leen en las oraciones de los árabes y no faltan entre los magos cabalistas.

Este aderezo insigne se ve sobrepuesto en algunos vocablos hebreos: existe un nombre que es el más célebre de todos para los magos adoradores de palabras, es *AGLA*, que son las letras iniciales de este verso: «Tu, bendito para siempre, amén» (en hebreo). Creen que *Agla* es uno de los nombres más poderosos de Dios, ignorando que estas letras iniciales son inocuas, tanto para el mal como para el bien, pudiendo ser acomodadas en cada caso. El diablo astuto, apoyándose en su indeterminación, las emplea para la maldición y no para la bendición, como se puede ver en el siguiente ejemplo, donde por la palabra *Agla* se puede entender en hebreo: «Te arrebaten los demonios o te precipiten» o bajo la frase latina de innumerables modos, por ejemplo: «Te arrebate el abismo del león del averno» y semejantes maldiciones, por lo que queda claro el uso peligroso de estos nombres indeterminados, sobre todo de los inventados por aquél que no puede buscar más que el mal. El siguiente sello está marcado con el nombre de Jesús y con sus divinos atributos, pero mezclados con los nombres portentosos de los demonios, con el fin de contaminar y oscurecer Satanás los nombres de la Sagrada Escritura con sus diabólicas alucinaciones. En este esquema, que omitimos, de la *Hexalfa* con la voz *Agla* repetida seis veces se puede ver inscrito el nombre de Jesús; en el círculo segundo están los nombres de los cuatro evangelistas y de los ángeles; en el tercer círculo se hallan nombres hebreos extraídos de la cábala con significaciones ambiguas; en los tres últimos círculos, Satanás, con su habitual maldad, en aquéllos que primeramente habían colocado algo honesto, mediante terribles y monstruosos nombres de malos demonios, trata de eliminarlo y aparecer triunfante. Presento ésto para que nadie pierda la fe por estas cosas, ni las geste dentro de sí, porque no causan la salvación de las almas, sino que las minan y las lanzan inmediatamente a su ruina eterna. Incluso sucede con frecuencia que los magos, bajo la apariencia de alabanza divina, por instigación del diablo, mezclan blasfemias horrendas en el lugar de la alabanza, como al principio del libro mágico recuerdo haber visto con esta apariencia de nombres: «Dios es bueno, no malo, fuerte y no débil, omnipotente y no impotente es Dios», pero si estas palabras se leen al contrario y en sentido inverso, el odio insaciable de Satanás

juega con los nombres divinos y con sus seguidores. Se dice que Esopo expuso tal enigma a un cierto héroe suyo, éste, como se lee en su vida, al restaurar las ruinas viejas de unos edificios con su héroe Xantho, por casualidad dieron con una columna de mármol en la que estaban esculpidas siete letras griegas indicando la presencia de un tesoro enterrado en un lugar no lejano de la columna, a la vista de las cuales Xantho agudizó profundamente la inteligencia; Esopo, después de hallar palabras que comenzaban con los mismos caracteres, ilustró la lectura con tres exposiciones; las letras eran A B Δ O γ Θ X, con las que Esopo manifestó a su héroe el tesoro que indicaban las letras. En primer lugar expuso *ascendiendo,* después *grados, cuatro, hallas, dando vueltas, tesoro, de oro:* «Ascendiendo cuatro grados y dando vueltas hallas el tesoro de oro». Al desenterrar Xantho el tesoro y no dar ninguna participación a Esopo, éste le amonestó modestamente para que se sometiera al precepto de la columna que contenía aquellas letras que, traducidas del griego, dicen: «Una vez recogido, se divide el tesoro de oro». Pero Xantho no quiso hacerlo así, sino que quería el oro para él solo, por lo que, indignado Esopo, le amenazó diciendo que si no recibía su parte, cumpliría el otro mandato de la leyenda que, con sus letras, daba el siguiente mandato: «Devuelve al rey Dionisio el tesoro de oro que hallaste». De todo esto se deduce que el contenido de estas letras se puede exponer con muy diversas significaciones.

Existe otra moneda circular a la que se ha inscrito un pentágono que lleva sobreescrito en hebreo el nombre de nuestro Salvador con la palabra *Isu,* con este nombre se hace referencia al Salvador, pero que le llaman de esta forma despectivamente, como acrósticamente queda claro en la sentencia siguiente: «Sea despreciado su nombre y su memoria»; el nombre *Isu* con el que la Sagrada Escritura le denomina Príncipe a través de la siguiente sentencia, dice así: «Se pudra el nombre del impío». Bajo el rostro del Salvador están colocadas las siguientes palabras: «Pan de la proposición», con cuyas palabras niegan la presencia real del Cuerpo del Señor en la Eucaristía, como si bajo las especies no existiera otra cosa que el pan que se ve. Pudiera añadir aquí innumerables ejemplos que ya se hallan en el tomo II de Syntagma XI sobre la magia jero-

glífica y, entre otros ejemplos se proponen monedas, por lo que allí remito al lector.

Hoy día los siguen todos los magos que impíamente están persuadidos de poder adquirir a través de los amuletos y hechizos, mediante un proceso ascendente, la verdad celeste. Ruego que me digáis la clase de virtud que se puede infundir con los números o con las figuras, con los que tan gran felicidad se prometen; sigo preguntando: qué posibles cualidades hay en las figuras con las que se incapacitan para toda posible virtud y para la aceptación del consenso de todos los sabios. Es estúpido preguntar lo que se desconoce. Por tanto, pregunto concretamente por la hora y el momento que necesita el apotelesma de la oposición fanática, pues hasta el día de hoy el verdadero y exacto movimiento de los astros se determina por el consenso de todos los astrónomos, o qué influjo de éste o aquel planeta infunde el poder a los números o a las figuras, no puedo entenderlo. ¿Cuándo los sujetos son incapaces de cualidades? ¿Quién te dijo a ti, mago, que este influjo procede de ésta y no de aquella estrella, o de una estrella fija y no de todos los planetas? ¿Por qué en los números que estás describiendo en este momento y no en otros que a la misma hora están utilizando los aritméticos? Dices tal vez que se requiere la intención y la facultad imaginatriz como complemento del ejercicio. ¡Qué felices serían entonces los que con la intención e imaginación pudieran atraer hacia sí montes de oro y la felicidad completa; si no les produce reparo, digan que la causa por la que se adquiere la virtud de las piedras es una analogía secreta que surge de la comparación de las cosas terrestres y celestes, cuya eficacia surge por el consenso de muchos: reitero que la analogía afecta a este asunto únicamente en cuanto el hombre capta la emoción de la mente. ¿Quién puede conceder a la figura de un hombre pintado la verdadera vitalidad del hombre, sus movimientos, sentimientos o entendimientos, o quién puede conceder a las causas físicas y morales los afectos, como son el favor y la gracia de los príncipes, o imprimirle los demás juegos de la fortuna; pero me parece que les oigo decir que todas estas cosas se confieren en virtud de la potestad de la inteligencia que asiente a la fe. Yo digo que esta inteligencia no es otra que el mal espíritu que atrae los corazones con sus

invenciones fantásticas y suele hacer perder la razón con la última ruina de las almas. Pero, dejando ya estos asuntos, pasemos a la cábala pitagórica.

Capitulo II

La Cábala Pitagórica

Igualmente se persuaden los ingenios brillantes de que está determinado que más allá de los límites de la naturaleza, todo lo que se oculta a los sentidos tiene relación con los divinos misterios y los sacramentos; afirman que Dios lo creó todo con número, peso y medida, afirman que el número es lo más sagrado de todo, que es infinito en cada una de las letras del alfabeto y lleno de misterios, los nombres se forman con las letras que mediante la isosefía, pueden traducirse a números y, supersticiosamente, opinan que contienen todos los eventos de la buena y mala fortuna. Se considera notorio el arte con el que se puede juzgar sobre la razón de toda la vida, con lo que se pueden traducir a números todos los nombres, a este arte le llaman *Cábala Pitagórica,* haciendo a Pitágoras su autor, según el modo acostumbrado en estos temas oscuros, para conciliar la autoridad de su impostura con el nombre de un varón grande y famoso. Confieso, sin embargo, haber averiguado que toda la grandeza de esta falacia está vinculada a un fundamento insulso, ridículo y putrefacto; por lo que no puedo menos de sorprenderme de la razón por la que se ha conseguido que muchos, incluso prudentes a los ojos de los hombres y considerados como sensatos, hayan podido ser inducidos en su mente o presten su fe a este maléfico arte o a esta filosofía de asno. Piensan que pueden conseguir en virtud de esto algo cierto en algún futuro evento basándose en conjeturas. Para que, alucinados en vano, no tengamos en cuenta estos conceptos fanáticos y podamos destruir estas maquinaciones infectas del dogma satánico, las ponemos ante los ojos del lector curioso.

En primer lugar, estos sacerdotes pitagóricos forman sus enredos utilizando las letras del alfabeto latino para los latinos,

las del alfabeto itálico para los ítalos, las del alfabeto griego para los griegos y las del alfabeto árabe para los árabes (14). Son varios los alfabetos de los que abusan. El mago Cattano pone esto en su ridícula Geomancia.

A	B	C	D	E	F	G	H	I	K	L	M	N	O
1	3	22	24	22	3	7	6	20	1	10	23	12	8
P	Q	R	S	T	V	X	Y	Z					
13	27	13	9	8	2	6	3	4					

Aquí tenemos el valor numérico de cada una de las letras de este alfabeto que, sin ninguna razón real, han inventado los hombres o el demonio, porque, ¿con qué criterio han dado el valor de la unidad a la letra K y el mismo a la letra A? ¿Por qué la O vale 8, la N 12 y así las demás? Cornelio Agripa advirtió esta incongruencia y propuso algo más verosímil al crear su alfabeto onomántico que dispuso de la siguiente manera:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	K	L
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	20
M	N	O	P	Q	R	S	T	V	X	Y
30	40	50	60	70	80	90	100	200	300	400
Z										
500										

Alejandro el filósofo defiende y alaba el divino invento pitagórico, porque enseña la forma de poder hallar por los números de las letras del Horóscopo y las estrellas adivinadoras quién va a morir primero, si el marido o la mujer, o quien va a ser el sobreviviente; todo esto carece por completo de fundamento y es capaz de causar risa hasta a los mismos niños; estas elucubraciones son tan insulsas, ineptas, sacrílegas y satánicas que deben ser evitadas por todo hombre cristiano. Expongamos ya la operación total con su maldad y su estupidez.

Si deseas saber, dicen, la estrella dominante de algún recién nacido, computa su nombre y el de cada uno de sus padres según cada una de sus letras en función del número prescrito,

una vez hecha la suma de todos, divídelo por el novenario y réstale cuantas veces puedas, si queda la unidad o el cuaternario, ambos hacen referencia al sol, si queda el binario o el septenario, los dos hacen referencia a la luna, lo mismo que el ternario se refiere a Júpiter, el quinario a Mercurio, el senario a Venus, el octonario a Saturno y el novenario a Marte. Con este sistema, los hombres de mente estrecha creen poder descubrir el Horóscopo de algún recién nacido. Se computan los nombres del padre, de la madre y del hijo y la suma obtenida se divide por 12. Partiendo de la unidad tenemos ♌; 2, ♒; 3, ♐; 4, ♐; 5, ♋; 6, ♉; 7, ♈; 8, ♎; 9, ♍; 10, ♏; 11, ♓; y II. Estos son los secretos ocultos y no pendientes de toda la malicia de sus fabricantes. ¿Quién, pregunto, puede creer estas falacias? ¿Quién, honestamente, puede prestar su fe a unas fábulas tan vergonzosas? De aquí se seguirá que todos los Pedros, Jaimes, Pablos, etc., puesto que traducidos a números dan una misma suma, todos estarían sometidos a una misma constelación y, por consiguiente, estarían expuestos a la misma fortuna. Estos responden impulsados por sentimientos y no por razones, o sea, con los juegos fantásticos y demoníacos:

1.º La unidad le corresponde al sol, porque éste es único.
2.º El par corresponde a la luna, porque está dotada de ambos sexos y dicen que es el alma del mundo.
3.º Atribuyen el cuaternario también al sol, por los cuatro puntos cardinales del mundo y por las cuatro estaciones que distingue.
4.º Atribuyen el quinario a Mercurio, porque se compone del primer par y del primer impar, como la hembra y el macho.
5.º El senario corresponde a Venus, porque se forma de multiplicar el dos por el tres.

¿Quién no se ríe de estos insulsos comentarios? ¡Oh dichosos padres, de quien arbitrariamente depende que el hijo, por la simple imposición de un nombre obtenga el favor de un planeta dominante y todo el beneplácito de la fortuna!

Al anterior alfabeto añadimos otro, también usado indistintamente, con el que estos bribones se persuaden de poder

dar un juicio perfecto sobre la vida y virtud de los nacidos, de todos los movimientos de buena o mala fortuna y estúpidamente se glorian de ello. El alfabeto es el siguiente:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	K	L
3	3	22	24	22	3	8	6	20	10	12
M	N	O	P	Q	R	S	T	V	X	Y
23	12	8	13	23	13	9	8	2	6	3
Z										
4										

Lo primero que pregunto es el por qué el tres se asigna a la A y también a la B, F e Y ¿Por qué también el 22 corresponde a la C y a la E? ¿Por qué el 13 se asigna a la P y a la R y, finalmente, el 23 a la M y a la Q? Extrañamente los mendaces intérpretes se escurren en este lugar sin poder ofrecernos un fundamento racional distinto al concurso del demonio con el que llevaron a cabo esto, mediante la celebración de algún pacto; o los cerebros débiles han sido trastornados por el demonio con este fantasma. Para demostrar esto con mayor claridad, expondré algunos ejemplos. En primer lugar, a la suma numérica de todos los nombres se les resta nueve cuantas veces se pueda hacer y se mantiene el resto; después se atiende al resto que queda de todos los nombres sumados y con él se responde a si uno va a morir después que otro o si uno va a vivir largo tiempo o, en general, el futuro de éste o aquél y así con otras cuestiones semejantes. Pero esto no se consigue de forma que si un resto es mayor que otro automáticamente se obtiene la victoria, sino que la vida más larga y la victoria unas veces se obtiene del número menor y otras del mayor. Por ejemplo, entre el uno y el dos resultará victorioso el hombre que para su nombre haya obtenido el resto binario, mientras que el que haya obtenido la unidad morirá. Lo mismo podemos decir entre el uno y el tres, pues en este caso sobrevivirá el que haya obtenido el resto de la unidad, cuando el adversario haya obtenido el resto ternario, y así sucesivamente. Todo esto ha sido estructurado de forma tan irracional para que a cualquier alfabeto que se aplique, pueda distribuirse por todo el cielo. Por ejemplo,

cuando a dos hombres les queda un resto cuaternario y ternario respectivamente, el cuaternario debe vencer, lo que es falso en los nombres de Caín y Abel, ya que el primero tiene un resto ternario y el segundo cuaternario; si son ciertas las reglas onomatománticas, Abel debió haber vencido a Caín, sin embargo, la Sagrada Escritura dice todo lo contrario. Lo mismo sucede entre Absalón y Joab, el segundo de los cuales tiene un resto septenario y el primero quinario, por lo que aquél debía haber vencido a Joab, pero las Sagradas Escrituras nos refieren todo lo contrario. Siguiendo las reglas onomatománticas tendríamos que aquél que en el alfabeto latino es vencido, en terminología gala sería el vencedor. ¿Quién no ve lo absurdo que es ésto? Si consultas (como agudamente demuestra Merseno en su obra sobre el Génesis) a un sabio onomatomante de la lengua latina, inmediatamente responderá que María superará a Stephanum (Esteban) por el hecho de que ella vivirá más tiempo, pues si sumamos todos los números contenidos en la palabra María y le restamos los nueves posibles, obtenemos ocho y haciendo lo mismo con Stephanus nos queda el tres, y dicen estos magos que el ocho supera al tres. Pero pongamos un ejemplo. Se escriben estos nombres en la forma que a continuación se hace y junto a cada letra se coloca el número correspondiente según el alfabeto; se suman todos los números y se ve que en

S	9		
T	8		
E	22		
P	13		
H	6	M	23
A	3	A	3
N	12	R	13
U	2	I	29
S	9	A	3
	84		71
3 rest.		8 rest.	

Stephanus la suma es 84 y en María 71, de estos números se resta el nueve cuantas veces se pueda, quedándonos en el nombre de María el ocho y en el de Stephanus el tres; de aquí se deduce que María es la vencedora y debe vivir más tiempo que Stephanus. Pero esto es totalmente equívoco, ya que si utilizamos los nombres galos obtenemos el resultado totalmente contrario, como se ve en el cuadro siguiente en el que se han utilizado los nombres galos de Marie y Estienne, que, una vez traducidos a

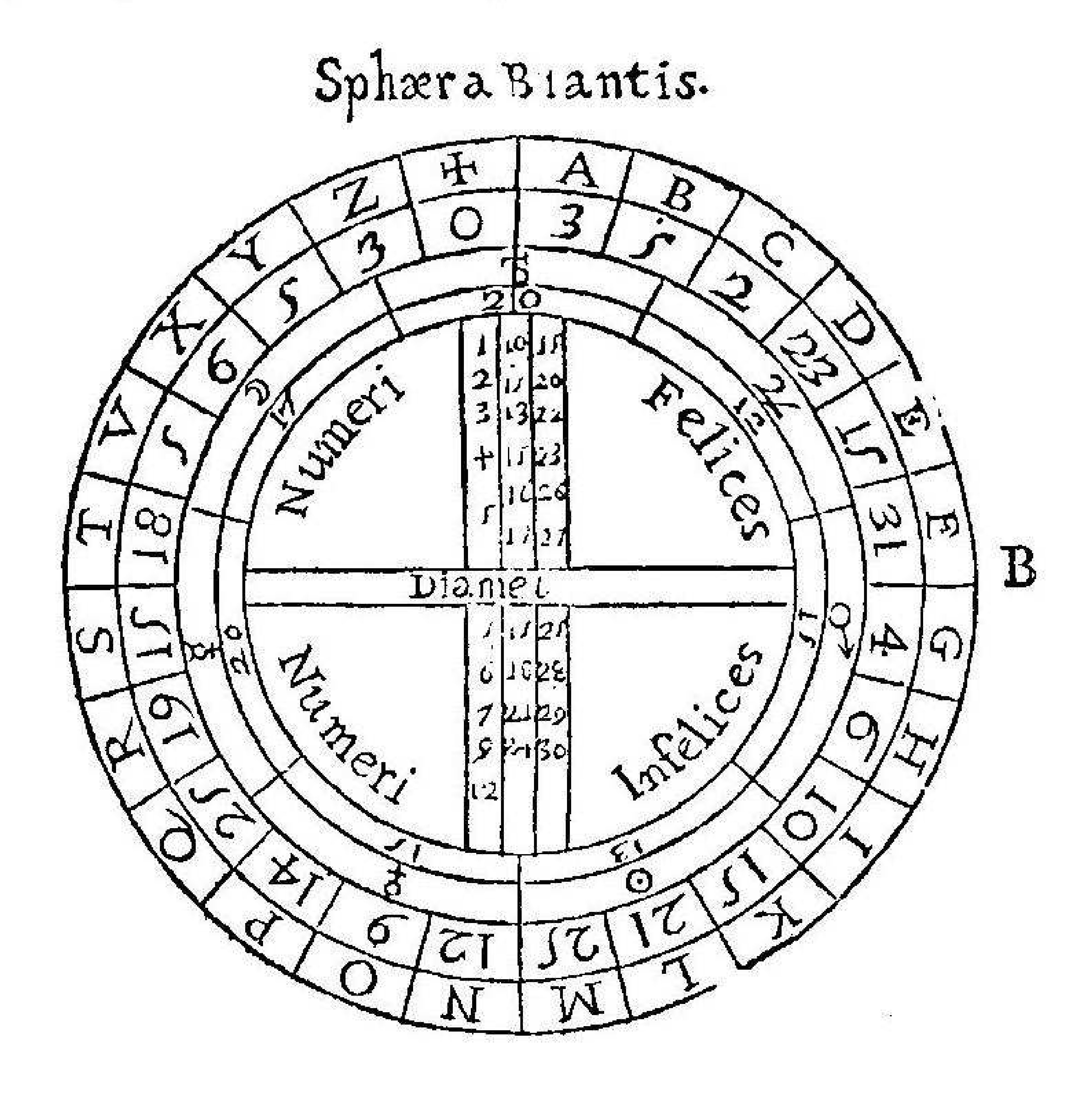
E	22		
S	9		
T	8		
I	29	M	23
E	22	A	3
N	12	R	22
N	12	I	29
E	22	E	22
	136		90
1 rest.		9 rest.	

números, nos da 136 para Estienne y 90 para María, de los que debemos restar nueve cuantas veces se pueda, obteniendo de esta manera la unidad para el primer nombre y nueve para el otro, con lo que, en contra de las reglas aritmománticas, Marie, que según el nombre latino era la vencedora, con el nombre galo es la vencida. Pero ha sido puesto así en la práctica por estos inventores e impostores, sin embargo, como ellos se dan cuenta de que el asunto no funciona bien y pretenden poner raras excusas; como que el proceso no ha sido desarrollado de forma legítima o que se ha omitido algún requisito necesario; pero no pueden demostrar con exactitud en qué consiste el fallo. Algunos adulteran los nombres de formas extrañas al avergonzarse de los errores cometidos. Así, en el nombre de Estienne, según testimonio de Merseno, para que María no pueda ser superada por Stephanus, suprimen la s y la n de este nombre y, con el nombre mutilado de Etiene prometen la victoria deseada a María. Pero, desagradablemente, con estas estúpidas maquinaciones de hombres dañinos, que por indignas no quiero reproducir, que deben ser sepultadas en las tinieblas eternas y omito para no mancillar el papel con cosas tan despreciables. El que quiera informarse lea a Merseno en su trado sobre el Génesis, página 1398.

Capítulo III

La Ruleta de la Vida y la Muerte

De este satánico magisterio parece haber surgido la famosa Ruleta de la Vida y de la Muerte, a la que otros llaman Esfera de Biante, vergonzosamente para éste que prestó su nombre. Para que se haga patente la estupidez de los mortales en la elaboración de cosas tan ridículas, he creído conveniente exponer y examinar la ruleta y su estructura.



Dentro de los círculos extremos está el alfabeto onomatomántico con los números que corresponden a cada una de las letras; bajo los cuales hay otros dos espacios circulares que llevan dentro de sí los caracteres de los siete planetas y bajo cada uno de ellos van colocados los números apropiados; siguen después, dentro de la concavidad central, tres columnas inscritas en el diámetro A B que hacen referencia a los números, de los cuales los que están situados sobre el diámetro A B son denominados felices y números de la vida; los que están contenidos debajo del diámetro A B son denominados infelices y números de la muerte, aquéllos deben ir pintados con color rojo y éstos con color negro. Este es el esquema de la desgraciada rueda que parece deslizarse por las obras del Venerable Beda, aunque ignoro con qué propósito. Pero ahora expongamos su uso.

En primer lugar, los alquimistas satánicos, al ser consultados sobre la verdad o falsedad de algo, toman el número de las letras sobre las que versa el asunto, el número del día y la hora en que se lleva a cabo la entrevista, el número del mes y del signo del Zodíaco para sumarlos todos, la suma la dividen por treinta y el resto lo buscan en la rueda; si queda algún resto, el cuerpo de la falsedad está localizado. Pongamos un ejemplo. Si se pregunta quién está vivo o muerto en una región remota, proceden de la siguiente manera: Toman el número de la persona ausente que, una vez sacado del alfabeto numérico, le colocan en los dos círculos extremos, a continuación toman el número del mes juntamente con el número de los días del mes en que se disgrega y los unen todos en una misma suma, a los que unen el número del año en curso, dividen toda la suma, por 30 y el resto, si se encuentra sobre el diámetro A B, se pronuncian como que dicha persona está viva, pero si se encuentra bajo el diámetro A B afirman que está muerta.

Si se quiere saber si alguien va a salir de la cárcel o no, toman el número del nombre del cautivo, del año, del mes, del día en que el individuo fue hecho cautivo, a estos números añaden los del nombre de la ciudad y de la patria; se divide la suma total por 30, y si el resto se encuentra entre los números rojos que se hallan sobre el diámetro A B, quedará liberado; pero

si se encuentra entre los números negros, juzgan que le llegará la muerte.

Sería necesario en este lugar utilizar el testimonio de Helleboro para purgar los cerebros insanos de los estúpidos filosofastros con el fin de que aprendieran a filosofar más racionalmente: ¿Qué es lo que se oculta en este ridículo maquinamiento que afecta a la virtud o a la sutileza, no puedo descubrir razón alguna, a no ser que digan que el alfabeto onomatomántico que antes había sido escrito correctamente y adaptado a la forma circular tenga una fuerza peculiar, pero, de todas formas, quién puede negar que se trata de algo insulso? Mucho menos puedo descubrir por qué los siete caracteres del misterio planetario con sus números escritos en la parte inferior, tiene más fuerza cuando están escritos en un círculo que cuando lo están en línea recta; tampoco entiendo por qué los números rojos escritos en forma normal, no circular, sobre el diámetro, tienen más fuerza sobre la vida y por qué los números inferiores negros tienen más fuerza para la muerte. Yo creí que el bastón siempre tenía la misma capacidad para levantar, tanto si se le colocaba hacia arriba, como vuelto al revés; con éste se debería golpear en las cabezas dañinas de los magos, más sensibles a los golpes que a las palabras para cultivar su mente. Pero qué puede afectar al asunto el fárrago confuso de la hora, el día, el mes, los nombres, el signo, el planeta y la suma de los números, que lo discuta el que disponga de tiempo para el ocio; yo, desde luego, no emplearé las buenas horas en escrutar esta doctrina para refutarla agriamente después; son bagatelas, charlatanerías, cuentos de viejas y, los que tratan tales asuntos, son dignos de las tinieblas de las cárceles y de Vulcano.

Muy bien pueden ser incluidos dentro del grupo de los cabalistas los geománticos, quienes se ponen fuera de sí para adivinar el futuro, basados en la fatuidad geomántica, en la que está muy claro lo alejada que se encuentra de lo establecido por la razón y el carácter supersticioso que tiene. Perforan de cuando en cuando la tierra, el ábaco, o algo semejante, con un elemento sólido capaz de hacer punciones, no escriben nada, mientras hacen las punciones, que esté relacionado con el tiempo o con los números, sino que se dejan llevar por el im-

petu de la fantasía, mantienen que pertenecen al rey de los cielos y, cuando su fantasía se queda tranquila, forman dieciséis figuras con los puntos y, a partir de aquí, elaborando las cosas según la costumbre de los astrólogos, sin ningún fundamento, sin ninguna directriz de la razón, ponen nomenclaturas de mayor o menor fortuna, de pérdida y de adquisición, de blanco, de rojo, de niño, de niña, de alegría, de tristeza, de camino, de conjunción, de pueblo, de cárcel, de cabeza, de cuello y esto lo proponen de forma especial para que puedan ser dirigidos por las fuerzas celestes, con lo que responden en su justa proporción al cielo y a los planetas, de los que obtienen toda la fuerza en las cuestiones que se plantean. ¡Oh ceguera de la mente! ¿Qué hombre puede convertirse en autovaticinador del futuro, no ya a partir de las lechuzas y de los topos, sino mediante puntos temeraria y desordenadamente hechos? Los astrólogos, y no de forma incongruente, sostienen que los elementos celestes son causa de los movimientos inferiores, es decir, que son la causa de todo, pero no de la misma manera que lo pretenden éstos, pues los signos lo pueden ser por sí o como con causas, pero a nadie se le puede ocurrir, a no ser que tenga la mente atrofiada, creer que los mismos puntos hechos por ellos en una tabla o en la arena sean los signos o las causas del futuro. ¿Es que puede ser significativo para adivinar el futuro el movimiento temerario de las manos al escribir en una carta o en la arena, porque quisiera saber cómo el movimiento que es indiferente puede tener tantas significaciones? Porque el futuro no se manifiesta a través del movimiento, sino a través de las configuraciones y aspectos de las estrellas y en sus diversas fuerzas y propiedades. Cuando los geománticos forman esas figuras de puntos hechas en los ábacos a semejanza de los signos del Zodíaco se contradicen a sí mismos, ya que para defender sus fábulas dibujan dieciséis y no doce. Dicen que eligen dieciséis en lugar de doce, porque en el número dieciséis conviene que haya cuatro madres, otros cuatro hijos de los que procedan también cuatro nietos, todos los cuales son testigos que después se constituyen en jueces. Fábulas de fábulas. De nuevo me pregunto en qué se diferencian los números pares y los números impares de puntos que constituyen las raíces de las cosas y de las figuras en orden a la sutil adivinación del futuro, como si

por un punto se pasara y por un punto no se llegara con lo que toda la operación se vendría al traste. Dicen que de esta manera se sigue la naturaleza y propiedad de la figura que se oculta bajo tal signo celeste o bajo tal planta. Pero quién ignora, con el testimonio del filósofo, que tal fuerza y potestad no pueden darse en las figuras, ni en las estrellas existen fuerzas que sean capaces de comunicarse a las figuras temerariamente trazadas. ¿Por qué la figura roja, que llaman niño, la consagran a Marte? Hasta tal punto es estúpido que mueve a risa con indignación a los sensatos. ¿Quién no se da cuenta de lo ridículo que es comparar a Marte, cruel por la fortaleza de su cuerpo, con el niño tímido y desprovisto de toda fuerza viril? De aquí surge otra insensatez: dedicar a Marte el color rojo por el hecho de ser el color de la llama. Podría traer aquí innumerables despropósitos, insensateces y estupideces propias de la mente delirante de los geománticos, pero de esto ya hemos tratado en la Magia Jeroglífica y lo hemos refutado con sus mismos argumentos. Allí remito al lector.

PARTE VI

MISTAGOGIA DE LOS NUMEROS O TRATADO DE LA SIGNIFICACION MISTICA DE LOS NUMEROS

Prefacio

Entre todas las cosas que afectan a la contemplación de los asuntos humanos y divinos, la explicación mística de los números no ocupa el último lugar. En este sentido hemos conocido a muchos Santos Padres atraídos por este tema hasta tal punto que, cuando se les presentaba la ocasión, como si hubieran conseguido un apetecible alimento, ejercitaban al máximo su ingenio para interpretarlos. Y esto no debe parecerle extraño a nadie, porque la fuerza y la naturaleza de los números para nadie carecen de fundamento. No cabe duda de que bajo ellos se oculta no se qué misterio próximo a la naturaleza divina e infinitamente lejano de la naturaleza intelectual, de forma que si sustraemos el número de la naturaleza, ésta parece quedar destruida. Toda la creación emana números; el cielo y la tierra, los elementos y todo lo que es armónico y agradable en el mundo angélico, humano, sideral y elemental, todo esto subyace a las razones de los números en forma de múltiple analogía, como consta elocuentemente en la Sagrada Escritura, la que, no en vano, se recita en un texto continuado en forma de alegoría perpetua de números. ¿Quién ignora que Cristo Redentor nuestro adornó muchas de sus palabras con alegorías místicas de números, como cuando dijo que los sensatos poseían la luz de la verdad y los insensatos la oscuridad de la ceguera. Para que no dé la impresión de que en este libro falta algo, he tratado anteriormente del abuso de los números, con el fin de tratar ahora de su uso verdadero y legítimo, incluso aprobado por los Santos Padres y demás exégetas de la Sagrada Escritura; la congruencia de las explicaciones místicas de los números con las cosas humanas y divinas se hará patente en el siguiente tratado. No quiero que nadie piense al leerlo que yo utilizo estos números místicos para asuntos divinos,

sirviéndome de conceptos materiales aritméticos, sino a través de razones abstractas y encumbradas de los números, las cuales manifiestan, sencillamente, cierta analogía simple, en virtud de la cual nos esforzamos en explicar de alguna manera la esencia de la naturaleza divina a través de aparentes similitudes, ya que no puede ser comprendida por la debilidad de nuestro entendimiento; lo mismo que han intentado los autores que citaremos después y de los que hemos sacado esta aportación. Por tanto, si alguna vez me deslizo hacia el sentido real, metafísico o teológico, la prudencia del lector sabrá interpretar, teniendo en cuenta todo el contexto, la mente e intención del autor en función de lo que acabo de decir (15).

Capítulo I

Sobre la unidad mística

Al explicar la mistagogia de los números, he decidido comenzar por la unidad o Mónada, que es el principio de todos los números y de ella parte toda su multitud; tan gran intervalo les separa de la unidad esencial, que es Dios Optimo y Máximo, como lo infinito se distancia de lo finito, lo intelectual de lo material y el todo de la nada. Lo mismo que todos los números emanan y se componen a partir de la unidad, de la misma manera, de aquella Unidad o Mónada Supramundana surgieron, en el concepto de la fecundísima Mente Eterna, todo lo que concibe el entendimiento, lo que es captado por los ojos, los órdenes de las cosas, los géneros y las especies. A esta Mónada, de forma admirable y agitado por no sé qué espíritu, describe Trismegisto con estas palabras: «La Unidad es el principio, la raíz y el origen de todo; ella carece de principio, porque el principio no lo es de sí mismo, sino de otro: la unidad contiene el principio de todos los números y no es contenida por ninguno de éstos, genera a todos los números y no es generada por ninguno de ellos». Boecio aprueba esto con las siguientes palabras: «Todo lo que ha sido formado por la Mónada primigenia, parece conformado según una razón numérica; éste fue el esquema básico que tuvo en su mente el Creador; en él fueron elaboradas las cuatro series de elementos, en él se formaron las estaciones, los movimientos de los astros y la transformación del cielo». Con estas palabras se hace referencia a aquella infinita esencia superinmensa, indivisible, una, simplicísima, idea de todas las ideas, forma de todas las formas, razón de las razones y de todos los números, esto es, se interpreta como la fuente única de todas las cosas creadas; aunque supera amplia-

mente la inteligencia humana, sin embargo, de esa unidad suprema, simplicísima por sí y por su naturaleza, ha podido emanar la razón de tanta multiplicidad, la gran variedad de cosas creadas con tan generosa fecundidad, sin ningún daño para su unidad indivisible. Todo este misterio no puede ser expuesto mejor que a través de las propiedades de la unidad material y sin otra mayor explicación que la que surge de la semejanza imaginaria; del mismo modo que todas las cosas han sido pensadas por la mente divina, así, en cierto sentido, todas las cosas han sido pensadas por nuestra mente, porque Dios, en la creación, ha dispuesto nuestra mente para la elaboración de los números; la mente divina discierne todas las cosas y la nuestra también las discierne. Pero la diferencia de Dios está en que la producción radica en su propia substancia, la nuestra solamente ha creado los números, que son semejanzas de la divina dirección. Quitada la unidad, no queda ya resto de los números, pero si se suprimen los números, la unidad permanecerá intacta, pues, como origen que es de todos los números, contiene virtualmente en sí a todos ellos, por eso el número, tanto par como impar, tanto máximo como mínimo, está concentrado en esa unidad eminente y fecunda. Así, en la unidad superinmensa, que es el arquetipo y el concepto fecundísimo de aquel artesano supramundano en el que lo par y lo impar, lo máximo y lo mínimo, según testimonio de Boecio y Cusano, de tal manera coinciden que, sin ninguna división o mutación de sí mismo subsiste como uno en sí de modo inefable, lo que expondremos de la forma que seamos capaces, para que esto quede claro de la mejor forma y de la más fácil.

Lo absolutamente máximo en este lugar no es otra cosa, dice el cardenal Cusano en el libro de «Docta Ignorancia», que lo máximo, mayor que lo cual no puede darse nada, y es la verdad infinita, no comprensible por el entendimiento humano, ni por el angélico. Pues como esto máximo es de la naturaleza de aquello que excede y admite el exceso, debe expresarse de la forma más simple y necesariamente debe estar sobre todo lo que se puede expresar en el concepto de nuestra mente; todo lo que puede ser captado por nosotros en la mente o en la razón, de tal manera se diferencia entre sí y de sí que no se puede asignar ninguna igualdad precisa entre ello (la máxima igual-

dad es aquella que no se distingue de nadie, ni de nadie se diversifica, ni tampoco comporta exceso o defecto, está colocada sobre todo entendimiento, excede todo concepto de la mente y es ella misma con absoluta exactitud. Esto absolutamente máximo es todo aquello que puede ser; lo absolutamente mínimo es aquello menos que lo cual no se puede concebir nada; está claro que lo absolutamente máximo y lo absolutamente mínimo coinciden. Las contradicciones que la comprensión basa en las limitaciones de nuestra mente solamente tienen lugar en aquellos que admiten lo que puede exceder y el exceso; pero lo absolutamente máximo y mínimo, al estar por encima de toda oposición, no conlleva exceso o defecto, como se ha dicho, y puede terminarse en su concepto, como racionalmente prueba Cusano.

Como lo absolutamente máximo tiene en acto todo lo que puede existir y sin ninguna contradicción, es necesario que coincida con lo mínimo; incluso lo que está sobre toda afirmación o negación y sobre todo aquello que se puede concebir como existente, y esto no es más que lo que se concibe como no existente; todo aquello que se concibe como no existente no es más que lo que es; ciertamente esto es así: que lo que es todo, lo es de una forma que es también nada, lo máximo lo es de tal manera que a la vez es también nada, lo máximo lo es de forma que es también lo mínimo y lo mismo la luz respecto a las tinieblas: «Como son sus tinieblas, así también es su luz». Como Dios, si no fuese infinito y fin de todo no podría tener en acto todo lo posible. Trasciende toda inteligencia y no puede combinar en su principio las contradicciones por la vía de la razón, puesto que aquellas cosas que nosotros conocemos, por la misma naturaleza, nos sirven para andar, se separan ampliamente de esta virtud infinita y, al ser contradictorias, se distancian de forma infinita y no se pueden unir simultáneamente. Sobre esta vía de la razón vemos que coinciden incomprensiblemente el máximo absoluto, a quien nada se le opone, con lo mínimo. En este sentido el máximo y el mínimo son términos trascendentes de significación absoluta, que en su simplicidad absoluta comprenden todo, por encima de toda contracción relativa a la cantidad de masa o virtud. Este máximo y este mínimo no son algo distinto a la unidad y así lo demuestra de forma

patente el sapientísimo cardenal Cusano, en su libro de «Docta Ignorancia» con estas palabras:

«Como lo que no llega y lo que se pasa tiene una consideración propiamente numérica, por eso el espíritu se ha acostumbrado a los números, sin los cuales nada puede considerarse completamente concluido; si suprimimos el número, necesariamente desaparece la distinción de las cosas, el orden, la proporción, la armonía y hasta la misma proporción de multitud, que no puede concebirse sin los números. Si el mismo número fuera infinito, puesto que, según lo dicho, el máximo coincide con el mínimo en acto, todo lo dicho anteriormente carecería de sentido, ya que el mismo número coincidiría en su infinito con el máximo y con el mínimo. Pero, por muy grande que sea el número, no se le puede dar el calificativo de infinito, en el sentido de que nada pudiera ser mayor que él en potencia; asignar al número el máximo en acto, mayor que el cual nada se puede dar, es asignarle una categoría en virtud de la cual no hay principio ni fin para su magnitud; si el número fuera infinito, no admitiría, ni la diferencia de las cosas, ni el orden, ni la pluralidad, ni lo que no llega, ni lo que excede, es decir, no sería número. Puesto que es necesario en los números extenderse hasta el mínimo menos que el cual no puede haber nada, y ésta es la unidad: puesto que nada puede haber menor que la unidad, esta unidad es simplemente el mínimo y coincide simplemente con el máximo. Esta unidad no puede ser el número, puesto que carece de todo exceso, pero es el principio del número; sin que el mínimo a que hace referencia la unidad sea el fin de todo número por ser el máximo con el que coincide el mínimo. Es la Unidad absoluta, a la que nadie se opone, el número máximo absoluto, que es Dios Bendito, como máxima unidad, multiplicable y participable, ya que es todo aquello que se puede ser. Esta unidad no puede hacerse número. A ésta, los hebreos, como hemos expuesto en la cábala, llaman *Enfuph*, lo infinito de la esencia divina, ese mar grande e interminable; esta unidad para Zohar se denomina: «Unidad simple en la unidad absoluta simple, absolutísima en todos sus modos y razones, a partir de todos los exámenes con que se ha examinado, sin que nada se haya percibido fuera de la unidad simple y sumamente absoluta». Esta unidad es necesaria hasta tal

punto, que si ella no existe, no hubiera podido existir ninguna de las cosas creadas, el autor citado anteriormente lo manifiesta con estas palabras:

«Como todo lo que no es máximo es finito y tiene principio, necesariamente debe proceder de otro, porque si procediera de sí mismo, existiría en el momento en que no existe, a no ser que se admita el proceso hasta el infinito, por lo que es necesario admitir el máximo simplemente necesario sin el que nada puede existir. Como además ningún ser puede entenderse sin su existencia, el máximo ser no admite oposición, haciéndose así necesario que el mínimo ser coincida con el máximo ser, por lo que el ser absoluto no es otro que el ser máximo; del mismo modo la verdad máxima es el máximo absoluto; por encima de todo lo dicho, debe quedar claro que el maximo es simplemente el ser, o el no ser, o el ser y no ser, o ni el ser ni el no ser: sin ninguna contradicción se pueden considerar hasta el infinito todas estas denominaciones de la divina esencia».

Queda, con lo dicho, muy clara la razón por la que Dionisio dice que Dios es el ser y el no ser. Zohar lo explica con estas sutilísimas palabras: «Ya te dije que para el Creador el ente no se diferencia del no ente, porque el ente es en el no ente como la realidad del no ente y el no ente es en el ente como la realidad del ente, como si dijeras que el no ente y el ente es el no ente». Claramente se deduce de lo dicho que el máximo simplemente existe por necesidad, es más, es la misma absoluta necesidad y unidad absoluta. Luego esta unidad es simplemente el máximo, como dijimos antes y Dionisio demuestra doctamente en el libro del «Divino Nombre». Como Dios es la causa de todo lo que existe, éste no existe en cuanto es superior a toda esencia. De aquí surge el modo negativo de filosofar sobre Dios, puesto que nada existe en Dios que no sea Dios; en este sentido todo es de alguna manera Dios y Dios lo es todo; procediendo de aquí el modo positivo de disertar sobre Dios, que, según testimonio de Dionisio, comenzando de lo último llega hasta lo más pequeño y profundo, en cuanto es un modo opuesto al negativo, que parte de lo ínfimo para llegar a lo supremo. Es cierto que la afirmación y negación que parten de la mente finita son finitas, y no pueden las mentes finitas comprender lo que excede todo finito, por lo que permanece en

las tinieblas de la infinitud, inacesible a toda luz; por eso está sobre toda afirmación y negación; de aquí surge la teología de las excelentes negaciones, que nada afirma ni niega de Dios (16).

Capítulo II

De como la unidad se puede proclamar trina

Después de la unidad sigue la diada, esto es, el binario, que no deja de ser cierta iteración y reasunción de la unidad, por eso puede llamarse con justicia segunda unidad y es el número simplicísimo, germen eterno, primero y sensible de la unidad, duplicación de la misma, principio de toda multitud que puede ser concebida por el ingenio humano; un flujo fecundísimo procede de aquella simplicísima unidad de la divinidad, origen de toda multitud y de todas las criaturas, que no es el número. La diada se considera sujeta a todo mal e imperfección y ha sido elaborada por los *Hieromísticos* como símbolo de las cosas confusas y como principio de los males (17); en este sentido se toma también como parte de la naturaleza angélica que se ha separado de la suprema unidad: trajo al mundo la serie de todos los males, sobre esto se puede ver a Dionisio que explica en su obra del «Nombre Divino» este asunto: «Los filósofos expresaron a través de la diada la materia prima, lo mismo que Dios subsiste a través de la primera unidad en sí misma inmutable e indivisible esencia. La unidad segunda o la iteración de la unidad se considera próxima a Dios por cercanía con la unidad y por su antigüedad, debido a que constituye la única materia de las cosas sensibles y corpóreas, es la imagen de toda oposición, ya que la primera relación y oposición tiene lugar en la diada; de ellas hablaremos a continuación. La diada es la segunda unidad desgajada de la primera, el principio de la multitud y el primero de los números pares, los filósofos la acusan de alguna maldad, ya que representa la primera separación de la unidad que lleva el signo de la multitud y de la imperfección; es también el principio de la divesidad e

inigualdad y de la falta de similitud, la distinción de la unidad y el primer caso de separación de la unidad, no en vano fue el número de división en toda disciplina entre los griegos, egipcios y hebreos, con ella los egipcios indicaban la gran discordia entre las cosas opuestas, los magos persas le daban la alegoría de Arimán y Orimaz como significativa de las vicisitudes que en la naturaleza de las cualidades pugnan entre sí y los egipcios la representaban con la mitología de Osiris y Tifón, sobre esto se puede consultar el T. II de Edipo, CLAS. VII. Pero para volver a nuestro propósito, podemos preguntar ¿cómo ese arquetipo de la unidad, que es el uno más simple, indivisible e inmutable, va seguido de la diada y de la trinidad?

La triada, tres veces una, según Boecio, es el caudillo y príncipe de los números impares, número perfecto, primo, íntegro, consumado, universal, total: como la unidad es simple y sin extremidad, la diada es una extremidad dividida y abierta sin unidad en el medio, la triada, en su extraordinario círculo se cierra sobre sí misma, cubre y rodea la unidad con la ayuda de la diada, se une estrechamente con la unidad extrema de la diada; como las potencias divididas, es un acto por su naturaleza impar, que llena totalmente su substancia; lo mismo que la unidad progresa en la diada y de ella, extendiéndose en sus fines, la triada llega a completar y perfeccionar el número; luego no en vano este número se llama príncipe, imagen de la divina emanación y de toda la contemplación, imagen de la sabiduría. La substancia primaria de las cosas tiene lugar en la unidad, o en el punto, pero el conocimiento de los subsistentes y la aparición en la diada o línea, será el amor supremo de las substancias conocidas y supremas, la festiva prosecución de la triada. Nada tiene de raro el que los antiguos filósofos se entregaran de lleno al estudio de los misterios de la triada.

Lo mismo que la diada nace de la unidad por la suma de otra unidad, así también, mediante la suma de una unidad a la diada, nace la triada, obteniéndose de esta forma el número trino, elaborado de uno en uno: porque lo mismo que la unidad es el principio de los números, el triángulo es la primera de las figuras hechas con rectas, naciendo de la diada y de la unidad y en los jeroglíficos piramidales se representa así Δ, que parte del punto o de la unidad de la pirámide y asciende desde la ba-

se por dos laterales con los que se configura Δ; aquella sagrada triada ha sido celebrada en gran parte de los escritos de los antiguos: para el platónico es la idea ejemplar del mundo triple, ella es la verdadera balanza de la justicia pitagórica, colocada en medio de los vicios: el principio de todos los números, el triángulo de la divina naturaleza, complemento de toda imperfección y de la naturaleza manca, único centro de la pasión impulsora de las formas de Proteo, fundamento de la pirámide mística, fuente y origen de los cuerpos y nada más fecundo que ella para las significaciones místicas y las explicaciones recónditas de las cosas. Lo mismo que el primer par es divisible, es decir, la dualidad, siendo la primera diversidad y el primer accidente después del uno, así también el ternario es el primer número impar y como una vuelta a la unidad y al principio; también es más perfecto que el par, ya que le integra y no es integrado por él: luego es el número más apto para representar la justicia, pues en los pares la justicia no es fiel al carecer de medios, como muy bien lo advierte Platón en el libro I de las Leyes, ya que carece de punto en que pueda apoyarse, mientras que en el impar superior al uno tenemos un medio que es como el centro y el *numen* con el que se rige la equitativa distribución y al que tiende como a su fin. El número impar, por ser el vínculo medio de sí mismo, como muy bien dice Plotino, posee el vínculo propio dentro de sí, existe en virtud del centro circular y de la referencia de los extremos al medio, siendo esto el principio del orden universal. En el número ternario se da el principio, el medio y el fin (τα τρια παντα), los primeros teólogos designaban el principio, el medio y el fin como referidos a Dios, por eso ofrecían tres cosas en los sacrificios. Después de la explicación precedente, vamos a pasar a la profundización de la unidad trina.

Jamás existió una explicación que no ofreciera culto a Dios y no le prestara asentimiento como el máximo sin más. Los *sissenios* prestaban la mayor reverencia a la unidad. Pitágoras sostenía la unidad trina. Para entender esto, aporto las palabras de Cusano con las que sabiamente expone el tema: «Conviene saber, dice, que todo aquello que precede a lo otro es eterno: la alteridad (lo otro) no es otra cosa que la mutabilidad: porque todo lo que naturalmente precede a lo mutable es

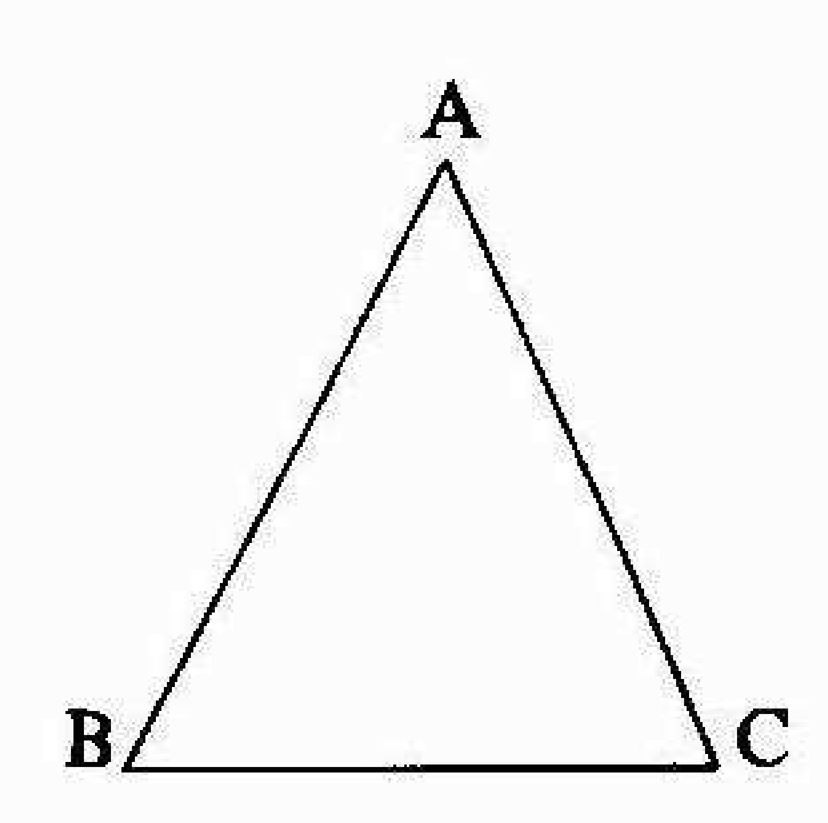
inmutable y, por consiguiente, eterno. La unidad, por su propia naturaleza, precede a la alteridad (lo otro), y, porque la precede de forma natural, es eterna. Además, toda desigualdad procede de la igualdad que excede, luego, si la desigualdad surge, por naturaleza es posterior a la igualdad; lo que así demuestro. Todo lo que es igual se traduce en igualdad, pues lo igual está entre lo mayor y lo menor; si quitásemos lo que es mayor tendríamos la igualdad; si quitásemos de lo mayor lo menor, de nuevo tendríamos la igualdad; luego la igualdad precede de forma natural a la desigualdad, luego la alteridad y la desigualdad se dan al mismo tiempo por naturaleza: donde hay alteridad hay desigualdad y a la inversa; entre dos habrá una alteridad al menos, entre ellos forman una duplicidad respecto a la unidad, luego se da una desigualdad por exceso de uno. La alteridad y la desigualdad van juntas por su propia naturaleza, pero, según lo dicho, la igualdad precede a la desigualdad por su propia naturaleza y, consiguientemente, a la alteridad, por tanto, la igualdad será eterna. Insisto, si se dieran dos causas y una de ellas fuera anterior a la otra, el efecto de la primera sería, por su misma naturaleza, anterior al de la segunda. La unidad, o es conexión, o es causa de conexión, es unitiva de todo, mientras que el binario es división o causa de división, luego la unidad, por su propia naturaleza, es anterior al binario, lo mismo que la conexión es, por su propia naturaleza, anterior a la división; pero como la alteridad y la división se dan juntas por naturaleza, igual que la unidad y la conexión, queda completamente probado que lo que precede a la alteridad, división y mutabilidad es eterno, es aquello que es simplemente lo máximo; lo que precede a la alteridad no es otra cosa que la unidad y la unidad es lo mismo que la igualdad y la conexión; luego será necesario que la unidad, igualdad y conexión sean eternas. No se trata de tres cosas eternas, sino de una sola realidad eterna, porque si fueran muchas cosas eternas, la alteridad o multitud sería anterior a la unidad, de nuevo a uno le faltaría lo de otro, por lo que ninguno de ellos sería eterno: serían algo eterno y no eterno, lo que es absurdo e imposible. Queda, pues, la unidad, la igualdad y la conexión que, en cuanto son una misma cosa, ésta es eterna». Hasta aquí Cusano.

Esta es aquella unidad trina que Pitágoras estableció como

digna de adoración, a la que los egipcios llamaban *Hemphta*, representada en forma de serpiente, círculo y alas, formando un anagrama con el que representaban de manera oculta la unidad trina. Sobre este tema puede consultarse el Obelisco de Pamphilio.

De la unidad puede nacer negativamente la igualdad de la unidad, es decir, la carencia de desigualdad, y de aquí procede la conexión: Dios es único, como lo es la misma entidad de las cosas o forma de ser, por lo que la igualdad de los entes es la equidad, en la que nada sobra, ni nada falta, en la que nada hay encima, ni tampoco debajo; así tenemos que la generación de la unidad no es otra cosa que la repetición de la unidad; si multiplicamos la unidad dos, tres o más veces, la unidad procreará a partir de sí el binario, el ternario o cualquier otro número de acuerdo con los ya creados. La unidad repetida una sola vez en Dios engendra la igualdad de la unidad, o lo que es igual, la unidad engendra a la unidad, que es la generación eterna del Padre y del Hijo. Así queda claro el modo en que debe ser entendida su significación según Trismegistro: «La unidad engendró a la unidad y sobre sí misma reflejó el ardor». Lo mismo que la generación de la unidad por la unidad es una repetición de la unidad entitativa y equitativa, o de otra forma, la unión y conexión de la unidad y de la igualdad. Correctamente proceden la unidad e igualdad de la unidad, o sea, de la conexión de ambas, y no es solamente la conexión de una, sino que la unidad procede de la unidad en igualdad y de la igualdad de la unidad en unión. No puede decirse que la conexión se genere de la unidad o de la igualdad de la unidad, ya que no se forma de la unidad por la repetición, ni por multiplicación: aunque de la unidad se engendre la igualdad de la unidad, porque la conexión procede de ambos, como si de esto mismo se dijera esto, eso y lo mismo; esto mismo, en cuanto se expresa con *eso* hace referencia a lo primero; en cuanto se expresa con *lo mismo* conecta lo relatado y lo une con lo primero. Así, en cierto sentido, con tal similitud el Padre es denominado Unidad, el Hijo Igualdad y conexión o amor al Espíritu Santo. Esto es lo que he querido manifestar a la curiosidad del lector sobre lo que se dice del Tres-veces-grande y de la pitagórica trinidad en la unidad.

Ves, por tanto, como la diada, que procede de la unidad genera la alteridad y es el verdadero símbolo de la producción mundana, la raíz de los bienes y de los males y de los cambios de las cosas en la formación del mundo, ves como si unimos de cualquier forma una unidad a otra, siempre se produce un mínimo espacio, intersticio o hueco que expresa la posición de las unidades, lo mismo que se manifiesta en la cantidad separada que la línea en la cantidad continua; lo mismo que se concibe la formación de la línea a partir del desarrollo del punto, así el punto separado del punto produce el espacio más pequeño de todos, lo mismo que la diada hace referencia a la unidad segunda. Lo mismo que la línea inclinada hacia otra línea forma en la conjunción un ángulo y ¿qué forma sino un espacio indeterminado libre de toda superficie?, al que, si unimos una tercera línea, le constituimos en la unidad geométrica trina, o el triángulo, luego de unidad en unidad se va formando el producto; esta unidad triangular es la primera unidad de todas las superficies, la fuente y el origen de todas las figuras rectilíneas, lo mismo que la unidad numérica de la Divina Naturaleza, así es esta primera unidad geométrica, cierta imagen oscura del Dios Trino, es el prototipo y ejemplar como aparece en el siguiente triángulo equilátero claramente, en el que la unidad del triángulo hace referencia a la unidad de la divina esencia, la unidad de los lados y de los ángulos distintos de la unidad denota incuestionablemente la unidad hipostática e igual de las divinas personas en naturaleza y en esencia. Luego, lo mismo que es imposible mantener la esencia del triángulo si quitamos del mismo un lado o un ángulo, así, en la unidad hipostática de las personas divinas no puede darse la una sin la otra, a no ser que todo se destruya: ni puede existir, ni siquiera concebirse, el Padre sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, ni ambos sin el Espíritu Santo. Si mantenemos el triángulo sin un lado o sin un ángulo dejaríamos de tener el triángulo uni-trino o tri-uno, puesto que degeneraría en la diada de todas las imperfecciones o en un caos in-



determinado. De nuevo insisto. Si por un imposible una Hipóstasis fuera separada de la otra, se produciría la mayor confusión en el triángulo tri-uno de la divinidad. Queda claro, como hemos enseñado, que el tri-uno o triángulo equilátero es un símbolo imaginario de la Santísima Trinidad, en el que se representa a Dios Padre por la Unidad, al Hijo por la Igualdad y al Espíritu Santo por el Amor y la conexión de ambos, y tampoco se le oculta a Trimegistro, aunque ignoro la intención que le movía cuando dijo: «La unidad engendró a la unidad y sobre sí misma reflejó el ardor». Luego por la unidad surge el Padre, por la unidad engendra el Hijo y por el reflejo del ardor el Espíritu Santo, que se denomina amor y fuego. Sea la primera unidad el lado A B, la otra unidad el lado B C y el lado A C la conexión de la unidad desde la C a la A, con él se expresa correctamente el triángulo de la divinidad o Numen triuno, como se ve muy claro en la figura anterior. Lo mismo que la unidad al salir de sí y extenderse a la multitud crea la distinción de la diversidad inmensa de cosas que suponen la realidad del mundo al proceder de la unidad suprema, del mismo modo la unidad geométrica triangular denota la multitud innumerable y la variedad de todas las cosas creadas en el mundo. La unidad es el principio de todos los números, es decir, de la multitud; así también el triángulo es la primera superficie de todas las figuras rectilíneas que pueden ser concebidas por la mente humana, a la vez que su raíz y origen; lo mismo que en la unidad se funden todos los números, en el triángulo se funden todas las figuras rectilíneas, es decir, la gran multitud de las cosas creadas se funde en el triángulo como en su arquetipo. Incluso el mismo Platón parece que se refería a esto cuando dijo: «Afirmo que este mundo sensible procede del triángulo arquetipo». Con ello dio a entender que todas las cosas parecían estar marcadas con un cierto sello de la divinidad, por lo que la misma naturaleza quiso hacernos partícipes de tan gran misterio a través de los clarísimos signos impresos en todas las cosas: si consideramos toda la naturaleza como algo perfecto, indudablemente estamos obligados a confesar que es trina por los evidentes indicios que ofrece: al ser toda creatura obra reflectante del fulgor divino del tri-uno Creador, claramente demuestra que lleva en sí impresos los vestigios de la divina per-

fección y de la Sagrada Trinidad: son tantas las cosas que se ofrecen a los sentidos como si fueran espejos que nos presentarán las imágenes de la divinidad tri-una o como voces que nos ofrecieran el eco del Creador tri-uno, como presagio oculto, invitándonos a la gloria. Pero, para que no andemos divagando en este asunto, ponemos en la página siguiente el ábaco de la trinidad de todas las cosas.

Esto es lo que con pocas palabras he creido conveniente decir sobre la triada impresa en las cosas, por eso es cierto lo que dice el proverbio común: «Que Dios goza del número impar y que todo lo trino es perfecto». Todo lo visible y lo invisible lleva impresos los signos y vestigios de la arcana y supraexcelsa unidad, pues todo lo trino creado procede de la eterna e increada trinidad, lo mismo que lo ideado procede de la idea y su asentamiento es congruente, aunque existe una diferencia infinita entre la Trinidad increada y la creada; pues lo mismo que las triadas creadas llevan consigo la desigualdad, la división, la prioridad y la posterioridad conexas, así en las Triadas divinas aparecen la suma igualdad, la suma conexión, la identidad y la eternidad, por eso en las triadas divinas no hay nada temporal, desigual, disyuntivo o separado, nada anterior o posterior, sino que todo es igual y se debe concebir también como eterno e infinito; esto mismo sucede con la unidad respecto a la unidad triangular, con el triángulo respecto al círculo, con la circunferencia y con el centro, para que el máximo y el mínimo coincidan, como hemos dicho anteriormente y ampliamente demostramos en nuestro «Arte Analógico». Lo dicho sobre la unidad triada es ya suficiente, por lo que pasamos a exponer lo referente a las tetriadas o al misterio cuaternario.

La triada va impresa en todas las cosas

Arquetipo trinitario en Dios	Padre	Hijo	Espíritu Santo
En el alma	inteligencia	memoria	voluntad
En los grados del alma	vegetativa	sensitiva	racional
En las inteligencias	divina	angélica	humana
En la sabiduría	divina	angélica	humana
En las facultades intelectuales	mente	entendimiento	razón
En el raciocinio	mayor extrema mayor propuesta	menor	conclusión
En la enseñanza	concepto	voz	escritura
En el mundo	intelectual	celeste	elemental
En el sol	luz	rayo	calor
En la luna	conjunción	medio	oposición
En el círculo	centro	diámetro	circunferencia
En la magnitud	longitud-línea	latitud-superficie	profundidad-cuerpo
En los números	lineal	plano	sólido
En la posición del hombre	estar echado	estar de pie o andar	estar sentado
En las plantas	árbol	fruta	hierba
En la nube	lluvia	nieve	granizo
En el árbol	hoja y raíz	flor y tronco	fruto y ramas

Capítulo III

Sobre los misterios del cuaternario

Lo mismo que anteriormente hemos descrito el punto que representa la unidad y expresamos el intervalo de la línea por la diada que es divisible e indicamos la triada con la superficie latitudinal, ahora trataremos del cuaternario que descansa en los cuerpos con la plenitud y profundidad de lo sólido, que se extiende sobre todo al intervalo del cuerpo. Como se acaba de decir, el cuaternario es el primer número corpóreo y sólido, que produce la pirámide trilateral o el cubo. Ambas figuras pueden formarse de diversas maneras. Primera: cuatro puntos o cuatro unidades de las indicadas anteriormente que son rematadas con ángulos, que producen seis líneas, forman y contienen cuatro superficies; a continuación, oculto bajo estos mismos términos e inaccesible a los ojos, surge el cuerpo del cuaternario. Si se suman los cuerpos 1, 2, 3, y 4 con los que se extiende el cuaternario, obtendremos 10, la segunda mónada y el radio del mundo angélico; si elevamos el denario al cuadrado obtendremos 100, la tercera mónada y el origen del coro anismático; si después multiplicamos la segunda mónada por la tercera surge el cubo o el cuerpo sólido de todo lo que es patente a la vista entre las cosas sensibles y recónditas. Los cuerpos simples de cuatro elementos producen un cuádruple orden de géneros: substancia, cantidad, cualidad y lugar: a la substancia corresponde la generación y la corrupción; a la cantidad el aumento y la disminución; a la cualidad el movimiento de las alteraciones que se dan en los contrarios; al lugar, finalmente, corresponde la acción de llevar. Este cuádruple orden de cosas produce y conserva la existencia de lo inanimado, lo viviente, lo sensible y lo racional. Este es el cuaternario pitagórico que contiene los órdenes conversos, sobre lo que ya he-

mos tratado ampliamente en nuestra «Musurgia» universal y allí remitimos al lector (18).

El cuaternario se halla en todas las cosas. El caos fue dividido en cuatro elementos; el cielo en cuatro partes o ángulos; el aire en cuatro vientos; el Zodíaco en cuatro triplicantes; bajo el cielo las cuatro estaciones de los tiempos; en las cualidades hay cuatro elementos; en los elementos la substancia, la cantidad, la cualidad y el movimiento; en la substancia corpórea lo entitativo, lo vegetativo, lo sensitivo y lo intelectivo; la cantidad incluye el punto, la longitud, la latitud y la profundidad; la cualidad también tiene cuatro formas: lo seco, lo frío, lo húmedo y lo cálido; el movimiento puede ser ascendente, descendente, recto y circular. La tierra se divide en cuatro espacios. No incorrectamente se dice que el cuaternario contiene todas las cosas, como en otro sitio hemos demostrado, pues contiene en potencia el denario, el número más perfecto y absoluto de todos los números, idea de todas las cosas, por encima del cual no se halla ningún otro número, como ha quedado demostrado en el L. 2, cap. 10 del Obelisco de Pamphilio. Los cabalistas hebreos reducían a 10 el *Sephiroth,* que son los atributos divinos y las medidas con las que solían describir a Dios, la divina providencia y la inmensidad de las cosas. Lo que expondremos para su mayor claridad.

Hemos creído conveniente exponer en este lugar la cuádruple unidad; la primera es la simplicísima unidad monádica; la segunda es la decádica denaria, la tercera la hecatontádica o centenaria y la cuarta la chiliática o milenaria. La primera es la simplicísima e indivisible unidad, 1; la segunda es la unidad denaria, que es conocida como la raíz de las siguientes, es el 10; la tercera se refiere a la unidad centenaria, que es el cuadrado de la precedente unidad denaria, es 100; la cuarta es el 1000, que hace referencia a la unidad milenaria y es el cubo de la unidad denaria precedente. Estas cuatro mónadas explican maravillosamente el tránsito del punto a la línea, de la línea a la superficie y de la superficie al cuerpo; así se puede decir correctamente que la primera es la unidad central, la segunda la superficial, la tercera la cuadrada y la cuarta la sólida. En este sentido, si colocamos los dos extremos, la unidad y el millar, al resto de los números los definían los pitagóricos en función de

la cercanía o lejanía de ellos, obteniendo de esta manera la variada y misteriosa *tetraktis* de Pitágoras. Entre los dos extremos colocaban dos medios, 10 y 100, el denario como raíz y la centena como cuadrado, al millar lo llamaban el cubo. La unidad sin división es el punto; el denario raíz del milenario tiene una sola división; es impar como la misma línea; el centenario tiene dos divisiones, como la superficie, se divide en 50 y 50 y el 50 en 25 y 25; el millar tiene tres divisiones, como el cuerpo, se divide en 500 y 500, el 500 en 250 y 250 y el 250 en 125 y 125, acabando aquí la división. Lo mismo que la primera mónada carece de toda división, el 10 admite una división y se aplica a los seres inteligentes, el 100 tiene dos divisiones y se aplica al alma, el 1000 tiene tres divisiones y manifiesta claramente el mundo corpóreo. Expliquemos claramente cada una de ellas.

En la unidad monádica se contempla la simplicísima mente creadora de todo y la divina esencia; en la segunda unidad radical la inteligencia y en la tercera el alma; en la cúbica se representa el cuerpo; por lo que con estas cuatro unidades distintas entendemos las distintas explicaciones en cada una de las propiedades. Así, en Dios todo es Dios, en la inteligencia todo es inteligencia, en el alma todo es alma y en el cuerpo todo es cuerpo; lo que viene a significar la mente del que todo lo abraza, divina, intelectual, animal o corporalmente: divinamente en cuanto las cosas son verdad, intelectualmente, es decir, en cuanto las cosas no son verdad, sino verdaderas, animalmente, o sea, en cuanto las cosas son verosímiles, finalmente, de forma corporal cuando no hay verosimilitud, sino confusión. La primera unidad, como ejemplar de todo, precede a toda multitud y, consiguientemente a la alteridad, oposición, desigualdad y división; y aunque esta unidad no es el binario, ni el ternario, ni el cuaternario, lleva en sí todo lo que representa el binario, ternario, etc. Si las especies de las cosas son consideradas como números, la absoluta unidad no pertenece a ninguna especie, a ningún nombre, a ninguna figura, puesto que lo es todo en todos; esta unidad es el género de toda multitud, de las especies de las substancias, de los accidentes y de todas las criaturas, la primera medida de todas las medidas, la igualdad única de todo lo igual y lo desigual, la conexión de

todo lo que está unido y separado, de algún modo la unidad en su simplicidad incluye, explica y conecta a todo número, tanto par como impar, la unidad es la infinita potencia, es inefable, si separamos de ella todo, si se entiende algo como que nunca fue, es o será, si se desprecia a toda multitud y se mantiene únicamente la simplicísima unidad, de tal manera que se pueda comprobar que ella no es más simple que no simple, ni más una que no una, se conocerá la influencia de todos los misterios arcanos. La vida es totalmente incorruptible en la unidad absoluta, la certeza de esta unidad absoluta es totalmente precisa, porque la mente todo lo tiene en sí y por sí; tampoco puede haber cuestión alguna que ella no conozca de antemano; es la entidad de todos los entes, la cuestión de todas las cuestiones, la causa de todas las causas y el fin de todo. Una vez vistas las maravillas de la unidad omnipotente, pasamos ya a las demás unidades.

La segunda unidad decádica representa la inteligencia angélica, que, aunque se separe de la primera unidad infinitamente, sin embargo, me siento obligado a tratar necesariamente sobre la mezcla de composición intelectual (19). La composición se forma de uno y de otro, es decir, de los opuestos, que no la preceden, sino que nacen al mismo tiempo que ella y los opuestos se unen en su simplicidad radical de forma indivisa e irresoluble; la unidad denaria carece de raíz, a excepción de la primera, no la precede unidad alguna que proceda de su propia multiplicación, pues solamente tiene su origen en la primera. Aunque diste de la primera unidad, en cuanto a su esencia, infinitos intervalos, no deja de ser una explicación simplicísima de la obra divina y primer mayordomo de los ejemplares divinos. La unidad creadora siempre se encuentra en activo, produce en primer lugar la diada, que es la unidad decádica, o el mundo intelectual, imagen absoluta de Dios, ejemplar inmediato y último complemento del número denario que representa.

La tercera unidad animística es la cuaternaria, cuyo número representa la inteligencia y la explica por el cuadrado. El número de la inteligencia es propio de la unidad absoluta o de la primera mónada; la unidad de la inteligencia se numera en el alma, donde se contrae de muchas formas. Dios es la luz de la

inteligencia, porque es su unidad; la inteligencia es la luz del alma, porque es su unidad y la forma de la unidad corporal, porque existe el número del alma. Nosotros conocemos la unidad del alma no en sí, sino a través de los sentidos mediante su investigación corpórea; igualmente no conocemos la inteligencia en sí, sino en el alma, ni conocemos la unidad primera, simplicísima y absoluta como es en sí, sino que en ella intuimos la inteligencia como en un número o en un signo. La razón, para ser tenida en cuenta, está, no en que sea la raíz del cuerpo cúbico, sino por ser el medio a través del cual la raíz intelectual desciende al cuerpo; es el instrumento del entendimiento y, por tanto, el principio o raíz intelectual de las cosas corpóreas.

La mónada centenaria representa el alma, la milenaria el cuerpo. El millar surge de multiplicar el denario por el centenario, esto es, de multiplicar la inteligencia por el alma. Todo número es perfeccionado por el denario; el número de la unidad simplicísima con el número más simple se transforma en denario. Lo que existe en la primera unidad es siempre la misma unidad simplicísima, aunque en su explicación numeral se hallen divisiones y otras diferencias. Las inteligencias, que tienen el número de la unidad simplicísima y absoluta, intelectualmente sus números participan de la naturaleza en relación al primero, en esto consiste la diferencia intelectual, pues la oposición, la alteridad y semejantes que concurren en un número son la misma unidad absoluta. La oposición y la alteridad que concurren en el cuadrado son racionalmente la misma unidad intelectual. Racionalmente también las oposiciones y alteridades sensibles y corpóreas son la unidad.

Finalmente, la cuarta unidad es la milenaria, que es la explicación de las uniones. Lo mismo que el milenario es un compuesto de muchos, su unidad también lo es. La primera unidad se representa en forma de punto, la segunda en forma de línea, la tercera en forma de superficie y la cuarta en forma de cuerpo o cubo. La unidad del punto simplicísimo contiene todo lo que se da en la unidad lineal, en la superficie y en el cuerpo; la unidad superficial contiene todo lo que se da en la corpórea. Las tres primeras unidades no son sensibles, ni discernibles más que a través de la mente, que es capaz de considerar separadamente el punto, la línea y la superficie; los senti-

dos solamente captan lo corpóreo. Si alguien tratara de medir lo mental a través de los sentidos, haría lo mismo que aquel que tratara de medir con un cuerpo sólido el punto, la línea o la superficie, actuaría imprudentemente, por no decir estúpidamente. Todo lo sensible debe ser elevado a racional, a inteligente o a la absoluta unidad, ya que de este modo pasaríamos de todo lo sensible, racional y de la multitud intelectual a la unidad absoluta y a la simplicidad infinita, sobre la que ya no es concebible afirmar más, porque entonces ya no podría ser más perla que no perla, porque lo es todo, unidad simplicísima, Dios bendito por los siglos. Puesto que la unidad absoluta de la perla aquella sensible y racional es Dios de forma ejemplar, así también su unidad intelectual es la inteligencia. Se puede observar a partir de estas unidades cómo los sentidos terminan en la razón, la razón en la inteligencia y la inteligencia en Dios, donde se encuentran el principio y el fin en perfecta conjunción.

Capítulo IV

Sobre el quinario, senario, septenario, etcétera, hasta el denario inclusive

Primero. El quinario resulta de añadir una unidad al cuaternario, es el símbolo de toda substancia material y sublunar y, normalmente, de todo lo compuesto de cinco partes; pues de la composición cuatripartita de la materia elemental surge toda substancia y naturaleza sensibles con un único acto substancial. Toda la masa universal de los cuerpos, o todo aquello que es sensible, contiene cinco cuerpos, cuatro elementos y el cielo, o la quinta esencia, como dicen los pitagóricos.

Segundo. El quinario es el primero de los números circulares, por eso solamente distribuye los movimientos de lo que en el cielo va y viene, hace que las cosas vuelvan a su punto y lugar, uniéndose con aquel que en un principio se había separado; en este sentido, el sol que había salido por el Oriente vuelve otra vez a la parte del Oriente en virtud del quinto lugar, por consiguiente es el símbolo de todo lo sensible (como son la materia, el acto de ser, el acto vital, el acto sensitivo y el acto racional).

Lo primero que representaban los egipcios mediante el quinario eran cinco clases de vivientes, su autor es Plutarco, quien concede el primer lugar a la divinidad triforme, el segundo a los genios, el tercero a los héroes, el cuarto a los hombres y el quinto a los brutos. Platón en su «Epinomides» dice que el quinario es el símbolo propio de cinco lugares de animales capaces: el más alto es el empíreo, el segundo el etéreo, el tercero el aéreo, el cuarto el mar y el quinto la tierra. Dice que en el primero se encuentran los animales de fuego, en el segundo los animales etéreos, en el tercero los aéreos, en el cuarto los acuáticos y en el quinto los terrestres; en ellos se incluyen to-

dos los habitantes del mundo: los hombres, los cuadrúpedos, los reptiles, los peces y las aves: todo esto lo expresaban jeroglíficamente mediante una divinidad polimorfa sentada en una sede cuadrada, en cuyo ceñidor se podían ver insertadas cinco cruces con asas. También se expresaban a través del quinario los cinco conocimientos del alma y sus objetos, con los que iban unidos todos los sentidos exteriores: vista, oído, gusto, olfato y tacto: con éstos, responden todos los miembros del cuerpo y sus órganos.

Nada tiene de raro que los pitagóricos solamente hablasen del quinario de la virtud, pues por su medio se podía comprender la composición del alma: lo mismo que el quinario es la mitad del denario, así también el alma es el medio de reconocimiento de todas las categorías.

Con lo dicho queda claro que el alma participa en parte de la naturaleza individual e inmutable y en parte de la naturaleza plural y mutable o corpórea, por lo que en cierto sentido ocupa el medio. Además el quinario, según la observación de los pitagóricos, es el número circular o esférico y designa a la naturaleza que en su multiplicación siempre vuelve sobre sí, porque los demás números, al multiplicarse por sí e incrementarse, pasan a ser otros y otros..., solamente el quinario y el senario multiplicados por sí, como se demostró en la primera parte del T. 2 de la Cábala de los Hebreos, siempre se tienen en cuenta ellos mismos. Si multiplicamos el cinco por sí mismo, tendremos 25, un cuadrado cuyo lado es 5. Si elevamos el 5 al cubo, tendremos 125, cuyo lado es igualmente 5. Si de nuevo multiplicamos el cubo por 5, obtendremos 625, y así sucesivamente. Lo mismo hay que entender del senario, como podemos ver:

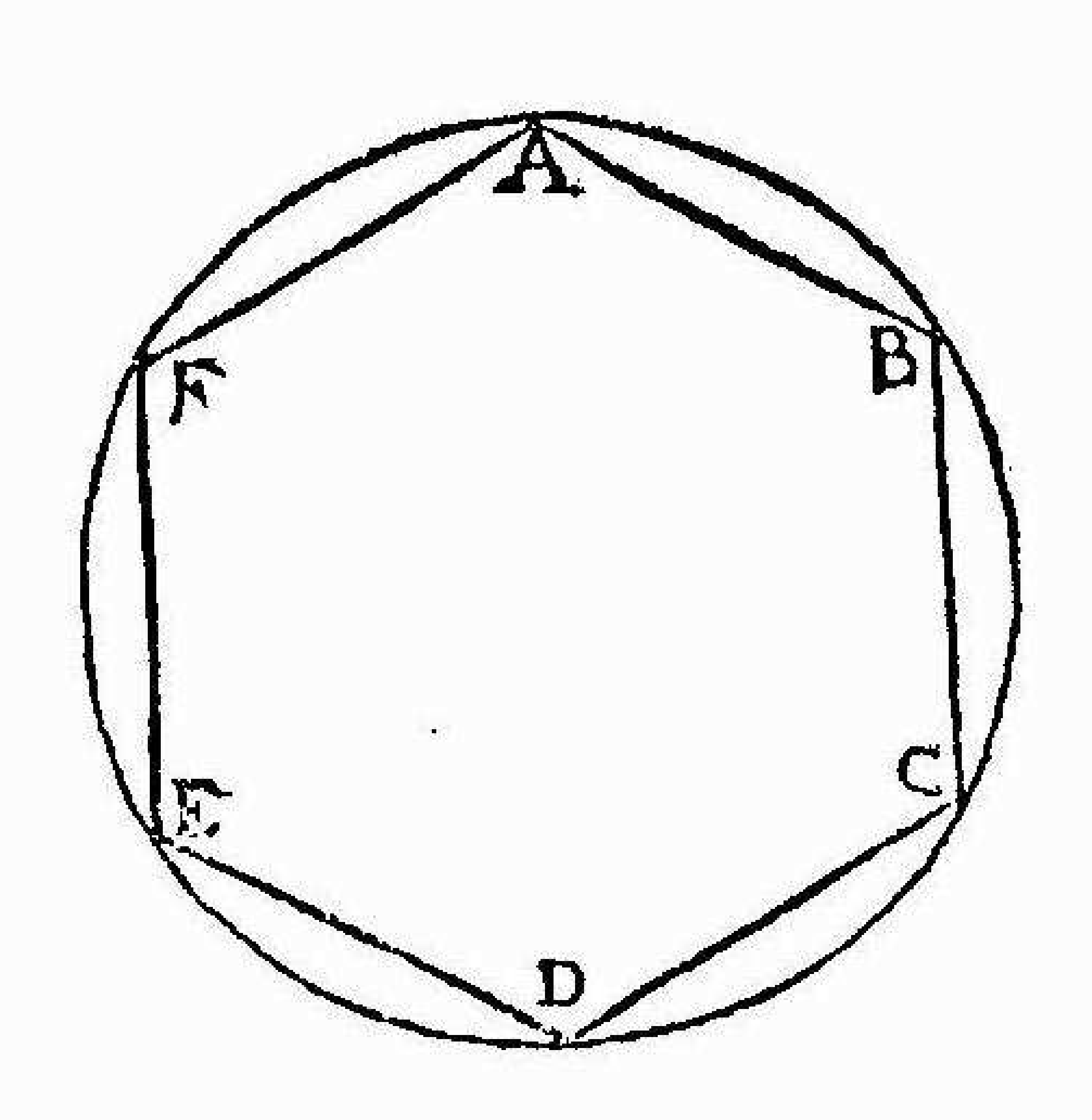
Movimiento quinario	*Movimiento senario*
5	6
25	36
125	216
625	1296
3125	7776
15625	46656
78125	279936

Puede observarse como la multiplicación del quinario y del senario, aunque se lleve a cabo hasta el infinito, siempre vuelve a las raíces, a partir de las cuales ha sido producido, luego es lógico que tenga la primacía en toda la economía de los números; es el símbolo absoluto del movimiento del alma, pues aunque esté preocupada por todos los órdenes de los seres, incluso dedicada a cada uno de ellos, se puede restituir a sí mediante un acto reflejo; en este círculo todo es igual, pues todo fin es también principio y todo lo último es también primero, esto es, siempre lo mismo.

El senario resulta de duplicar la triada y en el sagrado libro del Génesis es el símbolo de los seis días (21).

Lo mismo que el quinario discierne y numera el conocimiento exterior de los sentidos, el senario reparte y numera todo conocimiento material, es el *Corifeo* de los números perfectos y resulta de multiplicar la diada por la triada. Lo mismo que el quinario designa el movimiento del alma, como dice Platón, y a través de los cinco órdenes de las cosas sensibles del mundo éstas son restituidas al punto del que partieron, el senario, sin embargo, designa el movimiento de las cuatro unidades en la unidad absoluta; con el senario se numera el movimiento que realiza de forma circular sobre sí mismo. La unidad absoluta coincide con la infinitud absoluta, la intelectual con la intelectual, la racional con la racional y la unidad sensible con la finitud sensible. Toda unidad es imparticipable, indivisible e incorruptible, pero la unidad absoluta debe, por otra parte, ser participable en la alteridad intelectual, la unidad intelectual no es del todo absoluta si no es participable en la alteridad racional, ni la racional si no es participable en la misma sensibilidad. Solamente se puede llegar a Dios, que es la unidad absoluta, intelectualmente, lo mismo que tampoco se puede llegar a la inteligencia más que racionalmente, ni a la razón más que por la sensibilidad. La unidad absoluta desciende a la infinitud intelectual, la intelectual a la racional y la racional a la sensible. La unidad sensible retrocede y asciende a la racional, la racional a la intelectual y la intelectual a la unidad infinita y supramundana; la que correctamente es representada por el senario: es el principio que fluye de la unidad y refluye del fin, coincidiendo en la unidad

absoluta, en la que se encuentran el fin del flujo y el principio del reflujo de la unidad en lo sensible, duplicándose los medios de forma que los cuatro términos del flujo y del reflujo y los dos medios, constituyan exactamente el senario. Esto se demuestra en la figura siguiente:



Si A es la unidad absoluta, B la intelectual, C la racional y D la sensible en la que termina el flujo de la unidad y comienza el reflujo de la unidad sensible, ascendiendo de la D sensible a la E racional y de la E a la F intelectual, para llegar, finalmente, a la unidad absoluta, tenemos como seis cuerdas diametrales inscritas en la circunferencia que perfectamente completan y miden el ámbito del círculo, con el senario en su ascenso y descenso se unen el principio y el fin de la unidad inscrita. De lo que se desprende que no es distinto el que baje la luz del ascenso de las tinieblas, ni es tampoco distinto el que el mundo esté en Dios a que Dios esté en el mundo, ni tampoco es distinto que el acto se mantenga en potencia a que de potencia pase a acto, como tampoco es distinto el que la luz descienda a las tinieblas a que las tinieblas asciendan a la luz, ni tampoco se distingue el que la potencia pase al acto de la forma a que la forma actual descienda a la materia potencial.

Se ve así como existe la medida de la perpetuidad vinculada al senario y como lo universal pasa a lo especial y lo especial vuelve a lo universal. Nada tiene, por tanto, de especial el que los egipcios le profesaran a este número tanta veneración como para asignarle el solio del supremo numen polimorfo, como se ve en la explicación de la Tabla Bambina, en la que

todo hace referencia a las teorías existentes sobre estos temas.

El septenario es la renovación de la mónada demiurga a través de la semana, más la unidad de descanso o sábado. Dios, después de la creación del cielo y la tierra, hizo la luz en el día primero, en el segundo hizo el firmamento en medio de las aguas, en el tercero creó la naturaleza vegetal, en el cuarto las luminarias; el sol, la luna y las estrellas, en el quinto la naturaleza sensitiva, en el sexto creó al hombre y en el séptimo descansó de todas las obras que había realizado, lo que sensatamente se expresa con el número septenario (22).

El septenario es un número sacratísimo en los oráculos y lleno de misterios, tiene un prestigio tan sagrado y augusto entre los números incluidos en el denario que goza de un razonamiento singular y más eximio que los demás. Algunos de estos números procrean, pero no son procreados, otros son procreados, pero no procrean y otros hacen ambas cosas, solamente el septenario no procrea a ninguno de ellos, ni es procreado por ninguno. La unidad, como principio de todo número, genera a todos los siguientes, pero ella no es engendrada por ninguno. Así, 2, 3 y 4 engendran a 4, 6, 9 y 10, pero, a excepción del 4, no son engendrados, sin embargo 6, 8, 9 y 10 no engendran, sino que son engendrados. El septenario ni engendra, ni es engendrado, ya que no tiene bajo sí un número por el que pueda ser engendrado, ni hay ninguno dentro del denario engendrado por él. Los antiguos pitagóricos le tenían como símbolo del caudillo y rector de todo, pues como es inmóvil, ni es engendrado, ni puede engendrar. Plutarco lo describe con estas palabras: «Es caudillo y príncipe de todas las cosas en Dios siempre uno, estable, carente de movimiento, semejante a sí mismo, distinto de los otros, colocado en el séptuplo coro de los entes». Por esta causa los pitagóricos consideraron este número como símbolo de Minerva, nacida de la cabeza de Júpiter, nacida sin madre y siempre virgen. A este número los egipcios le prestaron una veneración superior a la de los demás y le constituyeron símbolo de todas las cosas: en el universo representa a los géneros de siete entes y en el mundo superior a los siete príncipes de los espíritus, en el Zodíaco del firmamento las siete configuraciones o aspectos de los signos, por el

contrario, en el cielo planetario representa a los siete errores, en el mundo elemental a los géneros de todos los metales, en el microcosmos a todos los miembros principales, en la luna a las siete fases y a las cuatro semanas, esto es, al periodo de 28 días, en el crecimiento del hombre a las siete edades y a otras innumerables cosas que llevan la numeración septenaria.

Los egipcios veían en el número septenario el sello universal de todas las cosas, por lo que consideraron que esto no era posible a no ser que en él se ocultara algún misterio insigne y recóndito. Esto lo expresaban de varias formas en los jeroglíficos: el septenario celeste así III ⊗ ; el septenario sublunar III Ψ el celeste por tres líneas y el círculo cuatripartito, el sublunar por tres líneas y la cruz III ☩ , con lo que ocultamente estaban manifestando que la virtud septenaria y universal del supremo Numen fluía cuando se movía del ternario al cuaternario, primero en el celeste, después en el sublunar y, mediante el retroceso, se restituía. Este misterio ha llegado maravillosamente a nosotros a través de los caracteres jeroglíficos incisos en el limbo del sol supramundano de Osiris, en forma de siete círculos cuatripartitos y otras tantas cruces colocadas todas en orden, a cada cruz y a cada círculo preceden tres líneas, es el símbolo de los siete mundos divididos en un orden de siete clases. El primer orden se representa por III ⊗ ; el círculo dividido en cuatro partes representa a las cuatro partes del mundo, al que, si le unimos las tres líneas precedentes, obtenemos las siete edades de las cosas de este mundo; así también en el orden siguiente se indicaría de forma arcana con los cuatro espacios del círculo y las tres líneas, las clases de elementos de que consta este mundo. Lo mismo expresaban con la cruz y las tres líneas, es decir, la difusión a través del mundo elemental. Pero, abramos el misterio. Llamaban al primer mundo arquetipo *Hemphta* u Osiris supramundano, primera unidad triforme de las cosas. El segundo mundo es el angélico, dividido en siete clases, según el dogma de los egipcios, a través del cual circulaba la fuerza del supramundano Osiris. El tercer mundo es el material, constituido por las siete órbitas planetarias. El cuarto mundo es el de los cuerpos inanimados, dotado de siete especies de metales. El quinto mundo es el vegetal, distribuido en siete clases de plantas. El sexto mundo es el de la naturale-

za sensitiva, dispuesto también en siete clases. El séptimo mundo es el hombre microcosmos, dividido también en siete estados, después del cual el supremo numen vuelve a sí mismo. Estos son los siete mundos distribuidos en siete géneros con sus clases o grados a los que hace referencia el esquema jeroglífico.

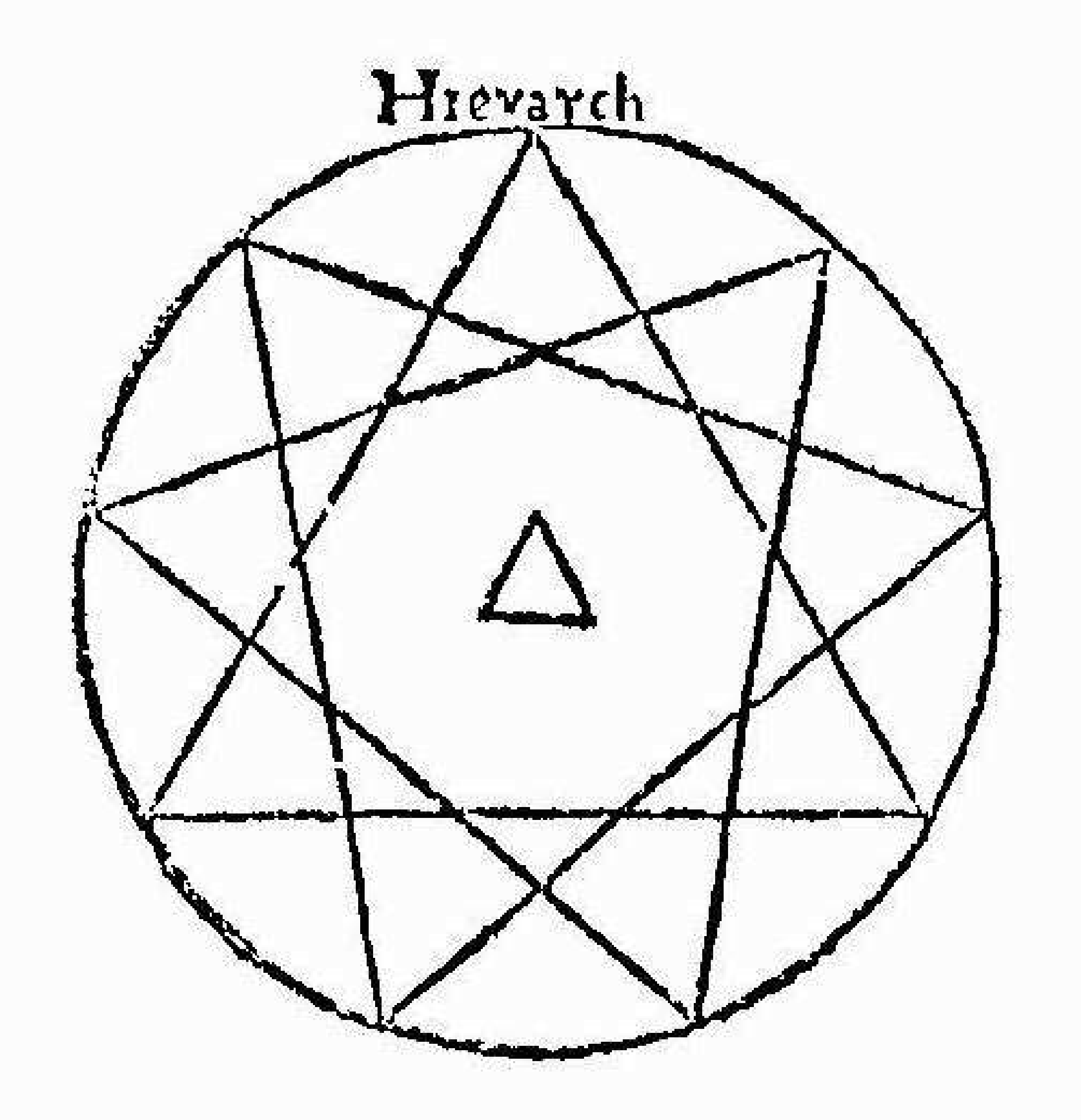
Se puede observar como de la mónada suprema y arquetipo, evolucionando desde su centro, surge, en primer lugar, el mundo intelectual dotado del gobierno de los siete príncipes genios, como la misma unidad en su desarrollo produce también, como si actuara en círculo, el mundo material, celeste, adornado con el coro de los siete planetas, después el mundo de los inanimados; la tierra preñada con los siete géneros de metales, también crea el mundo de la naturaleza vegetal, dividido en siete clases de plantas, después procede el mundo de la naturaleza sensitiva, distribuido en siete órdenes de animales, finalmente, crea al hombre microcosmos, como complemento de todo, para, a continuación, retirarse al abismo de la unidad y del centro infinito y descansar de la obra que había realizado. Los egipcios describieron correctamente estos siete mundos, dando a entender que tuvieron en cuenta el trabajo semanal descrito por Moisés. Como todo esto lo hemos tratado ampliamente en la Tábula Bambina, ahora hemos considerado suficiente hacer esta referencia.

El octonario surge de duplicar el cuaternario, lleva la primacía de los cubos sensibles; el cubo es el primero después de la unidad, pues la unidad es el abismo intelectual de los números, principio de toda multitud, reclama para sí el dominio de los números regulares. La unidad es el primer triángulo, el primer cuadrado, el primer pentágono, la primera pirámide y el primer cubo, y como no se cubre con ningún vestido visible, el primer cubo carece de ángulos y de lados, porque la primera unidad toda ella es ángulo, toda lado, toda cubo; porque todo lo que hay en la simple unidad existe sin especie, sin composición alguna en variedad de partes, en cualquiera de los números, distante de la unidad, se distinguen sensiblemente las partes. El octonario es el primer cubo sensible que procede de la mónada, brota de la fuente de la diada o primer número sensible: dos veces el 2 da el 4, el primer cuadrado sensible; dos ve-

ces el 4 nos da el 8, el primer cubo, símbolo lógico del bosque y del mundo menor. Lo mismo que el mundo vegetal consta de cuatro elementos, así el mundo menor, el hombre, además de estar constituido por la combinación de los cuatro elementos, fundamentalmente consta también de cuatro elementos; la misma alma, la substancia, la inteligencia y la voz o escritura, pues, como dice Platón, lo mismo que el alma del macrocosmos tiene su domicilio en el mundo entero, así el alma del microcosmos tiene su propio domicilio en todo el cuerpo; por tanto, el octonario, primer cubo que surge por la composición de dos cuadrados, es su símbolo.

La mismo que el septenario es el símbolo de los siete entes, para los egipcios el octonario era el símbolo de los ocho genios o divinidades principales por las que era gobernado el mundo septenario; y no carece de fundamento, según testimonio de Marciano, el que surgiera de Minerva y del amor, esto es, de la noche y del espíritu, por una cierta razón divina. Cada vez que Orfeo quería demostrar la justicia divina acostumbraba a jurar por el octonario, por el que, según afirmaba Evander, se obtenía el dominio de las cosas superiores, es decir, el fuego, el agua, la tierra, el cielo, el sol, la luna y Mitra, que investiga la noche. Los egipcios lo representaban por una estrella o por un círculo insigne de ocho radios. También en la columna jeroglífica, según testimonio de Diodoro, se colocaban ocho divinidades: Saturno, Rea, Osiris, Espíritu, Cielo, Luna, Noche y Día.

El novenario resulta de multiplicar la triada por sí misma; es tanto más arcano cuanto más envuelve tres veces a la triada, y cuando llega a formar el cuadrado contiene en sí mayores misterios. Lo mismo que la trinidad del sumo bien es el número del primer principio, al sumo bien y primer principio en su unidad de substancia le adoran todos los fieles bajo la triada de las divinas hipóstasis en las que brilla maravillosamente, del mismo modo, la indivisa trini-una, creadora de todas las cosas, triplicada, genera el novenario. Las substancias angélicas inmediatamente creadas por Dios de la primera propagación de las criaturas y de la distinción novena en los órdenes celestes, son un símbolo muy conveniente, como claramente está demostrado en la figura adjunta, donde la divina y superinmen-



sa trinidad, simplicísima e indivisible unidad, movida hacia el exterior, se triplica y produce tres monarquías jerárquicas de las mentes intelectuales distribuidas en coros internos, que son anotadas con el signo de la S. S. Trinidad y expresan en sí la primera e inmediata imagen, la que el hombre refiere a las cuatro potencias internas y a las cinco externas.

Lo que representan por este novenario los mismos gentiles, desconozco en virtud de qué instinto, parecen haberlo intuido al disponer nueve musas como las Inteligencias que presiden el orbe celeste para mantener la armonía del mundo; también parece que lo entendieron así los hebreos al referirse, mediante este novenario, al triple mundo: angélico, sideral y terrestre, según la disposición del alfabeto místico, que he querido traer aquí por curiosidad, no porque a través de su analogía se fundamente algo real en la naturaleza (23):

Serafín	Mente	Urania
Querubín	Entendimiento	Polimnia
Tronos	Razón	Euterpe
Dominaciones	Imaginación	Erato
Potestades	Oído	Melpomene
Virtudes	Vista	Tersicore
Principados	Olfato	Caliope
Arcángeles	Gusto	Clio
Angeles	Tacto	Thalia

Novenario angélico según la disposición del alfabeto hebreo:

ט	ח	ז	ו	ה	
Angeles	Arcángeles	Principados	Potestades	Virtudes	
ד	ג	ב	א	צ	
Dominaciones	Tronos	Querubines	Serafines	Luna	
פ	ע	ס	נ	מ	ל
Mercurio	Venus	Sol	Marte	Júpiter	Saturno
כ	י	ץ	ף	ן	
Firmamento	I. Movil	Inteligencia	Razón	Sensitiva	
ם	ך	ת	שׁ	ר	ק
Vegetativa	Inanimada	Tierra	Agua	Aire	Fuego

Se puede ver cómo a través del primer novenario del alfabeto se indica el mundo angélico, en el que aparecen las mentes sin ninguna envoltura de mezcla terrena; con la primera letra del novenario denominan al mundo angélico, al que sigue, como más próximo, el que llaman mundo de las esferas. Con la segunda letra del novenario se refieren al primer móvil, el firmamento, con las órbitas de los siete planetas. Con la tercera letra del novenario se refieren al tercer mundo o mundo de los fundamentos; es el mundo de los elementos, en cuyo mundo es admirable la dependencia mutua, ya que el mundo sideral subsiste gracias al influjo del mundo angélico y el elemental gracias al influjo de ambos, del sideral y del angélico. De nada sirve todo esto cuando el influjo de la suprema y arquetípica mónada no actúa; aquí es el denario el que realiza la unión de toda la naturaleza creada con la unidad suprema, al influir en el mundo angélico, en el sideral y en el elemental, todo lo crea, anima, mueve, conforta y perfecciona: a esta mónada del novenario de los mundos los hebreos la llaman infinito, pero pasemos a explicar ya las cadenas de las cosas naturales que resultan aquí.

Capitulo V

Sobre las cadenas de las cosas naturales expresadas por números.

Hay otro misterio en la naturaleza que solamente puede ser explicado a través de los números. Existe cierta razón tomada del arquetipo por la que la sabiduría creadora designó a cada uno de los órdenes de entes con números, estos órdenes se hallan distribuidos en muchas clases, que pueden ser distinguidas por su clasificación numérica y cualquiera puede volver a la suya. Se refieren a todos los órdenes, pero, de forma especial, a la economía de la naturaleza vegetal. Las partes de los vegetales son siete: la raiz, el tallo, la corteza, la hoja, la flor, el fruto y la semilla. Hay plantas que solamente disponen de una raíz, como se puede ver en muchas cebollas, nabos y demás plantas similares. Otras plantas tienen dos raíces, como las orquídeas, mandrágoras y las gencianas, otras están dotadas de triple raíz, como la yerba y similares.

En algunos tallos los internodios crecen en longitud con una proporción aritmética y, a veces, también decrecen, como la yerba valeriana, la cola de caballo y el saúco; de las berzas, las redondas, triangulares y cuadradas, como la yerbabuena acuática, el olmo arrugado y otras plantas semejantes a éstas. Si nos detenemos en la multiforme factura de las hojas encontramos en ellas una gran diferencia por su constitución; algunas tienen una sola hoja, por eso reciben el nombre adecuado de unifolios, otras tres, y son innumerables las especies de trifolios, otras cuatro, que aparecen frecuentemente en el medio del tronco; las hay también con cinco, seis, siete hojas, etc. La pluralidad de hojas en las yerbas ha sido constituida según la serie natural de los números.

Es maravilloso lo que se ha observado en la cola de caba-

llo. Esta yerba tiene un tallo distinto en los diversos intermedios, de cada uno de los cuales salen 24 hojas observando una igualdad total de los ángulos, con tanta habilidad de la naturaleza que si el tallo se corta a la altura del equinocio y por el lugar autro-boreal, o por el reloj que llaman equinoccial, entonces, al pasar el tallo por el centro proyecta en las hojas sus horas mediante la sombra, las que marcaba la hoja. Admirable juego de las naturaleza.

Pasemos a la numerosa familia de las flores, propio de las cuales es manifestar su propia familia bajo un número determinado según las diversas especies. En la higuera son lo mismo la hoja, la flor y el fruto. Todas las flores gozan de un número determinado de hojas que se extiende desde el centro a la circunferencia en forma de radios, expresando así la admirable belleza de las flores: Hay flores de dos, tres, cuatro y cinco hojas hasta el infinito, cada una de las cuales recibe su nomenclatura del número de hojas, que se comprobará perfectamente con los frutos y con las semillas: que nadie piense que esto carece de misterio por el hecho de que la sabiduría creadora lo haya dispuesto maravillosamente en número, peso y medida, puesto que los observadores de la naturaleza más arcana observaron diversas especies de plantas que constan del mismo número de raíces, flores y hojas, descubriendo también que sus fuerzas naturales concordaban entre sí, deduciendo de aquí que en la naturaleza vegetal se formaban determinadas cadenas numéricas, asumidas las cuales en proporciones medicinales, dicen que producen fuerzas de manera admirable; como está demostrado al reunir en una las diversas clases de pentafoliadas. Es cierto que la raíz de cinco dedos, que llaman palma de Cristo, produce un efecto maravilloso en la curación de una mano enferma, a la que si se une la yerba de cinco nervios produce la curación de las manos y de los pies, lo mismo que las plantas triangulares sirven para curar las tercianas; puesto que los números en los miembros de las plantas no dejan de ser determinados signos, de cuyo estudio obtenemos la información de la índole interior de tal y tal planta, de su arcano característico o signatura. Sobre esto se puede ver lo tratado ampliamente por Juan Bautista Porta en su *Phytognomia* y por nosotros en *Edipo Egipcíaco,* T. II, Syntag. V, sobre la medicina

jeroglífica de los egipcios, y en el Lib. 3 de Arte Magnet., donde hemos expuesto ampliamente el argumento de este tema y a donde remitimos al curioso lector.

La naturaleza numérica juega de un modo semejante con el cristal, el topacio, la amatista y demás piedras preciosas, cuya naturaleza en unos casos compone la figura en triángulos, en otros en tetraedros, en otros en hexaedros o icoxaedros, esto es, en tres, cuatro, cinco, doce y veinte lados, de cuyo origen y resultado hemos ya tratado en el Lib. 8 de «Mundo Subterráneo» ampliamente, por lo que no queremos detenernos más en estos temas.

La diversidad numérica del color también juega en el mundo de los animales, puesto que en los animales y aves, de forma especial, podemos contemplar algunos con uno, otros con dos, otros con tres y hasta cuatro colores, e, incluso, algunos están dotados de innumerables colores. Reduciendo esto a determinadas clases con la misma identidad numérica, uniendo los órdenes en el reino de la triple naturaleza, pudieron establecer las cadenas e índices en la naturaleza de las cosas grandes.

Capítulo VI

Sobre las cadenas místicas de los números.

Dijimos anteriormente que el flujo de la mente divina del Creador tenía lugar a partir de aquella unidad supramundana y arquetípica, primero hacia dentro, por la triada a la triada y desde siempre: en ese inefable punto de la eternidad se comunicaba al exterior a través del cuaternario a todo el ámbito de la naturaleza corpórea y a cada uno de los órdenes de la naturaleza creada, mediante las inteligencias que lo presiden todo. En primer lugar a la masa elemental: todo aquello que es materia de los cuerpos y perceptible por los sentidos, compuesto por aquellos cuatro principios de todas las cosas, que ya expusimos en el *Itinerario Estático.* A través del cuaternario el arquetipo triplicado en las inteligencias angélicas se manifiesta en la periferia cuatripartita del mundo, mientras la sabiduría distribuye los entes de acuerdo con un número acorde con las cuatro plagas del mundo: el austro, el boreo, euro y zafiro a través de las cuaternas triplicantes: el fuego, el aire, el agua y la tierra. Inmediatamente después de la mente divina con el concurso del sol, distribuye a través de las mentes angélicas el curso anual en cuatro estaciones: primavera, verano, otoño e invierno, a las que responden por cierta analogía las edades del hombre: infancia, adolescencia, madurez y vejez; en la primavera comienza el hombre su vida, en el verano crece y madura, en el otoño recoge los frutos de la vida pasada y en el invierno subsiguiente se llega al fin. Cada primavera se vuelve al principio de un nuevo renacimiento, de este modo el flujo se lleva a cabo en el cuádruple grado de la naturaleza inanimada, vegetal, sensible y racional, cuya conservación depende de las cuatro primeras cualidades elementales: cálido, húmedo, frío y seco, de las cuales están compuestas. Pasemos ya al septenario.

La naturaleza goza con el número septenario. El arquetipo del mundo está compuesto por siete espíritus que están en la presencia de Dios y que eternamente contemplan las ideas divinas, que están presididas por las siete estrellas de los planetas para ordenar el bien en el universo. En el firmamento la Osa también modera las estrellas en beneficio de los navegantes. Las lunas forman igualmente los períodos de cuatro semanas, o veintiocho días, de cuya actuación brotan desde el mundo sideral las siete especies de metales: plata, oro, hierro, estaño, plomo, mercurio y cobre en la naturaleza mineral. También los siete miembros de la naturaleza vegetal: la raíz de las plantas, el tallo, la corteza, la rama, la hoja, la flor y el fruto. En el microcosmos exterior crecen y se conservan los siete miembros principales: la cabeza, el cuello, el pecho, las manos, el vientre, la ingle y los pies. En el interior de los siete vasos de la vida: que son el cerebro, el corazón, el estómago, el bazo, el hígado, los pulmones y los riñones. Dios inspira las obras en las almas a través de los siete dones del Espíritu Santo mediante las siete obras de misericordia. Las almas, fortificadas por ellas y admitidas en la familia de los hijos de Dios, vuelven al lugar de donde partieron. Pasemos ya al denario.

El denario es el número armónico y el más perfecto de todos; asume en sí todas las diferencias de los números pares e impares y todas las proporciones armónicas, como se comprende a partir del cuaternario desintegrado, que tiene la potencia del denario, puesto que 1 2 3 4 sumados forman el denario, porque, así considerado, contiene en sí todas las proporciones de las cinco armonías, en la proporción 2 a 1 se halla la doble, que los músicos llaman *diapente;* en la proporción 2 a 3 obtenemos el sesquitercio, llamado *diatesaron;* en la proporción 3 a 1, la triple, que llaman *diapason-diapente;* en la proporción 4 a 1, la cuádruple, llamada *disdiapason.* En todo esto está contenida la música universal, no sólo la artificial o del mundo menor, sino también la del mundo mayor, juntamente con la angélica y con la del coro supremo de Dios óptimo y máximo. Antes que el Creador de todo comunicase la unidad a las cosas inferiores, se difundió como ejemplar a partir de su unidad arquetípica al ternario y cuaternario, incluso al denario, como si fueran diez las ideas y medidas a las que debían

ajustarse los números y las cosas, de forma que ya no pudiera darse otro número más allá del denario, salvo que fuera éste multiplicado. Vuelta ya la unidad a su base, la mente suprema, unida al denario elaboró a su vez el denario de las cosas creadas; lo que los antiguos mitólogos expresaban, y no de forma ignorante, a través de las nueve musas y de Apolo. En este sentido, los nueve coros de los ángeles distribuidos en tres jerarquías completan el denario con Dios, complemento de todo. En las ciencias el denario lo completa todo, las nueve categorías con la sustancia. En las leyes morales, los diez mandamientos constituyen el complemento de ambas leyes. Todo lo dicho hasta aquí lo expresaban los sabios hebreos mediante diez numeraciones, que llamaban *Sephiroth* o numeraciones, expresaban, como se verá en el esquema siguiente, todo aquello sobre lo que versaba el quehacer de los hebreos. Son estas diez numeraciones, a las que llaman emanaciones o vestidos de Dios, con las que procedió hacia el exterior en la creación del mundo; tres de las cuales son las superiores, altísimas, espirituales e intelectuales, muchos las asignan la función de cuadriga, con lo que hacen referencia al místico carro de la divina majestad descrito por Ezequiel. Siete son los inferiores y son consideradas como obra de elaboración mundana. También hay diez nombres divinos, de los que los tres primeros son denominados emanaciones, a los otros siete les llaman atributos y los aplican a los miembros del cuerpo humano, no porque entré Dios y nosotros exista alguna semejanza de figura o de sustancia, como muy bien dice Dionisio, sino, simplemente, como simple insinuación de miembros. Por esta razón, en las Sagradas Escrituras, se le asignan a Dios el corazón, los ojos, los oídos, las manos y los pies, no porque Dios tenga alguna proporción o semejanza con los miembros de nuestro cuerpo, sino porque lo que es en el Altísimo e incomprensible ente de los entes, interno e inefable, del que todo procede, manifiesta la razón de las cosas altísimas, escondidas e incomprensibles para la mente, por lo que la atribución impropia a Dios de los miembros del cuerpo humano no deja de ser un signo. La insinuación de numeraciones no manifiesta ningún término, ninguna medida, ningún número o masa, o el resto de las cualidades, sino que manifiesta una tenue sombra, similitud o analogía, de

las divinas virtudes (en cuanto el hombre, acostumbrado a las imágenes corpóreas según las numerosas especies, las puede concebir), mediante estas diez numeraciones, a modo de canales, a través de los ángeles en el mundo sideral, y de éste en el mundo elemental, Dios influye en el ámbito de toda la naturaleza inferior. En primer lugar colocan un globo lúcido-tenebroso con el que hacen referencia a la divina esencia, que llaman *Ensuph,* esto es, infinito, expresión de todo término y fin, del que procede todo influjo. Los teólogos más profundos de los hebreos expresan con los diez nombres divinos las diez sumas perfecciones que en él brillan, y, según cierta analogía oculta, la atribuyen a todos los órdenes de la naturaleza angélica y a todos los esquemas de los cuerpos móviles celestes en el mundo sensible: en el microcosmos a todas las constituciones de los principales miembros. Dios no influye de forma efectiva a través de los diez nombres, que son como su vestidura, en el mundo angélico, ni después, a través de ellos, en el mundo sideral o en el mundo elemental, ni tampoco en el microcosmos, como dijimos, esto es simplemente una analogía. Estas son las diez numeraciones con las que los hebreos tratan de conservar el mundo creado. Las tres primeras se consideran propiamente intrínsecas a Dios, coetáneas e infinitas, sobre las que habla R. Isaac Comm en Ietsirach: «Las tres numeraciones con Kether, Cochma, Binah, altísima sede y único trono en el que está sentado el santo, santo, Señor Dios Sabaoth». Qué otra cosa pueden querer representar los antiguos hebreos con esta triada numeral, no lo entiendo, salvo que se refieran al misterio de la Santísima Trinidad, aunque los jóvenes, más ciegos que el topo, se nieguen a reconocerlo y se limitan a representar con ella tres propiedades, sobre las que ya hemos tratado ampliamente en la Cábala de los Hebreos y en la segunda parte del Edipo Egipcíaco. Esta es la descripción de las diez numeraciones o *Sephiroth,* que tiene 22 canales, mediante los cuales uno fluye en otro y son tantos como letras hay en el alfabeto hebreo, es decir, 22. Es un sistema dividido en tres partes, la primera de las cuales representa al mundo arquetípico juntamente con el angélico, la segunda al mundo sideral, la tercera al mundo elemental, afirman que no hay nada en el arquetípico o en el angélico que no se halle, en cierta analogía, en el mundo sideral,

elemental y en el microcosmos. El lector puede comprobar esta forma de filosofar en nuestra Cábala, donde puede encontrar tratado todo lo que puede apetecer sobre esta materia. Para no exceder los límites de los misterios de los números, hemos creído conveniente insinuar estos temas en lugar de tratarlos. Pero pasemos ya a la materia establecida, en la que nos falta explicar la fuerza del duodenario (24).

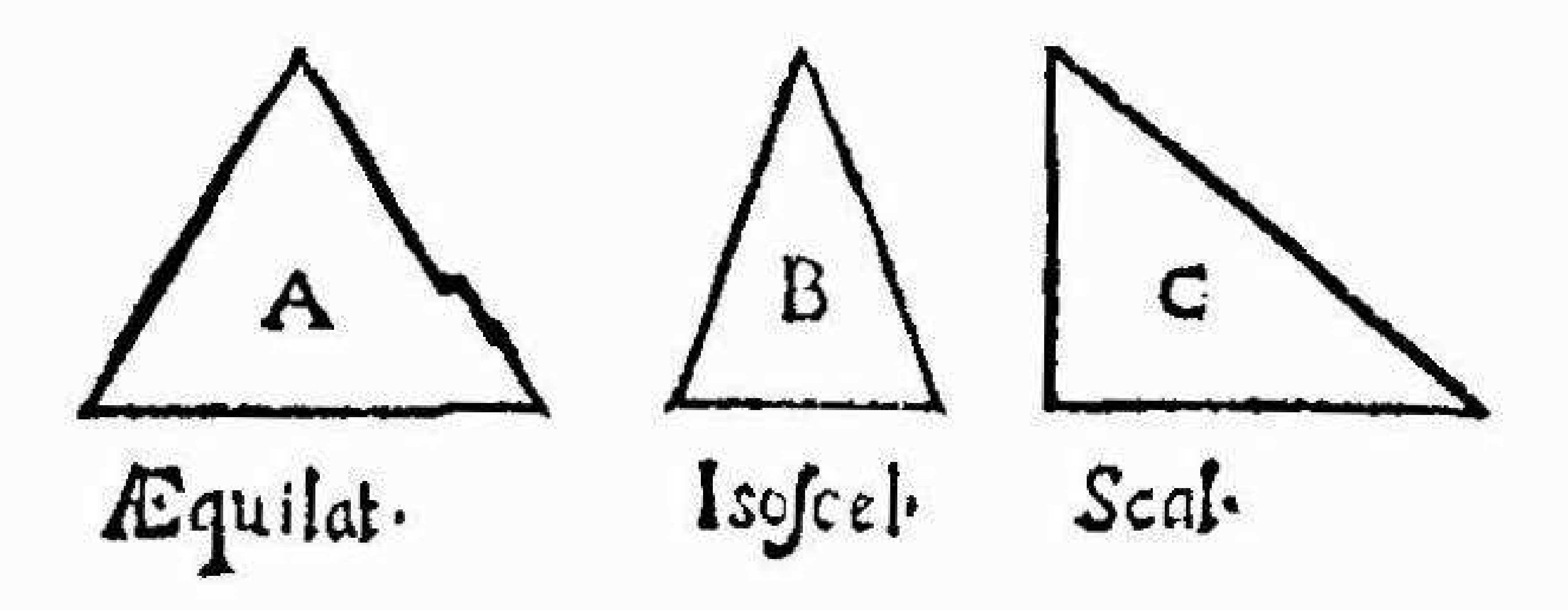
Tabla del influjo de las diez numeraciones

1. Kether: Corona.	influye en	Serafín.	por éstos en las esferas del	Primer móvil.
2. Cochma: Sabiduría.		Querubín.		Firmamento.
3. Binah: Inteligencia.		Tronos.		Saturno.
4. Gedula: Magnitud.		Dominaciones.		Júpiter.
5. Geburath: Fortaleza.		Potestades.		Marte.
6. Tiphereth: Hermosura.		Virtudes.		Sol.
7. Nizah. Victoria.		Principados.		Venus.
8. Hod: Honor.		Arcángeles.		Mercurio.
9. Iesod: Fundamento.		Angeles.		Luna.
10. Malcuth: Reino.		Orden animástico.		Mundo elemental.

El duodenario surge de multiplicar el tres por el cuatro, de la mónada trina divina por el cuaternario de la naturaleza creada, el que en las Sagradas Escrituras fue asumido para significar la totalidad de las cosas. De aquí que la ciudad suprema de Jerusalén tuviera doce puertas: San Juan la describe construida en todas sus bases; con lo que insinúa bajo misterio y en un sentido místico la totalidad de los que se han de salvar, que se representa por las doce tribus de Israel en la ley natural y por los doce apóstoles en la ley de gracia, los que predicaron el Evangelio por las tres cuartas partes del mundo para recuperar la salvación de los mortales, y se ha indicado así porque tres por cuatro dan doce, por eso en el mundo dividido en cuatro partes nadie puede salvarse más que en la fe de la Trinidad, puesto que por el lavado de la regeneración, que correctamente se representa por el baño de Salomón sustentado por doce bueyes. Porque el hombre no puede vivir sin el concurso de las cosas necesarias, de aquí que en el mundo sideral el sol quisiera vagar de la zona austral a la boreal y al contrario, marcando

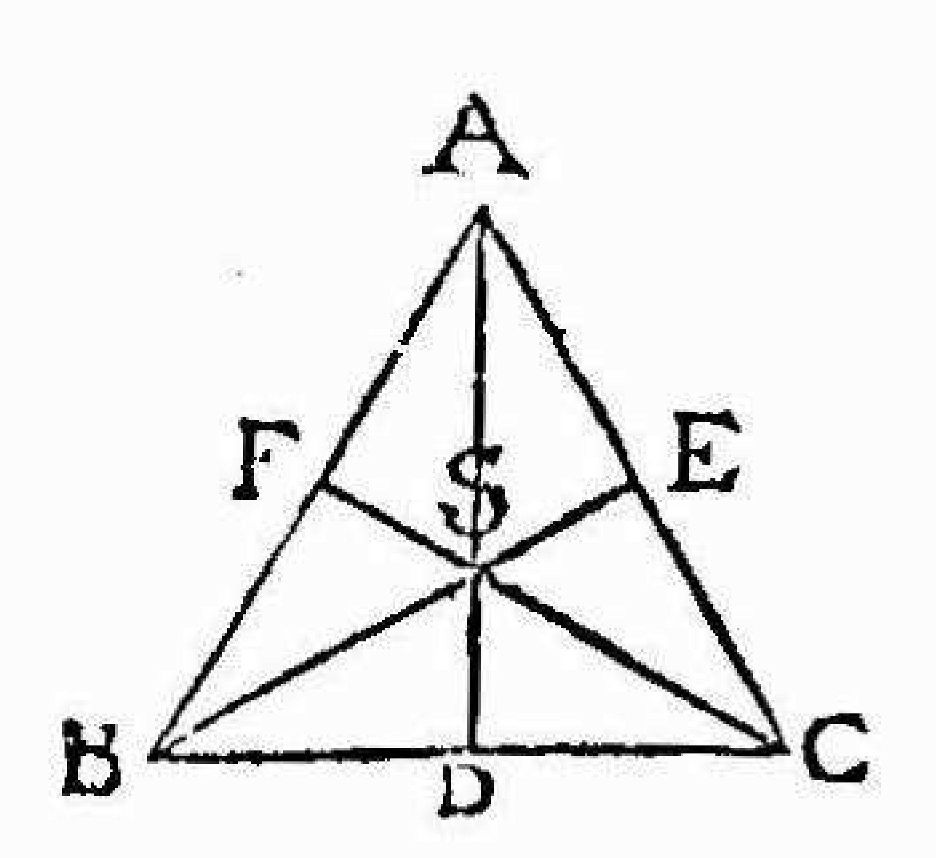
así los doce signos del Zodíaco y todos los meses, para que aquellas cosas que fueran establecidas para el uso del hombre cooperaran por todas partes a la creación del año mediante los doce meses y a su conservación, afectando así a su último fin, una vez terminada la vida mortal, por eso no hay nada en las Sagradas Letras que se exponga mediante el duodenario sin que se refiera a lo ya dicho. Se pueden ver los misterios del número duodenario en la siguiente figura. Pero ya solamente nos falta exponer el modo, según el cual expusieron hasta aquí la totalidad del mundo Platón y los pitagóricos.

Hemos de tener en cuenta que los egipcios, para designar las virtudes de Dios, utilizaron con frecuencia figuras geométricas (siguiendo en esto a Platón y a Pitágoras, Laercio y Melco, como lo demuestran en sus vidas). Usaron el triángulo con preferencia al resto de las figuras, y le utilizaron en sus tres formas. Tanto el triángulo que consta de tres lados iguales y que llamamos equilátero, como el que consta de dos lados iguales y se llama isósceles, o el que consta de tres lados desiguales y llamamos escaleno. A través del triángulo equilátero la trifor-

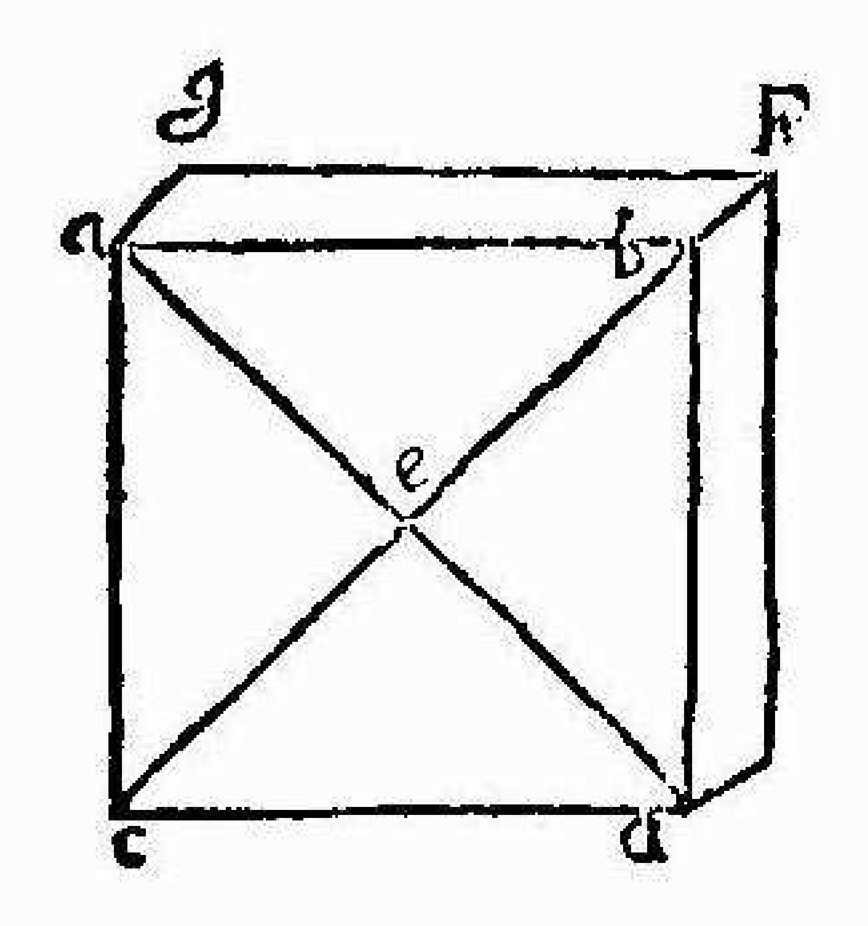


me divinidad actúa en el mundo corpóreo (de aquí que, según Platón, se dedicaba a los dioses protectores del mundo corpóreo) mediante el triángulo isósceles tenía lugar el mismo proceso en el mundo sideral y, mediante el escaleno, de tres ángulos desiguales, el primero de los cuales es recto y el otro doble del tercero, la unidad actúa en el mundo de la alteración o mundo elemental, mediante el círculo se representaba correctamente la naturaleza sola y trina de Dios, como después diremos. A continuación veremos como Alcino Platónico demuestra amplia y maravillosamente este orden o serie de la generación de las cosas.

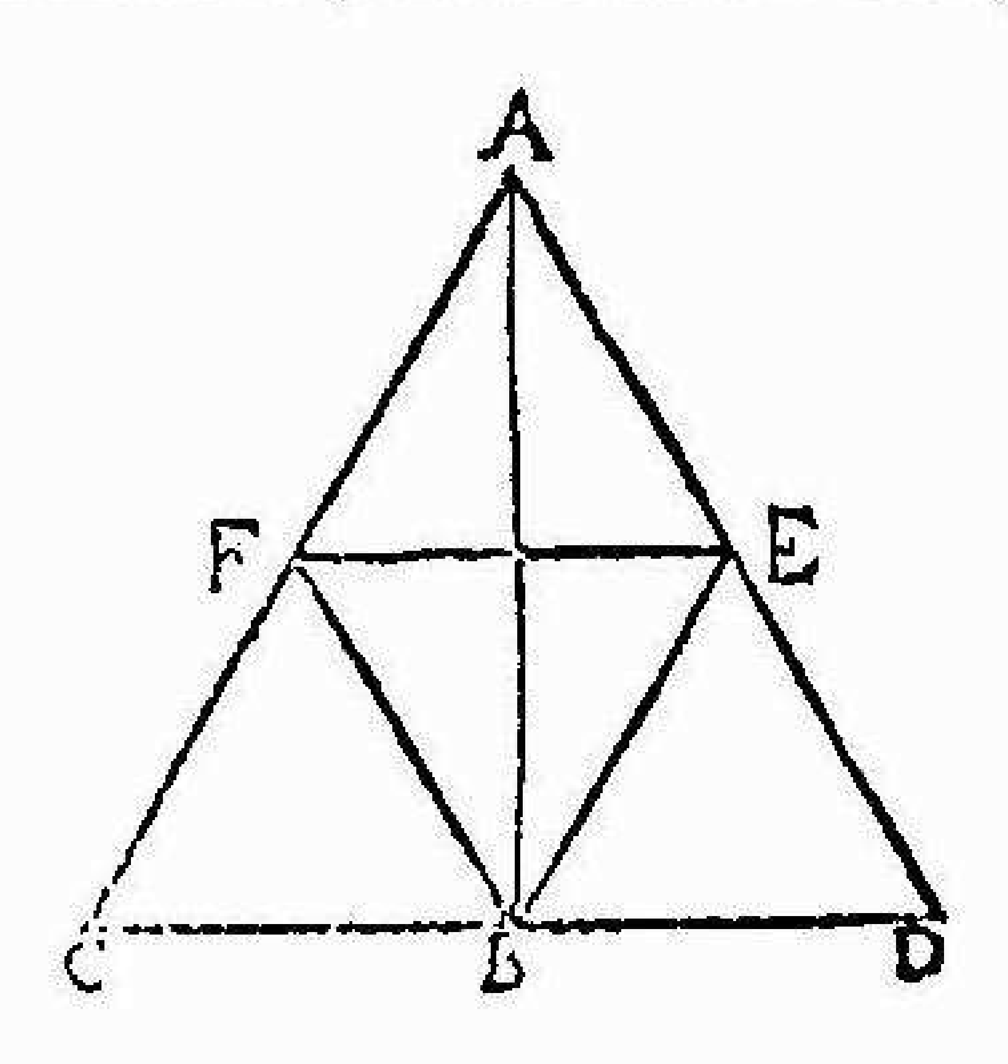
Platón, teniendo en cuenta el pensamiento de los egipcios, compuso con el triángulo escaleno cuatro figuras regulares, en las que hay un ángulo recto, otro tiene dos terceras partes del recto y el tercero que tiene la tercera parte restante, es decir, un ángulo tiene 90 grados, otro 60 y el tercero 30; puesto que hasta ahora esto les ha permanecido oculto a sus comentaristas, en la parte que nos corresponde, trataremos de demostrarlo aquí con un raciocinio geométrico. Primero dibujaban el triángulo equilátero A B C, de cuyos ángulos A B C salen otras tantas perpendiculares AD-CF-BE, que dividen al triángulo equilátero en seis triángulos escalenos, todos iguales y semejantes, como manifiestan los números, pues cada uno tiene un ángulo recto y, de los otros, la mitad tiene 60 y la otra mitad 30. Los que terminan en el punto medio S tienen 60, los que terminan en los puntos A B C tienen 30 y los que terminan en los puntos medios de los lados F D E tienen 90 grados, la suerte de los lados va en la misma proporción y tienen los números 3, 4 y 5, cuyo misterio después explicaremos. Al triángulo así formado lo denominaban genético, como si fuera una figura nupcial que representara el principio generacional de todas las cosas sublunares. La base representaba para ellos el principio de las cosas, pasivo y húmedo, es decir, Isis. Mediante el lado AB representaban el principio de las cosas, activo y cálido, y Osiris, fuerza masculina. Con el lado AC la hipotenusa, compuesta de ambos, a Horus.



Ahora veamos como los triángulos isósceles y escaleno producen las cuatro figuras regulares, como primeros principios y, consiguientemente, los cuatro elementos cuyos símbolos son. El símbolo cúbico lo hacían de la siguiente manera: cuadruplicaban el isósceles A B C formando el cuadrado ABED, al ampliarlo a seis, formaban el cubo



ABEDCFG, así el isósceles, según testimonio de Proclo, sería el primer principio de la tierra y el cuadrado el próximo. De esta manera formaban también el símbolo del fuego, pirámide o tetraedro. Al constar el tetraedro de cuatro triángulos equiláteros, cada uno de los cuales, como poco antes hemos demostrado, se compone de seis escalenos, al multiplicar el cuadro por seis, obtendremos 24 escalenos genéticos (así denominaremos a continuación este triángulo). De este modo la pirámide de cuatro ángulos no solamente representaba el fuego, sino todo el universo en el que la fuerza ígnea se difundía ocultamente; así lo extendían al cuerpo. El triángulo ACD, dividido por la mitad, forma dos escalenos B A C y B A D, con el que representaban la procesión de la divinidad desde el mundo arquetipo al mundo expuesto a alteraciones y mutaciones: cortando estos triángulos escalenos se producían los isósceles B F A-B E A, indicadores del influjo de la divinidad a través del mundo sideral: también a estos isósceles se les secaba con la línea F E y daban cuatro triángulos equiláteros A F E, F E B, F C B, con cuya combinación se formaba el tetraedro o primero de los cuerpos sólidos, el ternario sobre el cuaternario, es decir, que el triángulo daba origen a una figura de cuatro planos o pirámide trilateral, naciendo así de los tres ángulos otros doce ángulos, como si en esta única figura se encontrara la serie completa de todo el mundo, tanto sideral como elemental. El triángulo expresaba con su triada la generación de las cosas, como después se demostrará; el

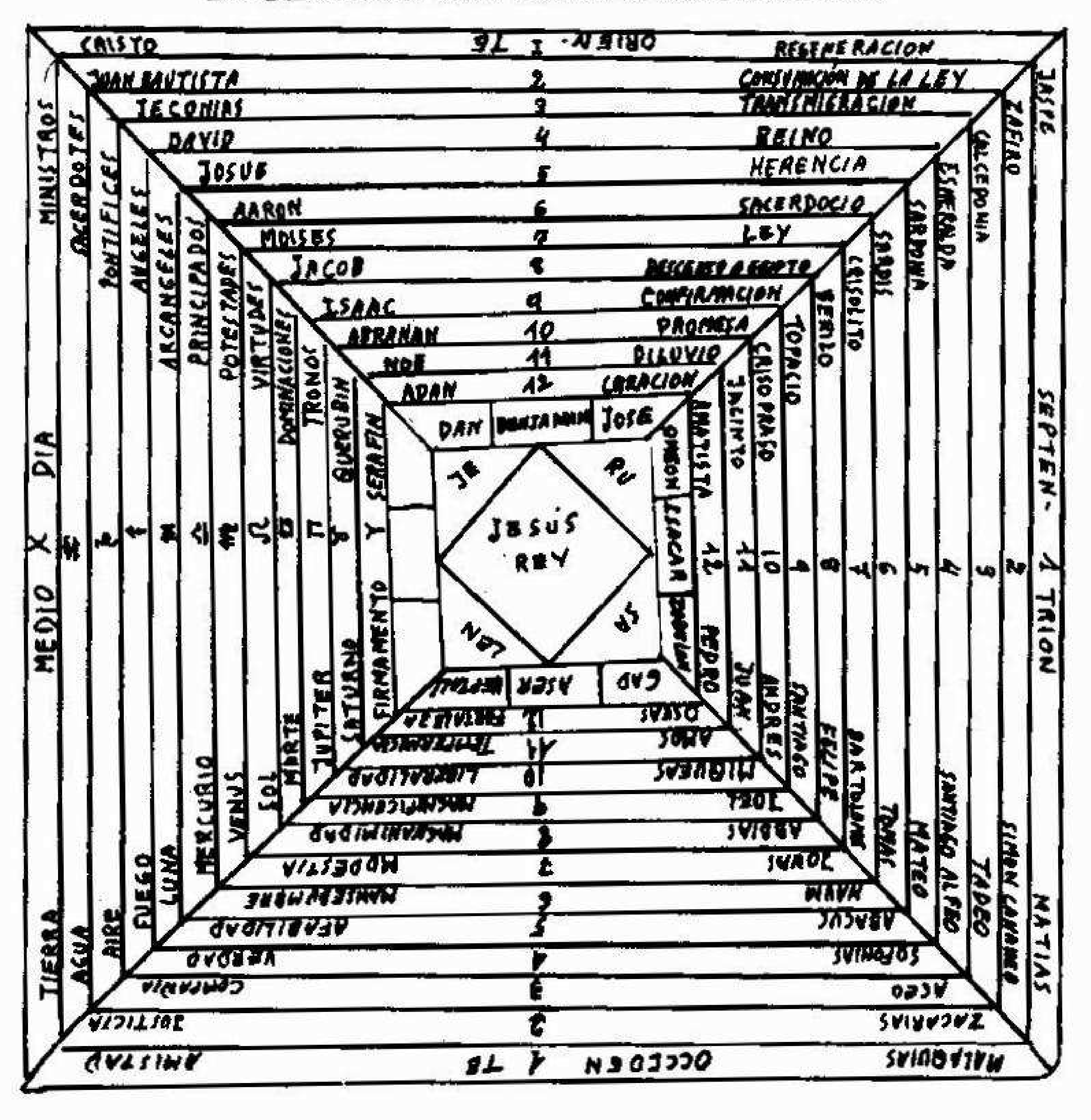


cuaternario de los lados los elementos; uniendo el ternario con el cuaternario surgía el septenario del mundo sideral: visibles en los siete círculos de los planetas. Los doce ángeles, inmóviles, representaban las doce dimensiones del Zodiaco. La figura aguda y piramidal servía para representar el fuego o el calor, principio activo de la generación de las cosas, que con su verbo penetraría todos los elementos, los planetas y lo inmóvil. Se formaría después el octoedro de ocho lados iguales, o con triángulos de iguales lados, cada uno de los cuales se formaría de seis escalas genéticas y multiplicando el ocho por el seis obtendríamos 48 escalenos, con los que se formaría el octoedro, símbolo del aire. Finalmente, al constar el icosaedro de veinte triángulos equiláteros y cada uno de los cuales con seis escalenos, si multiplicamos éstos por veinte, obtendríamos 120 escalenos, de los cuales se compondría el icosaedro como de sus principios, por lo que fue tomado como símbolo del agua.

Tenemos así 24 en la pirámide tetraedra, 48 en el octoedro y 120 en el icosaedro, todos ellos escalenos genéticos, por cuya comparación, Platón, adoctrinado por los egipcios y por los pitagóricos, llegó al conocimiento de la proporción de los elementos, que cada uno obtiene en relación con el otro. No porque el fuego, el aire y el agua tengan como primer principio el escaleno y la tierra el isósceles se deduce que estos elementos no puedan eliminarse mutuamente entre sí y que pueda permutarse la tierra con los otros tres elementos y que, los tres elementos, aire, agua y fuego, por existir un principio genético común para los tres pueden autodisolverse y permutarse. Lo que se significa es que en los números de los triángulos, de los cuales surgen los tres elementos como de sus primeros principios, existe una proporción entre los números 24, 48, 120 y que esa es la proporción de la densidad y rareza de substancia: entre el fuego, el aire y el agua la proporción es doble del aire respecto al fuego y cuádruple la del agua y que se comportan como los escalenos del tetraedro, 24, respecto a los escalenos del octoedro, 48 y respecto a los escalenos del icosaedro, 120. El cubo es el símbolo de la tierra, puesto que se compone del heterogéneo triángulo isósceles, por eso considero que no puede ser permutado por sí mismo con los tres elementos restantes, que-

dando así el cubo como símbolo de cierta armonía mundana moderadora de sus partes, es decir, por los seis planos, las doce líneas, los ocho ángulos consistentes y 24 planos de los que consta el cubo, es decir, las proporciones armónicas 6 a 12, doble o *diapason,* 6 a 9, *sesquialtera, diapente,* 12 a 8, *sesquitercia* o *diatessaron,* 8 a 24 *triple diapason diapente,* 6 a 24, *cuádruple diapason.*

ESQUEMA MISTICO DE LA JERUSALEN CELESTE INCLUIDO EN EL DUODENARIO



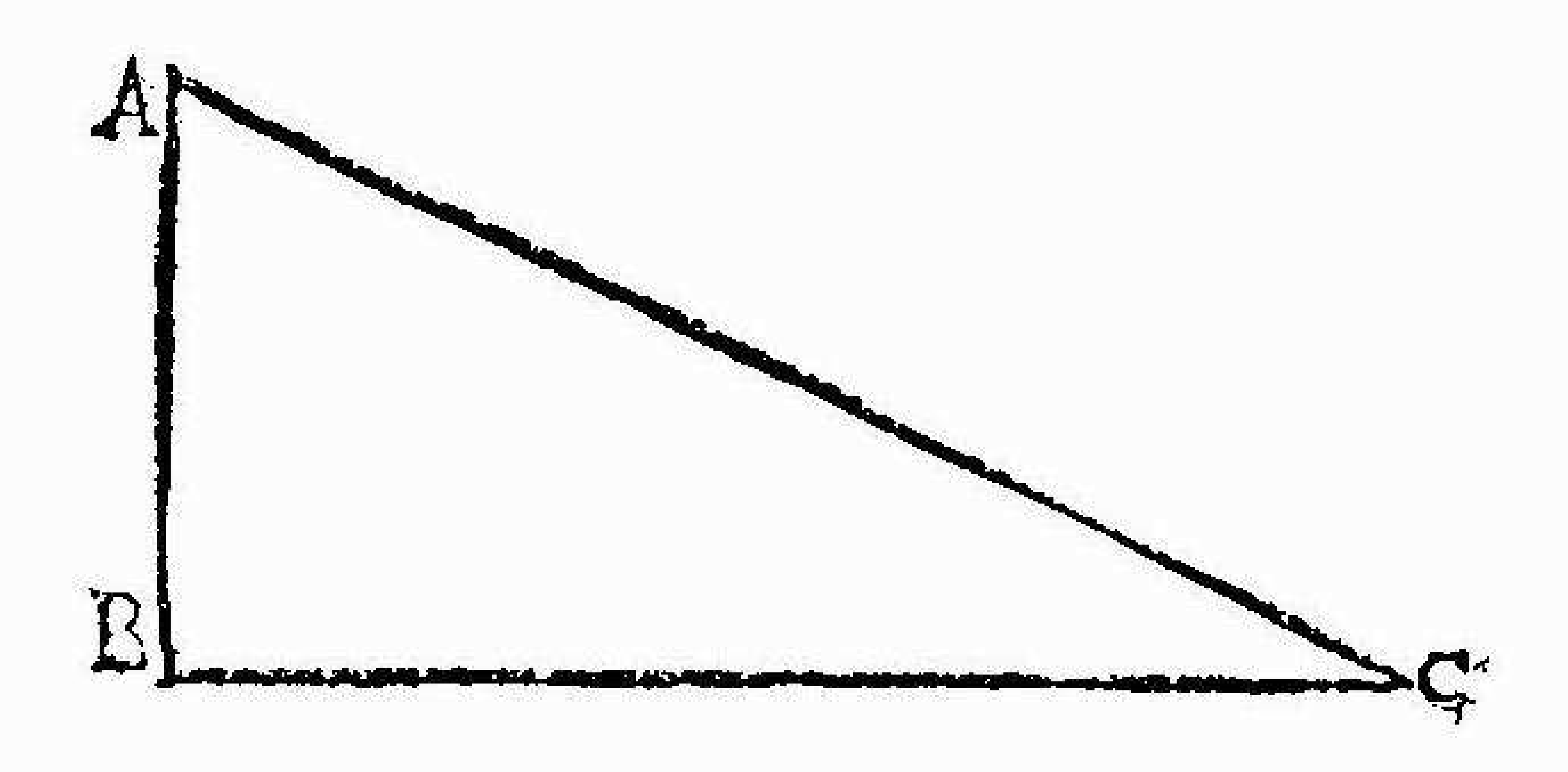
Además de estas cuatro figuras regulares sólidas, pensaban que se podía formar también una quinta con los pentágonos: uniendo tres de éstos en una se formaría un ángulo consis-

tente y nos daría una figura de doce bases o dodecaedro, como cuerpo que posee una naturaleza de la que responden los matemáticos, a la que los pitagóricos, siguiendo a los egipcios, denominaban primer principio de las cosas naturales. A este dodecaedro lo adscribían al universo, no como algunos juzgan, de la quinta esencia superlunar, sino quinto gran cuerpo del universo, compuesto de los cuatro primeros cuerpos simples. En este sentido, puesto que constaba de doce pentágonos iguales, cada uno de los cuales se dividía en cinco isósceles, creían poder unirlos en uno, para que no hubiera ningún vacío entre las comisuras de los lados y después uniéndolos en el centro del círculo, formar doce pirámides pentagonales: trataban de interpretar así el misterio del universo, diciendo que con los doce lados del docaedro se hacía referencia, en primer lugar, a las doce sedes del Zodíaco, que consideraban el fin de todo el universo. Estas sedes de las cuasiestrellas estaban unidas por la acción de sus rayos en el centro de la tierra y constituían otras tantas pirámides pentaedras: eran los doce caminos por los que las divinidades influían en el mundo inferior, símbolo del que ya hemos tratado y dado su explicación mística en el Obelisco de Pamphilio, a donde remitimos al lector.

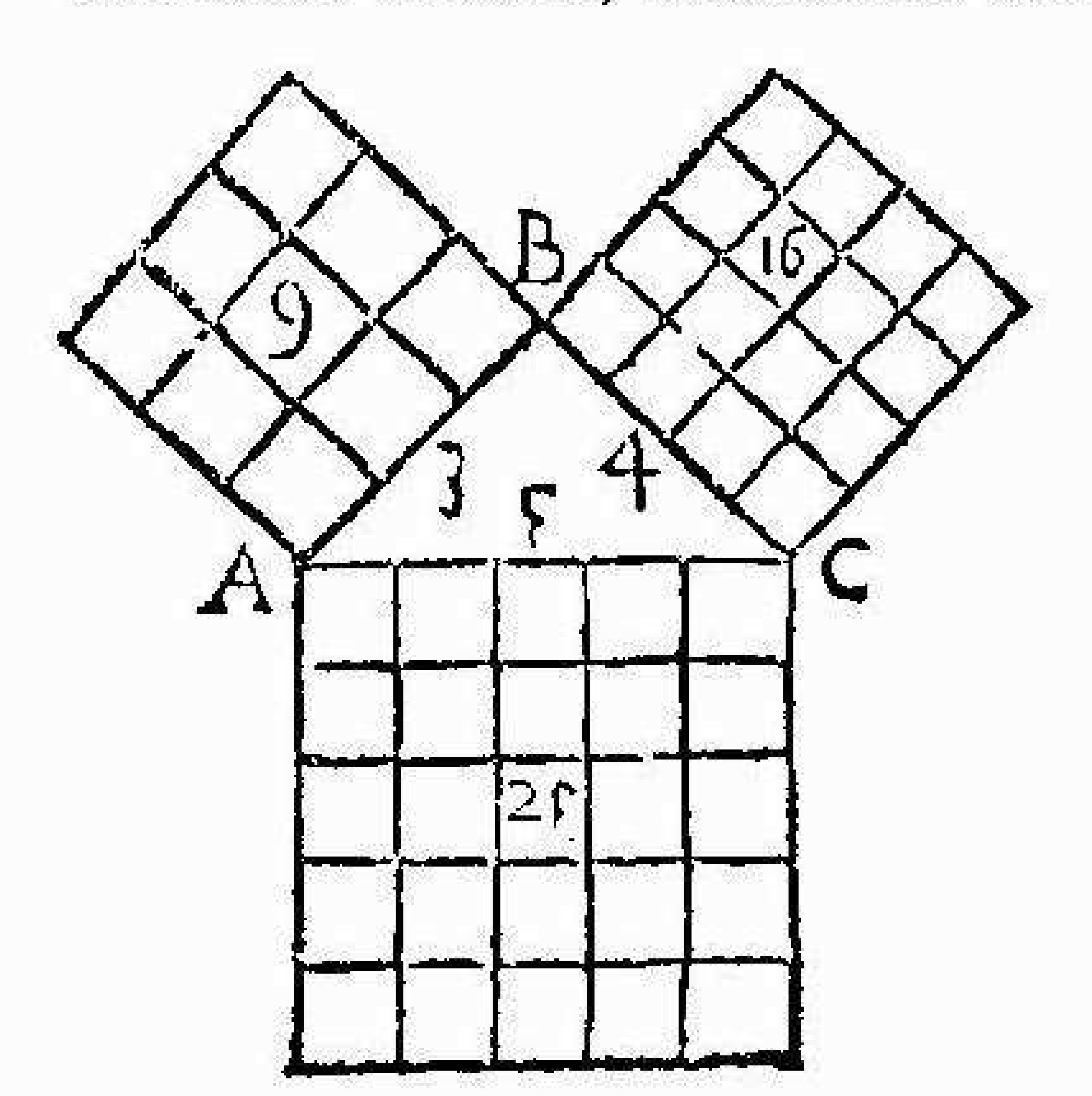
Estas doce pirámides pentaedras, unidas por sus vértices en el centro de la tierra, de tal forma están unidas, que no dejan ningún espacio vacío en el intermedio, de este modo se difunde la vida del mundo a través de las divinidades que presiden el dodecaedro zodiacal, de manera que no hay nada en lo que no participe. Lo mismo que el cubo compuesto de isósceles constituye el símbolo de la tierra, así también de los pentágonos del dodecaedro, desconozco el misterio en virtud del cual notaban el consentimiento oculto del Zodíaco masculino con la tierra femenina surgían todas las cosas mediante el coito de ambos. Lo mismo que de la bisección del isósceles y de los pentágonos en el dodecaedro nacen los escalenos, así también de la tierra, principio pasivo, y del movimiento de los planetas bajo los doce firmamentos (que son como un principio activo) una vez realizado su influjo en la tierra con los signos, nacen los escalenos genéticos, es decir, todos los diversos géneros de entes en el mundo sensible.

Se puede ver como precedían de las lineas simples y ele-

mentales figuras a la génesis de los cuerpos y al arcano de toda la naturaleza corpórea. Lo mismo que por el círculo designaban el centro, por el radio, por lo trino de la circunferencia y, a su manera, la tri-una divinidad. Del mismo modo, por el triángulo equilátero representaban a la tri-una divinidad que se manifiesta en las obras de la creación, como se ha dicho. El círculo realmente no engendra nada, puesto que, como complemento máximo de todos los polígonos, está dotado de infinitos lados y ocultamente representa la solitaria unidad trina. El triángulo, como principio de toda generación, es el progenitor de todo lo demás, ya sean figuras de polígonos, o de cuerpos, como poco antes se ha demostrado. A éste le sigue el isósceles, símbolo de la tierra y del firmamento, que sigue al escaleno para representar los misterios supremos de la naturaleza genética. El triángulo escaleno, como ya se ha dicho, consta de tres lados desiguales y de los mismos ángulos, uno de ellos recto y dos agudos: mediante el ángulo recto indica la ley inmutable y constante de la naturaleza en su forma de actuar; por los dos restantes, uno mayor doble, representaban el movimiento del aumento, por el tercero, menor, indicaban la razón de la disminución y de la división. Por la línea inferior B C, que constituye la base del triángulo, significaban, según el testimonio de Plutarco, el principio pasivo de las cosas, sobre todo la tierra o Isis, mediante la normal, que cae sobre la recta B A, representaban el principio activo de las cosas: la forma, Osiris o el sol. Finalmente, por la hipotenusa A C, que une ambas líneas, representaban lo compuesto, el hijo Horus, nacido de ambos, como también hemos indicado.



Pero veamos detenidamente el misterio escondido bajo la forma del citado escaleno. Sus lados se relacionan entre sí con los números 3, 4 y 5, como se ve en la figura, en la que se puede apreciar el número ternario en la forma de triángulo equilátero, el cuaternario bajo la forma de isósceles y el quinario bajo la forma de escaleno. Además, si sumamos 3, 4, 5 obtenemos 12, el dodecaedro. Lo mismo que implícitamente se contienen los números en los números, las figuras en las figuras, de igual manera significaban que todo estaba oculto en todas estas figuras. El lado A B_3 multiplicado por sí mismo nos da 9, el lado B C_4 multiplicado por sí mismo nos da 16, que, sumados entre sí, nos dan el mismo producto que el lado A C_5



multiplicado por sí mismo, 25; inmenso misterio para los matemáticos y provocador de infinitas invenciones, fue inventado primero por los egipcios y después propagado bajo su nombre por Pitágoras, con él indicaban ocultamente, basados en un sutil raciocinio, la generación a través de los números genéticos de todo el universo.

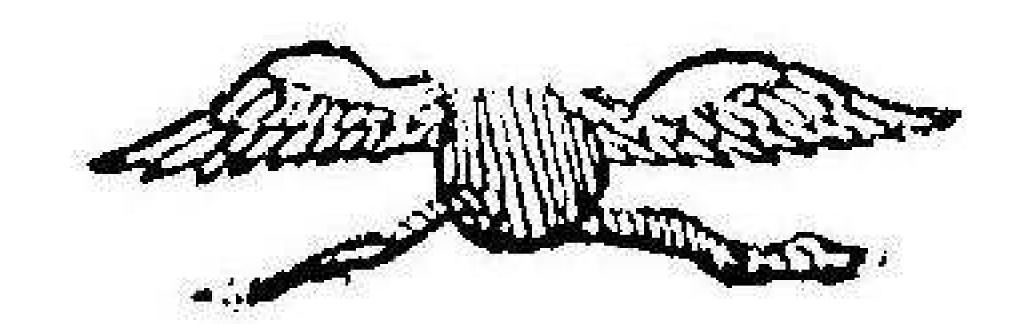
Todas las demás formas de los números superiores a la década tiene un sentido implícito en la década monádica, mientras que los números contenidos en esa primera década hacen referencia al misterio, así, 4 por 10 nos da 40 y se refiere al sacramento de este tiempo laborioso en el que bajo la ley de Cristo se concreta el acuerdo contra Satanás, y de los 40 días de ayuno de Cristo, Moisés y otros.

Si multiplicamos 5 por 10 obtenemos 50, que es el símbolo de la indulgencia y de la remisión, así Pentecostés es el día 50 después de la resurrección de Cristo, en el que el Espíritu Santo apareció sobre los apóstoles, es también el día del gran jubileo, sacramento del sábado de los sábados en el fin del mundo, en el que los elegidos para la familia de Dios, que des-

cansan en el estado perpetuo de la eterna felicidad, ponen fin a sus trabajos y tribulaciones.

En el momento de escribir estas cosas me viene a la mente el texto evangélico sobre la pesca de Pedro después de la resurrección de Cristo, en el que se hace mención de los 153 peces grandes llevados a tierra sin que se rompieran las redes. Preguntándome sobre la significación mística que trataron de expresar con los 153 peces, ya que éste es un número muy poco usado, llegué a la conclusión de que este número es el símbolo del número de congregados en la patria suprema, que se han mantenido íntegros ante los peligros del mundo y de las tentaciones, grandes por sus méritos, sin romper la red evangélica han llegado al litoral de la eterna felicidad y conseguido el fin último. Pero veamos donde se encuentra latente el misterio. Este número se compone de 10 y 7, el primero de los cuales es el número de la perfección, que incluye en sí todas las cosas, el 7 hace referencia a las gracias y carismas del Espíritu Santo, que, multiplicados por 3, nos da 51. Dijimos anteriormente que el 50 representaba el sacramento de la remisión, la indulgencia y la paz, del gran jubileo y del sábado de los sábados. La paz solamente se puede obtener en el uno, indiviso, inmutable, que es Dios óptimo y máximo, pues ni los siete dones del Espíritu Santo concedidos desde el cielo pueden tener su fuerza, a no ser que mediante los siete sacramentos y las siete obras de misericordia formen parte de la iglesia militante por la fe en la SS. Trinidad. Multiplicados éstos por la triada sagrada obtenemos 153. Porque toda obra en la iglesia militante llevada a cabo en la fe de la SS. Trinidad tiende al descanso: aquí multiplicamos 17 por 3 para obtener 51, puesto que nuestro descanso se da cuando confesamos que la claridad de la Trinidad se da en la unión de la divinidad. Mediante la multiplicación de 3 por 51 obtenemos 153, que nos da a entender la suma de los elegidos que han de situarse en la patria suprema, que están simbolizados por los 153 peces del Evangelio, así llegamos a un claro conocimiento del texto expuesto. Quiera la divina bondad y misericordia que entre los 153 peces que constituyen el número de los que han de salvarse, una vez agotada la mortalidad de esta vida corruptible, merezcamos ser contados entre los fieles para siempre.

Monas tri una apud Aegyptios. ὀφι-κυκλο-πτερόμορφος.



Omnia ad maiorem Dei Gloriam
Virginisque Matris.

NOTAS

(1) Gen. 4, 21: «El nombre de su hermano fue Jubal, que fue el padre de los que tocan la citara y la flauta»

(2) Según la opinión de muchos kabalistas, la yod, de forma semejante a una coma, está en el origen del alfabeto hebreo, es el principio activo por excelencia.

(3) Es posible comprobar hoy día este dato en los viejos lagares de Castilla, donde se encuentran marcadas con rayas las pellejas de mosto repartidas.

(4) Para los cabalistas, números y letras son portadores de ideas que, a su vez, tenían una relación directa con la realidad, por lo que consideraban la combinación de los números y de las letras como una formación de nuevos hechos reales.

(5) Las dudas que han existido para escribir el número mil van unidas al misterio que este número ha representado para los antiguos; siempre ha significado el fin, como puede verse en épocas más recientes en las que ha sido capaz de provocar la doctrina del milenarismo.

(6) No se ha tenido en cuenta el texto latino que viene en el libro, ya que estudios posteriores han permitido una aproximación más exacta al texto original. Según Tácito, An. II, 49: «Duilio fue el primero que mandó con éxito una armada romana y alcanzó el triunfo naval sobre los cartagineses». Duilio fue cónsul el año 260 a. C. El cambio en el texto original no modifica la intención del autor.

(7) El mundo arcano de los egipcios ejerció un gran atractivo para filósofos como Platón, Pitágoras, entre otros, por lo que viajaron allí en busca de los conocimientos ocultos.

(8) Apocalipsis, 4, Iss.: «Vi en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con *siete sellos*».

(9) A pesar de sus conatos desmitificadores en las páginas anteriores, ahora vuelve a tomar los nombres sagrados de Jesús y María para introducirse en el mundo esotérico de los números.

(10) Los cabalistas parten de dos triángulos para comprender a Dios. El primero está formado por Kether (corona), Binah (inteligencia) y Chokman (sabiduría). El segundo está formado por Gedulah (amor), Geburah (justicia) y Tipheret (belleza).

(11) El cuaternario protopadre se basa en la palabra YHVE, palabra sagrada que confiere al mortal que logra descubrir su verdadera significación, la clave de todas las ciencias divinas y humanas. Esta palabra nunca fue pronunciada por el pueblo, solamente el Gran Sacerdote la pronunciaba una

vez cada año. El valor numérico de este nombre, en función de sus letras hebreas, es 26.

(12) Recordemos la victoria de Constantino contra Magencio y su visión onírica.

(13) Las clavículas de Salomón son manuscritos que contienen la parte práctica de la Kábala y han servido de base a todos los grimorios antiguos.

(14) Los kabalistas consideran el alfabeto hebreo como los 22 poderes de las letras. Hay otros alfabetos compuestos de 24 letras, que corresponden a los horarios, de 28 letras y que corresponden a los días de la luna, de 30 letras, correspondientes a los meses solares, etc.

(15) El miedo a la Inquisición le impulsa a curarse en salud.

(16) También para los cabalistas el 1 es el primero de los sefirots, el Espíritu de Dios vivo. Es como un anciano superior o gran hipótesis creadora, conocido también por Macroprosopo o Gran Rostro.

(17) Dios hizo los opuestos: el bien y el mal, el bien abunda en los justos y el alma en los impíos. El binario representa también la luz y la sombra. Nos encontramos con el primer binomio tesis-antítesis.

(18) En el origen de la explicación del cuaternario están las cuatro letras que forman el nombre de Yavé, equivalentes a los cuatro brazos de la cruz de Cristo. Representa el Adán-Kadmón, es decir, la divinidad manifestada a través del Verbo, como símbolo de la unión fecunda del alma y del espíritu universales.

(19) Diez es el valor de la yod, origen del alfabeto hebreo que, a su vez, constituye el origen y principio de toda la teoría kabalística. El denario pitagórico hace referencia a la emanación sefirótica. Está compuesto por la unidad absoluta e inefable y por la nada: el ser y el no ser.

(20) Con la primera letra del alfabeto hebreo, aleph, se ha formado el aire la atmósfera, lo templado, el pecho y la regla del equilibrio; con la M men se ha formado el agua, la tierra, el universo, el vientre y el platillo de la culpabilidad. Las letras han derivado en realidades quinarias.

(21) Al unir dos triángulos y entrelazarlos se forma la estrella de seis puntas o Sello de Salomón, que viene a ser la expresión teológica del Génesis Universal.

(22) El septenario es uno de los números más utilizados por la Biblia y por los cabalistas. El origen de su misterio ha de buscarse, una vez más, en el alfabeto hebreo, pues éste consta de 22 letras: tres madres, siete dobles y doce simples.

(23) El novenario es el número analógico del hombre. En las figuras esféricas de los rosacruces, la esfera está formada por nueve circunferencias, unidas en forma de eslabones de una cadena.

(24) En el origen, las tres letras madres, las siete dobles y las doce simples.

INDICE

ARITMOLOGIA

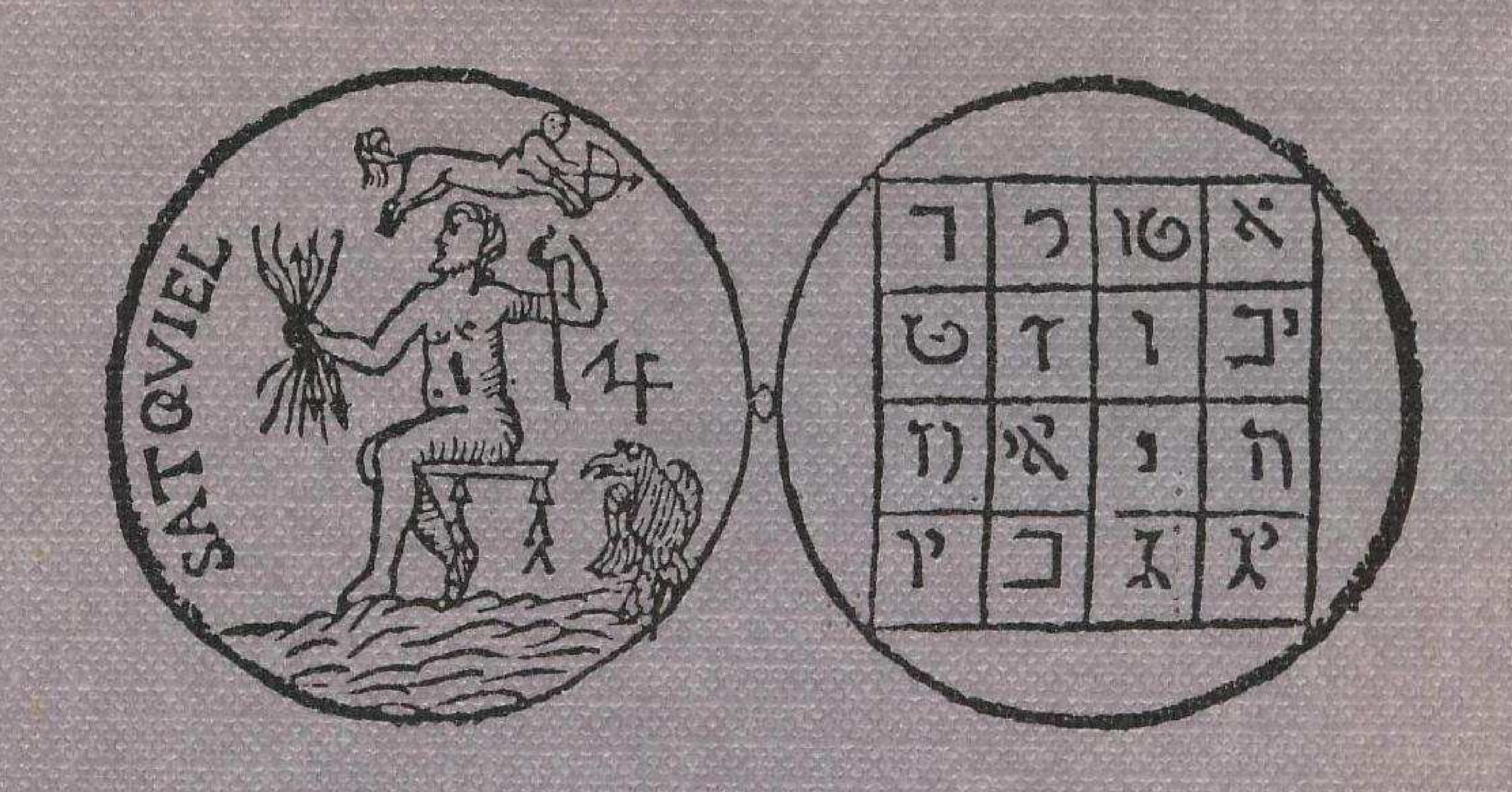
PARTE III.—SOBRE LOS NUMEROS DE LOS ARABES Y HEBREOS Y SOBRE LOS SELLOS MISTICOS QUE ELABORABAN A PARTIR DE ELLOS.

PARTE IV.—ARITMOMANCIA DE LOS GNOSTICOS A TRAVES DE LA ISOSEFIA DE LOS MISTERIOS DE LOS NUMEROS, DE LOS QUE LOS GNOSTICOS HERETICOS DEL PRIMER SIGLO SE SERVIAN PARA SUS OPERACIONES MAGICAS

PREFACIO

CARTAS EFESIAS

Esta obra se acabó de imprimir en Madrid,
el día 20 de Mayo de 1984,
en los talleres GRAFIPIME, S.A.
Santiago Estévez, 29 - Madrid-19



La extensa obra de Kircher constituye un documento imprescindible para el conocimiento de las grandes religiones de Oriente y de los caminos que esas religiones han utilizado para su penetración en Occidente. Nunca debemos olvidar que la religión católica también vino de Oriente. Muchos elementos culturales que hoy aceptamos como autóctonos tuvieron un largo viaje hasta penetrar en nuestra cultura.

En la "Aritmología", el autor trata de analizar, a través del tiempo, el origen y desarrollo de los números o cifras que hoy usamos con la máxima frecuencia. Advierte, sin embargo, que las primeras combinaciones no se utilizaron para obtener sumas y restas en un intercambio comercial, sino para impetrar la protección divina frente a los múltiples peligros que la vida y la sociedad ofrecían a los creyentes, y para descifrar los grandes enigmas de la existencia, escondidos para el pueblo y descifrables por los iniciados mediante extrañas y complejas combinaciones numéricas.

Fue, sin duda, Alfonso X el Sabio quien contribuyó, mediante sus estudios de Astronomía y a través del congreso que reunió para tratar de esta materia, a desmitificar las cifras que habían llegado a Europa a través de la cultura árabe. A partir de este rey castellano se universalizaron las cifras que hoy seguimos usando y se constituyeron en patrimonio común de toda la humanidad.

